JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

PAISAJES PERUANOS

LIMA - 1955

PAISAJES PERUANOS

J. de la Riva Agüero

JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

PAISAJES PERUANOS

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR

DE

Raúl Porras Barrenechea

LIMA
Imprenta Santa María
1955

EL PAISAJE PERUANO

DE GARCILASO A RIVA-AGÜERO

ESTUDIO PRELIMINAR

POR RAÚL PORRAS BARRENECHEA

INSTITUTO RIVA AGÜERO
20-H-65

Homenaje a José de la Riva-Agüero, maestro y amigo, en el XI aniversario de su muerte – 1955.

EL PAISAJE PERUANO

DE GARCILASO A RIVA-AGÜERO

ESTE LIBRO póstumo de José de la Riva-Agüero, fallecido a los 59 años, en un día infausto de 1944, es, como todos los que brotaron de aquella mentalidad magistral, obra de capital trascendencia para la cultura peruana. Escrito entre 1912 y 1915, en la plenitud vital, en el vértice de los treinta años, tiene la madurez innata de los libros primicios del autor, su brío y su entusiasmo moceriles, el ardor liberal de las ideas correspondientes al clima democrático civil de aquella época, y el intenso peruanismo consustancial con su espíriut y con toda su obra. Guarda, además, como nota distintiva de su momento anímico, la riqueza y vigor de pensamiento, su lozanía y salud y, como correlativa de ellas, la recia contextura de la prosa enhiesta y viril, que pasa de la sencillez y llaneza clásicas a la ardentía y la audacia románticas del color y de las imágenes de algunos trozos de evocación histórica o de descripción del paisaje, de singular maestría. Por tales títulos, marcan estas páginas, acaso una de las más excelsas horas de nuestra liteartura y el apogeo espléndido de uno de los más grandes escritores del Perú de todos los tiempos.

Paisajes Peruanos fué escrito por Riva-Agüero después de un viaje a la sierra del sur del Perú y a Bolivia en 1912, y guardado en la gaveta del maestro, en búsqueda de una perfección no lograda para su autor insatisfecho. En 1916 apareció en "La Crónica" (28 de Julio de 1916) el capítulo XI sobre la *Excursión a Junín y al campo de batalla de Ayacucho.* En 1918 se publicó otro fragmento en el *Mercurio Peruano* (Nº 1) que se abrió promisoramente para nuestra cultura con la aparición de un nuevo capítulo de los *Paisajes Peruanos* de Riva-Agüero, como entonces los titulara, que contiene la descripción general del Perú de costa y sierra, titulada en el libro "Impresiones Finales" (Cap. XVII), pero esta publicación fué fragmentaria de sólo la primera parte del capítulo dedicado al paisaje, quedando inédita la segunda referente a la psicología del indio peruano y su destino en la nacionalidad. El libro, durmió aún algunos años, hasta que el espíritu sagaz y comprensivo de Francisco Moreyra y Paz Soldán, amigo y confidente dilecto de Riva-Agüero, lo rescató en París del inédito pertinaz decretado por su autor, para publicarlo en *Mercurio Peruano* en Lima, sucesivamente, a partir de Noviembre de 1926.

En *Mercurio Peruano* se publican estos capítulos: Cap. I.–Salida del Cuzco (Tomo XV, Nov.–Dic. 1926, págs. 489-497); Cap. II.–La llanura de Anta (Tomo XVI, Enero–Febrero 1927, págs. 1-13); Cap. III.–Paso del río Apurímac (Tomo XVI, Mayo–Abril 1927, págs. 91-99); Cap. IV.–Las piedras sagradas de Concacha (Tomo XVI, Majo–Junio 1927, págs. 219-223); Cap. V.–De Abancay a Andahuaylas (Tomo XVI, Julio–Agosto 1927, págs. 265 a 278); Cap. VI.–La quebrada del Pampas (Tomo XVI, Setiembre–Octubre 1927, págs. 347 a 354); Cap. VII.–Las ruinas de Vilcas (Tomo XVII, Noviembre–Diciembre 1928, págs. 416-422); Cap. VIII.–Pomacocha–La Puna de Tocto, Bajada a Atunhuana (Tomo XVI, Julio–Agosto 1928, págs. 334-337); (el Capítulo VIII apareció por error antes que el VII); Cap. IX.–El llano de Chupas. Entrada en Ayacucho (Tomo XVIII, Enero–Febrero 1929, págs. 54 a 63); Cap. X.–Iglesias y casas de Ayacucho.

Aspecto general de la ciudad (Tomo XIX, Set.–Oct. 1929, págs. 486 a 497). En vida de Riva-Agüero se publicó en "El Comercio" de Lima el Capítulo XVI.–El Convento de Ocopa (28 de Julio de 1941). Quedaron inéditos los Capítulos XII y XV publicados en el Boletín del Instituto Riva-Agüero (Nº 1, 1951-1952, en la siguiente forma: Cap. XI.–Excursión a Quínua, ya publicado en 1916 (págs. 9 a 17); Cap. XII.–Salida de Ayacucho (págs. 17 a 24); Cap. XV.–Pucara Palla Huarcuna. La campiña de Huancayo (págs. 24 a 57) y Cap. XVI.–El Convento de Ocopa (págs. 37 a 43). Pueden considerarse como inéditos, salvo alguna publicación desconocida, el Capítulo XIII.–Paucaray, sus obeliscos naturales y XIV.–Ribera del Mantaro, Tablachuco, Casma, así como la segunda parte del Capítulo de Impresiones Finales (págs. 182-188) y el Apéndice sobre el drama Ollantay (págs. 192-199) que guarda, este último, gran similitud con las páginas sobre poesía quechua escritas por Riva-Agüero en su libro *El Perú Histórico y Artístico.*

El manuscrito original —trunco de las últimas páginas—, y completado con cuatro páginas de la meditación similar de *El Perú Histórico y Artístico* (págs. 188 a 191) es el que ahora se publica gracias al celo de Belén de Osma, la fiel y sagaz ejecutora de las disposiciones póstumas del gran humanista peruano, con el concurso de Felipe A. Barreda, Eduardo Indacochea y del autor de este prólogo.

El libro es, pues, inédito como libro, en tanto que su contenido ha sido —como ocurre siempre con las obras sustantivas— asumido y asimilado por todos los cauces literarios e históricos del Perú. Hablan de ello los comentarios vertidos sobre él de Francisco García Calderón y Jorge Basadre y el propio mío ante la tumba de Riva-Agüero. La publicación actual es, pues, apenas como la inscripción bautismal de la obra en la bibliografía peruana.

Riva-Agüero, caudillo espiritual.

Si cada uno de los libros del maestro es, como ya lo he señalado anteriormente, un hito en nuestro proceso intelectual, este libro marca el ápice de la producción de Riva-Agüero en el mediodía liberal de su inteligencia y un momento decisivo para la cultura peruana. En 1912 la personalidad de Riva-Agüero había marcado su primacía señera en el ambiente intelectual del Perú. Su tesis juvenil sobre el *Carácter de la literatura del Perú Independiente* (1905) había echado las bases de nuestra historia literaria e iniciado la primera meditación esencial sobre el destino del Perú. En *La Historia en el Perú* (1910) marcó los rumbos capitales de nuestra historiografía y les dió un respaldo crítico y sociológico. En el *Elogio* de Garcilaso (1916) reivindicó las esencias patrias que germinan en la dulce epopeya de los *Comentarios Reales* y la veracidad inmemorial de los mitos y leyendas de un pueblo inmerso en la tradición y en el pasado.

Estas obras definieron el magisterio de Riva-Agüero sobre la cultura peruana durante más de un cuarto de siglo, desde 1905 hasta su muerte. Fué la de Riva-Agüero una primacía indiscutible, reconocida o negada por propios o extraños, que contó con el espaldarazo inicial de Unamuno y de Menéndez y Pelayo, y que no lograron desbaratar los saetazos de la envidia, las sordas conjuraciones de silencio de quienes le debían parias intelectuales o las bastardas apostasías de los logreros literarios. Riva-Agüero fué árbitro y mentor de nuestra historia y de todas las ramas de la cultura que se nutren de ella. Ejerció, como el Vizconde de Chateaubriand sobre las letras francesas de su época, una especie de maestrazgo o de principado espiritual, que procedía de sus antecedentes familiares e históricos, de su opulencia económica, de su portentosa capacidad intelectual, su memoria inexhausta y su prestancia personal en que se fundían to-

dos los legados del señorío peruano y particularmente del limeño. Por más que recibiera y proclamara el mensaje democrático de la República y de sus escuelas liberales, fue consustancialmente, un hombre de casta, que descendía de los conquistadores y fundadores hispanos de Lima, de sus Regidores y Oidores altaneros, ufano de sus títulos y blasones y, para completar su conformación de hombre de élite, procedía también de los epígonos ilustrados de la Independencia y era biznieto de nuestro primer Presidente republicano derrocado por Bolívar. Y si no fuera por atavismo dinástico, le daban primacía social su seriedad intelectual, la gravedad de figura y de tono, su culto de la caballerosidad y cortesía, su valor moral y físico y su buen humor de castellano viejo. Pero la nota capital de su superioridad la deciden su inmensa y variadísima cultura y su poder prodigioso de asimilación, que le hacía invencible en la polémica histórica o periodística. Por eso, tanto para los que le conocían como para los que le negaban, en un país donde la cultura, regida por la ley de la improvisación, está hecha de plagios y de clisés, pudo aparecer como un encomendero feudal, dueño de vastos e inajenables predios de la cultura, a menudo saqueados y devastados por depredadores de todo género, y que sólo un humanista excelso como él pudo señorialmente dominar. Pero, como se ha dicho del autor de las Memorias de Ultratumba, había en este señorío un fondo de tristeza nostálgico. Su castillo de ideas y de sentimientos era, tal vez para él mismo, construído con piedras de un pasado del que él se sentía acaso el último heredero.

Los tambores lejanos.

El momento en que Riva-Agüero escribe su libro sobre el paisaje, fuente de humanidad y de historia, es de intensa pugna. El partido civil que había dado al país ejemplar administración, por la

honestidad y el decoro, se había desgastado y quebrado. La juventud universitaria, ansiosa de renovación y de libertad, vió en Riva-Agüero un caudillo en ciernes. Sus opiniones políticas, su ideología expresada en las meditaciones finales de sus dos libros-guías, eran de pura cepa liberal. Riva-Agüero había preconizado en sus libros juveniles la ruptura con España y el pasado colonial, la europeización, la industrialización del país, la inmigración, la educación práctica y utilitaria. Influído por el clima radical creado por Gonzáles Prada, había dragoneado también de anti-católico y anti-clerical. En el *Carácter de la Literatura* (1905), siguiendo la huella enconada y díscola de Prada, había incidido más en los vicios y defectos nacionales que en las virtudes y ahondado el dualismo entre costa y sierra, en detrimento de la primera. En su libro primicio Riva-Agüero acusaba a la costa —como buen discípulo del panfletista de *Horas de Lucha*— de los defectos de ligereza, frivolidad, atolondramiento, irreflexión y pereza, acotados por Prada como notas distintivas del carácter nacional. Riva-Agüero interponía ya, sin embargo, como expresión de su espíritu valeroso, una fe potente, constructiva y esperanzada, muy diversa del derrotismo político y moral de Prada. En una crítica a *Exóticas*,[1] respetuosa e hidalga, Riva-Agüero reprochacha al maestro por el soplo de decadencia y cansancio que brotaba de su prédica rígida y sombría y por su admonición de no ir tras de "los tambores lejanos" que para Riva-Agüero, en disonancia cardinal con Prada, llamaban eternamente a la juventud desde las cumbres, "para los arduos deberes, las gloriosas lides y las nobles empresas". Por eso la multitud juvenil, ansiosa de afirmaciones, le siguió como a un conductor.

En 1909 el pierolismo insurgió con su vieja y gastada bandera de rebelión contra el régimen civil instaurado en 1895 y prolongado hasta entonces. Poco tiempo después Samanez Ocampo se amotinó en Abancay y después de una sangrienta lucha fué debelado y ven-

[1] *La Revista de América*, París, Julio de 1912; pp. 279-287.

cido. Riva-Agüero y el estudiantado demócrata y liberal simpatizaron con la revuelta popular de falso signo democrático. Al discutirse una ley de amnistía para los motinistas del 29 de Mayo, el gobierno de Leguía manifestó su repulsa y vetó el perdón. Riva-Agüero escribió entonces en "El Comercio"[1] un vibrante artículo en defensa de la amnistía. El Gobierno respondió con la prisión del escritor (13 Set. 1911). Fué entonces el momento caudillesco de Riva-Agüero. La multitud estudiantil salió a las calles a vocear su libertad y fué sableada. Ante el clamor de la opinión pública callejera, la acusación parlamentaria y la vindicta periodística el poder presidencial, aún frenado por las instituciones democráticas, tuvo que ceder. Riva-Agüero fue puesto en libertad y vitoreado en comicios, banquetes y algaradas estudiantiles. Meses después le aclamaban los estudiantes y los liberales de Arequipa y en el Cuzco y en el centro salían a recibirle en cabalgatas de triunfo los rebeldes derrotados en la vieja y trágica encrucijada del Apurímac.

Redescubrimiento de la Sierra.

La sierra era, en aquella época, una región disminuída y distanciada por la falta de caminos y de una política nacional integradora, una especie de "marca" aislada y separada de la nacionalidad, a la que no llegaban los beneficios de la economía ni de la cultura y de la que no se recogían las perennes enseñanzas que brotan de su paisaje y de su historia. El Cuzco era como una ínsula legendaria para muchos peruanos. Los ferrocarriles de penetración no ligaban al Cuzco con el centro andino y para llegar a la ciudad imperial era preciso hacer el tardo viaje de las mulas y de los tambos, que dejó

[1] *La amnistía y el Gobierno.* "El Comercio"; Lima, 12 de Setiembre de 1911.

su huella humorística y cansada en *El Lazarillo de Ciegos Caminantes* del burlón español que se ocultó bajo la máscara del indio Concolorcorvo, y en las páginas estoicas de los libros de apuntes de viajeros como Castelnau o Raimondi. Para la mayoría de los peruanos, que hacían desde mediados del siglo XIX el viaje a Chile o a París —Niños Goyitos innumerables—, el Cuzco, Ayacucho, Abancay, eran inaccesibles. El propio energeta de *Páginas Libres*, que fué de los predicadores teóricos de la trascendencia de la sierra en la vida peruana, no la pisó jamás, aquejado de inercia y comodidad burguesas. El viaje de Riva-Agüero a la sierra en 1912 es, en este páramo intelectual y geográfico, como un escampahielos. De él volvería Riva-Agüero afirmando las tesis fundamentales que ha recogido mas tarde, a veces con un cansancio de tópico, el andinismo moderno de los libros de Luis E. Valcárcel o Uriel García, para citar sólo a los mejores. "La sierra —dijo entonces Riva-Agüero, con profundo sentido nacional— es la cuna de la nacionalidad, columna vertebral de su vida, región principal del Perú". "Detrás de Lima y de la costa, región de la siesta, de los esclavos negros y de la vida fácil —dice aún, con acento gonzalespradesco unilateral y hosco— se alza la sierra inmensa y aún indivisa, *el verdadero Perú*".

El tema central del libro de Riva-Agüero —el paisaje— podría parecer frívolo y superficial, de puro goce turístico o estético y desviado de su tarea histórica magisterial. Pero Riva-Agüero fué siempre hombre de gran ser, de instintiva mentalidad rectora, prendado de lo trascendente. En los *Paisajes Peruanos* Riva-Agüero continúa su meditación cardinal iniciada en el *Carácter* y en *La Historia en el Perú*; pero, ahora, con más brío y solvencia, aprendidos en la realidad, con vistas a un Perú integral. Y es que la historia está adherida a la tierra y brota de ella un mandato ineludible. Sin aceptar el determinismo fatalista del medio —la omnipotencia del ambiente, que preocupara al viejo Hipócrates—, no cabe dudar de la influencia culminante del medio en la vida primitiva de los pueblos y en las orientaciones fundamentales de su cultura, como tampoco

la reacción del hombre —la *respuesta*, dirían ahora, al reto de la naturaleza. De todos modos el hombre primitivo o civilizado es "un pedazo de tierra", y la geografía, como dijera Ihering, la historia trazada de antemano y la historia la geografía en acción.

De acuerdo con estas convicciones, Riva-Agüero fue a rastrear el pasado milenario del Perú en las hoyadas andinas que prestaron su tibio regazo a la más alta civilización peruana y a sorprender la voz de las cumbres y de los páramos donde se hundió la primera barreta civilizadora. La visión de la sierra, la compenetración con la vida de los pueblos de la sierra y con el hombre andino emboscado en su doble soledad de espacio y de tiempo, trasformó fundamentalmente el espíritu de Riva-Agüero, le reveló la unidad fundamental entre todas las partes del Perú, forjó su teoría de un Perú integral y sincrético, sin el pecado capital de la división.

Paisaje y literatura en el Perú.

Pero el paisaje, además de forjador del alma colectiva es, en el terreno artístico, un difícil género literario. El gusto y la delectación subjetiva por el paisaje no es cosa antigua ni española. El paisaje está ausente de las grandes obras de poesía clásica, en las que es sólo un complemento del personaje humano, que es el único al que está reservado el primer plano. Es la sensibilidad pre-romántica del siglo XVIII la que inventa, con Rousseau y Bernardino de Saint Pierre, el paisaje como "un fin y un ideal estético en sí". El paisaje deviene entonces un "estado de conciencia", como quería Byron. Los poetas románticos le incorporan, además de una rica gama pictórica, un volumen de melancolía que se une en el plano histórico a la pesadumbre de los hombres que vivieron en él o lo contemplaron antes que nosotros. El gusto o la delectación por el paisaje es, pues, importado y, según Menéndez y Pelayo, no tenía antecedentes aní-

micos favorables en España. El sentimiento de la naturaleza no fué muy poderoso, según aquel crítico, entre los españoles, quienes lo trataron como forma convencional en su poesía bucólica y como quimérico y arbitrario en los poemas caballerescos.

Escasean por esto, antes de Riva-Agüero, los paisajistas y también los historiadores de este género literario. Una revisión de la moderna historiografía nos mostrará la escasa atención prestada a la presencia de este género en la literatura peruana. Los críticos de nuestra evolución literaria esquivan el tema o lo tratan con una pueril superficialidad. Luis Alberto Sánchez le dedica un capítulo, titulado *El Escenario*, en su *Historia de la Literatura Peruana*, en el que, con exiguas referencias a los textos, soslaya algunas impresiones sobre la evolución de la sensibilidad poética ante la naturaleza peruana, que tienen valor por iniciar el planteamiento del problema. Dos chilenos, Ricardo A. Latcham y Mariano Latorre, eximio crítico el uno y gran novelista el otro, han sorprendido algunas notas capitales sobre el paisaje peruano visto desde fuera. Latcham encuentra que en América el hombre es secundario ante el paisaje y que este sólo ha llegado a reflejarse en la obra de cuentistas y novelistas recientes, como José Diez Canseco y Fernando Romero sobre la costa, de Ciro Alegría y José María Arguedas sobre la sierra y de Fernando Romero y Arturo Burga Freitas sobre la selva amazónica. En *El Paisaje Peruano y sus intérpretes* (Santiago, 1942) Latorre pondera principalmente la visión de los *Cuentos Andinos* de López Albújar —primer intérprete directo del paisaje serrano y de un enfoque anímico indio dentro de su cuadro social— y la interpretación colectiva de *Yawar Fiesta* de José María Arguedas, que se ha adentrado en el alma primitiva no del hombre, sino de la masa india en la puna desolada. Ambos críticos ignoran el magnífico esfuerzo de Riva-Agüero. Mariano Iberico en un ensayo filosófico sutil, como todos los suyos, ha esbozado también una teoría del paisaje serrano. En *Notas sobre el paisaje de la Sierra* (1937), Iberico acentúa las notas de silencio y de tristeza, de implacable soledad del paisaje andino, que produce también tris-

teza incurable en el alma del hombre y en el corazón dolorido de su raza. El hombre andino posee un sentimiento metafísico o religioso de reverencia cósmica que ha adquirido frente al paisaje desolado y "en el que palpita el alma de un ayer sin retorno". Entre los mas nuevos y originales ensayos de sistematización de los estudios sobre el paisaje peruano deben contarse los de los profesores J. Uriel García y Estuardo Núñez. El primero, cuzqueño, finísimo escritor y sociólogo intuitivo es autor de dos libros densos de penetración sicológica y hallazgos magistrales de interpretación artística del medio y del hombre peruano, titulados *El nuevo Indio* (Cuzco, 1930) y *Pueblos y Paisajes Sud Peruanos* (Lima, 1949). En ellos García reanima la división política de los cuatro suyos incaicos y, en correlación con ellos, establece cuatro tipos de paisaje y de caracteres sicológicos del hombre peruano: el *anti*, el *cunti*, el *colla* y el *chincha*. Es admirable su sensibilidad artística y agudeza de observación para describir el paisaje de la sierra, particularmente de la puna y la pampa collavina y para recoger destellos del alma mestiza de la sierra, algunas de las que, como sus estampas de la chichería arequipeña "caverna de la nacionalidad" o de las procesiones cuzqueñas con su mezcla de catolicidad y de paganismo, son páginas definitivas de sociología peruana. Es notoria, sin embargo, su incomprensión de la sicología y del paisaje costeños, los que contempla y juzga, desde un ángulo incomprensivo y huraño, de resentimiento y malquerencia provincial, ajeno a la gran síntesis peruana. Esta misma animadversión y desconocimiento de los valores culturales y nacionales de la costa, anima el libro del eminente profesor Luis E. Valcárcel, *Ruta Cultural del Perú* (México, 1945), que llega en su obsesión racista a declarar que la costa es "el Anti-Perú". Mas reposado y fruto de una investigación madura es el ensayo de Estuardo Núñez, *El sentimiento de la naturaleza en la moderna Poesía del Perú*, publicado en La Revista Ibero Americana (1943) en el que aborda el estudio de los poetas que han tratado de interpretar el paisaje a partir de la etapa modernista, ocupándose de Chocano, Gálvez, Valdelomar, Gibson, Egu-

ren y los poetas intimistas y expresionistas posteriores, particularmente de los andinistas, con sentido nacional, amplio e integral.

La mayoría de las impresiones son, sin embargo, parciales y acaso la síntesis final —la historia del género paisajista— la dé Jorge Puccinelli, en un ensayo próximo a aparecer.

Para situar el esfuerzo de Riva-Agüero de interpretación del paisaje peruano, cabe hacer un esquema de su evolución a través de nuestra literatura peruana, partiendo de las primeras visiones del territorio de los cronistas españoles, siguiendo el tema de la naturaleza en los poetas de la hora barroca, el placer de la observación botánica de los naturalistas y viajeros del siglo XVIII, los acicalados poetas neoclásicos del XIX, los románticos con su emoción subjetiva prestada —a no ser Juan de Arona—, y los modernos viajeros, escritores y hombres de ciencia del siglo XIX. A esta exégesis nos ayudará la propia obra crítica de Riva-Agüero, que tuvo siempre presente el tema de la naturaleza en sus valoraciones literarias.

El paisaje en la crónica soldadesca: grabados en acero.

La primitiva literatura escrita en el Perú, como flor de trasplante clásica y occidental, no reflejó sino tardíamente el paisaje vernáculo. Los primeros cronistas-soldados, atenaceados por la realidad abrumadora del paisaje peruano que los hostigaba con selva, páramo, ciénaga o montaña, sintieron temor, repulsión o espanto ante la naturaleza. En el fragor de su acción violenta y desbordada apenas tuvieron tiempo para referir la peripecia humana, la hazaña del hombre contra el adversario indígena. Pero el paisaje se destaca, a pesar suyo, en el fondo del cuadro como en los retratos de la pintura clásica y aunque no lo describan particularmente trasmite al relato el ambiente en el que se desarrolla la gesta sangrienta y en casi todas las crónicas, a pesar de la parvedad descriptiva del cronista, se sien-

te el vaho imponderable de la tierra, la emanación calenturienta de la región de "los manglares", la desolación de muerte de "los pasos nevados" o la alegría de la hueste conquistadora ante la quietud próvida y florida de los valles costeños o la tibia y acogedora serenidad de las hoyadas andinas. La alusión al paisaje es breve y sincopada, reducida a dos o tres frases de clisé: "la montaña era agra", el "río furioso", el "valle ameno y deleitable". La facultad descriptiva está coactada por la extrañeza y el temor del cronista ante el reto telúrico. Los ríos, dicen los cronistas del Perú, son "los mas espantables" y las sierras "extrañas". Ese temor se acrecienta y puebla de misterio cuando se refiere a la selva inexplorada, la que se describe como tierra inútil y desmesurada, de grandísimos ríos y maleza —de "grandísimas montañas"— y "poblada de caribes flecheros".

La facultad descriptiva, sobria por naturaleza en el cronista español, se muestra en la crónica soldadesca falta de recursos literarios para trasponer los insólitos relieves de la tierra y, sobre todo, en su incapacidad para captar el color. Las crónicas soldadescas, exiguas de líneas y matices, dan la impresión de grabados en acero de rígida severidad a dos tonos ascéticos, blanco y negro. Esta proscripción del color sorprende sobre todo en la crónica de fray Gaspar de Carvajal sobre el descubrimiento del Amazonas, en la que, no obstante describir el paso de la expedición por el inacabable verdor de la floresta amazónica, no se menciona ni una sola vez la palabra "verde".

El Perú entrevisto por los cronistas soldados es, principalmente, de costa y sierra, las regiones civilizadas y pobladas de pueblos y ciudades, a las que se acerca el viajero occidental llevado por su curiosidad humana renacentista. Esta inclinación, muy somera en el soldado indiano, se manifiesta en algunas apuntaciones etnográficas y en algunos atisbos de geo-política, recogidos del acervo incaico y de su experiencia social, que se refieren principalmente a la diversidad biológica y espiritual de los habitantes de costa y sierra, influídos por el medio físico. El cronista Sancho es el primero en atisbar la triple dimensión de costa, sierra y Andes —o selva de los Antis— y

en recoger las consignas imperiales cuzqueñas cuando dice que la gente de la sierra es "mas pulida y de razón" que la de la costa y que ésta es "gente ruin y pobre", que no sirve para guerra ni para gobierno y que los Incas los empleaban tan sólo "para traer pescado y frutas". El apelativo de yunga "se tenía por muy afrentoso" —dice Sancho—, y el cronista Estete dice que "es lo mismo que villanaje". Se plantea así, desde aquella primera hora, el aparente y díscolo dualismo entre costa y sierra que ha de exacerbar el horóscopo nacional del Perú.

Entre los cronistas de la segunda hora con ánimo civil y cortesano, está Pedro de Cieza, el primer viajero y etnógrafo con curiosidad científica, que llega con el séquito del Pacificador La Gasca. Cieza en su itinerario de sierra y llanos, a través de los caminos y tambos incaicos, va a ser el primer descriptor geográfico del Perú. Su *Crónica del Perú* es, como fué el viaje de Pausanias para Grecia, revelación y punto de partida de todas las observaciones sobre la naturaleza y el hombre peruanos. Cieza viene del Norte, de Cartagena y del río Magdalena, de Popayán y de Cali, ahito de trópico y de lujuria vegetal y humana. Su mirada descansa en los llanos yermos del Perú y en la ascética grandeza del paisaje serrano. Y se apasiona a la vez por la apacibilidad del ecumene peruano y del régimen parsimonioso y simétrico de los Incas. Cieza confirma la visión de Sancho de la triple dimensión del Perú, las "tres cordilleras" que él llama de "llanos, sierra y Andes" y sus diferencias de temples, de aires y de plantas. Cieza huye el vaho enfermizo de la selva, región malsana y de tormento sólo propia para ser habitada por demonios. El dilema paraíso-infierno de la geografía medioeval salta y se transporta a los "Andes" del Perú. Cieza, después de atravesar los arenales "sin yerba, ni árboles, ni cosa criada, sino pájaros que con el don de sus alas pueden atravesar donde quiera", se embelesa en el reposo umbrío y florido de los valles de la costa o en el suave regazo de las quebradas andinas. A Cieza le atrae la historia de los hombres que vivieron en el paisaje de costa y sierra, y después de darnos noticia de

las piedras milenarias, del templo, de la fortaleza y del camino, se complace en recoger la impresión del habitat innovado por la conquista y del paisaje vegetal transformado por el formidable impulso español. Se deleita describiendo, con su pluma monocorde, los valles costeños transformados por las plantas y árboles trasplantados de España y el brote cristiano y occidental de las nuevas ciudades en las que el campanario del templo románico o gótico y la cruz reemplazan a la silueta en alud de la huaca indígena y al ídolo de palo ensangrentado. En su descripción destacan las ciudades hispano-indias —el nuevo paisaje urbano— llenas aún de poesía rural; y desbordan las huertas y tapias colmadas de enredaderas y de fresco follaje de parras, naranjos y limoneros. Sobre los buhíos de paja indígenas descuellan las siluetas airosas de los molinos y palomares. "Es gran delectación —dice el cronista castellano, embebiéndose de paisaje y echándose por el sendero de las comparaciones poéticas— ver campos de sementeras, por tierra estéril de agua natural y que estén tan frescos y viciosos que parecen matas de albahacas". En la sierra le admira la grandeza geológica del paisaje pétreo, que finge colosales monumentos y gigantescas figuras que le hacen presumir a veces, a la distancia, "alguna ciudad de castillos torreados". Las notas constantes de la sierra son la aridez, la altura y aspereza de la tierra, la profundidad de los abismos, el grandor de las peñas, las enormes cuevas de los Andes y la crestería de las montañas "siempre cercadas de copos de nieve". La "espesura de los Andes" —o sea, la selva— es, en cambio, una tierra sombría, donde no se ve durante muchos días la luz del sol, tierra lluviosa y anegadiza de ciénagas y atolladeros donde solo se puede viajar por los ríos; tierra enferma y donde las gentes son de menor razón y entendimiento y andan como animales matando con flechas aves y bestias, las que pueden para comer".

Cieza no es un poeta ni un visionario imaginativo como Colón o Vespucio, que vieron América con alucinación bíblica de hombres del Mediterráneo, sino un castellano sobrio y amante de realidades. Sus notas del paisaje peruano son la primera visión certera y sobria

de nuestra naturaleza en que costa y sierra, vistas y observadas de cerca, relucen ya con sus dones y calidades típicas y reales determinantes de la síntesis peruana. Desaparece por virtud del esfuerzo español el prejuicio etnológico incaico contra el yunga ruin y sucio y la tierra enferma. Cieza declara que los yungas son grandes trabajadores, y su tierra denostada "de las mas fértiles del mundo". Como castellano, Cieza prefiere el temple de la sierra, que al español "se parece en la yerba y en el tiempo", "y que se agosta en invierno ni mas ni menos que en España"; pero, como indiano seducido por la gracia desmayada del trópico del vergel limeño, dice que Lima es "una de las buenas tierras del mundo para pasar la vida humana", sin lluvias, ni truenos, ni rayos, ni relámpagos, antes bien con un cielo sereno y muy hermoso".

La extrañeza del Perú de Acosta.

El jesuíta José de Acosta es el cosmógrafo del siglo XVI, docto en vientos, temples y constelaciones, conocedor de astros, plantas y animales y buscador de las pautas de la Providencia en las leyes del Cosmos. Acosta ha visto México y el Perú e inicia la geografía y la historia comparadas. Poco afecto a mitos e hipérboles, racionalista puro, declara que el Perú "es una tierra extraña entre todas". El Perú es, para el padre Acosta, la negación de la América tropical. Las costas americanas son en todas las latitudes verdes y calientes, malsanas para la habitación humana. El festón verde del litoral sólo se interrumpe en el Perú con su costa árida y seca, que es "un pedazo de mundo privilegiado", de trópico menor y mitigado. En el litoral peruano hay zonas templadas y fértiles, valles frescos y abundantes, y el viento Sur, que en otras partes es pesado, enfermo y tempestuoso, en el Perú es "sano y regalado". Sin él la tierra "fuera

inhabitable de caliente y congojosa". El Perú aparece ya en su contextura esencial geográfica de tierra de contrastes y de síntesis, de conciliación de extremos.

El jesuíta lógico, claro y didáctico, separa y define también las tres "tiras largas y angostas" de llanos, sierra y andes que integran el Perú. "Los Andes son montes espesísimos, tierra anegadiza llena de lagunas y de pantanos", en donde se crían monos y en los que dicen haber reinos y cosas maravillosas, Dorados y Paititis. Para Acosta los Andes quedan fuera del habitat peruano. La fábula no tiene cabida en el Perú natural y moral de Acosta y la selva queda, por lo tanto, excluída de su geografía científica. Costa y sierra forman la unidad nuclear del Perú. La sierra es para Acosta "la mejor habitación del Perú". Es la región que más se amolda a sus hábitos de vida. Es fría, seca, sana y adusta como Castilla. No es fértil ni apacible, pero en ella prosperan las mejores fuentes de civilización y de paz doméstica. Dos cosas sobre todo tiene el Perú que le dan subsistencia y riqueza —dice Acosta, glosando al Virrey Toledo—, y son el maíz y el ganado de la tierra. El español ha contrariado el sino decretado por la Providencia, abandonando por la codicia de las minas de oro la sierra templada, yéndose a habitar los páramos más fríos y desamparados y decidiendo un nuevo destino geográfico del Perú. "A la plata y el oro —dice este jesuita ortodoxo y marxista insospechado— obedece todo" y el gusto del dinero hace aquellas desoladas regiones "suaves, abundantes y muy pobladas". En Acosta, hombre de ciencia, racionalista innato y de escuela, son raras las emociones subjetivas; pero su calidad de castellano puro, nacido en Medina del Campo —esa tierra de pura horizontalidad de la que han hablado Galdos y Azorín— le hace protestar ante la torturada orografía del Perú serrano, en un comentario que es una primicia de reacción subjetiva ante el paisaje. Dice Acosta: "Muchas veces dije allí que deseaba verme en parte donde todo el horizonte se terminara en el cielo y tierra tendidos como en España en mil campos se ve; pero jamás me acuerdo de haber visto en Indias tal vista, ni en Islas ni en

Tierra Firme, aunque anduve mas de setecientas leguas de largo". Es una anotación sustantiva para caracterizar el paisaje americano y diferenciarlo del europeo en el plano geográfico y en el moral. En el resto, Acosta inicia, con sus descripciones de animales y de plantas y de los fenómenos naturales típicos del Perú, el análisis científico de la naturaleza peruana, que fue siempre el anticipo de las descripciones poéticas, sintetizadoras y definitivas.

El paisaje mimado del Inca.

El testimonio del Inca Garcilaso sobre el paisaje peruano ha sido aludido constantemente, reduciéndolo, en el fácil esquema de los críticos de prisa, a una sola frase, aquella soberbia y entonada en la que señalando los linderos del Perú dice: "Al Levante tiene por término aquella nunca jamás pisada de hombres, ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieves que corre desde Santa María hasta el estrecho de Magallanes, que los indios llaman Ritisuyu que es banda de nieve". Frase retóricamente graduada que implica lejanía y reverencia y que apenas contiene una alusión descriptiva. Pero hay otras muchas notas perdidas en las páginas de los *Comentarios Reales* que descubren la emoción terrígena del Inca. Es precisamente Riva-Agüero quien, en su *Elogio a Garcilaso* —a menudo llevado, traído y traicionado por repetidores de toda índole— mejor ha seguido la huella naturista del Inca y señalado sus logros y aciertos. "Miniaturas campestres" llama Riva-Agüero a las descripciones del Inca de los frutos de la tierra: el plátano de Indias, el maguey, el molle de fecundo follaje y lozanía perpetua, la coca o cuca, principal riqueza del Perú, y otras.

En Garcilaso aparece una nota inconfundible en los escritores que miran el paisaje desde lejos, y es la melancolía. "Es solamente cuando estamos alejados de nuestro país, cuando sentimos más impe-

riosamente el instinto que nos une a él". Garcilaso, súbdito de Felipe II, capitán español en la menuda campaña de las Alpujarras, confronta el paisaje europeo menor y humanizado y lo compara con el americano que él lleva adentro del alma y en la retina, desde su niñez en el Cuzco. Una nota señera y primordial brota de esa comparación y es la inmensidad inconmensurable de los accidentes geográficos, de las cumbres y de los abismos, de los ríos y de las llanuras de su lejano Perú. Pero el descendiente de los quechuas dominadores del Ande, no se intimida y espanta ante la grandeza de las cumbres, sino que las reverencia con una emoción panteísta y filial. Los cerros y montañas son para los indios divinidades familiares a las que rinden el culto fiel de las apachetas. Desde niño vió desde el balcón de la casa de su padre las crestas nevadas de la Cordillera Oriental, misteriosa e infranqueable muralla física y biológica, que separa la sierra de la región amazónica y cuyas aguas creyeron Cieza y Garcilaso que iban a engrosar el Río de la Plata. Garcilaso habla, por tanto, con amor de los inmensos y silenciosos guardianes de su tierra fría, áspera y dulce. Con devoción recuerda que sus antepasados adoraban "a la Cordillera grande de la Sierra Nevada por su altura y admirable grandeza". Con la misma emoción habla de la geométrica cumbre del Coropuna, "hermosísima y eminentísima pirámide de tierra, adorada por los indios como huaca —*huaca* quiere decir admirable— por su eminencia y hermosura". La trasformación ocurrida en la sensibilidad del contemplador, de los primeros cronistas a Garcilaso, es sensible: aquellos se *espantaban* de las cumbres, en tanto que Garcilaso alaba su hermosura. Pero Garcilaso siente que el lector español o europeo de su libro no podrá compartir su emoción intacta del paisaje peruano, inmenso y desolado, si no le da un asidero de cantidad en las cifras. Y recurre a ellas cada vez que trata de reflejar su intransferible visión de la grandeza y escabrosidad de su tierra. Hablando de los caminos tan ásperos y dificultosos, dice "que los hay que tienen tres leguas de cuesta o de bajada casi perpendicular y otros de cinco a seis leguas que ponen grima y espanto sólo mi-

rarlos". Las sendas suben "en forma de culebra, dando vueltas a una mano y a otra y en las plazoletas situadas en lo alto, para que el Inca gozase de tender la vista a todas partes, por aquellas sierras altas y bajas, nevadas y por nevar, se gozaba de "una hermosísima vista porque de algunas partes se descubre cincuenta, sesenta, ochenta y cien leguas de tierra, donde se ven puntas de sierra tan altas que parece que llegan al cielo y por el contrario valles que van a parar al centro de la tierra".

Hombre cortesano y de imperio, como Cieza y Acosta, Garcilaso, que recoge la doble herencia de Incas y de españoles, siente y concibe el Perú histórica y geográficamente en hechura de civilidad. Los Incas dieron para él la norma y la medida del Perú moral y físico. Los Incas vencieron a la behetría primitiva que era el desorden político y moral y establecieron su señorío sobre llanos y mesetas templados, rechazando los bosques y pantanos tropicales, adversarios geográficos ante los cuales se detuvieron las fronteras de su Imperio al Norte, al Este y al Sur. Al Oriente de todo el Perú —dice Garcilaso, excluyendo del contorno peruano esa región de ciénagas y pantanos y sus habitantes que son peores que bestias fieras—, están las "tierras de montaña brava". Toda la tierra del Perú, dice orgullosamente, es limpia de montañas bravas y "no se crían en ellas animales fieros". El Perú es, pues, para Garcilaso, como para Acosta, una tierra de equilibrio y armonía. El caos geográfico, la behetría primitiva, el Trópico físico o espiritual, son la negación del Perú incaico y español, regido por impalpables normas de discreción y continencia, de civilidad y cortesanía.

El genio esencialmente humano y la tendencia narrativa de Garcilaso, no le predisponen a la simple descripción del paisaje como una efusión lírica o de pura racionalidad didáctica, desligada del acontecer. Como buen clásico y humanista el Inca traza sus apuntes de la naturaleza tan sólo para servir de fondo a la trama esencialmente humana de su arte. Y aún cuando cae en el pecado descriptivo, no es sino llevado por su preocupación narrativa en la que el paisaje ad-

quiere la movilidad de la acción y aparece como un canto escenificado. Tal, el episodio legendario sobre la tempestad simbolizada en el forcejeo entre un dios y una doncella en que el cántaro de ésta se rompe y produce la lluvia; o el bello y acrobático cuadro de los alcatraces en la costa del mar, a los que vió pasar en bandadas y levantarse y caer en ritmos graciosos para coger el pescado y engullirlo en el aire. "Es gusto —dice en un esguince coreográfico de su prosa— oir los golpazos que dan en el agua y ver otros que a medio caer se vuelven a levantar y subir y por desconfiar del lance bajan y suben como los martillos del herrero". Escena móvil, paisaje mimado, puro goce del movimiento sin una sola nota de color o de embriaguez contemplativa. Del mismo estilo es la graciosa descripción que hace en el valle de Yucay, no de la belleza natural de este rincón de plácido deleite de los Incas, valle ameno en el que fue a pasar días de regalo el rebelde Hernández Girón, sino del juego elíptico y grácil, que Garcilaso presenció, de un cernícalo persiguiendo a un pajarillo, que logra escapar, al fin, airosamente de los filos aleves de su contendor.

De toda la obra de Garcilaso trasciende la sensación de una pugna, que a través del paisaje y de la historia libran las dos culturas superpuestas en el Perú. Un paisaje vegetal va siendo sustituído lentamente por otro. Es una visión necesariamente melancólica, en la que el maíz es desplazado por el trigo, se talan las viejas arboledas de molles de los Incas que Garcilaso vió caer en el Cuzco, el olivo reemplaza al quishuar, la yunta de bueyes holla el agro sagrado donde se hundió la barreta de oro de Manco y las cruces reemplazan a los ídolos de piedra en las apachetas. En el paisaje de Garcilaso hay diluído el peso de una nostalgia antigua, pero se ve también clarear un albor de epifanía. No es la suya una visión estática, sino que hay en sus cuadros necesidad y ritmo de acción y de movimiento; presencia, en suma, del devenir histórico.

Cobo y el paisaje vegetal.

El Padre jesuíta Bernabé Cobo, que viajó desde los catorce años bajo el sol del Trópico y anduvo durante cincuenta años desde México al Perú, de 1599 a 1650, ocupado en "inquirir y contemplar la naturaleza de estas regiones", probar sus frutos y establecer la correspondencia entre este mundo y el antiguo, ve analíticamente el paisaje con curiosidad y delectación de sabio. Es un gran naturalista, principalmente botánico, y geógrafo. Es el mejor conocedor y descriptor del medio físico, principalmente de los meteoros, de las plantas y de los animales. Es el último cronista y el primer hombre de ciencia del Perú indiano. Su *Historia del Nuevo Mundo* es la primera gran síntesis científica y geográfica del Perú. Es el sucesor de Acosta y el precursor de Raimondi.

Cobo es providencialista y establece secretas vinculaciones entre el paisaje y el destino humano. En el Perú la inteligencia suprema estableció una correlación entre la aspereza de la tierra y la abundancia de minas de oro y plata. Acosta había visto una trasgresión de las leyes divinas en el establecimiento de los españoles en los desolados páramos metalíferos. Cobo piensa que el destino del Perú es minero. El ichu de la puna fue puesto por Dios para que sirviera de combustible a los hornos de fundición. En Pisco el yeso está en las cercanías de las tierras de viñedos, donde se le requiere para el beneficio del vino.

Dotado de un espíritu observador y minucioso, de una gran capacidad objetiva y de una pasión sistemática y clasificadora y siguiendo las huellas de Acosta, con menos genio que este, Cobo ahonda el estudio de la división geográfica del Perú y, particularmente, el de los "temples" de las diversas regiones y su paisaje vegetal, anticipando la geografía botánica de Humboldt. Para Cobo, como para Gar-

cilaso, la tierra del Perú "es seca, pelada, sin árboles ni hierba". "El autor de la Naturaleza trazó la raya divisoria del Perú en Tumbez, al Norte del cual la región es lluviosa, de bosques, truenos y rayos y de temple yunga, y al Sur de ella es de arenales y riscos". "La décima parte de la costa del Perú —dice— es arenales muertos y cerros de rocas y peñas".

El objetivo y el placer de Cobo no son los de describir poéticamente el paisaje, para lo que carece además de dones literarios. Pero su función descriptiva le acerca a una comunión constante con la naturaleza y a cortos raptos de entusiasmo ante sus prodigios, en la descripción de algunas frutas y plantas y de algunos fenómenos físicos, como el de la garúa y las lomas en primavera o del viento en la sierra, las escenas de la pesca en el Callao al regreso de los pescadores en el crepúsculo, el de la vida de los mineros en los oscuros socavones de Potosí o el cuadro apacible de una procesión en una noche serrana de la costa del Perú, sin calor ni frío, en que "el tiempo enjuto y sereno, bien seguro de lluvias, limpio de lodos, la luna llena y el cielo raso y despejado de nublados que impidan su claridad" hace las más alegres y apacibles noches que se pueden pintar".

La naturalidad y sequedad del estilo de Cobo no impiden que nos de impresiones sugeridoras del paisaje de costa, sierra y montaña. Como para Cieza, los valles costeños son para él lugares "de recreo y delicia" y el resto de la tierra es sequísima y "en ella solo crecen cardones y vagan los médanos impulsados por el viento". Los ríos son "el ser y el alma de estos llanos", pues a ellos deben su frescos, su sombra y su abundancia, riegan las huertas y heredades, mueven los molinos y hacen nacer juncales y espesos cañaverales. Cobo es el mejor descriptor de la garúa costeña y del paisaje que ella engendra con su veleidad melancólica de estaciones que rompe el insomne cuadro tropical. El espectáculo de las cordilleras con sus sierras nevadas "de extraña altura" y la revuelta orografía serrana enardecen la pluma del severo escritor quien, a falta de primores literarios y como hombre realista, recurre a imágenes y símiles sacados de la vida cotidiana.

Los cerros de la Cordillera Nevada, ásperos y nevados, le parecen mirados de lejos "una sarta de panes de azúcar" y, siguiendo su genio rústico, cuando se halla frente a la rugosa y atormentada geología del centro del Perú dice que "toda la sierra de en medio es tan tierra doblada y áspera que vista desde algunas cumbres que señorea su contorno parece que está labrada en camellones a manera de los que hacen en las huertas; porque toda está llena de altísimas lomas, cuchilladas y collados y concavidades, quebradas y valles muy hondos y profundos...". El viento es en la sierra tan seco, áspero y desabrido, que deseca notablemente el cerebro y enciende la cólera, por lo que son frecuentes en ella las riñas y los homicidios. La visión de la selva de Cobo, indirecta o apenas entrevista, es menos pesimista que la de los cronistas primitivos. Cobo aclara que tras de las montañas de la cordillera oriental "lo demás es tierra llana" y hay "grandes sabanas sin cerros que atajen la vista". Su rechazo de la selva no es ya integral; sino que da paso a una emoción estética, diciendo que "es mejor para vista de lejos", porque tiene "hermosísima vista" con su eterna verdura.

Los poetas seiscentistas.

Otros viajeros y cronistas del siglo XVI han abordado la descripción del paisaje siempre incidental o estratificado en los moldes revelados por Cieza y Acosta, como el andariego fraile Lizárraga, hipnotizado por la riqueza de Potosí, quien escribe: "Quien no ha visto Potosí no ha visto las Indias"; el comedido capellán del Conde de Monterrey, el clérigo Baltazar Ramírez —quien acentúa la preferencia española por la sierra y dice que es "la gente mas bien poblada y tratada del Perú"—, o el mercader Carletti, florentino curioso de tonos, líneas y sabores, que da las formas y colores de los frutos y descubre una estampa arquetípica del paisaje peruano, la de las noches

lunadas de Paita. La pureza del aire y la reverberación de la luz sobre la arena —escribe—, hacen resplandecer la luna tan límpida y clara que "creo no haberla visto igual en otra parte del mundo".

Son, pues, los cronistas y viajeros del siglo XVI, principalmente Cieza, Acosta, Garcilaso y enseguida Cobo, los reveladores de la fisonomía de la tierra, y los descubridores del paisaje como motivo literario. Los poetas y rimadores vagan en tanto por las regiones prestadas de la mitología o de la bucólica clásica. No sobresalen en la descripción del paisaje, a pesar de breves atisbos, ni Pedro de Oña, ni Diego Mexia de Fernan Gil, ni Juan de Miramontes, ni fray Diego de Hojeda. Oña alaba la templanza del edén limeño y el río deslizándose por entre "urnas sacras de cristal" entre sombríos ramos de verdes cañas. Miramontes entreteje un idilio indígena en la región interandina tropical, al que encuadra en paisaje convencional "en medio del umbroso y verde prado / de yedra y de jazmines rodeado"; y, aunque trata de aclimatar su poesía con algunos nombres botánicos indígenas, es más un poeta coactado por la mitología y que conduce al "carro de Faetón luciente" por senderos de huerto oreado y con rumor de alameda. Riva-Agüero ha hallado en su estudio sobre Hojeda y en la *Cristiada* —la epopeya mística española escrita en Lima—, reminiscencias vagas del invierno limeño, recuerdos de lluvias serranas, de riscos y peñascos andinos, pero que pueden ser reflejos de sus modelos de poesía humanista. En Diego Mexía de Fernán Gil, cuya *Segunda Parte del Parnaso Antártico* fuera descubierta por Riva-Agüero, surge una vena del paisaje romántico, de nostalgia y desencanto ante las ruinas de las grandezas pasadas, eco indiano de las coplas de Manrique y de la *Epístola a Fabio* ("Los bárbaros antiguos que pisaron / la tierra que pisamos los cristianos / ¿a dónde están? ¿a dónde se ausentaron?") y traspira el tedio neblinoso de Lima:

El mes de Julio cuando de pluvioso
velo en Lima y sus valles está el cielo
cubierto y no da luz el cielo hermoso.

Los cronistas de Convento. El horóscopo de Calancha.

En el siglo XVII hay que buscar la literatura paisajista más que en los poetas o cronistas de convento en los viajeros y autores de misceláneas, que es el gusto favorito de la época. Están de moda entonces el deleite por los hechos "curiosos y peregrinos" de fuentes de Juvencio, árboles cuya sombra produce el tabardillo, indios con cola u hombres con cabeza de perro como en Plinio, amazonas montaraces, que alternan con versículos de la Biblia y latines medioevales, como en la *Miscelánea Austral* de Diego de Dávalos y Figueroa y, principalmente, en la selva citómana del *Paraíso en el Nuevo Mundo* de Antonio de León Pinelo. El paisaje en tales libros, si es que algo sobrevive de él entre las nomenclaturas y los textos clásicos, se halla triplemente maniatado por la mitología clásica, el escolasticismo mental y la hipérbole áulica y palaciega.

En los cronistas de convento apenas surgen leves trazos del paisaje que rodea a la urbe mística colonial, huerto cerrado de oración que tiende hacia otro mundo más alto y deseado. El paisaje es apenas como un fondo dorado para las miniadas figuras místicas de la leyenda cristiana. Los cronistas se copian unos a otros los breves pasajes descriptivos, como viñetas decorativas convencionales. Entre ellos la palma de la originalidad se la lleva el cronista agustino fray Agustín de la Calancha, con su *Coronica Moralizada*. Calancha, nacido en Chuquisaca y criado bajo la garúa y las nubes de Lima, es quien conoce mejor el solar nativo de llanos, sierra y Andes, el cielo y sus estrellas y las mutuas influencias entre ambos, que deciden los temperamentos y los ingenios. El define el sino criollo espiritual de cordura, discreción y elegancia, como un mandato telúrico, "Ha sido siempre el Perú de un cielo benévolo, hermoso y claro, de hermosí-

simos celajes y pintados arreboles, mitigando los aires frescos del Sur y los ardientes calores de la Tórrida". Ni el invierno aflige ni el verano apura "en la costa y en la misma sierra "el frío engendra salud y el calor no cría putrefacción". El temple ideal en el escenario peruano es el de las tierras chaupi-yungas, regiones de clima intermedio, ni frías ni calientes, cuyo ideal es Arequipa y también su ciudad natal de la Plata. El signo estelar benévolo del Perú alcanza al mar y al firmamento. El Océano peruviano es llamado Pacífico porque en él "lo proceloso es menos bravo y lo manso es mas quieto, las tempestades pocas y los escollos, bancos o arrecifes moderados". En el cielo, la Cruz del Sur impone su pronóstico dichoso y cristiano. "El Perú —dice Calancha— es la tierra en que más igualdad tienen los días, más templança los tiempos, mas benignidad los ayres, las aguas, el suelo fértil i el cielo amigable luego creará las cosas mas hermosas y las gentes mas benignas y afables que Asia y Europa". En Lima, capital del Virreinato antártico, no se puede distinguir a plebeyos y señores ni por el traje, ni por las maneras. El clima enseña comedimiento y nobleza y "la tierra influye señorío"...

A mas del horóscopo moral Calancha es de los mejores intérpretes del ambiente regalado del paisaje costeño y de sus dos primaveras. El ha descrito con frases engalanadas las lomas y quebradas floridas por la garúa, que "son vistosas florestas de flores campesinas y las que mas descuellan son unas amarillas que llaman amancayes, amarillas o blancas, que son a la forma de nuestras azucenas". Al describir las tardes y noches limeñas, tiene por primera vez en la opaca gama de los cronistas una nota iluminada como ésta: "Las tardes y noches de verano son frescas, claras, apacibles y vense hermosísimos arreboles y pintados celajes y las estrellas descubiertas y muy resplandecientes y con deleitosa claridad la luna". Calancha, como lo notara ya en mi estudio sobre los quipus, es, en la interpretación de los nudos, como en la del paisaje, el introductor de la gama de los colores.

Los poetas del Siglo XVII. Gongorismo y musa patética.

Con menor sinceridad que en los cronistas y viajeros puede hallarse la poesía de la naturaleza en los poetas indianos del siglo XVII, mediocres y convencionales imitadores de Góngora. Si en Góngora, como lo ha precisado Dámaso Alonso, no obstante su excelsa calidad espiritual y poética, el paisaje se halla deformado y estilizado, reducido a escorzos, sonoridades y colores, quintaesenciado en metáforas insignes, en sus imitadores peruanos la oscuridad y el rebuscamiento escamotean casi toda emoción directa y diáfana. El paisaje nativo está interceptado por una maraña de hipérbole y de tropos y momificado en una poética de acertijo y de acróstico. El artificio retórico malogra los frutos de las mejores cepas, como en Ayllón, Valdés, Alesio y los insignes Granja y Peralta, cogidos en las mallas de la cultilatiniparla de la época y confinados a menudo en las cárceles del logogrifo.

Riva-Agüero ha reivindicado, en un estudio crítico enjundioso, la originalidad del estro del Conde de la Granja en los transportes descriptivos de su canto a Santa Rosa. Granja, a fuer de gongorino, apunta Riva-Agüero, es un enamorado de la luz y del color y ha aprisionado en alguno de sus versos algunos matices del paisaje peruano: impresiones de "la discreta y velada campiña limeña" y algo de las ardientes magnificencias ecuatoriales en cuyos océanos de zafiro nacen las concreciones preciosas y en cuyos ríos de brillo metálico se revuelven monstruos y peces irisados. En terso y suave verso endecasilado pinta Granja el edén limeño:

Yace en el polo austral un valle ameno
a quien coronan cerros de esmeralda...
Ni Aquario offende ni Aquilón lastima
ni se oye fulminar al Dios Tonante.
Los jardines que el Rímac fertiliza
Memphis los embidiara en sus primores...

La más espontánea poesía de la naturaleza de estos vates retóricos está, sin embargo, continuando una vena surgida con *El Temblor de Lima* de Oña, en los versos y prosa de otros escritores y es la de cantar el aspecto terrorífico y destructor de la naturaleza. Es la bronca musa de los terremotos y de las erupciones volcánicas, que contrasta con la apacible poesía eclógica del valle ameno, la loma florida o la fértil quebrada andina.

Los viajeros franceses del Siglo XVIII. Le juste milieu y la Utopía.

Las notas más directas sobre el paisaje peruano hay que buscarlas, no en los poetas, sino en los viajeros mercantiles o científicos, principalmente en éstos. El advenimiento de los Borbones determina la llegada de los más aguzados observadores de nuestra realidad, los viajeros franceses desde Feuillée, Frezier, Bachelier, Court de la Blanchardiere o La Barbinais le Gentil, hasta La Condamine, Bougier o Bompland. Frezier percibe de preferencia el ambiente de las ciudades, el comercio, el lujo y la cultura, pero se esmera en dar algunos apuntes descriptivos de plantas y animales, elementos fragmentarios del paisaje. Describe así los árboles y frutos originales: las granadillas, las paltas, las lúcumas, los pacayes, y pepinos, los ñorbos, la coca, el maguey, la zarzaparrilla, la quina, la quinua. De las llamas dice, en una estampa ligera, que "marchan con una gravedad y una majestad admirables, con un paso tan igual que no pueden perturbarlo los golpes de los arrieros". En Frezier subsiste, a pesar de su progenie racionalista, la concepción utopista del siglo XVII: el Perú es comparado con el Paraíso terrestre por la templanza de su clima. El ambiente edénico proviene, a su juicio, de un juego de equilibrio de contrarios: en el meridiano del Perú se produce el *juste milieu* entre el calor y el frío. Y, como señal de un clima pre-romántico a que

invita la naturaleza americana, el viajero medita frente a las costas del Trópico en la felicidad primitiva. "Ils sont plus heureux que les Europeens", escribe. Rousseau y Bernardino de Saint Pierre están a las puertas. El único mal de la tierra son los temblores y, acaso, que la tierra crea molicie e indolencia. Los que llegan de Europa "se vuelven flojos al poco tiempo como los criollos".

El académico francés La Condamine, venido a América a medir un arco del meridiano terrestre en el Ecuador, no se propone describir el paisaje, pero en su camino del Perú al Atlántico por el Amazonas, identifica los árboles, los animales y los habitantes. Descubre para mentes europeas la quina, el cacao silvestre, el caucho. Le interesan los pumas, las tortugas, los cocodrilos, las *yacu-mama* o serpientes de cascabel, los manatíes o vacas marinas, las aves multicolores y, en lo geográfico, las variaciones atmosféricas, el rostro y las costumbres de los indígenas. Por esta familiaridad con la naturaleza, que confina con la emoción del paisaje, acierta sencillamente con imágenes sugeridoras como cuando dice de las lianas de la selva que parecen el "cordaje de un buque", o cuando al descender de las montañas y trasponer el estruendo acústico del Pongo de Manseriche tras del cual surgen los llanos amazónicos, dice que, de ahí adelante, era "agua, verde y nada más". Palabras que dicen llana y sumariamente sobre el paisaje amazónico todo lo que no lograron decir, ahitos de acción y ciegos para el color, los cronistas-soldados del siglo XVI.

Los naturalistas de la Ilustración.

La misma curiosidad de gabinete de historia natural ofrece don Antonio de Ulloa, el compañero de Jorge Juan, no en la descripción administrativa y urbana de su *Viaje*, sino en sus *Noticias Americanas* o *Entretenimientos* de botánico o meteorólogo. El deus ex machina del mundo físico, en pleno afrancesamiento dieciochesco,

no es ya la Providencia, como para Acosta y Cobo, sino la Naturaleza "maestra de los mayores prodigios". Ulloa, que vivió como Gobernador en la inhóspita serranía peruana de Huancavelica, conoce a la perfección la puna y los páramos andinos, los pajonales e ichales, los quinuales de color opaco, verde "oscuro y macilento" y ha visto pasar en ellos a las vicuñas, amigas de su libertad, refractarias a toda carga, con la cabeza siempre levantada con innata elegancia, el cuello en forma de S, o a las llamas "que miran con señorío a un lado y a otro lado como para registrar la campaña". "El sol de la puna —dice Ulloa—, abrasa en lo descubierto y en la sombra hiela". El naturalista español acentúa las diferencias climáticas entre costa y sierra con rigor científico, hasta dividir implacablemente el Perú en dos mitades antagónicas: "el país alto y el país bajo". De la parte alta dice que es "como si fuera otra tierra distinta de la baxa, varía todo allí en tanto grado, que quasi no hay cosa que sea igual del uno con el otro, debiendo ser asi porque variando el clima varian todas las producciones de la tierra". Su rigor sistemático le hace disociar las acciones concordantes de la geografía y de la historia. Pero, pese a su sequedad nativa, recoge algunas imágenes, como las de los auquénidos, los cóndores y las ballenas y, particularmente, la de la lucha en el mar entre las ballenas y los pejes-espadas, que tiene cierta vivacidad y frescura.

Tan sólo retazos de paisaje y anotaciones humorísticas sobre el habitante pueden hallarse en el *Lazarillo de Ciegos Caminantes* del presunto Concolorcorvo, apodo bajo el que se enmascaró el sardónico asturiano don Alonso Carrión de la Bandera, visitador de postas y estafetas en el camino de Buenos Aires a Lima, con ánimo de censura y gula reprimida, en los malos tambos de su itinerario. Concolorcorvo está atento más al paisaje humano y a la algarabía mercantil de las ciudades, que al silencio de las cordilleras, de las que se queja por sus incomodidades, "que rara vez dejan de arrojar granizo y agua helada y algunos vientos tan sutiles que traspasan los cuerpos". El ambiente de la gran arteria comercial sudamericana que

recorre a lomo de mula, está estimado así: "En todo este país encuentran en todos tiempos mis amados caminantes tambos sin puertas, mulas flacas y con muchas mañas, corderos y pollos flacos y huevos con pollos nonatos, porque las buenas indias venden siempre los añejos".

La emoción de la naturaleza no hay que buscarla en los viajeros dieciochescos, escarmentados de incomodidades, sino más bien en el entusiasmo descriptivo de los botánicos que llegan a definir la flora en las expediciones científicas, impulsados por el viento de la Ilustración. Notas de auténtica visión del paisaje surgen de los relatos de los naturalistas Hipólito Ruiz, el presunto Haenke o Bauzá, miembros de la expedición Malaspina, o del gran Humboldt. Ruiz, que penetra al interior del Perú por la región de Huánuco a las vecindades de la selva amazónica, en busca de matas y de árboles, de trofeos vegetales para su herbario, desafiando hambres, aguaceros, cascadas y fragosidades de la tierra, apunta al filo de su aventura botánica un celaje, una cascada "que parece nieve en movimiento", una noche de hielo y escarcha, un camino como el de Ambo a Huánuco perfumado de chirimoyas, naranjos y limoneros, o una encañada del Rímac, que desciende a la costa encajonado entre altas montañas ensordeciendo al viajero con su ruido y cegándole con el húmedo polvo de la garúa. En la *Descripción del Perú* atribuída a Haenke, como en el caso de Ruiz y Pavón el interés botánico proyecta la atención del viajero hacia la inmensa región florestal. Esta es atisbada desde la ceja de montaña en Huánuco y desde la pampa del Sacramento. El maleficio de la selva de los antiguos cronistas parece que se disipa. La *Descripción* pondera "el perpetuo verdor de sus campos (que) alegra el ojo más dormido", la variedad de sus frutos benéficos —la canela, el cacao, la cascarilla, el clavo, la pimienta, la cera—, sus bálsamos y aceites aromáticos, sus resinas e inciensos admirables, las infinitas y vistosas aves que pueblan el aire y las flores olorosas "que llenan la atmósfera de fragancias y suavísimos olores".

Se habla con acento nuevo del "delicioso Pachitea" y del "asombroso río de las Amazonas".

Humboldt, que es el verdadero revelador europeo de la naturaleza de las regiones equinocciales y el creador de la ciencia de la geografía botánica, no aprendió en el Perú, en el que estuvo de paso, la emoción romántica del paisaje. En Venezuela había aprehendido la exuberancia del paisaje tropical y en el Ecuador la majestad de los dombos andinos del Chimborazo y del Cotopaxi, destacando el albor de sus nieves sobre el azul intacto del cielo. Pero su paso por el Perú en 1802 es meteórico. Humboldt transita por el Virreinato peruano en las postrimerías de la dominación española, como Tonapa en los últimos días del Imperio Incaico o Quetzalcoatl en Méjico, como el portador divino de una nueva cultura que trae un mensaje civilizador. En el Perú, como lo demuestra en sus *Cuadros de la naturaleza*, le interesan menos los montes y los ríos, los pajonales que parecen tapices dorados, ya conocidos en otras partes, porque su atención se fija principalmente en los monumentos. El paisaje del Perú respira historia. "Con breves, pero magistrales, pinceladas —dice Riva-Agüero en su ensayo sobre el geógrafo alemán— evoca la pobreza agrícola de nuestras punas, la dorada amarillez y pungente melancolía de sus pajonales, la arisca levedad de las llamas y las vicuñas". Pero ahí, y en algunos apuntes del Cosmos, terminan sus expansiones sobre la naturaleza de "este país nublado del bajo Perú". Humboldt define, en cambio, con su espíritu generalizador, las características del arte incaico y las armoniza con el paisaje. El arte sobrio, escueto, monótono de la arquitectura incaica —cuya fórmula es, para él, sencillez, simetría, solidez— es la expresión del paisaje andino. Es la arquitectura de un pueblo montaraz, encerrado entre roquedales sombríos y con un panorama chato y desnudo de árboles. Los edificios incaicos no le dan como a Ulloa una sensación de suntuosidad y grandeza, sino de absoluta monotonía. El paisaje serrano se cristaliza en ellos.

Unanue: Paisaje y Urbanidad.

El mejor discípulo de la Ilustración europea en el empeño de describir la naturaleza, es el peruano don Hipólito Unanue, el sabio autor de *El Clima de Lima* y de las guías geográficas del Perú. Unanue, a diferencia de los hombres citadinos de su época, confinados tras de las murallas de la ciudad virreinal, vivió en el campo y amó la vida rural. En su hacienda costeña de Cañete, al Sur de Lima, aprendió la poesía humana del paisaje. De joven meditó en ella contemplando como él mismo dice: "la prodigiosa formación de los Andes" y "la riqueza de los valles costeños con sus plantaciones de azúcar", "sus penachos jaspeados de carmín y las verdes praderas que figuran campos de oro y esmeralda en perpetua primavera", en contraste con "el azulado aspecto de las aguas del Océano Pacífico que lo bañan por el ocaso y los áridos cerros que lo ciñen por el Oriente". Este paisaje presidió la vida de Unanue. En él pensó siempre: en los versos a la muerte de su esposa: "Ya no posas ufana / las verdes praderías / de que eras soberana"; y a él volvió como un remanso en su vejez, diciendo: "Tu eres mi asilo, dulce y tranquila soledad de Cañete".

A Unanue le interesa particularmente fijar la influencia del territorio sobre el hombre, como primer objeto de la contemplación de un filósofo. El conocimiento físico del Perú supone el de sus moradores. En su *Descripción del Perú* y en su artículo sobre *Geografía física del Perú*, del Mercurio Peruano de 1791, intenta no sólo describir el escenario natural del Perú, sino quizás hasta pintarlo con ánimo pre-romántico: "¡Oh!, quién tuviera —dice— el pincel divino y enérgico de la naturaleza para dar a sus retratos los coloridos y golpes inimitables con que ella ha hermoseado el original". La nota distintiva del criollo peruano será, sin embargo, la de la emoción patrió-

tica, que asoma a su pluma cuando dice que el Perú "es la obra de más magnificencia que ha creado la naturaleza en la tierra".

Unanue no conoció seguramente la sierra ni la selva, como la mayoría de los costeños de su época. De la sierra dice que "únicamente puede pintarse con las palabras del francés Bourger", miembro de la expedición de La Condamine a Quito. La selva es, también para él, ignota y extraña. A partir de las llanuras amazónicas, dice, "empieza el Perú". Pero, aleccionado por Ruiz y por Haenke, alaba "la portentosa lozanía y hermosura de las producciones" de la ceja de montaña, principalmente de Chanchamayo, Huánuco y Lamas, "parajes privilegiados de la naturaleza". La síntesis peruana definitiva de costa, sierra y montaña, alborea en estas palabras, poseídas de una euforia regional y patriótica. Pero es la costa la región que le atrae y le sugiere dulces imágenes y comparaciones. "Los sitios amenos del Rímac son una región afortunada". Ellos ofrecen "una multitud de arbustos y verdes praderías que ,agitadas dulcemente por el blando sur, emulan las ondulaciones y murmullos con que el Pacífico Océano bate sus riberas". En los valles de la costa todo es placidez y templanza: "a la sombra del plátano y el aromo, entre la fragancia de las flores, los cuadrúpedos mansos (pacen), y nadan en sus atrios los monstruos marinos".

Unanue ha tratado, sobre todo, de fijar la influencia del paisaje sobre el hombre peruano. En su libro *El Clima de Lima,* aunque aparentemente sólo se proponga referirse al clima de la capital o de la costa, hace observaciones de conjunto que alcanzan espiritualmente a todo el Perú. Del examen del medio físico costeño deduce el carácter limeño y hasta el peruano. Confirmando en parte las despectivas tesis de Buffon, halla Unanue una particular languidez en la vida de la costa, que tiene su expresión en el predominio del color amarillo en las principales manifestaciones de la vida: amarillas son las flores de las lomas como el amancae, en las huertas desfallece el carmín de las rosas europeas y adquiere tonos lánguidos, y amarillento es el color de sus habitantes, escasos de glóbulos rojos. Esta

languidez trasciende al orden moral y es índice de inercia y de pereza. Los defectos criollos son la apatía, la inclinación al ocio, la tendencia a la molicie, pero también, la viveza del ingenio, el calor de la imaginación, la propensión artística, la precocidad y la timidez. En esta idiosincracia criolla, favorecida por la influencia debilitante del clima, el indio ha deslizado su melancolía innata. El aborigen del Perú —dice Unanue— tiene "el aire triste, los modales tímidos, los pasos lentos, ama la soledad y los colores sombríos con preferencia a los vivos y relucientes". De él provienen el temor y la tristeza criollas, la inconstancia y la indolencia favorecidas en Lima por el cielo nebuloso. Unanue acierta, en la síntesis final, al afirmar que como una consecuencia de la benignidad del clima, "el buen gusto, la urbanidad y el dulce trato son prendas hereditarias de todos los peruanos".

Los viajeros franceses del Siglo XIX: El paisaje social y humano.

Si el siglo XVI pertenece, en lo relativo a la interpretación de la naturaleza, a los cronistas soldados, el siglo XVII es de los frailes y de los poetas culteranos y el XVIII de los botánicos y naturalistas, el XIX es abarcado íntegramente por los viajeros y por los poetas románticos. En el XVI el paisaje es fondo de la acción, viñeta del heroísmo; en el XVII es mitología y metáfora rutilante; en el XVIII, planta de herbario y un asidero para una filosofía del cosmos. En el siglo XIX el paisaje dejará de ser externo, extraño y adjetivo, para convertirse en una obsesión de color y en una hazaña subjetiva del espíritu.

El descubrimiento del paisaje peruano insinuado por los escritores coloniales, se intensifica en el siglo XIX más por la obra de los viajeros y hombres de ciencia foráneos, con alguna excepción ilustre,

que por la contribución literaria de los poetas y escritores peruanos. La independencia política, al romper las barreras del aislamiento comercial y espiritual de las colonias, da pábulo a la afluencia de toda clase de viandantes y, poco después, bajo el obsesionante predominio cultural de Francia, al trasplante del romanticismo. La literatura de viajes sobre el Perú, sobre todo hacia el interior de él, no prospera sin embargo en proporción al interés de la época por los paisajes exóticos y lejanos. La constitución orográfica del Perú lo impide. Los malos caminos ahuyentan a los viajeros e impiden una serena contemplación. Paul Marcoy compara a los viajeros en la sierra del Perú con las almas pecadoras del Alighieri, que deben atravesar a paso lento zonas purificadoras y círculos fatales antes de alcanzar el reposo.

No cabe en este *Prólogo* un examen exhaustivo de la obra, vasta a pesar de todo, de los viajeros del siglo XIX ni el análisis minucioso de su contribución al hallazgo de una interpretación de la naturaleza peruana. Es larga la lista que va de Humboldt a Raimondi, el coordinador de toda nuestra geografía física y natural, y de ellos sólo cabe destacar algunos nombres significativos.

Por lo general los hombres de ciencia ven un solo trozo de la naturaleza: el de su especialidad profesional. Interesan, por tanto, los que al margen de su acuciosidad científica descubren impresiones subjetivas o algún horizonte humano. Los viajeros franceses son los primeros en transportar la sensibilidad romántica, y con ella su sentido del color, que enriquece la descripción con una paleta llena de tonos y matices insospechados hasta entonces.

El Vizconde de Sartiges, que penetra a la serranía y a la maleza selvática del Apurímac, por senderos de cabras, para sorprender las ruinas misteriosas de Choquequirao, apunta entre nevados y pastizales la magnificencia de contrastes del paisaje peruano y los compara con los contrastes de grandeza y miseria, de actividad inquieta y de indolencia, del habitante andino. La condición detestable de los caminos no le impide ensalzar la extraordinaria belleza de la región cisandina entre sierra y selva: el paisaje entre Soray y Huaquiña le parece "de una hermosura sin igual".

Botmiliau, un Cónsul francés que penetra ocasionalmente a la sierra, cree, juzgando por lo aparente, en el predominio de la civilización española en la costa y el de la indígena en la sierra: pero, encuentra que todas las ciudades del Perú tienen "un aire de familia". El peruano es de carácter pacífico y dulce en todas las regiones. A medida que se penetra en el Perú "el país parece más desnudo y más salvaje". Los cactus espinosos crecen entre las piedras y ningún signo de vida —ni insectos ni pájaros— interrumpe el panorama árido y ardiente. Entre las montañas cortadas a pico, los caminos suspendidos sobre el abismo, sobre el espantoso desorden geológico, brillan en las noches millares de estrellas. "No tenemos en Europa —dice— noches comparables por la limpidez y por la pureza de cielo a estas magníficas noches de la cordillera".

El viajero francés D'Orbigny, el primer antropólogo europeo que viene a estúdiar la raza americana, atraviesa el Sur del Perú y señala el contraste entre la naturaleza europea y la americana. Frente a las cumbres americanas áridas, secas, sin vegetación, extraña "los valles alegres de Suiza o de los Pirineos, que animan y coloran de todos lados, cascadas y abetos de color verde sombrío". La aridez de los cronistas en materia de color, tenía, pues, su raigambre en la desvaída o tenue coloración de la tierra peruana. Los Andes peruanos son tristes, en contraste con la impresionante vegetación de la vertiente oriental amazónica.

Flora Tristán viajera por la misma época, preocupada por una herencia familiar, por el imperio de la moda y las costumbres francesas y por el espectáculo social de las revoluciones, apenas tiene tiempo para ver de reojo el paisaje. Se ocupa más de la toilette de los personajes que de las puestas de sol o los amaneceres andinos. Le desesperan la monotonía y la soledad y estima que el sol y el clima peruanos deprimen el organismo humano. Los peruanos —de los que hace el más desfavorable retrato— se parecen todos al tío que le negó la herencia: son "vanidosos, crédulos, mal hablados e incapaces de firmeza en la acción como de perseverancia en una resolución valerosa".

Apenas si se detiene a describir graciosamente a las llamas, con esa ternura que los amantes de los animales niegan generalmente a los hombres, y a hablar, con irreprimible desprecio, de las "rabonas". En sus mañas de coqueta profesional, la Tristán declara que es nacida en Francia, pero se siente peruana por la sangre paterna y afirma que el corazón de los hombres es más tierno y amante a bordo de los buques, en el período de la navegación. "Vivir es amar", dice esta buscadora de emociones humanas más que de vistas contemplativas, que en el trayecto de Islay a Arequipa no acierta a dar una visión del desierto, atacada de ahogos y desfallecimientos melindrosos.

Max Radiguet, marino y dibujante, recoge los mejores apuntes de la vida limeña en 1843 y también algunas finas notas coloristas sobre los crepúsculos limeños violados o bermejos, destacando la silueta de los campanarios sobre la campiña verde oscuro, o los tonos violentos de los edificios de la Plaza de Lima o los variados tonos de los rostros —negros como el ébano, rojos como el bronce florentino o amarillos como el ámbar— en una jarana criolla. Deben retenerse sus estampas sobre el toque del Angelus en el puente de Lima y sobre la caravana primaveral del Paseo de Amancaes. Las tapias de barro que separan los sembrados, dice en una impresión melancólica del campo costeño, dan la impresión más triste y monótona porque parecen "las ruinas de alguna vasta ciudad destruída por un cataclismo".

Castelnau, el académico, no tiene el mismo sentimiento poético que Radiguet, pero acierta a trasladar ciertas impresiones nítidas. Castelnau se apoya en la geología y en la botánica. Los Andes son para él una zona de extraordinarios contrastes y cambios de paisaje, donde se salta desde los valles cálidos donde se dan los frutos de los Trópicos, a las montañas donde se elevan cactus monstruosos y cirios gigantescos, derechos como cadalsos, o surgen rocas desnudas de pórfido rojo o calcáreas de gris verdusco en las que sólo brotan las criptógamas y el viento furioso sopla por entre los estrechos portachuelos andinos. Castelnau penetra en la selva y halla, como otros viajeros,

que la vertiente oriental será un día la parte más rica de la república. La región, dice, es notablemente bella. "Estábamos rodeados de flores deslumbrantes y las ramas de enormes árboles estaban cubiertas de bellos pájaros con la librea de los trópicos".

Paul Marcoy: el primer colorista romántico.

Junto con Castelnau penetra a la selva del Urubamba y el Ucayali el viajero y dibujante francés Lorenzo Saint Cricq, quien usó para sus relatos de viaje el tono romancesco de las novelas de Verne, o acaso aquellos mismos influyeran sobre éste.

Paul Marcoy, seudónimo del viajero y colaborador de *Le Tour du Monde* es el verdadero introductor del género paisajista en nuestra literatura y acaso uno de sus mejores cultores, aunque no le mencionen ninguno de los historiadores del paisaje y críticos literarios. Marcoy visitó ligeramente la costa, residió en la sierra y penetró a la selva amazónica, recorriéndola desde el Cuzco hasta el Atlántico. Es el primer descriptor de la Amazonía desde el ángulo peruano. Es un viajero con técnica de novelista y un colorista avezado. Es humorístico o irónico, como buen francés. Viaja con su album de dibujos, como casi todos sus compatriotas, y con el pincel pictórico y el literario tratando de sorprender "esos matices insensibles cuyo secreto sólo tiene la paleta del artista divino". Posee, como pintor, los secretos de ignorados colores. En sus descripciones de cielos y arreboles andinos pasa del "rojo incandescente" al anaranjado, al "amarillo pajizo", al verde claro, como en una descripción del río Coñi que serpenteaba "como el reflejo de una hoja de acero herida por el sol". Adiestrado en la escuela de Saint Pierre y de Chateaubriand, es un magnífico y opulento descriptor de la naturaleza, particularmente de la selva y de la región de los valles orientales de los Andes, la que

aparece cubierta como por una "cortina vaporosa de color violeta como la muceta de un Obispo", o como "neblina ligera que reavivan al fondo los glacis azules y plateados de una suavidad incomparable". Marcoy ha descrito costa, sierra y selva con vivacidad y emoción, recogiendo en sus álbums y notas el paisaje vegetal y humano y también sus impresiones subjetivas. En la naturaleza hallaba un conjunto admirable, en que "el pintor encontraba motivos de estudio y el pensador un tema de meditaciones'. En un viaje por la costa del Sur, en que pasó tendido sobre la arena, escuchando el ruido del mar por largas horas, anota "la pureza del aire, la intensidad de la luz, el inalterable azul del mar y del cielo, la falta absoluta de sombra que da al paisaje costeño un no se qué de esplendor triste, de inmensidad cegadora, de implacable serenidad". En los caminos de la sierra descubre colinas. "con verdes reflejos de obsidiana" cuyo encintilar le hace bajar la vista, "lagos de zafiro líquido", villas tristes y tediosas, que "parecen hechas para presidios", y cuestas, llanuras, quebradas y rocas que semejan seres petrificados, círculos de sed, de hambre y de fatiga, en que los viajeros del Perú hostigados alternativamente por el calor y el frío, la escarcha, la nieve y la lluvia, podrían emular a las almas pecadoras del Alighieri atravesando a paso lento zonas purificadoras y círculos fatales antes de alcanzar el reposo. En ella hay sin embargo —gloria del contraste— remansos tan suaves y apacibles como el del valle del Urubamba. De Calcay a Silcay, el paisaje es alegre y pimpante, por que el suelo está tapizado de un musgo "amarillento dorado" o "rubio verdoso", que se armoniza a maravilla con el azul del cielo y da una sensación "de sombra de calma y de frescura", "de soledad y de silencio completos", que las cumbres nevadas ratifican a lo lejos con su silueta grandiosa y severa. Las calidades artísticas de Marcoy se ponen a prueba en su primer libro de viaje a la región de la quina, en la zona de Carabaya, en el que despliega, como ningún otro viajero, sus dones de colorista suntuoso y fino y de descriptor animado de la naturaleza. Esta, que se halla mucho más presente en la selva que en las regiones habitadas, prota-

goniza casi todos los momentos del viaje y embarga al artista en la descripción morosa de la tempestad, el torrente, el calor o la humedad agobiantes, haciendo brotar de su libro una sensación de tierra fresca y mojada, de lluvia y de fango inclemente y con ellos el tufo silvestre de la selva. Por la pluma de Marcoy, que escribe en 1846, asoma antes que por otros ejemplos más tardíos, el alba de nuestro romanticismo literario, de veras identificado con la naturaleza.

Wiener: tristeza de la sierra y el indio.

El último de los viajeros franceses de este ciclo romántico es Charles Wiener, que viene en son de arqueólogo en busca de ruinas y monumentos antiguos, pero que no puede escapar a la emoción del paisaje que encuadra los viejos restos. Wiener recorre costa, sierra y montaña. No tiene la paleta desbordante de Marcoy, pero como buen etnólogo recoge interesantes observaciones sobre la correspondencia entre el paisaje y el hombre. El clima del Perú en costa o sierra lo empuja al *far niente.* El hombre peruano quiere ser empleado, funcionario las más de las veces, militar. El suelo del Perú es de compartimentos escalonados. El paso de la costa a la sierra se realiza bruscamente por una serie de accidentes de la cordillera en forma brutal. El paisaje de la sierra es severo en exceso, pobre de vegetación y sobre todo monótono. Su aspecto sombrío y esmirriado se refleja en el habitante. La naturaleza serrana oprime al hombre, que habla poco y en voz baja, y cuya existencia es "fría y descolorida" como los Andes y cuya felicidad consiste en resignarse al hastío. El indio es sobrio y falto de imaginación, de gran sentido práctico; pero, sobre todo, como reflejo de la indecible monotonía de la puna, es fundamentalmente triste. "El indio —dice— es siempre triste, triste en la iglesia, triste ensillando el caballo, triste acurrucándose en el suelo, triste bebiendo, triste danzando, triste cor-

tejando a su bella. Su canción de amor es un gemido y si alguna vez tiene un rasgo de alegría, busca la melancolía en la fisonomía o en el acento". Los indios de la sierra hablan rara vez, no se quejan nunca, no se detienen jamás en los caminos... No marchan ligero, pero avanzan sin descanso... comen sin detenerse y sólo hacen un alto ligero para beber...". La selva también ahoga al humano poblador. Ese país caliente, "bello con esa belleza salvaje que resiste a la civilización" produce efectos denigrantes: es un "soplo ardiente que enerva las voluntades, ahoga la actividad, engendra la pereza y conduce al estado primitivo, al último escalón de la cultura humana". Los colonos europeos trasladados a la selva degeneran fisiológicamente. El sino del Perú decretado por la naturaleza es fatal: riqueza e indolencia.

Darwin: Cansancio de lo estéril.

Los viajeros ingleses que vinieron al Perú, acaso sintieran la atracción del paisaje con tanta intensidad como los franceses; pero no supieron describirlo con la sensibilidad y finura de estos. Darwin es, acaso, el mejor dotado de ellos en penetración y sutileza de observador, en delicadeza estética y en facultades de escritor; pero resulta exiguo y demasiado conciso junto a las expansiones románticas, el sentido de los matices y la opulencia verbal de Marcoy. Podría decirse, además, que el gran naturalista que llegó al Perú por la vía del Atlántico y Magallanes, había ya ejercitado su vista en la contemplación de las selvas brasileñas y las cordilleras argentinas y chilenas, que describió con deslumbramiento de novedad, y al llegar al Perú, familiarizado ya con la naturaleza americana, experimenta una sensación de cansancio y desaliento. Frente a los Andes chilenos había sentido ya la sensación de la grandiosidad de la naturaleza americana y la rudeza y confusión de sus bases geológicas. Sus elogios

del valle de Quillota, con grandes prados verdes aterciopelados y sus ganados esparcidos en las laderas de los arroyos con encanto pastoril, de la trasparencia del aire en la región andina y su meditación científica sobre el ruido de las piedras que descienden a millares, frotándose unas contra otras en el cauce de los ríos y precipitándose al Océano y que le despiertan en su ánimo con su música salvaje y su marcha implacable la idea de la eternidad. El científico ha agotado su curiosidad en la búsqueda de las capas geológicas y de las conchas fósiles adheridas a ellas, pero con sensibilidad de artista que se solaza anotando el púrpura o el rosa de los granitos, el verde pálido de los quillays sobre los montes o la lava negra de los volcanes (p. 151). La sensación de Darwin al llegar al Perú es de aridez y monotonía extremas. "Me canso —dice— de usar las voces desierto y estéril". Los desiertos peruanos son verdaderos desiertos y los primeros que el viajero ha visto en su vida. "Da lástima —dice— ver brillar el sol constantemente en un país tan estéril". La desolación de este paisaje aparece sublime al principio, pero dura muy poco este sentimiento y tarda muy poco en dejar de interesar. La circunstancia histórica se confabula para producir el hastío del viajero inglés. Este llega en un momento de anarquía —el del motín de Salaverry— y apenas se le permite circular alrededor de Lima y hacer un corto periplo a Casma y Huaraz. El mayor tiempo lo pasó estudiando fósiles en la isla de San Lorenzo. De ahí que halle poco grato el ambiente, el clima de Lima le parezca "menos delicioso de lo que se cuenta", que halle la costa "insalubre y estéril" y apunte: "No acierto a decir si lo que he visto del Perú me ha gustado mucho". "Ningún estado de Sudamérica —dice—, ha sido tan castigado por la anarquía como el Perú desde su declaración de la independencia". En el Brasil había escrito: "Me gusta poco este país donde reina la esclavitud".

Markham y el valle sagrado de los Incas.

El viajero inglés Markham es uno de los mejores pioneros de la geografía y de la historia peruanas. Markham, llegado por tercera vez en 1853, penetró por Ica a la región andina, al Cuzco y a la meseta del Collao y se internó en Carabaya en busca de la quina. De este periplo y de otros siguientes, así como de su intensa labor histórica, arranca su visión integral del Perú geográfico y cultural. En sus libros hay dispersas siempre notas sobrias, pero animadas y vívidas, del paisaje peruano. Ameno y dúctil en el relato, Markham carece de artificios literarios y recurre para reflejar su entusiasmo a la hipérbole. "Se necesitaría ser un perfecto maestro en el arte de la descripción —dice, ante un paisaje serrano— para trasladar su excesiva belleza". "En vano se buscaría en todo el orbe un paisaje de tan encantadora belleza, como el valle sagrado de los Incas".. Se trasluce, sin embargo, su emoción placentera cuando aplica, como Cieza, adjetivos sumarios: al "delicioso valle de Chincheros", al "amable valle de Andahuaylas", al "amable y apacible valle de Uripa". Con su don ameno y sistematizador, claramente didáctico, ha sembrado sus descripciones del paisaje peruano en sus libros de historia, en *Los Incas del Perú* y en *Las posesiones geográficas de los Incas.* Markham ha delimitado, desde el ángulo botánico y orográfico, las regiones antiguas del Perú y definido el paisaje característico de las cuatro regiones incaicas, el Cuntisuyu, el Collasuyu, el Chinchaysuyu y el Antisuyu. Ha descrito la costa, más como geógrafo y naturalista que como paisajista, deteniéndose en los fenómenos característicos, la corriente polar o abismática de Humboldt, la garúa y las plantas características: la yuca, que florece alba en los médanos, los cactus de alto ramaje, el algarrobo "como un tirabuzón gigantesco", las lomas cubiertas de compuestas y crucíferas, el desierto desolado,

paisaje muerto sobre el que sólo se desliza el cóndor majestuoso bogando sosegadamente sobre el viento. Pero su delectación son los valles andinos y entre ellos como un refugio edénico el valle del Urubamba, el valle sagrado de los Incas. Es la tierra dorada de los pajonales, de los ríos encajonándose entre escarpadas laderas flanqueadas de rocas, bordeadas de mazorcas y de árboles frutales, de graderías de cultivos entre abruptas gargantas y encumbradas punas donde crecen el ichu, la tola y la quinua, donde el airoso molle de hojas pennadas exhibe sus racimos de bayas granates, perfuma la cantuta, rumia el silencio el quishuar, cantan el ruiseñor indígena, el checollo, los tuyas y chaynos y deslumbran el camantira polícromo y el ligero quenti o picaflor. La región amena y apacible se encrudece y se agrisa en las altas mesetas en que duermen los grandes lagos poblados de garzas, de muñumas o patos, de ibis negros y en cuyos pastales pacen rebaños de llamas y vicuñas, mientras en lo alto aletea un cóndor como una mancha negra sobre el horizonte. El más grande espectáculo de la sierra es, para Markham, el que producen las borrascas fugitivas que arremolinan sobre las ciénagas bandadas de airones nevados y de negruscos chorlitos, bajo un sol reverberante. El Antisuyu o la selva —que es uno de los primeros europeos en contemplar— despierta por su novedad la facultad descriptiva de Markham. Atravesando los puncus o puertas estrechas de los ríos surge el espectáculo de la tierra cubierta hasta las cimas de lujuriosa vegetación tropical. La vegetación obstruye la vista y deslumbra con su riqueza de colores y de formas. Markham describe la visión radiosa en que destacan los árboles de la quina con sus lucientes hojas de encarnadas venas y de panojas de flores blancas, las sangrientas y olorosas lacinias, la lasiandra de flores purpúreas, los matorrales oscuros, los helechos húmedos y las altas y frágiles palmeras. La montaña —escribe Markham, rebosante de optimismo— es el futuro del Perú.

Squier: El ceño del paisaje peruano.

El viajero norteamericano George E. Squier, viene en son de arqueólogo en pos de las ruinas, con su cámara fotográfica, su compás y su escuadra, pero tiene despierta la sensibilidad para el paisaje, para la observación sociológica y la intuición geográfica. Squier, según su propia afirmación, cruzó la cordillera y los Andes hasta los ríos amazónicos, "durmiendo en rudas chozas a la intemperie, en punas desiertas, cálidos valles y nieves eternas". Su libro *Travels in Peru*, publicado en 1877, tiene para el Perú, además de su valor de anunciación de una ciencia arqueológica, una trascendencia geográfica semejante a la de Cieza en el siglo XVI, Juan y Ulloa en el XVIII o su contemporáneo Raimondi en el XIX. Squier tiene la vista certera y de largo alcance de los grandes coordinadores. Ha sorprendido los detalles al mismo tiempo que las grandes líneas del conjunto. Squier cree en la influencia preponderante del medio físico en el moldeamiento de las características físicas y morales de un pueblo, regidas por el clima y las producciones. En el Perú agobia al hombre la adustez y hostilidad del medio, el ceño del paisaje peruano. Es muy raro —dice— hallar en este país un paisaje sombreado por árboles. La escasez del suelo fértil determina que sea muy escasa su población, que fué exigua en el Imperio Incaico y fué inflada por los cronistas. El paisaje de la costa es repulsivo; rechaza al hombre y la vida. "Es un erial de arena y rocas, el dominio de la muerte y el silencio, sólo roto por los gritos de las aves acuáticas y los aullidos de los lobos marinos que llenan esas aborrecibles e inhospitalarias playas". Es inconcebible, afirma, que los conquistadores españoles no arrojasen sus yelmos y sus armas y no huyesen estremecidos ante la *gran desolación* que surgía ante ellos. La característica general del paisaje del Perú, de costa, sierra y montaña, es

su variedad y grandiosidad. "En ninguna parte del mundo —dice Squier, que se declara viajero antiguo y no dado a sensaciones— la naturaleza asume formas más variadas, imponentes y grandiosas". Los desiertos peruanos son tan áridos y repulsivos como los del Sahara. Sus valles son tan exuberantes como los de Italia. Sus punas son más elevadas que las Montañas Blancas o los Alleghanis. Sus ríos inmensos forman el Amazonas, el mayor caudal fluvial del mundo, y sus lagos son mayores que el San Lorenzo. Los Andes de suyo grandiosos, adquieren en el Perú su mayor volumen y carácter más definido. La sierra es, en su mayor parte, inhóspita y despoblada. Es una vasta oleada terrestre erizada de volcanes y de picos nevados. Hay una masa andina enorme y desierta, "el gran despoblado del Perú", de montes, llanos y valles, tajos, y ríos, que parece estar sobre el resto del mundo, fría y sosegadamente con la lejanía de las estrellas en el invierno. En ese paisaje desolado, el viajero contempla fuera de su mundo habitual las vicuñas silenciosas y errantes, que miran con los grandes ojos acuosos y asombrados; la llama escurridiza; el cóndor volando en círculos por las alturas o precipitándose hacia él como una amenaza; las nubes blancas, que surgen de los llanos del Brasil y que, al no poder pasar las nevadas barreras, se precipitan y deshacen; el puro azul del cielo y el penoso silencio. En medio de estos desiertos inhabitables y de estos laberintos de punas desoladas y frías por las que sólo trafican las vicuñas por senderos de nieve, surgen como oasis los valles costeños o las "hoyadas" andinas, refugios de verdor y tibio ambiente, en los que ha anidado la civilización peruana.

"El Perú" de Raimondi.

La máxima lección geográfica la da, sin embargo, el gran viajero italiano Antonio Raimondi con su obra *El Perú*, publicada en 1874. Raimondi recorrió a pie y a lomo de mula el territorio peruano en

periplos constantes a las zonas más abruptas o ignotas. Es el revelador científico de las riquezas naturales del Perú enunciadas por Cieza, Acosta y Cobo en el siglo XVI y por los naturalistas del siglo XVIII. El analiza y describe, en términos científicos del siglo XIX, los minerales de Hualgayoc y de Cerro de Pasco, las aguas termales de Yura, las salinas de Huacho, el oro de Carabaya, el nitrato de Tarapacá y la enorme y hasta entonces mitológica riqueza de la región amazónica peruana. A Raimondi le preocupan principalmente los minerales y las plantas, sobre todo éstas y, particularmente, la vegetación tropical. Su vocación viajera nació frente a un enorme *cactus peruvianis* en el Jardín Botánico de Milán. Su obsesión fue la de describir y caracterizar la naturaleza virgen no alterada por la huella del hombre. Su primer viaje dentro del Perú fue, por eso, a Chanchamayo. En Tarma, la "hermosa y verde campiña —dice— me hizo recordar a mi patria". Pero su impulso científico le llevaba más lejos. En ésta y en sucesivas veces se hundió, a riesgo de su vida, en la trocha selvática o en la correntada de los ríos amazónicos para palpar y describir las maravillas del reino vegetal. La primera vez que se halló en "la atmósfera tibia, cargada de humedad que hace germinar las infinitas esporas de criptógamas diseminadas en el aire y hace que se cubran todos los cuerpos de una verde alfombra", se detuvo extático. Le pareció hallarse, bajo la bóveda sombreada de los árboles que no traspasa la luz del sol, en "el laboratorio de la vida vegetal" y ver surgir del verde follaje a la virgen naturaleza en forma humana, modelando las delicadas hojas de los helechos o las orquídeas. "Me parecía —dice el viajero— no tener ojos suficientes para verlo todo". Como las plantas, le interesan los animales y, particularmente, los insectos enemigos declarados del naturalista, y los minerales. Por todo el territorio del Perú, buscaría entre las revueltas formaciones geológicas, la regularidad de las grandes transformaciones cósmicas y en cada viaje reconstruiría, como él mismo dice, "algún eslabón más de la gran cadena".

No hay, posiblemente, región del Perú que no fuera visitada por Raimondi, con su carga de teodolitos y barómetros, y descrita luego

científicamente en su libro *El Perú* y en sus vastos cuadernos de *Notas de Viaje e Itinerarios,* fragmentariamente publicados hasta hoy. Raimondi es, pues, esencialmente un geógrafo, a quien la necesidad objetiva y la sobriedad característica del hombre de ciencia coacta el vuelo de la imaginación y el desborde romántico literario. Sus impresiones sobre el paisaje son, por esto, parcas y tímidas; pero dejan, a veces, olvidando el quehacer barométrico o herbolario, dar paso a la emoción subjetiva, sobre todo cuando traspone algún límite orográfico o vegetal y contempla algún inmenso panorama desde alguna de las ventanas providenciales, como él mismo las llama, que permiten ver desde la abrupta barrera de la cordillera la vastedad inmensa y frondosa de la floresta amazónica. Algunas de estas impresiones sobrepasan la fría trascripción del inventariador científico y provocan un trance romántico. Así, la emoción que trascribe de una tarde, después de la tempestad, viendo junto al atrio de la Iglesia de Huarinaca, en la línea divisoria de las vertientes occidental y oriental, como las aguas regidas por una mano invisible corrían por los tejados del templo hacia un lado y a otro, para ir hacia los dos Océanos, Atlántico y Pacífico. Otra vez como en el valle del Chira en Piura, al trasponer el límite estéril del arenal y hallar tras de tanta aridez las márgenes frondosas del río y su suave corriente deslizándose por entre chacras verdes de sembríos, tupidos platanales y esbeltas y elegantes palmeras. O será su visión favorita de la selva desde el elevado caserío de Quitanquitan en que, desde el tambo cubierto de nieve, se contempla toda la región de los bosques envueltos para el espectador como por "un océano vaporoso" en el cual se descubren algunos islotes formados por las cumbres borrosas de los cerros".

El naturalista se deleita comprobando, a cada paso, en el cambiante territorio peruano, estas transiciones de clima y de panorama que él va lúcidamente comprobando en la escala vegetal. Cuando desciende de la nieve eterna que corona los picos de la cordillera hasta la cálida y húmeda región de la montaña cubierta de vegetación, va

anotando como los líquenes que cubren como manchas las áridas peñas son reemplazados por secas gramíneas, aparecen enseguida pequeñas matas, luego arbustos, arbolillos y por último árboles. Llegado ya a la región de los "ansiados bosques", ve con placer las "soñadas palmeras" y contempla con admiración "los gigantes y vetustos árboles, verdaderos colosos del reino vegetal". A veces, su emoción de naturalista no necesita sino de una cifra para comunicar su pathos científico, como cuando escribe que se halla en Ananea, a 5.210 m. sobre el nivel del mar, en el punto habitado más alto del mundo.

Raimondi es sobre todo, a pesar de su parsimonia literaria, el revelador científico del esplendor del mundo vegetal de la floresta peruana, descrita antes románticamente por el peruano Palacios y Valdés y por el francés Marcoy. Y como leal amigo y conocedor de la selva, Raimondi es de los primeros en desvanecer el mito maléfico de esta que arrancaba de Incas y conquistadores. La "montaña brava" de plantas ponzoñosas y de miasmas enfermizos, deja de serlo, para convertirse en el Oriente peruano abierto al esfuerzo humano de pioneros y exploradores. "Aunque se haya hablado desfavorablemente del clima de la Montaña —dice Raimondi, con la voz convincente del ejemplo—, puedo, por el contrario, asegurar que es uno de los mejores". La ciencia ha desvanecido la niebla de los mitos y establecido un nuevo y diáfano horizonte humano.

Los poetas neo-clásicos: Melgar y Olmedo: el culto de las cumbres.

Mientras los viajeros se internaban en el territorio a padecer realmente el Perú, los poetas civiles cantaban desde la ciudad, en los días de la independencia, a la naturaleza en odas virgilianas o en silvas descriptivas inspiradas en el ejemplo del canto a *La Agricultura de la Zona Tórrida* de don Andrés Bello. La corriente neo-clásica ameri-

cana, anterior y posterior a la independencia, intenta una poesía descriptiva, que, por hallarse saturada de las investigaciones botánicas del siglo XVIII, deriva en catálogo vegetal y en ejercicio de jardinería. La naturaleza auténtica de América, colosal y virgen, de selvas y cordilleras, está ausente y lejana de las estrofas de estos bardos civiles que pocas veces la han contemplado de cerca. La circunstancia histórica aleja, también, a los vates de una comunión con el paisaje. En pleno período de efervescencia insurgente, de anhelo cívico patriótico, resulta ociosa la actitud contemplativa o de evasión rústica. En ningún poeta como en Mariano Melgar, el próximo rebelde y mártir de Humachiri (1814), se reflejará con mayor sinceridad esta lucha entre el impulso poético por seguir las huellas de los Batilos dieciochescos y copiar su alabanza de prados, fuentes y rebaños, y el deber cívico que les arrastra a la lucha. Ambos impulsos le reclaman y le obseden. En la *Oda al Autor del Mar* le atrae, más que la inmensa majestad del Océano en que se refleja la grandeza del Creador, el espectáculo de la diaria y tremenda pugna de las olas contra el continente, "el eterno hervidero", "su incesante guerra", el duelo del mar contra la roca, imagen de su vida, que el poeta desearía ver llegar al borde de la blanca orilla del amor y, arrastrándose por la arena, besar humilde su cadena. Pero es otro el destino de la hora y el del lírico criollo. Y este ha de erguir el tono en su *Oda a la Libertad*, para clamar por que el indio y el criollo sabio gobiernen y los Incas sepultados "salten de su tumba alborozados" como en el próximo canto de Olmedo, a gozar de la libertad. Y lo que le mata al fin, no es el desdén de Silvia, sino su arrebato insurgente por la patria. Riva-Agüero ha anotado con acierto que Melgar importa un destello nuevo en la engolada y académica musa colonial peruana, y es el de la tristeza, gaje atávico que asciende del paisaje humano oprimido de su "oscuro país" y se inserta perdurablemente en sus yaravíes, poesía telúrica pura, a pesar de su desvinculación aparente con la naturaleza.

El estro neo-clásico de la independencia tiene su máximo representante en Olmedo. Este vacila también, desde su juventud, entre la

flauta rústica y la trompa sonora a lo Quintana y lo Gallegos. En sus primeras composiciones aborda temas naturistas como en *El Arbol*, imitación de Pope, y descubre su vena bucólica. Cuando escribe sus cantos épicos y trata de reflejar las grandes alegrías multánimes de la independencia, no puede dejar de asociar la naturaleza a la decisiva victoria humana. En el *Canto a Junín*, pone a los Andes —"las estupendas moles sentadas sobre bases de oro", que la tierra equilibran— como testigos y heraldos eternos de la inmensa hazaña:

Ellos, burlando
de ajena envidia y del protervo tiempo
la furia y el poder, serán eternos
de libertad y de victoria heraldos.

En el *Canto a Flores*, el vencedor de la contienda civil de Miñarica, también invoca el poderoso y constante símbolo de las cumbres vernáculas cuando dirigiéndose al Chimborazo dice con magnífico advocativo:

¡Rey de los Andes, la ardua frente inclina
que pasa el vencedor!

En Olmedo, apaciguada la brega revolucionaria, triunfa al fin el sosegado sentimiento de la naturaleza que él reclama al fin del *Canto a Junín*, como el numen adecuado a su temperamento, cuando dice en estrofas pares a las de Bello:

Yo volveré a mi flauta conocida,
Libre vagando por el bosque umbrío,
De naranjos y opacos tamarindos.
O entre el Rosal pintado y oloroso
Que matiza la margen de mi río
O entre risueños campos do en pomposo
Trono piramidal y alta corona
La piña ostenta el cetro de Pomona.

Los Andes son —tanto en el caso de Olmedo, como en el de otros autores de Odas cívicas, a la Independencia o a los héroes de la victoria militar— los motivos naturales que se mezclan a la gesta épica. Las cumbres andinas son modelos y acicates de libertad y de rebeldía. En los versos de Olmedo los volcanes vomitan fuego contra los tiranos, como en Colombia Miguel Antonio Caro pediría el furor de los volcanes contra los déspotas. Un sentimiento de la naturaleza convencional imitada de los pre-románticos españoles, recorre las odas libertarias de vates que han logrado sacudir las cadenas del absolutismo político, pero no las de la imitación poética en la que siguen siendo galeotes. Así ocurre en las *Odas* de Don Benito Laso a la Soledad (1815), en la de M. López Lissón *A la victoria de Ayacucho* (1825), en el *Vaticinio* de José Pérez de Vargas (1826) y aún en la *Epístola a Próspero* de José María Pando (1826). El culto de las montañas, a la manera temerosa de los primeros cronistas, se reencarna en la *Oda al Misti* de don Miguel del Carpio (1832), convencional y retórica, en que describe a este "enhiesto y soberano" ante los vientos, a la vez que exhibe sus "canas sienes", se siente intimidado ante sus "iras horribles", su "fiero aspecto" y su "majestad que espanta" y retira la vista de él porque le asusta. También refleja el mismo tópico la más cercana poesía del geógrafo don Mateo Paz Soldán a la cumbre del contorno doméstico en su *Oda al Tutupaca* (1832), en que predomina la misma interpretación siniestra ante el "terrible Tutupaca" ante cuyo "mirar sañudo y frío" el poeta tiembla, le pide que aplaque su ira como a un dios irritado y, en pleno burocratismo poético republicano, le llama: "Oh, monte imponderable / Ministro justiciero del Eterno".

Pardo y Aliaga: Poesía didascálica y costumbrismo.

En don Felipe Pardo y Aliaga y en su hermano José, tildado el primero de europeizante e ignorado casi el segundo por las historias literarias, hay, dentro del gusto clásico en boga, algunos atisbos de una poesía rural peruana al estilo de Bello, amigo y cófrade literario de Pardo en Chile. En las octavas de Pardo tituladas *El Perú* se hallará una descripción elegante y discreta, sin exuberancia ni pompa tropical, "sin colores vivos" como lo anota Riva-Agüero, de las plantas y los frutos peruanos. Pardo, el extranjerizante, es de los primeros en tratar de describir poéticamente los productos vernáculos: el algodón, el caucho, la caña jugosa y gigante, el cacao "rey de los néctares", la vid, la tuna, la sandía, "los aromáticos melones", la palta, la lúcuma, la frutilla esparcida en el otero cual "perfumada alfombra de escarlata", el plátano, la piña, la naranja, la guayaba y la chirimoya exquisita, que es "el más rico florón de la diadema de Pomona". Pardo, con instinto poético, exalta la naturaleza amazónica "que en el oriente nuestro linde esmalta", "edén suntuoso" apenas conocido por los peruanos de su época, e imagina los "árboles de titánica estatura / dosel cada uno de una tribu entera", las plantas de mil variados colores "y que ciñen riquísimas coronas / a la sien imperial del Amazonas". La nota más directa y sincera es, sin embargo, la que recoge la benignidad del paisaje peruano:

Dios puertos nos abrió, donde violenta
Nunca su furia el huracán ensaya,
Donde triste naufragio no amedrenta
Al morador de la tranquila playa;
Donde, al abrigo de feroz tormenta,
Ser rechaza el barómetro atalaya,
Como exigiendo, al verse en mar tan manso,
Su vigilante actividad descanso.

Este mismo afán de arraigar la poesía en la tierra, aunque fuera en la nomenclatura, aparece también, bajo el mismo signo de cultura clásica, en José Pardo y Aliaga, quien en su *Oda a la Independencia de América* desliza alusiones a los Andes peruanos y chilenos, que enmarcan ya un pequeño cuadro con emoción rústica original:

Brota de entre las peñas manso arroyo
Y en sus cristales baña
Plátanos, cocotero, chirimoyo
Y dulcísima caña.

Su indomable altivez el potro aplaca
Cuando sus aguas bebe,
Mientras que a la vicuña y a la alpaca
Solaz presta la nieve.

Don Felipe Pardo nos dió, además, otra lección de nacionalismo artístico precisamente a base de su formación clásica y de su europeísmo literario. Este presunto Niño Goyito, limeño y aristócrata, fue de los pocos peruanos civiles de la época que penetró dos veces a la sierra, conoció el Cuzco y vivió en él, adentrándose en una visión integral del Perú que reflejó en sus famosas octavas. Pero, además, fue el iniciador del género costumbrista peruano, que es también una forma de proyección social y artística del medio físico regional y de plasmación humana del paisaje.

El primer viajero romántico peruano: Valdez y Palacios.

Como a un verdadero precursor del romanticismo peruano y descubridor del paisaje de la selva, anterior a los franceses Castelnau y Marcoy, hay que considerar a un escritor cuzqueño ignorado por nuestros críticos y cuyo viaje de prófugo político por las selvas del Urubamba, Ucayali y Amazonas hasta el Brasil, es una primicia literaria sobre la naturaleza peruana. El nombre del romántico prematuro, es

José Manuel Valdez y Palacios, quien en 1846 publicó en Río de Janeiro, en portugués, su *Viagem da cidades de Cuzco a de Belem no grao Pará pelos rios Vilcamayo, Ucayali e Amazonas pelo Dr. Jose Manuel Valdes e Palacios* (Río de Janeiro, 1846). Por los nombres Valdés y Palacios, debía estar vinculado a la aristocracia intelectual del Cuzco, a Antonio Valdez, autor del *Ollantay* y a José Palacios, el culto autor del *Museo Erudito* del Cuzco en 1837. Valdez y Palacios, que ostenta el título de Doctor, seguramente obtenido en el Cuzco, debió haber viajado por Europa, por las comparaciones que hace del paisaje del valle del Urubamba con las montañas suizas y por algunos galicismos personalísimos en el lenguaje. Es, pues, un introductor del morbus romántico francés, que confirma la preponderancia de esta influencia en nuestro siglo.

Valdez y Palacios se ve obligado a salir del Cuzco en 1843 por las extorsiones que allí cometió el general San Román después de abandonar la causa de Vivanco. Valdez era, a fuer de intelectual, partidario del caudillo de la Regeneración. Perseguido en el Cuzco, su tierra natal, por una soldadesca desenfrenada y ávida de sangre —"turba de vándalos", que asaltó su casa—, se refugió en el valle del Urubamba, donde los Valdez tenían vastas posesiones; pero hasta allí le amenaza el rencor partidista y tiene que huir traspasando cordilleras y glaciares, llegando a alturas que no alcanzaron Humboldt ni Ulloa, y embarcarse en las márgenes agrestes y salvajes del Urubamba. Valdez viaja agobiado por el destierro y la persecución, con un guía y un hijo pequeño, corriendo graves riesgos ante las tribus bárbaras de la región. Sus apuntes de viaje reflejan en primer término su nostalgia del paisaje natal, principalmente el del valle del Urubamba, y después su asombro ante la naturaleza amazónica, absolutamente desconocida para sus contemporáneos, y que le "enlevan" el alma, y ante el hombre amazónico a quien considera el "hombre de la creación", el paradigma humano del Emilio "cuyas costumbres —dice— en vano se esforzarán en indagar los filósofos en el silencio de sus gabinetes".

Valdez y Palacios se enorgullece de la belleza del paisaje peruano y dice que América está todavía virgen y que "todavía no ha sido vista por los europeos en sus sitios más bellos y misteriosos. Pero entre todas las visiones de sierra y selva, ha obrado sobre todo la visión familiar del valle del Urubamba, "verdadero paraíso humano en la primavera", más bello que la campiña suiza, con sus quintas de maravilla, fuentes de mármol envueltas en jardines, océanos de verdura matizados de infinitos colores, "diluvio de iris", por entre los que pasa el Vilcanota como una cinta verde sinuosamente extendida o a manera de una "serpiente" en una "atmósfera de azul y oro". La vida de la hacienda peruana en esos recónditos parajes andinos, solaza al viajero que describe emocionado las costumbres patriarcales de la región, los regalados usos domésticos, las comidas, las danzas, el ardor alegre de la zamacueca y la nostalgia del yaraví.

En Ollantaytambo le detiene la dilucidación de la leyenda de Cusi Coyllur, cuyo relato primigenio recoge, y se interna hacia la selva. Después de Ollantaytambo, dice, comienza nuevamente la aridez de los Andes. Las faldas de los montes "son melancólicas, ora negras, ora pardas" y van deslizándose a la vera del río los oteros de paja amarillenta, de aspecto sombrío y monótono. Desde Cocabambilla donde se despide de los buenos religiosos misioneros en contraste con sus perseguidores, ve perderse los naranjos de la estancia misionera con sus globos de oro, y se interna en el mundo virgen de la selva. "El viajero —dice— camina envuelto en sombra", y "la lluvia no cesa un instante en esas terribles y solitarias regiones". La canoa del desterrado cruza entre "la vegetación mágica" sobre "el trasparente topacio de las aguas", exaltando la riqueza de las plantas vernáculas, la coca, el cacao, el tabaco. Romántico auténtico, Valdez y Palacios asocia a la naturaleza a sus congojas patrióticas y en el valle del Urubamba se duele de que en un clima donde todo respira armonía y paz "las pasiones han colocado su trono y donde el despotismo y la tiranía han extendido su lúgubre manto". El pesimismo criollo ante el barullo republicano se encarna en Valdez y Palacios, con el mis-

mo acento que en Vigil, Pardo y Aliaga o Pruvonena, para condensarse en la imprecación a la República y a sus compatriotas inertes e indolentes, en la que se desliza una concepción rusoniana que exalta las virtudes del hombre salvaje frente a los vicios del civilizado: "Y tus cobardes habitantes —dice— se arrastran hoy desde la cuna a la tumba, esclavos de sátrapas fratricidas tan sordos a la voz de la compasión como orgullosos de sus crímenes, esclavos manchados con todo lo que humilla a los hombres, con categoría de brutos o careciendo del mérito de una virtud salvaje sin tener el instinto de la libertad y del valor".

A Valdez y Palacios, absolutamente ignorado en nuestros repertorios literarios, puede considerársele como el primer viajero romántico peruano y el descubridor del paisaje de la ceja de montaña y de la selva, que más tarde poetizarían Amézaga y Chocano.

El ausentismo romántico.
Poesía de revoluciones y destierros.

El advenimiento del romanticismo en el Perú con los anticipos de interpretación del paisaje peruano que hemos señalado, no significó pues una innovación, sino un cambio de tono y un grado mayor de intensidad. En la visión romántica lo esencial no es la naturaleza sino el estado de ánimo del poeta, su reacción subjetiva ante el paisaje. Esto es lo que escasea, por lo general, en los poetas románticos peruanos exotistas y lejanistas ausentes de su tierra, confinados morales en sus prisiones urbanas y que conocían apenas los términos de su ciudad natal. Ningún poeta romántico penetró como Pardo el limeño a la sierra, ni como el cuzqueño Valdez y Palacios a la selva amazónica, sino que se contentaron con los tópicos sobre la naturaleza de las viejas crónicas o de las descripciones geográfi-

cas del Setecientos. Lo dijo bien Manuel Nicolás Corpancho, que trató de cantar la naturaleza americana en sus *Armonías del Trópico*:

Aún no he mirado el cuadro
feliz del Nuevo Mundo,
sus prados y desiertos
de aspecto original.
Cuando ese teatro cruce,
de inspiración fecunda,
será mi poesía
veraz, tradicional.
. . . . . .
Acaso logre un día
mirar la cordillera,
los ricos monumentos
que alzara Manco al sol...

He ahí confesada la inercia viajera y el desmayo criollo ante la naturaleza madre. Se recurrió entonces al tópico y a la imitación. Se decoró las creaciones poéticas con una retórica convencional y prestada, un sedimento clásico o gongorino, de cielos de zafiro, campos de esmeralda, aves canoras y arroyos transparentes, que reflejaban el paisaje dosificado de Europa. Hubo necesidad de trasplantar los cipreses de Musset para llorar bajo su sombra o colmar de lágrimas un lago lamartiniano para ver reflejarse en su fondo la imagen de la amada en un rayo de luna. Es el escenario favorito de las *Cartas a un Angel* de Salaverry o de las quejas de Cisneros, Althaus o Marquez. La mayoría de los poetas románticos limeños cantó al mar y a la tempestad, motivos de emoción infinita y romántica, atemperados en nuestro medio por la índole pacífica del Océano. Entre esa poesía de remedo y fingimiento pudo darse, sin embargo, una nota común sincera y directa y fue el arresto cívico de los poetas. Como los neo-clásicos, los románticos asocian a la naturaleza a su ansia de libertad. En sus odas gratulatorias o de blasfemia contra los caudillos, invocan en su auxilio a mares y volcanes. En esta poesía alternativa de revoluciones y destierros, los poetas añoran el patrio

suelo y, a veces, aciertan a dar una nota auténtica al evocar desde la extraña tierra el horizonte vernáculo. Es el quejido veraz de Palma, que en una pincelada inspirada revive los crepúsculos limeños:

Parto, ¡oh patria!, desterrado
De tu cielo arrebolado
Mis miradas van en pos.

El paisaje aparece, pues, como una forma del amor a la libertad. Podría decirse más: que el paisaje exige libertad y que se duele de las tiranías como el hombre avasallado. En Venecia —oprimida por la dominación austriaca— Palma, peregrino romántico, declara: "Y al cruzar sus canales con mi góndola / un cementerio me parece ver". La naturaleza se siente ajada por el déspota vil, como anuncia la canción chilena. Fuera de este sentimiento ardoroso y vital, infalsificable, lo demás es tópico y ripio importados.

El romanticismo es así una moda o una epidemia cuyos orígenes se ha rastreado en las influencias externas traídas por bardos errabundos o proscritos como el español Velarde, que importó —según lo apuntó Riva-Agüero en el *Carácter de la Literatura*— un nuevo escalofrío, la emoción subjetiva del paisaje y la brillantez del colorido para pintar la naturaleza tropical, y por Mármol, que es en realidad el suscitador de la vena libertaria política contra cárceles y cadenas. En lo del hallazgo de la naturaleza tropical, le llevaban delantera a Velarde el francés Marcoy y el peruano Valdez y Palacios, aunque fueran casi totalmente ignorados de sus contemporáneos.

Los esfuerzos de la mayoría de nuestros románticos de recoger el efluvio de la naturaleza peruana fueron frustrados. Corpancho intenta vagamente una nota apacible de reposo costeño en *La hamaca del jardín* y en *La Estrella de la tarde.* Salaverry y Márquez se hunden en la poesía filosófica intemporal e inespacial; Cisneros acierta en el pequeño cuadro del véspero limeño en la Alameda de los Descalzos, mientras Gonzales Prada, el fiero sicambrio renovador, canta "la soledad querida y el agreste monte y escondido" con acen-

to aprendido a Fray Luis, y busca reparo a su fatiga en pleno ausentismo vegetal, a la sombra de los "tilos" y de "encina de años ciento que el bosque señorea". Entre las escasas notas de tímido balbuceo puede señalarse los versos de Constantino Carrasco a los frutos del reino vegetal, a la manera de Bello, como su *Silva al árbol de la quina* y su soneto al Amancae; algunos conatos descriptivos de Althaus de plantas y de frutos, al estilo de Pardo; y algunos pasajeros rasgos de acierto de poetas menores como Juan Arguedas Prada y Manuel Castillo. El primero, en su *Canto a Moquegua*, da con inesperada sencillez una impresión del cuadro rústico del valle costeño a la vera del río:

En la mitad de su curso
Mezclan su humor en un lecho
Cuyas márgenes decoran
Amparando los viñedos
La esbelta y cimbrante caña
Que se agita en grupos densos,
El ancho higueral umbroso,
El sauce gallardo enhiesto,
El molle enano y robusto
Y el pisonay altanero,
Que ostenta en su erguida copa
Vistoso florón bermejo.

Manuel del Castillo, otro poeta sin pulimentos de escuela, cantó también a la blanca ciudad mistiana con énfasis regional y romántico, en el que asoman, entre tópicos de época, algunas emociones directas y la típica asociación romántica de naturaleza y libertad:

Y cante la ternura de la quena
Las lindas flores que tu campo esmaltan,
El rumor vago de tu manso río,
El azul de tus vírgenes montañas,
Tu limpio cielo, tu volcán soberbio,
A cuyas anchas y tendidas faldas
Te posas tú, cual águila altanera,
Que tiene un porvenir en la mirada.

Jnan de Arona y la poesía chola del arenal costeño.

El primer cantor original de la naturaleza peruana, sincero y directo, es Pedro Paz Soldán y Unanue, que escribió bajo el seudónimo campestre de Juan de Arona, asociando a su obra literaria el nombre de la hacienda familiar en Cañete.. Juan de Arona convivió con la naturaleza desde niño, en la estancia costeña de sus padres, entre cañaverales y sauces junto al mar y al lóbrego arenal. Así gustaba, niño o adolescente, reposar bajo la sombra del huayro, "conversar con los árboles y el agua", escuchar el canto del julipio escondido entre las matas, ver en "la floridez eterna de su huerta" las campanillas de color jacinto, las doradas capuchinas, y al blanco suche, extendiendo "su follaje cano y espolvoreado de oro el seno, llorar sus lágrimas puras como blanca leche".

Como a buen romántico, es a los veinte años, en Europa, donde le aquejan "los apasionados recuerdos de la patria" y donde bosqueja los cantos de su obsesionada poesía nativista. En Sevilla y en el Cairo recuerda los balcones de Lima, en el Egipto añora el arenal costeño y en Damasco un tropel de árboles sobre el panorama yermo le despierta la visión de "los vivos y espesos bosques de la rinconada de Mala". Así nacen fuera y lejos del Perú —en auténtica posición lejanista y romántica"— los versos criollos y regionalistas de *Ruinas* (París, 1863) y de *Cuadros y Episodios Peruanos* (Lima, 1867) que es su continuación, y que contienen la primera descripción poética de la costa peruana. En estas églogas cañetanas Juan de Arona se propone describir, con "procedimientos esencialmente virgilianos" según Riva-Agüero, o más bien, según sus propias palabras, "pintar" la naturaleza y también "pintar las costumbres", demostrando que paisajismo y costumbrismo van generalmente cogidos de las

manos. En sus primeros versos alternan, por esto, con frecuencia prosaísta, paisaje y jarana, romanticismo y pisqueo, y se matiza la yerma monotonía del arenal con rasgueos de guitarra y, a falta de rayos y truenos, con el relampagueo de fajines en la bolina del tambo mestizo.

A los veinte años Juan de Arona —lector precoz de Delille y de Thompson, clasicista nato y futuro traductor de las *Geórgicas*— proclama la auténtica técnica romántica del paisaje en los versos casi infantiles de *Ruinas*. Sólo el poeta puede sorprender los mudos signos de las cosas inertes y descifrar, como proyecciones de su espíritu, el alma apasionada de la roca, la ternura del sol, el sueño de la fuente en la floresta o la canción repetida por el "follaje trémulo del sauce". El subjetivismo romántico va a combinarse, sin embargo, en Arona con sus lecturas clásicas, sus propensiones científicas de ornitólogo o lingüista, su genio rebelde y montaraz y, particularmente, su cáustico y sarcástico temperamento.

Juan de Arona intenta en el Perú el género descriptivo puro. Es el gran revelador del paisaje de la costa, de arenales y médanos, de follaje verde y polvoriento y de cerros color de malva. Pero se le ha reprochado que mezclara sus descripciones con recuerdos personales, pinturas de personajes caricaturescos y esos prosaísmos y barbarismos de lenguaje que desembocan airosamente en su *Diccionario de Peruanismos*. Todo ello se adecúa dentro de la personalidad arbitraria de Paz Soldán y constituye la originalidad y la fuerza de su poesía, directa, descarnada y veraz, con aciertos de artífice clásico en las definiciones primorosas de plantas o de frutos, rasgos de humorismo criollo y, al fin y al cabo, esencialmente peruana en fondo y forma.

La interpretación de Arona del paisaje costeño resulta romántica, no por influjo de la moda —ya que Arona fué romántico congénito, por su originalidad e inconformidad con todas las normas y convencionalismos— sino por una coincidencia impuesta por el medio, que

era desolado y melancólico por esencia. Es absolutamente sincero y directo el poeta cuando anuncia su propósito descriptivo diciendo:

Del Perú pintaré la estéril costa,
sus valles tristes, como el alma mía.

La "sierra desgarrada" —"la gigante y hermosa cordillera", que, avara de aguas, trata como madrastra al pacífico litoral— y la "montaña amazónica umbría", que no conoce, quedan fuera de su empeño poético. Apenas en un fino esguince, que se ha hecho clásico, rendirá pleitesía a la llama esbelta y ligera, "señorita de la altura".

La costa es una permanente sugeridora de tristeza, de cansancio y de grisedad, un desierto inmenso apropiado para la eclosión romántica. Son "yermos que angustian el alma", "líbico suelo" que no abrevia el camello ni alegra la palma. Hay un sino calenturiento y extenuante, que aleja el verdor y el agua, de lento fuego calcinador que agosta la vida y tiende sobre el confín vacío un manto terroso y ceniciento. Esta escarcha de tristeza cubre las almas y los árboles:

Con el polvo que lo viste
Aquí el árbol más lozano
Arrastra follaje cano
Y el campo más fresco es triste
Como la faz de un anciano.

El agua remoza el arenal y enciende la fiesta melancólica del valle costeño. "Agua, cielos, danos agua —dice el estanciero peruano—. Agua, para tanto fuego / Que esta tierra es una fragua". Y el agua, conducida por la acequia madre —diosa benéfica del llano— corre sosegadamente, creando la plácida alameda de sauces, esmaltando los eriazos con los áureos fulgores de la retama, "emperatriz de las silvestres flores", se esconde rumorosa en los cañaverales "bajo la fría y

umbrosa selva de carrizo verde" o cubriendo las lomas, en el efímero estío de las lluvias, con los dorados pétalos del amancay amarillo:

Narciso de nuestras lomas...
Narciso infeliz que llora...
Más que el amor de sí mismo,
La soledad en que mora.

o se rompe en mil cristales, en los potreros verdes o en las charcas sumidas entre la hierba como "un espejo en pedazos".

En el fondo del cuadro costeño —"puente de tierra / que de los Andes se aferra / para no caer al mar"— están los cerros desteñidos, en los que juega un sol remiso:

Aridos cerros cuya frente calva
Cuando con luz muriente el sol la hiere,
O con luz nueva al despuntar del alba
El suave tinte adquiere
De la flor de la malva.

Sobre los cerros a veces se recorta, complementando históricamente el paisaje, la geométrica traza en alud de las pirámides indígenas y destaca "la huaca antigua que en silencio ahora / corona humilde rancho de totora". El poeta romántico se siente constreñido a evocar el paisaje indígena:

Pachacamac, Pachacamac,
Mi corazón, en llanto al evocarte
Se baña y entristece.

Al otro borde de la costa está el mar pacífico, que duerme olvidadizo bajo una luna magnífica, "sueños de estanque, sueños de laguna", que en las tardes decora una tinta de oro y escarlata pintada en el horizonte, que se adentra en las caletas tranquilas, "sin saltos y sin tumultos" y

lento empuja a la playa sin estruendo,
albas hileras de incesante espuma.

El lírico y el humorista confabulados, que hubo siempre en Arona, trataron de hallar la gama de color característica de la costa peruana. Con su estilo implacablemente realista apunta, en prosa, la diferencia de tono entre la "tierra mustia y sin color del despoblado" y "el matiz de oro tostado de la tierra vegetal". El horizonte —dice, con guasonada criolla típica— está color de mango / que es de estos cielos habitual color". Y concluye humorísticamente glosando a su abuelo don Hipólito Unánue que el amarillo, que es el color del oro de nuestras minas, el predilecto matiz de plantas y frutos de nuestros campos —la siática, la retama y el cabizbajo amancay, del capulí y del palillo—, y de la faz de los íncolas cholos—, es el color nacional.

Escéptico y burlón, Juan de Arona vibra, sin embargo, hondamente al describir el cuadro natural en que vivió su infancia y se nutrió del agro costeño. No es un rapto romántico el que le impulsa, sino más bien un ejemplo clásico que él matiza con su socarronería criolla y le lleva a pintar no sólo las excelencias y bellezas del cuadro, sino también, con saña burlesca y vocación satírica, los males y los defectos, las imperfecciones humanas, en un juego de luces y de sombras que tiene a veces la neutralidad y el prosaísmo de un testimonio fotográfico.

En los *Cuadros y Episodios Peruanos* está sentida y realzada la belleza de la melancólica flora costeña y la animación y vivacidad de su menuda fauna. Como en un catálogo vegetal que fuera a la vez un álbum íntimo, aparecen el sauce patriarcal marchito de amarillas hojas, que sacude al aire su "enjuta copa luctuosa y mustia"; los guarangos y aromos, formando mesetas verdes con su ramaje horizontal, cubriendo de agrestes flores "los estériles collados y pedregosos lomos"; el aromo alfombrando el suelo con notas de amarillo terciopelo; la vid lisonjera, enredándose y cubriendo cariciosa los pacayes y los guayabos; membrudo, recio y corpulento el palto; el molle, el árbol del Perú loado por Garcilaso y por Cobo, que

la crin delicada y verde
tiende al céfiro fugaz
y los racimitos rojos,
que parecen de coral;

el aromo, "que con su natural donaire / nadar parece en la mitad del aire"; los bambúes, el maguey, la añosa seiba; la tuna, la chirimoya; el huarango "amigo de la altura"; el ayrampo, que colora con su púrpura el campo; el túmumo, cuyo verde siniestro recuerda al ciprés; la retama, que se endereza esbelta; y el nevado floripondio con "sus pértigas de oro", que "vuelve al suelo su copa de marfil" y vierte la fragancia que a los cielos sube. La dulce emoción terrígena y rural embarga al poeta y le inspira estrofas vivientes y plenas:

Yo cantaré, con metro diferente,
La verde alfombra del maíz naciente,
Y del yucal dormido
El vago y apacible colorido;
El camotal y sus lucientes hojas,
Donde el rocío titilando brilla;
Del rústico zapallo, la amarilla
Flor que a la planta del maíz da alfombra,
Como él le presta sombra
Surgiendo a arbórea altura coronado
Del paraguay *morado.*

El cuadro vegetal se completa con el alborozado mundo alígero de los valles y tremedales costeños. Arona es consumado ornitólogo y filarmónico adepto de las aves. Revuelan en sus versos: el negro y azul chibillo; el gozoso chauco, "ascua animada, cuya vista quema"; los vivaces y melodiosos julipios; el pichichilin;

El friolero tindío,
quejumbroso parroquiano
de la playa y el pantano,
del charco y el regadío;

las cuculíes, con sus arrullos susurrados a porfía en la espesura; los pinches o chirotes, plaga de los maizales y camotes"; los huanchacos, cantores de pechos de fuego; la huraña bandurria, con su agrio y metálico graznido, amiga de las comarcas húmedas y de las charcas de totora; los trigueros, gozosa nube de piratillas vocingleros; y el picaflor, condiscípulo del sauce y del tomillo, amigo de las amapolas, con sus alas empapadas en los colores del iris, flor del aire, traviesa y volandera, "imagen del amor y del capricho". Apenas asoman fugazmente el venado, "de ojos cerúleos que su tinte tierno le roba al lapizlázuli italiano" y, en contraste realista para la "melodiosa hueste alada", el triple ataque rudo de la mosca, el mosquito y el zancudo. El vejamen peyorativo se completa con el desgaire jovial del taciturno huésped de ciénagas y totorales:

¡Oh, de Cañete mísero hacendado,
Que todas las mañanas,
A caballo montado,
Sales al campo... a cosechar tercianas!

En su empeño pictórico realista, Juan de Arona describe, a la par que el mundo físico, el ambiente regional costeño republicano en que vivió, con sorna y ánimo pinturero, y desfilan en trance chabacano, como expresiones humanas de la tierra, "negros idiotas" o matreros, "chinos catecúmenos y blancos patrioteros", el mestizo con su poncho nuevo "cuyo vivo color da envidia a Febo", la negra ubérrima, "Semiramis de brea" que humilla al galpón con sus caderas, y los hombres y mujeres encorvados en la agrícola fatiga con las lampas que hieren los reflejos del sol, que "jadean, soplan, hipan" y dejan en el aire como emanación de la gleba "un aura de grajo". El aristócrata de hacienda piensa como el satírico limeño republicano, que aconsejó dar al pueblo "cultura y bienestar a palos", que "el hombre malo, el perro y el borrico, no andan bien sino mediante el palo".

La de Juan de Arona constituye así, por sus logros descriptivos, sus alardes costumbristas y lingüísticos, sus dengues y modismos peruanos, su realismo descarnado, su algarabía criolla y sus chispazos poéticos y humorísticos, el primer conato de poesía chola, afincada en la tierra y en el humus social de la terciada etnografía costeña.

Amézaga: el poema del pionero peruano del caucho.

No se hallan notas originales ni directas sobre el paisaje peruano en la prosa raída y nimia de nuestras novelistas, "fin de siglo", la Cabello de Carbonera y la Matto de Turner, — cultoras de un realismo mimético, que apenas alcanza a las costumbres o al panfleto mesiánico y no acierta a reflejar el medio físico americano ni peruano. Este destaca con firmes relieves en la obra generalmente desdeñada y olvidada del poeta Carlos Germán Amézaga. Es ya un signo que su primer libro de versos se titulase *Cactus*. Amézaga, que ambula por las escuelas y géneros más diversos y que en gira bohemia recorre América desde México hasta el Plata, es uno de los heraldos del modernismo, con su libro revelador sobre los *Poetas Mexicanos*. Pero no se deja ganar por la musicalidad y el exotismo frívolo y sensual de los cisnes y las princesitas rubendarianos. En verso y en prosa, es áspero, vigoroso y desmañado. Coincide con Arona en el desgaire y en el prosaísmo intencionales. Es un limeño rebelde y anárquico, que lleva en sus venas sangre de los conquistadores. Prefiere la ciudad al campo, ama el bullicio y le espanta la soledad. Esta vocación civil le empuja al costumbrismo y le lleva a tratar los cuadros abigarrados de la Procesión de los Milagros, en que el sol corre humillado ante el fulgor de cirios y faroles y el incienso, como una niebla, envuelve las andas que marchan entre la multitud como "islas de pedrería y oro", o en *La Pachamanca*, en que bajo el mismo signo de pascana de chicha y aguardiente de las églogas de Arona, se insinúa el perfil de la hacienda andina con sus arcos de piedra blanca

entre el sembrado verde, la galería claustral inspiradora de silencio y el campanario que llama a los obreros como a un rezo para el rancho humeante y oscuro. El limeño aristócrata Amézaga —como antes Pardo y como más tarde Riva-Agüero—, es de los audaces viajeros a la sierra peruana, sin hoteles ni ferrocarriles. Acompaña a Cáceres como guerrillero en la campaña de la Breña, en heroica y jadeante brega. Su emoción del paisaje andino se refleja en su leyenda *La Invasión* y en su oración ante las ruinas de Sacsahuamán. En la primera surgen, entre los resplandores del incendio bélico, la paz y el perfume del valle del Mantaro, simbolizados en las torres conventuales de Ocopa, rojas cúpulas asomando entre sauces y alisos, cortejadas por blancos vuelos de palomas. La segunda es una dramática imprecación en horas de vencimiento a la yerta grandeza del pasado simbolizada en Manco. Pero, en todas estas estrofas desabridas o densas, el paisaje es una nota efímera y circunstancial y sólo adquiere excepcional vigor y originalidad en sus visiones de la selva, a la que penetró en la época alucinada de la busca del caucho.

De Amézaga se conoce y cita generalmente su salutación al Brasil y su hinchada estrofa al Amazonas, como categoría geográfica:

Hay un río, monarca de los ríos,
Unico, inmenso, de beldad sin par;
Humilde nace entre picachos fríos,
Soberbio muere, rechazando al mar.

Pero la auténtica y rica originalidad de su estro la ostenta, sin duda, en su desapercibida *Leyenda del Caucho*, primera y definitiva aparición de la naturaleza de la selva amazónica en la poesía peruana. No la estiman ni citan, por lo general, nuestros críticos y glosadores literarios. Es, no obstante, una epifanía de peruanismo poético, superior en mucho al famoso y vacuo poema de Chocano *El derrumbe*, que tanto se menciona como anunciador de la integración de la selva en nuestra geografía espiritual.

La *Leyenda del Caucho* de Amézaga es la visión directa de la floresta amazónica peruana, en las regiones del Ucayali y del Purús, en donde el poeta vivió el sueño de oro negro de los caucheros de fin de siglo, el infierno verde o el *Devil paradis*, "la región maldita donde la luz no alcanza", campo de lucha abierta entre hombres y fieras y aún entre naciones, regidos todos por la ley del Winchester. La leyenda poética de Amézaga, inconclusa, ofrece algunas escenas de la vida agreste y riesgosa del pionero amazónico y del indio salvaje, y aún de la lucha entre Brasil y Perú por el dominio de los ríos limítrofes, con honda veracidad y sencillo y viril acierto. Es el poema áspero y rezumante de vida, de los pioneros peruanos del caucho, la *hevea brasiliensis*, de la que brota la siringa, el coágulo oscuro de riqueza vegetal, el árbol menudo que se alza entre gigantes de veinte metros, desdeñado y humilde como un sabio. A través del relato de Amézaga de la vida y las peripecias de los pioneros, en perpetuo acecho de la flecha, el tiro o el zarpazo, pasa un soplo de misterio en el que palpita una fuerza grandiosa inexcrutable, emanación de la tierra que guarda en su légamo fecundo cenizas de extintos volcanes y los moldes rotos de las especies primeras, que provocan en el poeta una emoción panteísta:

Helechos colosales
circundan el torrente que de las peñas brota.
El agua que salpica se escurre gota a gota
sobre el torrente mismo, que en borbotón de espuma
se revuelve allá abajo, donde entre espesa bruma
bailar parecen grandes y carcomidos troncos
que a los golpes del agua lanzan gemidos roncos.
Aquí las fabulosas edades primitivas
con escarnio del tiempo, huellas dejaron vivas.
Agitan el ambiente soplos extraordinarios,
algo como chasquidos de monstruos cuaternarios,
y de la oscura fronda parece ante el misterio
su gigantesca mole que asoma el dinoterio.
Crujen las verdes ramas... ¿Será ilusión? Ya miro
la negra masa informe... ¡Pero no; es el tapiro!

descendiente del otro, sombra menguada suya
que empequeñece el cuadro! Dejémosle que huya
robándome, cual tantas glorias del numen ciertas,
la ilusión que gozaba de las edades muertas.

En medio de este soplo de misterio y bochorno, pasan los indios desnudos en sus canoas ágiles, haciendo molinetes con sus arcos de chonta; un sembrío de plátanos y yuca junto al río; la mancha roja de una hoguera alimentada con hojas y troncos de palmera, proyectando fantásticos reflejos sobre los negros árboles; la cabaña india, con su cónico techo, "sostenido con gracia por sólo un pie derecho"; el humo blanco y estrepitoso de un disparo; el mulato brasileño chimpancé de carabina y machete; y la indiecilla núbil de musculosas piernas y collar de huairuros. La visión de Amézaga excede en realismo y fuerza poética a la de los cronistas de las entradas del siglo XVI y de los viajeros europeos del XIX:

Calma incesante lluvia; del suelo humedecido
un vapor se levanta, que todo lo ha invadido
y los árboles pierden los contornos esbeltos,
pareciendo fantasmas en sábanas envueltos.
Con el caliente vaho de los fangales brota
el cuac-cuac de los sapos, como porfiada nota
con que el dios de la lluvia entusiasta celebra
el batracio enemigo de la vivaz culebra
entumecida ahora; nota alegre que estalla
cuando todo en el bosque tiembla, se encoge y calla.

El máximo estupor de este mundo frenético y atormentado, de espasmo geológico, lo produce la aparición siniestra del *yacu-mama*, el boa, terror de la selva, cuya mirada paraliza al más fuerte y aviva el terror mítico del indio:

Tras del tapiro llega un monstruo que ha salvado
íntegro del diluvio, un ofidio espantoso,
que al salir de su augusto, letárgico reposo,

desarrolla en enormes círculos espirales
un elástico cuerpo, de dimensiones tales
que puede dar seis vueltas con movimientos de ola
sin que aparezca el largo término de su cola...
Abre una boca horrenda; se oye como un gruñido,
y la bicorne lengua de color encendido
sigue a compás vibrátil la isócrona viveza
de un péndulo que finge la triangular cabeza.

El monstruo terrorífico y salvaje es descrito por Amézaga con realismo vívido, mojando los colores de su paleta en la greda viscosa de la selva:

Tiene su piel un brillo húmedo, coruscante,
en que el cenizo, el verde y el amarillo de ante
alternan con el negro y hasta el intenso rojo,
en el obtuso extremo, sin párpados, del ojo.

En contraste con esta naturaleza violenta y hostil, el poeta halla en la india Mishka, "Venus de terracota", de núbiles senos y de intrépidos ojos que arden como lucernas, la ocasión de un idilio agreste, al pie de un regio *bombax*, que dejaba abierto un claustro lóbrego de verdura y bajo cuyo techo druídico se repetía el viejo rito de comunión con la tierra de los misterios bárbaros:

Mariposas azules vuelan zumbando en torno
y en ese verde claustro que el sol baña indeciso,
sé, por la vez primera, lo que es el Paraíso.

La *Leyenda del Caucho* de Amézaga, pórtico de una literatura selvática, primer coloquio poético del hombre peruano con la floresta indomada, debiera figurar entre los trozos más expresivos de nuestro paisaje oriental y de la gesta novecentista del oro negro, en el mismo nivel que en el Brasil tiene la epopeya tupí de *Los Tymbiras* de Gonçalves Diaz, o en el Uruguay el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín.

Chocano, poeta de América tropical.

A José Santos Chocano, evadido genial de la fronda galante y versallesca del modernismo, el menos afrancesado de los bardos del Novecientos, se le rotuló desde su aparición grandilocuente y enfática como el "Poeta de América". Fué el propio Darío, pontífice del verso alquitarado y delicuescente y de la sordina verleniana, quien le consagró como el domador métrico de la naturaleza americana, exuberante, desproporcionada, bárbara e insumisa, hostil a la ordenación y a la simetría, con la grandiosidad insólita de los Andes, del Tequendama y del Niágara. Definiendo áticamente el estruendo apocalíptico de los versos de Chocano, dijo el sensitivo Darío en el pórtico de *Alma América*: "Hay un tropel de potros sobre la pampa inmensa...". Pero no era sólo una sensación cósmica y telúrica la que despertaba en la conciencia de América el bardo peruano, sino que le atenaceaba, como un sino atávico de su tierra, una musa evocativa de leyenda. El tropel de potros animado por la chispa épica del poeta, al trepar los peldaños de los Andes peruanos, "como por unas milenarias escaleras", se convirtió en el trote de centauros de "los caballos de los conquistadores", los caballos andaluces fuertes y ágiles, empolvados y jadeantes, de pescuezos estirados, de ancas relucientes y de cascos musicales, que estampan "sus gloriosas herraduras" en los secos pedregales, en los húmedos pantanos, en los ríos resonantes, en las selvas silenciosas, en las pampas, en las sierras, en los bosques y en los valles, arrollando a los indios con sus pechos, a los gritos de Santiago, entre el humo y el fulgor de los metales, mientras pasa por el aire como un sueño "el caballo del Apóstol a galope por los aires". Esta es la manera peculiar del estro de Chocano, plena de énfasis y soberbia española y de recóndita y retrospectiva melancolía india, que hacen que se confabulen indisolublemente en él, co-

mo en el alma peruana, paisaje e historia. El mismo lo ha enunciado, con su instintiva fuerza definitoria, cuando escribió: "Mi arte está hecho de Historia y de Naturaleza", o cuando dijo, con su peculiar psicología bifronte: "Mitad soy aventura y mitad evocación".

Chocano canta, pues, conjunta o alternativamente, la naturaleza y la historia de América en síntesis hiperbólica. Dejando de lado el horizonte histórico —sus evocaciones de los caudillos indios solemnemente tristes, que nunca sonreían; de los conquistadores de corazas de púrpura y aceros desnudos; de los Virreyes de peluca empolvada o de los "bandoleros divinos" de las revoluciones republicanas, o la evocación de las viejas ciudades hispanas, corresponde ahora analizar cómo se recoge la visión de la naturaleza peruana en el poemario múltiple y poliforme de Chocano.

Es un hecho señalado que Chocano, no obstante el peruanismo historizante de su estro, —como lo ha aclarado Estuardo Núñez— no conoció sino tardía y esporádicamente la naturaleza peruana en una corta incursión a Chanchamayo en la ceja de la montaña central, en que entrevió sierra y selva, pero que el paisaje que vivió y absorbió más intensa y vivamente fué el de las selvas de Centro Amééríca y el del río Magdalena, que recorrió en su primera odisea americana ("¡Salve, Toquendama, gran maestro mío!"). Es, por esto, la América típica o arquetípica, en lo geográfico y en lo humano, y no la peruana, la que él acierta a recoger en sus estrofas, aunque luego destaque dentro de ella el sino opulento y señorial del Perú. El poeta peruano se yergue, pues, como el cantor de América, íntegra y una, y desde su vieja sede imperial —en la que se funden, como en una imagen de América, llano, monte y selva—, siente que es suyo el Amazonas y que domina los Andes y que los espejos bruñidos de sus versos y de sus imágenes se hicieron para reflejar todo lo que es don telúrico común: los volcanes y las punas, "el alma primitiva de los Andes y las selvas", la arruga gigantesca de los montes, el bostezo dilatado de las pampas, el palmoteo de los torrentes rebotando en los peñascos como una carcajada, o la blancura sempiterna de las nieves en las crestas andinas. "Os quie-

ro dar la América intacta en mi canción", dijo al Rey de España en su iniciación; y en otra soflama: "Soy el cantor de América autóctono y salvaje", o "América es la sola fuente de mi poesía". Pero, al principio fué únicamente un poeta continental en el sentido restricto de su época, en que comulgando con Darío, quería excluir de la América india "que reza a Jesucristo y habla en Español", a los hombres de ojos azules: "Nuestros ríos ignoran —dijo— lo que importa ser blanco, / nuestros ríos desdeñan lo que vale un sajón"; y, al cantar la proeza hérculea de la apertura del istmo de Panamá, auguraba, en una afirmación de autoctonía india y mestiza, que perecerían los intrusos que trataran de abrirlo, diezmados por las emanaciones de la tierra caliente, y "lo tendrán que romper / veinte mil antillanos de cabezas oscuras". En su jactanciosa geopoética, afirmaba: "Walt Whitman tiene el Norte, pero yo tengo el Sur". Esta actitud la modificó más tarde, cuando se adaptó en Nueva York con "las casas de veinte pisos, que parecen prisiones", y describió el Hyde Park y los letreros luminosos de Broadway —tan distintos de su América india y española— y expresiones de un pueblo "enfermo de civilización". Chocano es, pues, por gravitación de época y de conciencia, el primer poeta "panamericano".

Chocano trató de reflejar la naturaleza americana cuando la sensibilidad modernista se alejaba de ella y los augures del continente reclamaban el abandono de la imitación y la búsqueda de una expresión literaria original. Fue el momento del "americanismo literario" y a Chocano se le saludó como a un descubridor del paisaje americano; y lo fue relativamente, aunque sólo reflejara la parte externa de él, con cierta técnica teatral de escenografía romántica. Chocano ha sentido y descrito particularmente, con emoción auténtica e hinchazón verbal adecuada, el Trópico americano. "Cuando alcancé una sola sonrisa de la suerte fuí al Trópico", escribe en *Intima*, refiriéndose a su viaje a Centro América. Ahí se hizo a las "grandes visiones" de la "naturaleza fuerte", que devolvió más tarde en sus canciones y su verso adquirió la frondosidad de una ceiba enhiesta.

Lo que él querrá darnos siempre de ese mundo americano múltiple y diverso, será la sensación de bochorno y de pesadilla de la selva, el esplendor vegetal, el pestañeo de las luciérnagas, el elástico salto de las fieras y el temblor azulado de sus pupilas satánicas. Amante de lo excesivo y de lo maravilloso, dirá fundadamente: "Tú sabes que es mi patria la tierra del Dorado".

El temperamento de Chocano, gran sensitivo, dominador de todas las percepciones de olor, color y sonido, se amolda bien a las notas del paisaje selvático. El poeta aspira todos los vahos y sonidos exultantes de la tierra, con una sensualidad incitante. "En el bosque de aromas y de músicas lleno" se deleita con el olor tropical de la vainilla y de las resinas calientes de los árboles y el perfume de la caoba le despierta en su imaginación erótica el recuerdo de la imagen del lecho o del ropero de la alcoba de sus citas, y con ella un olor a seno de virgen, a nido de paloma y aliento de mujer. El susurro del follaje le parece el frufrú de seda de un traje femenino, el golpe de las aguas sobre las rocas filudas "como un gran palmoteo sobre carnes desnudas", y reclama para sí todos los arpegios de la selva, desde el silbido de las culebras, el croar de las ranas, el ulular de las fieras y la canción del sinsonte. Es un mundo propicio, además, para el ardor verbal y la acrobacia de las metáforas chocanescas que describen su parábola lógica de una elasticidad felina en un medio calenturiento, confuso y caótico. Es el clima propicio a su funambulismo artístico, a su sensualidad verbal, a su tendencia palingenésica a las reencarnaciones de seres y de almas, a su vocación infantil por los fééricos bosques donde están el árbol que habla, la piedra del pecado, el pájaro-abanico y la mariposa-flor. Buena muestra de este tropicalismo poético de Chocano son sus cantos *El amor del Dorado, El amor de las selvas, El sueño del caimán, El sueño del boa, La muerte del boga, La danta sorprendida, Egloga tropical, La muerte del bisonte* y, particularmente, *El Derrumbe* y su *Oda Salvaje*, en la que ha encuadrado todas las sensaciones misteriosas de ese mundo sorpresivo y alucinado:

Tus mariposas azules y rosadas
se abanican como damas coquetas;
tus cantáridas brillan
como las talismánicas piedras
incrustadas en las empuñaduras
de las espadas viejas;
tus chicharras se hinchan clamorosas
en una fiebre de pitonisas coléricas;
y en la pesadilla
de tus noctámbulas tinieblas,
se confunde
el pestañeo de las luciérnagas
con el temblor azufrado
de las pupilas satánicas de las fieras.

El defecto de este paisaje violento y excesivo, casi irreal en la mayor parte de los casos, está en que el poeta lo ha presentido o imaginado más que visto, y que en el fondo es un paisaje conceptual. En algunas ocasiones la sensación recogida pudiera ser auténtica y directa, pero el mecanismo intelectual del poeta la reduce al mínimo de veracidad objetiva, en su afán de superponer su egos abrumador o de servirse de la cosa descrita únicamente como de un trampolín para el vuelo de una imagen o una metáfora audaz e ineludible. Chocano es un mágico creador de metáforas y ellas fueron el pedestal de su fama, su penacho poético y su defecto capital. Todo está subordinado en su arte al salto mortal y acrobático de la metáfora inédita o insigne. En *El Derrumbe* comparó ya al monte de agrias puntas a "un titán con las dos manos juntas" y al ferrocarril que traspasa túneles con "una aguja que cosiera montes". Alternando la audacia y el mal gusto, llamará a la Cruz del Sur "condecoración de los abismos" y a los volcanes "cestas volcadas derramando flores", los torrentes se despeñarán hilando espumarajos en ruecas de granito los Andes serán una "arruga gigantesca", el río una serpiente que camina y el lago una serpiente que se enrosca, el quetzal "una alhaja que ha salido volando" y los cocuyos fosforescentes de la selva le dan la impresión de que alguien, en la fiebre de la orgía, "arró-

jase puñados de diamantes". La metáfora es el blasón y el signo característico de la poesía de Chocano y de su necesidad de huir de la realidad o de trasfigurarla por el soplo de su imaginación animista. En sus versiones poéticas no vemos el objeto sino que el poeta se transporta dentro de él, trata de adaptarse a él, de pensar y sentir como él y se trasfigura alternativamente, en cumbre, río, peñasco, cóndor o jaguar. Como índice de esta trasmigración anímica, Chocano ha escrito poemas sobre *La tristeza del cuadrumano, El amor de los Andes, El amor de las selvas, El sueño del cóndor* o *El idilio de los cóndores*, en los que se siente ese tránsito onírico. Así como Darío asoció a su poesía a los cisnes, Chocano pudiera tener como doble anímico al cóndor, con el cual se le ve identificarse en composiciones como *La visión del cóndor,* en *El cóndor ciego* y en *El idilio de los cóndores*, en el que interpretando el complejo sensorial de altura del cóndor, se sustituye a este y describe, como si volara sobre las nubes, "los campos que parecen tijereteados por los ríos", el perfil de una colina "como un zurcido en opulenta alfombra", la pelada roca de la cordillera cuya musculatura finge las arrugas de una frente pensativa y las nubes que cubren la tierra y descargan la tempestad sobre los hombres. "Poetas condoreiros" han llamado en el Brasil a una escuela de poesía altisonante, y este apelativo podría aplicarse a Chocano por sus similares tendencias de estilo, como por su identificación psicológica con el soberbio rey estelar de los Andes.

No es, sin embargo, en los poemas de vasto aliento, confusos y desorbitados, en los que debe buscarse los logros mejores de Chocano sobre el paisaje americano, sino en sus ceñidos sonetos parnasianos, descriptivos de plantas, de flores y de animales de nuestras selvas, en los que ha captado, como en ánforas primorosas, las imágenes vernáculas, con admirable y clásico equilibrio de realismo y poesía, en composiciones que aventajan a las de Bello y Pardo. Tal, su descripción de *La Magnolia*, flor antológica de la literatura americana descriptiva:

En el bosque de aromas y de músicas lleno
la magnolia florece, delicada y ligera,
cual vellón que en las zarzas enredado estuviera
o cual copo de espuma sobre lago sereno.

Es un ánfora digna de un artífice heleno,
un marmóreo prodigio de la Clásica Era;
y destaca su fina redondez, a manera
de una dama que luce descotado su seno.

No se sabe si es perla, ni se sabe si es llanto.
Hay entre ella y la Luna, cierta historia de encanto,
en la que una paloma pierde acaso la vida;

porque es pura y es blanca, y es graciosa y es leve,
como un rayo de luna que se cuaja en la nieve,
o como una paloma que se queda dormida.

Y, junto a este, otros sonetos magistrales, como los dedicados a *Los Cocuyos*, los que acrisolan su brillo en el sufrimiento, como seres humanos; *La Garza Real*, que "afirma sobre el fango un pie escarlata que finge un blando sello sobre blanca cera"; *La caoba* y *El maíz*; *Las orquídeas*, que son "a manera de pájaros sin alas"; *La piña*, "ánfora de rebosante ambrosía", encastillada entre cincuenta espadas; *El guacamayo*, trozo de arco-iris; *La iguana*, "breve dragón sin alas, que sueña con extender su figura sobre una porcelana; y los dedicados a *Los Volcanes, Las Punas, Las Selvas, Los Pantanos, La tierra del Sol, La noche de los Andes* y, como brotes humanos de la tierra, las imágenes del *Tríptico criollo*: el charro, el llanero y el gaucho a quien llama, declamatoriamente, "la Pampa hecha hombre", la Pampa que es animísticamente una fatiga que reposa o una esperanza que se pierde.

Sería imposible inventariar todo el tesoro bizarro de metáforas e imágenes de Chocano sobre la naturaleza americana, que denuncian su fulgor descriptivo y su fogoso animismo; los millones

de versos en que las montañas y los ríos dialogan o riñen como en los mitos primitivos, las rocas peladas enseñan los puños, los ríos dan latigazos de cólera en el aire, gruñe la selva, se acongojan las charcas de trágicos cristales y las neblinas pasan —"Neblinas, neblinas, como hechas de largos suspiros"—. En su madurez, su vocación descriptiva se despoja de algunos de sus oropeles retóricos y culmina en esos cuadros apacibles con gravedad de bajo relieves que transcurren en una atmósfera clásica, sin colorido regional, y que baña una luz mediterránea, como en *Los toros pasan* o *El baño de los caballos.*

¿Cuál es, en este desborde tropical de la imaginación y del verso, el sedimento dejado por el paisaje peruano en la concepción naturista del poeta? En sus versos primeros de su libro *En la Aldea.* Chocano trató de recoger el paisaje costeño, dulce y tenue, tan ajeno a su ruidoso temperamento. Pero su genio era más épico que bucólico. A orillas del mar tranquilo de Chorrillos, de la paz de sus campos grises y de sus cerros malvas, este buscador de metáforas detonantes, impermeable a los matices tenues, busca inútilmente la dicha y la calma. Le asaltan tropeles de imágenes y recuerdos trágicos. En los campos, entre las verdes cañas en las que alza "su ígneo penacho la gentil zacuara" y el torrente ladra como un mastín, se detiene ante el osario de la contienda fratricida o ve en el alto morro de la resistencia heroica, acumularse la neblina y flotar sobre él, como una bandera rota. Desaprensivo para lo humilde y cotidiano, ebrio de clasicismo retórico, ve en los campos zagalas y pastores arcádicos, centauros helénicos y en los árboles enrollarse serpientes bíblicas. Extraña "la música del trueno" y apenas si la languidez del crepúsculo costeño le incita a rezar, y trasponiendo su yo al paisaje, piensa que quiere orar "porque la tarde cree". La retórica le obsede y la contemplación de la naturaleza le sirve apenas de pretexto para sus declamaciones sociales y políticas que llenarían su próximo libro *Iras Santas.* El ensayo de poesía bucólica costeña de Chocano resulta, en contraste con Juan de Arona, frustrado por su falta de adaptabilidad y de comprensión para el yermo nativo.

La poesía de inspiración peruana de Chocano habrá que buscarla entonces en sus emociones urbanas de la ciudad colonial y del pasado español e indígena. Ella se trasluce principalmente en sus evocaciones limeñas de *La Ciudad de los Reyes* y de la *Alameda Colonial*, en el elogio y exaltación del pasado virreinal, tanto de Lima como, por analogía, de Guatemala, de Santa Fé de Bogotá o de Cartagena de Indias, las ciudades coloniales yertas o dormidas al sol en sus plazas desiertas y un galante atuendo dieciochesco de abanicos y pelucas empolvadas como en el devaneo versallesco del modernismo rubeniano, naturalizándolo y arraigándolo en la tierra y en la historia, con su poderoso instinto americanista. La evocación chocanesca del ambiente colonial —derivación poética de la traviesa e irónica reconstrucción de las *Tradiciones* de Palma—, tuvo su momento de auge y de alucinación colectiva, que se reflejó en la revalorización, a principios de siglo, del arte y de la cultura hispánica del Coloniaje, en la restauración de muebles y de cuadros, en la formación de museos y, en general, en una poetización de la vida colonial denostada a raíz de la independencia. Fué la resurrección de un paisaje humano abolido o muerto, de un mundo romántico que en las noches de luna "como tras el vidrio de una linterna opaca" renacía en las callejas estrechas de moriscos balcones y portales de piedra y al conjuro del Poeta —"¡Oh, dolor blasonado, oh, elegante tristeza!"— hacía que se abrieran de nuevo los ojos claros de la Virreina blonda, brillara el reflejo de la mitra episcopal, mientras en un aire rubeniano de pausados giros "se doblan las bazas de un tresillo" y "se van desenvolviendo los cuadros de un minué". El cuadro limeño, no obstante su afrancesamiento dieciochesco, es histórica y geográficamente tan cierto como el de sus evocaciones incaicas o republicanas de un paisaje del Ande o de la selva, y la emoción del poeta, honda y auténtica:

Ví temblar los relieves de las casas antiguas
animarse los santos de figuras exiguas
que empotrados reposan en la esquina de cada
callejón silencioso; desatarse la atada

cuerda de las doradas campanas herrumbrosas,
abrirse los balcones, cual fuertes mariposas
que sus alas despliegan, brillar en los cristales
floreados de las hondas ventanas conventuales,
las luces de otras fiestas y entre pausados sones
salir pesadamente las largas procesiones...
Entendí lo que el río va diciendo en sus quejas,
descifré el jeroglífico heroico de las rejas,
combiné mentalmente las letras iniciales
grabadas en las puertas, leí los madrigales
y epigramas escritos en la cal de los muros
y platiqué con frailes de conventos oscuros.
Y la Luna, ceñida de religioso velo,
mientras que yo vagaba, desde el fondo del cielo
parecía seguirme, como una enamorada,
con la muda caricia de su lenta mirada...

Chocano es, en realidad, el mejor intérprete del pasado limeño arraigado en la tierra, con el garfio humano de la ciudad y del espíritu vernáculo, y ha dejado, en unas cuantas estampas, de las mejores y más sinceros de entre las suyas, perennizado el ambiente de su ciudad natal. Este se enmarca en un raro momento de apaciguamiento del poeta, en la casi elusiva definición del clima limeño, dulce y acogedor, que termina en un pareado de redundante antítesis:

Bajo tu Sol, que es tibio, no hay nieves ni hay ardores;
por eso son tan bellas tus damas y tus flores.
Y así como en ninguna región se ve en tu suelo
entreverados frutos del trópico y del hielo;
que sólo en tí se juntan, cual si milagro fuera,
los dos enamorados: el pino y la palmera.

El tríptico peruano de naturaleza y hombre —las tres regiones y las tres razas integradoras del Perú— no quedaría completo si Chocano no hubiese tratado de interpretar el paisaje de la sierra y el alma del indio. En verdad, salvo sus alusiones constantes a las cumbres y a los Andes y de algunas vistas sobre las vicuñas —que "pa-

san, a modo de una sombra leve"— y de su espíritu "condoreiro", son los de la sierra los módulos físicos y espirituales que menos se avienen con el temperamento de Chocano, a pesar de sus enfáticos arrestos de "cuando me siento Inca", o cuando quiere ser "un blanco aventurero o un Indio Emperador". Es un complejo histórico de superioridad, más que un propósito humilde de adaptación a un destino solitario y melancólico. El espíritu de Chocano disiente fundamentalmente con la desolación y el silencio de la sierra y con la tristeza milenaria de sus pobladores.. "Me entristece el silencio, me exaspera la calma", dirá en uno de los Nocturnos de su madurez reposada; y otra vez, que anhela tener "un mastín que ladre para hacer huir el silencio". "Quiero vivir torrente —exclama—, quiero morir océano / y hacer que eternamente se oiga el rumor de mi alma". Todo ello le distanciaba del cósmico silencio de la sierra y del introvertido hermano del Ande, al que lo une, a pesar de todo, de su tropicalismo y de su énfasis, su obsesivo amor del pasado y de la grandeza histórica del Incario y un sedimento atávico de tristeza y de hieratismo indio, del que hubo algunas trazas en su rostro impasible, que tenía algo de ceramio Mochica, y asomó tardíamente en sus notas poéticas del alma indígena cogidas del lenguaje mínimo y elusivo del indio, intituladas *Otra vez será, ¡Quién sabe! señor, Ahí, no más* y *Así será*, en las que se refleja breve y punzantemente sentidos el estoicismo humilde y desdeñoso del indio, su hermetismo silencioso, su perseverancia ajena a la fatiga del tiempo y del espacio, y su filosófico desprecio del dolor. No puede negarse la autenticidad, por simple que sea, de estas definiciones que calan en la esencia del alma india:

¡Oh, raza altiva y desdeñosa
bajo apariencias de humildad!
Nunca el frío la acobarda,
nunca el pavor la hace temblar,
nunca la cólera contrae
un sólo músculo en su faz.

No hay un dolor que la anonade,
ni una catástrofe capaz
de remover trágicamente
su varonil serenidad...

¡Oh, raza antigua y misteriosa
de impenetrable corazón,
que sin gozar ves la alegría
y sin sufrir ves el dolor...

Ese tu gesto, que parece
como de vil resignación,
es de una sabia indiferencia
y de un orgullo sin rencor...

¡Oh, raza fuerte en la tristeza,
perseverante en el afán,
que no conoce la fatiga
ni la extorsión del "mas allá"!

Yo aprendo en tí —lo que me es fácil,
pues tengo el título ancestral—
a hacer de toda lejanía
un horizonte familiar...

¡Oh, raza firme como un árbol
que no se agobia al huracán,
que no se queja bajo el hacha
y que se impone al pedregal.
Raza que sufre su tormento
sin que se la oiga lamentar.

Un filosófico desprecio
hacia el dolor, acaso da
la herencia indígena a mi sangre,
pronta a fluir sin protestar...

El sentimiento de Chocano ante la sierra —"Aridez, frío, soledad"— ante el indio de las alturas, que está lejos del valle y de "las falacias que la molicie urde sensual" y que sonríe en la puerta de

"su palacio hecho de pajas que el sol dora y que desfleca el huracán", concluye con una interrogación en la que flota el patético destino del Perú:

Indio de frente taciturna
y de pupilas sin fulgor
¿qué pensamiento es el que escondes
en tu enigmática expresión?
¿qué es lo que buscas en tu vida?
¿qué es lo que imploras a tu Dios?
¿qué es lo que sueña tu silencio?
—¡Quién sabe, señor!

A pesar de sus defectos, de su retórica, de su exuberancia, de su mal gusto, de su "acústica militar" como califica Martín Adán su "estridor metálico", no obstante la condenación de Westphalen que le llama, en nombre de la depurada sensibilidad moderna, "el gran trombón de la literatura hispanoamericana" y de R. Bazin, que le moteja de César de cartón-pate es la de Chocano una poesía representativa de América, y por ende del Perú, de su paisaje y de su historia. Ha querido, dice Bazin, que le niega hasta las calidades de poeta que reconoce en Lugones, "caracterizar América en lo que ésta tiene de más salvaje y en aquella época de más *exótico:* su floresta. Pero no ha hecho sino pasar y no la ha cogido sino por fuera. Ella no produce en el poeta sino la exaltación superficial del turista". Pese a estos reparos, reconoce el exigente crítico francés que Chocano fué "el restaurador del paisajismo" y que en su poesía se encuentra a la vez el virgilianismo americano de Bello y el paisajismo romántico. Habría que agregar algo más: el sentimiento del pasado asociado indisolublemente al paisaje peruano y la emoción del Perú como una unidad espiritual y geográfica. Es el suyo un lenguaje infantil de pueblo y de masa; acaso de retreta militar o de cantar criollo: poesía indocta, si se quiere, pero más bien aédica, fuerte y viril, musical y plástica a la vez, brotada de sanas raíces populares y forjadora de

cohesión nacional, y por ello recogida y aprendida de memoria por el vulgo y los niños, como la cuarteta enfática y decorativa como un himno o como un blasón:

¡Vale un Perú! Y el oro corrió como una onda,
¡Vale un Perú! Y las naves llevároнse el metal;
pero quedó esa frase magnífica y redonda
como una resonante medalla colonial.

Intermedio aldeano: Gálvez, Parra del Riego y Eguren.

La nota de poesía costeña sub-urbana que Chocano no alcanzó a dar en su libro juvenil *En la Aldea*, la ensayarían con mayor sinceridad y sencillez, en esta etapa anterior al libro de Riva-Agüero, algunos poetas como Luis Navarro Neyra, José Gálvez y Juan Parra del Riego y, más tarde, escondidamente, en su poesía de gnomo simbolista, José María Eguren. En todos estos poetas alienta el mismo empeño de reflejar la paz bucólica de los suburbios o balnearios limeños —Chorrillos, Barranco, la Magdalena— con su deleite de huertas y alamedas y su encanto rústico apenas hollado por los adelantos de la civilización industrial. Navarro Neyra discípulo de Gonzales Prada se afanó en describir el paisaje peruano en sus volúmenes de versos modernistas *Ritmos* (1905) y *Salmos* (1910). José Gálvez, que le ha exhumado recientemente, dice que acertó particularmente al describir "sin el can-can de la rima", el paisaje desértico de Ica, y particularmente la sensación fresca del oásis costeño en que los huarangos, los sauces y las palmeras sienten como una caricia voluptuosa al tierno contacto del agua.

En José Gálvez, que surge como aeda estudiantil en 1908 y sigue la huella lírica de Juan Ramón Jiménez, se esbozó, por esa misma época, una tendencia poética paisajista y costumbrista costeña que arrancaba de los *Cuadros* y *Episodios* de Arona pero que, huyendo de la zumba criolla, buscaba un remanso melancólico en la paz del

balneario costeño, dormido bajo el sortilegio mítico inmemorial de la luna. En el reposo campestre de la Magdalena, donde fueron a convalecer de fatigas y glorias San Martín y Bolívar, halló Gálvez los motivos de emoción romántica y familiar que le inspiraron sus sonetos y composiciones juveniles de *Paz Aldeana*, sólo en parte publicadas en diarios y revistas. Revive en ellos el villorio costeño, que custodia la cruz del camino, con su silencio campesino estancado en la plaza principal, con su iglesia, su escuela y su glorieta, su cura y sus gendarmes, sus viejos que toman el sol, beatas y comadres enredadoras, su alboroto momentáneo de 28 de Julio y de procesión, y a la larga, el silencio monótono que interrumpen el chirrido de un carro, el ladrido lejano de un perro o el ritmo meloso e insistente de un pianito ambulante. En esta poesía directa y sencilla, sin alarde alguno modernista, salvo algunas notas humorísticas aprendidas en los sonetos descriptivos y realistas de Herrera Reissig, hay el candor de ensayo de una flauta rústica y adolescente. Entre las muchas estampas, esbozadas apenas, como las de *El Cura, El Veterano, La Hacienda, El Viático, Los Perros, Los Bueyes, El Mercado, Las Acequias, El Camposanto*, se destaca la móvil y garbosa de *El Caballo de Paso* que, montado por el chalán mozo de gran jipijapa y poncho entrelistado y "el albo pantalón primoroso destacando sobre la crespa y suave brillantez del pellón":

alborota la aldea, con el paso golpeado
del potro que camina como un conquistador.

Gálvez, que en el periodismo había defendido la tesis de que cabía un criollismo lírico y melancólico, como la marinera, al lado del criollismo satírico-costumbrista, acierta en *Paz Aldeana* en algunos apuntes de poesía rural costeña, al describir las distintas fases de la aldea, bajo la lluvia, el sol o la luna, las huertas vecinas con sus caminos ornados de tiestos florecientes, las haciendas en cuyos patios hay una carreta caída que reposa "como un alma cansada de contí-

nuo trabajo"; las acequias cantarinas, el camposanto con sus cipreses hieráticos y oscuros, el verde claro de la caña asomando tras de los tapiales que en los trapiches ruidosos se va liquidando en un chorro ambarino hasta convertirse en "un hilo de dulzura y de oro"; los bueyes sacerdotales que en el crepúsculo "ebrios de sol recogen en sus ojos la tarde"; y el pueblo, siempre el mismo, en calma, donde el tedio teje las horas con sus hilos de araña, el sol que en el medio día cae a plomo sobre la alameda parece "cimbrear los árboles que sostienen la solar pesadumbre"; la garúa "neta, fina, musical y tediosa" llora su dolor en un aria y hace lagrimear los faroles de la plaza "que parecen empañados de aliento" y, en las noches de luna, no se sabe "si es la plegaria que sube de la aldea a la luna o la paz que baja de la luna a la aldea".

Juan Parra del Riego y José María Eguren han recogido en sus versos la emoción pueblerina de Surco que, en unos versos laureados y no recogidos en libro, evocaba Parra "como un ataúd abierto y abandonado a la vera del camino" y del Barranco, en cuyo contorno vivió el poeta de *La Canción de las Figuras* y *Simbólicas*. La poesía de José María Eguren, diestramente analizada por Estuardo Núñez y por José Jiménez Borja, es de esencia simbolista y prefiere el mundo de la fantasía y el paisaje interior al real, como lo ha señalado el primero, pero guarda algunos residuos campesinos y colores desvaidos de la hacienda y del arenal costeño que han relievado sus críticos, pero que, por ser posteriores a la obra de Riva-Agüero, exceden los marcos cronológicos de este estudio.

La sierra, cenicienta republicana.

De este balance espiritual del culto del paisaje en nuestra literatura brota la conclusión de que, hasta comienzos del siglo XX, hasta la aparición del libro de Riva-Agüero sobre los *Paisajes Peruanos*,

era débil la interpretación principalmente del paisaje de la sierra. Juan de Arona había dado expresión poética al paisaje del valle costeño circundado por el arenal. Los viajeros románticos acoplados con los naturalistas —como en el caso de Marcoy y Castelnau— revelaron estética y científicamente la floresta amazónica peruana, que adquiere categoría poética en la realista descripción de Amézaga y en la ardorosa interpretación de Chocano. La sierra, descrita desde el ángulo geográfico y científico por los grandes viajeros —por D'Orbigny, Castelnau, Gibbon, Squier, Raimondi, Markham— carecía de una valoración artística de su paisaje y de su irradiación espiritual en la historia peruana. Era, con sus grandes monumentos incaicos y coloniales, una ínsula incógnita y extraña en gran parte al proceso espiritual del Perú republicano, por abandono, por rutina y por pereza. Escasos eran los hombres cultos de la costa que habían visitado la sierra y casi nulo el número de los que la hubieran interpretado o descrito literariamente. Es significativo que fuesen, sin embargo, algunos representativos de la aristocracia criolla de Lima, tildados de extranjeros y peregrinos en el Perú o de "implícitos emigrados" como los llamara filudamente Mariátegui, quienes cumplieran ese deber, antes que los epígonos liberales o socialistas, y dieran una visión cabal de la sierra tratando de integrarla sociológica y literariamente como elemento fundamental del Perú. Si en el albor de la Colonia son las páginas de los españoles Cieza, Acosta, Cobo, Lizárraga, Baltasar Ramírez y Vásquez de Espinosa y del mestizo Garcilaso, las que dan la primera descripción del páramo y la hoyada andina y de sus ambientes urbanos, en el siglo XVIII la completan las visiones de los botánicos Ruiz y Pavón y de los europeos Humboldt, y Haenke y del español Carrión de la Bandera, en la época independiente, de los pocos que traspasan la línea isotérmica del Ande son, precisamente, los criollos, como don Felipe Pardo y Aliaga, el limeño más genuino, el creador del Niño Goyito; su hijo don Manuel Pardo, que vivió en la sierra y escribió en favor de ella el primer alegato andinista, preconizando el ferrocarril a Jauja en 1859; y, en las postri-

merías del siglo, el poeta Amézaga, que se jactaba de su rancia ascendencia de conquistadores. De mediados del siglo es el relato del viaje del cura José María Blanco, que narra, paso a paso, entre dulzainas, angelotes y arcos de flores, el tránsito del aristócrata limeño Orbegoso por todas las ciudades de la sierra en el camino de Lima al Cuzco.

A la lista limeña, hay que agregar los ensayos finiseculares de algunos escritores nacidos en la sierra y que en Lima trataron de acercar la imagen y los problemas de su región a la inteligencia peruana. Fueron principalmente Abelardo Gamarra, "El Tunante", quien en sus *Rasgos de pluma*, entre chocarrerías de palabra y de gusto, acierta en algunos aspectos costumbristas, y Clorinda Matto de Turner, que en la novela *Aves sin nido* traza cuadros y caracteres de la vida andina, con ánimo reivindicatorio y poca sustancia estética, pero que hallaron una cálida acogida en el amplio espíritu de Lima. Entre otros cabría citar los artículos descriptivos del ayacuchano Luis Carranza, en *El Comercio* de 1895, y las relaciones del apurimeño Samanez sobre sus exploraciones en el Apurímac, publicadas en *El País*, en 1884.

No hubo, pues, rechazo, como se ha afirmado maliciosamente, de la aristocracia limeña por la sierra, por ser ésta indígena y la costa española; sino que hubo precisamente amor y reverencia tradicional por la sierra, incomunicación administrativa, pero ancha comunicación espiritual y biológica entre los criollos de la sierra y de la costa y hasta parentesco próximo entre las aristocracias de una y otra región, principalmente entre las familias del Cuzco y de Lima, ligadas por los vínculos de la sangre y del espíritu. Lejos de ser la sierra anti-española, era y es el reducto de viejas y tradicionales costumbres coloniales, en trajes y festejos, en creencias religiosas y ritos externos, en el arte mestizo, la arquitectura crespa, en la escultura y pintura de los imagineros cuzqueños, en la danza y en la música. El paisaje de la sierra, grave y triste, se acomodó también más al espíritu castellano que el de la costa, húmeda y cálida, y, como lo hemos

visto en los cronistas, el español prefirió el temple de la sierra al de la costa, por ser más afin con el de España. Riva-Agüero, el limeño tradicional y arquetípico, al ir en busca de la sierra, siguió pues una trayectoria tradicional de la mentalidad hispánica y criolla, que en la sierra halló especial delectación y estímulo de peruanidad. Andinismo e indigenismo fueron siempre de la más honda raíz criolla y española en el Perú y en América, aunque le contraríe a Waldo Frank. En el proceso de formación de nuestra cultura, las ciudades serranas, esencialmente tradicionalistas y conservadoras, guardaron más puramente que los centros cosmopolitas de la costa su trascendente legado indio y español. Ahí fué a buscarlo Riva-Agüero en 1912, en aprendizaje de patria.

En 1896 el poeta Chocano había escrito en *La Neblina*, en cita que recojo de Estuardo Núñez, "Pero, no es simplemente la aspiración, el sentimiento, la idea, lo que determina el poema, ni basta la suficiencia artística; es preciso buscar el medio ambiente propicio para el desarrollo; para cantar las selvas amazónicas, es preciso internarse en ellas, vivir su vida robusta, sentir el roce áspero de su naturaleza". Pero, agregaba, "los medios de movilización no se presentan sino con la fortuna. Hoy por hoy estamos condenados a vegetar entre los cuatro estrechos muros de la ciudad: la selva no se ha hecho para nosotros". Años después Chocano ambulaba por el mundo, como diplomático, como aventurero, como condotiero del Trópico, a caza de fortuna. Amézaga, bohemio sin dinero, se fué por los mismos días a vivir a la selva para escribir un poema. Lo primordial era, pues, la decisión. Esta faltó al mismo tiempo que escaseaban las comunicaciones, el hospedaje y los transportes cómodos. Esto lo sabían bien los viajeros antiguos y los que a fines del siglo XIX y principios del XX entraron a la sierra del Perú, en pos de su obsesionada tarea científica, en la que cogieron a veces girones de paisaje, como el geólogo Steinmann, los arqueólogos Bandelier y Middendorf, el botánico Weberbauer, el viajero alemán Sievers y, en los mismos días de Riva-Agüero, Isaías Bowmann, el autor de *Los Andes del Sur*

del Perú, que presencia en Abancay la revolución de Samanez y el arqueólogo Hiram Bingham, que redescubre Machu Picchu. Los libros y relaciones de estos viajeros se publican en el extranjero; no se traducen, por lo general, y llegan tardíamente al Perú.

II

EL VIAJE DE RIVA-AGÜERO

Leguas, mulas y libros.

Los gobiernos civiles de 1900 a 1908 intensificaron el estudio científico del Perú, la exploración de la selva y de los yacimientos mineros de la sierra, con la Junta de Vías Fluviales y el Cuerpo de Ingenieros de Minas y con la construcción de nuevos ferrocarriles. Entre ellos, facilitaron el acceso a la región andina central y meridional los tramos de vía férrea de La Oroya a Huancayo y de Sicuaní al Cuzco, que Riva-Agüero utilizó en parte en su viaje. Pero la parte principal de éste, del Cuzco a Huancayo, se realiza por los caminos de herradura, con todas las dificultades y riesgos de la época colonial, bordeando precipicios, atravesando punas desoladas y puentes de estera sobre el tajo de profundos torrentes, desafiando los miasmas de los valles cálidos y el frío de la puna en los desolados tambos indígenas y teniendo como guía y acémila a la mula, la gran baqueana de la sierra andina, loada por todos los viajeros desde Concolorcorvo hasta Darwin.

No me ha sido posible ver las libretas de apuntes de Riva-Agüero, que se guardan demasiado celosamente, en que deben constar, con la precisión y firmeza características de todos sus actos, las fechas de su viaje, los puntos de su itinerario y sus impresiones capitales. Por otra fuente he establecido que partió el 15 de Abril de 1912 y que fué en el vapor "Orita" del Callao a Mollendo,[1] visitaría Arequipa, Puno, Tiahuanaco del que habló después con tan profundo conocimiento y La Paz y de ahí regresaría por el lago, Puno y Sicuani, por el ferrocarril inaugurado en 1908, hasta el Cuzco. Su llegada al Cuzco y sus paseos por la ciudad imperial y el valle sagrado, tampoco están recogidos en este libro de *Paisajes*, que comienza a la salida de Riva-Agüero del Cuzco y comprende sus impresiones del trayecto, a lomo de mula, desde el Cuzco hasta Huancayo.

Algo de sus andanzas por la ciudad imperial y en el contorno del Cuzco, de decisiva importancia para la biografía del gran historiador de los Incas, se puede reconstruir con los recuerdos de José Gabriel Cossío, quien le acompañó en el Cuzco y devino su compadre espiritual, con los datos de los periódicos y las propias referencias de Riva-Agüero. Cossío, hoy patriarca de la historia cuzqueña, me ha referido que Riva-Agüero fué recibido en el Cuzco por una frenética manifestación pública de entusiasmo, encabezada por los Samanez, los rebeldes amnistiados en cuyo favor alegara Riva-Agüero en Lima, y que le acogieron ruidosamente en la Estación del ferrocarril. Le rodearon en el Cuzco los intelectuales jóvenes y futuros discípulos como el propio Cossío que le hizo padrino de su hijo José Carlos y Luis E. Valcárcel que le dedicó su primera tesis universitaria.[2]

---

[1] *El Comercio* – Lima, 16 de Abril de 1912. La nota periodística dice que Riva-Agüero y sus acompañantes "se han dirigido a La Paz".

[2] Luis E. Valcárcel: *Kon, Pachacamac, Wiracocha.* Tesis para bachiller en Letras, Universidad del Cuzco. Imprenta de El Trabajo. Estrella Menor Nº 44, 1912, 29 páginas. La dedicatoria dice: "Al Dr. José de la Riva-Agüero. En homenaje de sincero afecto".

Riva-Agüero se alojó en el Cuzco, en la calle de Plateros en la casa de Aguilar. Fué recibido como miembro de la Acción Universitaria cuzqueña, en la que pronunció una férvida oración. Recorrió seguramente, con su pausa lenta y señorial y aguda verba, calles, palacios e iglesias, de las que habló después con tan profundo conocimiento y sagacidad. En la plaza del Cuzco, dice Cossío, con los *Comentarios Reales* del Inca en la mano, reconstruía la descripción de la ciudad de Garcilaso y contribuyó a precisar nuevamente la ubicación de los palacios imperiales y de las casas de los conquistadores, y aún la de Garcilaso, conocida por los viajeros del siglo XIX, pero cuyo recuerdo se hallaba desvanecido en los comienzos del XX. Solía discurrir sobre las tradiciones urbanas del Cuzco y los personajes de su historia, con el canónigo Jibaja, por entonces uno de los cronistas orales, guardadores de la tradición regional, con quien debatía arrolladoramente sobre los balconcillos del portal de la Compañía. No sólo el Cuzco palaciego y religioso fué objeto de su peregrinación sino que, venciendo las penosas dificultades de entonces, fué a visitar Sacsayhuamán, excursión en la que sufrió un accidente circulatorio, alcanzó a ver Tambo Machay y fué a Pisac, dando un gran rodeo por Chicopampa. En Pisac se alojó en casa del indio García Chongo. Visitó también el valle de Vilcanota, conociendo Yucay, Urubamba, Calca, Maras, Ollantaytambo y Oropesa. Queda un rastro de esta visita en estos *Paisajes*, cuando al hablar en Izcuchaca de la aridez de la región, la compara a la riente frondosidad del valle del Urubamba. "Es —dice, reveladoramente, sobre la primera parte de su viaje— muy pobre de arbolado, al revés de las deleitosas tierras de Oropesa y Calca, Yucay y Urubamba, *que he visto hace poco*. Su desnudez iluminada lo asemeja a los *alrededores de La Paz* o a ciertos parajes de Castilla". En Zurite, de regreso a Lima, extraña no oír en la cosecha del trigo y del maíz "los toques militares y los jubilosos cantos o *hayllis* de las cuadrillas de cegadores que me embelesaron en la feliz quebrada del Urubamba".

También al pasar por Huarocondo, recuerda su visita a Maras, pueblo de arrieros y traficantes, con casas, portales y blasones de piedra, cuya vejez y soledad le sobrecogieron "cuando fue a Ollantaytambo. En su visita a Concacha recuerda también a Yucay y el rincón de Tambo Machay, "tallado en una ladera verde junto a un limpio arroyo y puquio sagrado, lecho de paz y de olvido del Inca Amaru Yupanqui, y el baño de la Ñusta en la estrecha y sinuosa quebrada próxima a San Sebastián". Debe haber, pues, entre los apuntes de Riva-Agüero de este viaje, primicias sugestivas sobre estos lugares e impresiones cardinales del gran historiador frente al Cuzco urbano y su paisaje natural y sobre el lago y Bolivia, que urge conocer.

Definen y matizan el viaje de Riva-Agüero a través de la sierra del Perú los medios de transporte que usó, su equipo de viajero y sus acompañantes, a los que, poco afecto a los detalles personales, se refiere con parsimonia. El viaje del Cuzco a Huancayo —más de 100 leguas— lo realiza íntegramente a lomo de mula. Riva-Agüero, que era de tipo más pícnico que asténico, poco deportivo e inhábil para todo lo manual, era sin embargo, como caballero de estirpe, magnífico jinete según Cossío. Tenía un espléndido lote de caballos de trote en su hacienda Cieneguilla, en los que invitó más tarde a Cossío, en Lima, a ir a Pachacamac. Cossío, ponderado y poco cinegético, le seguía prudentemente y Riva-Agüero, espoleando su brioso corcel, le incitaba con su ancha y jocunda risa gritándole: "¡Al galope, compadre!" mientras el comedido profesor se quedaba a la zaga. El viajero limeño alista en el Cuzco una recua de mulas, como las que hacían el tráfico de Buenos Aires a Lima, en la que destacaban dos lozanas y lustrosas mulas, con el aparejo criollo de sus coloridos frenos y jáquima. Al partir del Cuzco anota: "Las mulas, atadas junto a la puerta, se impacientaban con la espera. Al fin, concluídos los preparativos, nuestra cabalgata se puso en marcha"; y en el puente de Abancay apunta: "Van por delante los indios arrieros y las mulas del equipaje precedidas por la yegua madrina, que las guía, engalanada de un rapacejo de lana y muy altiva y briosa, con su cargo di-

rector". Como viajero de los Andes, Riva-Agüero coincide en este apunte con Darwin, quien también elogia a la "mula madrina" y dice que es una mula vieja muy pacífica, que lleva colgada al cuello una campanilla y a la que siguen como a un perro sus compañeras, aún perdida la pista o alejadas del grupo. La mula, dice Darwin, es un híbrido que tiene más razón, más afecciones sociales, más potencia muscular y más larga vida que sus especies progenitoras. Es un triunfo de la naturaleza. Y Bingham, que viaja en la misma etapa que Riva-Agüero, relata que en los despeñaderos la mula se ponía a temblar y él, temeroso de que perdiera el rastro y rodara al abismo, descabalgaba y la llevaba de la brida; pero, que al hallarse en la noche ante un arroyo, desconfiando de sus músculos y vista, montaba en la mula y, cerrando los ojos, dejaba que ésta saltase a oscuras, fiado en su certero instinto. La mula imprime, pues, al viaje un ritmo distinto del que marca la civilización mecánica de hoy, más lento y cadencioso, más reflexivo con un índice mayor de azar y de misterio.

A La Paz y al Cuzco parece que Riva-Agüero marchó con brillante séquito de amigos y parientes, entre los que se contaban Julio Carrillo de Albornoz, Mansueto Canaval, Luis Pardo y el boliviano Carlos Aramayo. Del Cuzco hacia Huancayo parte únicamente con don Manuel Montero y Tirado, prominente caballero limeño, Gerente de la Salinera, quien soporta al lado suyo todas las fatigas y privaciones del viaje. Cossío cuenta que Riva-Agüero llevaba también un mozo de espuelas o mulero, como se decía antes, llamado Santos, quien hacía las veces de palafrenero y camarero del magnate limeño y a quien halló una vez aplicándole a Riva-Agüero, de acuerdo con las exigencias de la moda de la época, unas bigoteras para mantener dóciles y airosos los mostachos.

En el bagaje de Riva-Agüero, a más de las provisiones indispensables para el viaje a través de quebradas desiertas y de punas rígidas en las que no debe olvidarse, según los consejos de Concolorcorvo, "un buen trozo de tocino y algunos limones y naranjas" que suplan

la falta de especerías, llevaba como inseperables compañeros de viajes algunos libros. En alguna crítica de momentáneo apasionamiento se ha llegado a decir que Riva-Agüero, "desprovisto de sensibilidad pictórica" —cuando la tuvo en el más alto grado que registra nuestra experiencia literaria—, cabalgaba en este viaje "tanto en mula como en biblioteca, aceitado el mecanismo de su kodak cerebral, con la que fijaría más que visiones, asociaciones y remembranzas a propósito de los lugares por donde pasare". La injusticia de este juicio es flagrante. Pocos viajeros —generalmente sólo los sensacionalistas o los ignaros— viajan en nuestros días sin el viático indispensable de unos libros sobre la región que visitan. Hiram Bingham, que penetraba al mismo tiempo a la antigua Vilcabamba de los Incas, declara que llevaba los libros de sus predecesores en la ruta —de Castelnau, de Gibbon, de Squier, hojas del mapa de Raimondi, notas tomadas en la crónica de Calancha y hasta un libro de *Sugerencias a los viajeros*, publicado por la Royal Geographical Society de Londres.

Riva-Agüero, no obstante su prodigiosa memoria, gustaba confrontar en la propia localidad a la que llegaba los textos de los cronistas con el cuadro circundante. En Ocopa, recordaban aún los frailes en 1944, que acompañado por ellos, leyó desde lo alto de un collado que domina el valle del Mantaro, la descripción de este sitio por Cieza, refrendándolo con la vista y el testimonio de los regnícolas. Junto con un equipo de estudiantes de San Marcos, repetí entonces, ante los mismos frailes, la lectura hecha por el maestro y pudimos comprobar la luminosa exactitud del texto de Cieza frente a la radiante visión del valle y la subsistencia en lo alto de las laderas de los trojes o tumbas de piedra de los indios. En una excursión a Paramonga en 1932, con los doctores Carvallo y Monge, vimos también a Riva-Agüero confrontar la descripción de la fortaleza de Cieza con las ruinas del cerro de la Horca y deducir de esa vista y lectura la verdadera interpretación de su destino histórico, no como una avanzada del señorío de Cuis Manco, sino como una atalaya me-

ridional del poderoso señor del Chimú. Y que este era un método insustituíble, lo descubre la confesión que hizo al escritor chileno Alex Varela de que cuando fuera a Chile pensaba llevar como Baedecker el *Arauco Domado*, de Pedro de Oña. Grandes e indispensables amigos y consejeros pues, los libros para un historiador y para un viajero peruano para el que la emoción del paisaje y de la historia unida entrañablemente a él, eran indivisibles. Con las profundas palabras de Novalis, Riva-Agüero hubiera podido replicar a sus impugnadores que "la naturaleza es puro pasado".

El itinerario andino.

El libro de Riva-Agüero se inicia relatando su salida del Cuzco, en una mañana limpia y soleada de "claro invierno serrano", y describiendo desde un alto recodo de Carmenca —la antigua apacheta de Urcoscallan, desde la que los indios antiguos se despedían, volviendo el rostro para adorar a la ciudad— el espectáculo de ésta, grave, fuerte y viril, con su blanco caserío coronado de tejas rojas, las arcadas y portales de su plaza trágica donde los muros de su parda y purpúrea catedral parece que se hubieran embebido de sangre, las callejuelas grises y las torres bermejas de sus templos, las casas que trepan "como un rebaño de alpacas blancas" hacia los cerros, y, al fondo, los montes, coronados de bosques y de nubes, que semejan una ronda de guerreros incas con sus diademas de plumas, inmovilizados en una danza ritual. Es la primera descripción del libro, que recoge en un haz de emoción estremecida todas sus impresiones sobre el Cuzco incaico y colonial e inicia, frente al espectáculo de la ciudad desposeída, pero siempre noble y grandiosa, su meditación del Perú, *leit motiv* de su viaje. El Cuzco, dice Riva-Agüero, quiere ser visto con reverencia y de alto. En la visión del Cuzco, anota en su exordio magistral, triunfa al fin sobre la acerba congoja ancestral

una nota de poderío y de viril robustez, y en él, escribe, "he aquilatado y enriquecido mis sentimientos de nacionalidad con las imágenes de su magnífica desolación".

El viajero y su séquito parten del Cuzco el 10 de Junio de 1912 para recorrer las 100 leguas que les separan de Huancayo. El itinerario escogido sigue el antiguo camino de los Incas, con las modificaciones establecidas por los españoles en la ruta de Buenos Aires a Lima.

El viaje se realiza, sin las precipitaciones modernas de la velocidad, con una pausa colonial. Riva-Agüero es recibido en las poblaciones mayores y en las haciendas del tránsito con homenajes cívicos y demostraciones de cordial hospitalidad, con cohetes y repiques; escucha, como Bolívar u Orbegoso, las arengas de los curas o los bachilleres provincianos en agraz, estudia los templos y los monumentos primitivos y evoca los hechos históricos decisivos. Esta es la parte decorativa y solemne del viaje que pudiera ser el de un Oídor o un visitador colonial, dialogando con curas y funcionarios. Pero hay otras jornadas, que son las más largas, ásperas y silenciosas, donde la vida misma peligra, como son el tránsito de las punas y de las cordilleras por senderos de cabras, los pasos nevados, los torrentes sobre puentes de esteras, las laderas mojadas por la lluvia donde resbalan las mulas, la hostilidad implacable del viento en la puna, los miasmas calientes de los valles yungas y las noches lóbregas en los tambos desamparados. En algún momento, en la región "devastada y pavorosa" de Carhuanca, en un lóbrego hondón de los Andes, ígneo y pedregoso, cercado de túneles y de enjambres de mosquitos, el viajero es acometido por la mortífera fiebre de la quebrada y pasa la noche febril y delirante, arropado con ponchos y capotes en su catre de viaje, en el local destartalado de una escuela en uno de cuyos muros de quincha pendía un mapa del Perú de hule lustroso, en el que aparecían irónicamente señalados los caminos peruanos.

Riva-Agüero atraviesa al salir del Cuzco la pampa de Anta, el histórico llano de la batalla de Yahuarpampa, de la rota de Xaquixa-

guana, con su gran ciénaga de tres leguas y donde el camino serpentea entre pantanos y totorales. Pasa por el caserío de Poroy, primera pascana del Cuzco —los cuzqueños dicen que es españolismo y quiere decir *Por hoy*—, la aldea de Pucyura (Riva-Agüero escribe *Puquiura*), los pueblos de Izcuchaca y de Anta, la hacienda de Huayrurquente, donde el párroco le arenga y ve bailar una cachua, y por último a Zurite, en el extremo de la pampa. En Zurite se aloja en casa de Don Ceferino Santander, reciente revolucionario, y en su iglesia —que vió casarse a Gamarra y la Mariscala— apadrina a tres vástagos con pompa colonial. Riva-Agüero se queda varios días en Zurite, halagado por el ambiente rural, oye recitar trozos de dramas quechuas al cura Monteagudo y ve discurrir por la plaza a los alcaldes indígenas, con sus monteras galoneadas y sus varas incrustadas de plata. Sube la cuesta de Vilcacunga y desciende luego a la quebrada de Limatambo, teniendo como fondo los nevados del Soray y del Salcantay, en violácea gradería. El paisaje es "austero y bravío" y su majestad se acrece con los tonos ocre y granate de los peñascos.

El camino baja luego por la quebrada de Sauceda, entre profusa vegetación, hacia el hondo tajo del Apurímac, oráculo indio, encrucijada civil de la conquista, "eje de toda nuestra historia". El viajero anota, con pericia de botánico, alamedas de sauces y alisos, quishuares y copudos pisonays como en los tramos anteriores; pero ahora, mezclados con cedros, molles lianas, plátanos y helechos, y "los magueyes, que se retuercen en el aire, como culebras gigantescas".

Riva-Agüero pernocta en la hacienda Marcahuasi, que fuera del cronista Pedro López de Cazalla y donde se alojara Garcilaso en su viaje del Cuzco a Lima. Ahí departe con el jefe de la rebelión reciente, don David Samanez Ocampo. El 4 de Junio continúa descendiendo por una empinadísima cuesta, entre rocas y malezas, hacia el foso del río Apurímac, encajonado entre acantilados de piedra, y lo pasa por el frágil puente de Tablachaca. Vuelve a trepar las sierras yermas y escarpadas, hasta que reaparecen los cañaverales con sus alegres oros y las begonias de flor escarlata. Duerme en la hacienda

Jesús María y sigue por entre maizales y pacaes a Curahuasi. Le tienta el dulce sosiego del pueblo, "nido acogedor de amenidad y reposo, suspenso en la luz matinal sobre la región más atormentada y agria".

Siguiendo el camino de Curahuasi a Abancay, cinta blanquecina que se tiende entre el verde pasto de los ichus y las gramas doradas por la sequedad invernal, viendo pasar hurañas y dulces a las llamas y los *llamacmichic*, igualmente asustadizos, el historiador se desvía del camino para visitar las ruinas de Concacha en la estancia de Sayvite y la célebre piedra descrita por Angrand, Squier y Wiener. Por entre cedros gigantescos baja por el abra de Socjallasa a Abancay, feracísima vega, rincón cálido de haciendas de caña de azúcar, de moreras y frutas tropicales y huertas de plátanos, piñas, paltas y limoneros. El tipo humano de este antiguo foco de la raza quechua, le parece más fino y dulce que el de los pueblos collas del Sur.

El 7 de Junio, después de un desfile cívico, sale de Abancay, pasa por la hacienda Illanya de Letona y desciende hacia el río Pachachaca o de Abancay, más apacible que el Apurímac. En el puente de Abancay le despiden los amigos rebeldes.. Trepa nuevamente la cuesta, hasta llegar al puerto nevado o apacheta de Cochacasa, en cuyo fondo luce inmóvil una laguna, como un zafiro incrustado en una placa de acero. De Huancarama a 3,400 metros de altura se desvía hacia Huambo para ver la pirámide escalonada de Curamba, ruinas célebres desde la conquista. De ahí sigue al Noroeste por entre sierras dentelladas, hasta llegar a la hacienda de Pincos, donde descansa dos días. Es un punto a la vez de catástrofe histórica y de lucha geológica. Ahí fué derrotado Huáscar, el último Inca cuzqueño, y a la vez, un aluvión o derrumbe dejó un panorama turbado de inmensas grietas y peñascos arrastrados por la inundación, que semejan en la espesura "como un tropel de fieras en acecho". Sube por la "puna bermeja y siniestra de Cunihuillca", de flacos rebaños, y desciende de nuevo a los alfalfares y trigales de Argama a 3,283 metros de altura, y al verde vergel de Andahuaylas.

En Andahuaylas, a la vera de recuerdos quechuas y chancas, pasa dos días deleitado por "la suave luz y la apacible melancolía, la fina y enérgica tristeza, la valerosa y juvenil gravedad del paisaje eclógico, de lagunas celestes rizadas por el viento frío de las cordilleras, de sembrados recortados entre pircas pedregosas, estremecidos follajes de álamos y eucaliptus, de cumbres con sus tocas de nieve y, en las más altas breñas, las vicuñas montaraces agrupadas para contemplar el sol, "como un gris y recogido coro de frailes".

De Andahuaylas, Riva-Agüero se aparta del camino tradicional que va a Talavera y Chincheros y a la posta de Ocros, para derivar hacia el Suroeste en busca de una sensación arqueológica, compartida sólo por los más avezados viajeros y arqueólogos: la de ver las ruinas de Vilcashuamán, el punto céntrico del Imperio incaico, entre Chile y Quito. El camino transcurre por la región del Pampas que, a pesar de su altura, es país caliente y frondoso, de insoportable ambiente ígneo, del que hablan con rechazo los viajeros por sus emanaciones y frutos malsanos, su río turbio y salado, sus bandadas de mosquitos que atormentan a las mulas y a los hombres y, sobre todo, por la traza sicológica de sus habitantes, más bravos y rebeldes que los de las regiones vecinas, entre los que destacan los Talaverinos, con fama de revoltosos y dados al bandolerismo, y los Morochucos, jinetes eximios, de prestigio romancesco desde la época colonial, por su insubordinación y hábitos de terrorismo. De su ingrato y mortífero suelo hablan la malaria, el tifus, la overía, la uta y el cretinismo, que diezman a sus habitantes. Riva-Agüero, no sigue por Uramarca a Vilcas, el antiguo camino descrito por Cieza, sino que se aparta hacia el Sur, por el pueblo de Huancaray, situado en una garganta estrecha de alfalfares y alisos, las salinas de Cachi Huancara cuyos socavones recorre, el agonizante pueblo de Cachi y, pasando el Pampas o antiguo Vilcas o Uramarca, entra al pueblo de Carhuanca, donde le aqueja la delirante fiebre de las quebradas. Es este uno de los capítulos más sugestivos y vigorosos del libro. Riva-Agüero, como Squier y como Wiener, espoleado por el dolor y la fatiga

traza un cuadro patético de la región del Pampas, devastada y pavorosa sobre toda ponderación, lugar adecuado "para servir de mansión y reino al espanto", del que emana "una poesía desesperada y diabólica de aquelarre genuino". Como Paul Marcoy, piensa en los abismos infernales del Dante. La sensación del paisaje es magistral e inolvidable.

Tras del febril preludio de Carhuanca el viajero llega a Vilcas.

Con su certero instinto histórico y su poderoso sentido evocativo, Riva-Agüero registra y describe las ruinas incaicas, el templo del sol, el atalaya y el palacio, los almacenes y aposentos grandiosos del ejército Inca, comprobando melancólicamente la destrucción sistemática del tiempo y la del abandono de los ásperos moradores que se han asentado en ella como en un refugio para pernoctar de sus correrías campestres. La jornada es de recuerdo y de evocación lúcida y encendida del apogeo incaico. Su meditación de intenso peruanismo sobrepuja en emoción y colorido a la de todos sus antecesores.

El viajero, después de su violenta reacción contra la agresión climática sufrida en Carhuanca, parece que se compenetrase y adaptase mejor al ambiente de la puna, porque al llegar a Vilcas describe, con efusión complacida, la deslumbrante y matutina suavidad del cielo sobre los lomazos y pajonales amarillentos, el viento vivo y seco de las gélidas cimas, "el delicioso perfume de los pastos marchitos" y los transparentes cendales de las nubes en "el horizonte tendido como una espléndida sedería azul".

La cuesta trágica de Vilcas, donde la crónica refiere que asaltaron fúnebres presagios al Marqués Pizarro a su vuelta del Cuzco a Lima, después de las Salinas, le conduce, después de la descripción de la ciudadela incaica, a la Hacienda Pomacocha, por un camino preñado de recuerdos históricos, entre revueltas espantables del camino que parecen balcones sobre el abismo, mientras las nubes fingen gigantescos y quiméricos golfos de espuma y en el fondo del río, entre carrizos y nogales, ondula y brilla el río con los reflejos del sol muriente, "como las escamas de un gran pez dorado".

Riva-Agüero y su séquito pernoctan en la finca de Pomacocha, donde se alberga en un depósito de maíz y papas y donde, como en los tambos virreinales, el alcalde y los mitayos le dan forraje para las caballerías. La descripción del paisaje de Pomacocha, de su ambiente rural, de los rústicos ruidos del amanecer en la hacienda serrana, las breves notas costumbristas sobre los indios y paisanos ricos, hechas con primor y levedad de acuarelas, revelan la capacidad de Riva-Agüero para el género descriptivo, mucho más difícil en la percepción y trasmisión de lo menudo y cotidiano, que en lo espectacular de la naturaleza o de la historia. Después de la magnífica evocación histórica de Vilcas, el viajero se revela como un paisajista de fina y exquisita sensibilidad en esta descripción de su paso por Pomacocha y por la puna de Tocto, describiendo, al final del capítulo, con colores briosos y audaces metáforas, "el cruel esplendor" del crepúsculo andino que se disuelve "en una lluvia de rosas y de cenizas moradas", y el espectáculo de la noche, en que los pastores prenden fogatas, que "corren como llamaradas por las punas y enrojecen el cielo como un océano de sangre".

De Atunhuana, por lomadas de trigales y cebadales, Riva-Agüero llega al antiguo campo de Chupas, donde las tropas de la lealtad castigaron en 1542 a los asesinos del Marqués Pizarro en una épica jornada que el historiador describe sobre el campo mismo de la lucha, con un vigor de bajo relieve, en una de sus mejores páginas de evocación histórica.

Ayacucho detiene varios días al viajero, con su inalterable atmósfera azulada, con su clara y soledosa melancolía de ciudad colonial abandonada y su intenso criollismo. La imagen de la villa refulge en el libro con su caserío encalado, sus pilones orlados de azulejos, las torres y cúpulas de sus iglesias atestadas de dorados retablos, sus viejos portales donde a la luz de la luna dialogan todavía ancianos envueltos en capas castellanas, sus balcones torneados bajo los que discurren indios de ponchos multicolores y detonantes recuas de borricos, cabras y llamas, y bordonean las vihuelas susurros de yaravíes.

El viajero recorre la Alameda republicana con su arco de cal y piedra y sus hileras soldadescas de árboles; los barrios antiguos abandonados, con sus casonas de paredes destartaladas y dinteles rojos, con escudos de piedra sobre patios convertidos en alquerías, y se complace en rememorar ante la imagen de la ciudad mestiza españolizada, con rezagos musulmanes, las más deleitosas leyendas e historias sobre personajes y costumbres de la vieja vida eclesiástica, alegre, regalona y sensual. Desde la altura, blanca y nítida entre el escaso arbolado, Riva-Agüero la contempla al dejarla, "como una imagen del Oriente, luminoso y estéril".

En peregrinaje histórico y patriótico, el historiador va a ver el campo de Quinua, en que se libró la batalla decisiva de la independencia americana en 1824. Su descripción de los caminos que llevan de Ayacucho a Quinua por la quebrada de Viñaca o Azángaro, es rica de matices y diestra en la definición del paisaje vegetal. Pero en el campo mismo, que apenas describe —y en el que no hace, como en el de Chupas, la descripción de la gran batalla final de la gesta libertadora—, se desvía en una meditación saturada de pesimismo republicano.

Después de su regalada contemplación espiritual de la ciudad de Ayacucho, Riva-Agüero emprende la marcha hacia Huancayo por la antigua ruta que bordea el Mantaro y sus afluentes. De Ayacucho, en vez de seguir a Huanta y por ahí a Parcos y Huancayo como Cieza y el itinerario de postas de Concolorcorvo, se desvía al Oeste hacia Picha y Cayarpachi, dejando de lado, envueltos en un velo de oro y luz flúida los campos extensos y fértiles "de verdes pálidos" de Huanta. La diversión, como en el caso anterior, se explica al decirnos Riva-Agüero que fué a visitar las salinas de Atococha, probablemente en atención a su compañero de viaje, el señor Montero, que era Gerente de la Salinera. Esta diversión le hace pasar por sitios poco frecuentados: la agria subida de Antaparaco, el pueblo de Julcamarca, antiguo cacicazgo de los Chancas, el valle de Urubamba o Lircay, el caserío de Choclococha, el pueblo de Acobamba a 3,540

metros de altura, el petrificado panorama de Paucaray, con sus perfiles fantasmagóricos que semejan alcázares derruídos o gigantescos monjes con capuchas caladas, la desolada aldea del mismo nombre que fuera capital de los Chancas, el tambo de Picoy y el famoso paso de Angoyacu de las crónicas de la conquista, hoy puente de La Mejorada y empalme con la "carretera de la muerte". Es casi la misma ruta que acababa de seguir Hiram Bingham y que éste describe en su libro *Across South America.* El camino recorrido por ambos, perteneciente a la provincia de Angaraes, se acerca mucho a la rica y famosa ciudad colonial de Huancavelica, a la que Riva-Agüero no llega, lamentablemente.

Estos capítulos del tramo entre Ayacucho y Huancayo son acaso, con los del paso por Vilcas y Pomacocha, de los más expresivos de la naturaleza peruana y, particularmente, del paisaje de la puna y de las aldeas enclavadas entre las quebradas del páramo andino. El viajero se embebe, falto de grandes horizontes históricos o urbanos, en la contemplación de la flora, de la orografía convulsa de la región, del aire y del cielo, de los juegos rutilantes de la luz, aspira los aromas de la tierra y escucha todas las voces y melodías del paisaje y se acerca con una ternura más comprensiva y humana al habitante indio de la región. En sus nutridas libretas de viaje va anotando con su letra clara, firme, redonda de aristas tajantes a trozos, sus impresiones intactas y felices del paisaje y de las costumbres. El viajero discurre entre laderas pintorescas, maizales tupidos y chozas humeantes, cerros anaranjados y morados, "áridos en lo bajo y cultivados en lo alto", por caminos custodiados por híspidos magueyes y tunales con sus rígidas alabardas, por los que pasan leves recuas de llamas y rebaños guiados por negros perros lanudos, se ven prados cercados de sauces, puentes temblorosos sobre los torrentes, eras doradas junto a las chozas de paja en que se amontonan las corontas de maíz y las papas para el chuño, y al fondo los nevados en su "aterida soledad", besados por el "enfermizo sol de la puna".

Por el abra del Alto Pongo, Riva-Agüero y su séquito desembocan en la quebrada del Mantaro. El camino orillea las márgenes del río por entre repechos calcáreos y ofrece perspectivas floridas y de insinuante dulzura: riberas orladas de cañas bravas, chilcos, capulíes y molles de hojas menudas y estremecidas, matorrales de huarangos y sauces que sombrean claros potreros de alfalfa, alcanfores e higueras silvestres; el paso del Izcuchaca, Rubicón republicano, con su puente de un solo ojo, reflejando en el fondo del remanso las casitas blancas y los techos rojizos, y en el recodo de Tayacaja, en el que el río parece "un delgado ceñidor de ópalo", las pendientes que encajonan el río orladas de salvias rojas que decoran violentamente los cerros de granito, mientras abajo el Mantaro se desliza "como una cinta glauca".

Los viajeros atraviesan en seguida la puna que separa los valles de Izcuchaca y Huancayo —meta del viaje— por entre "cebadales y quinuales amarillentos" por la estación —finalizaba el mes de Junio—, pasan por Marcavalle y Pucará, donde el horizonte angosto y oprimente de la alta serranía se espacía deliciosamente y donde comienzan los llanos de Huancayo con sus sembríos de maíz y trigo. En la expansión del paisaje acuden los recuerdos históricos incaicos y republicanos y alternan en la evocación la leyenda de Tupac Yupanqui y Mama Runtu perennizada en el paraje de Palla Huarcuna, y los ministros liberales de Castilla firmando los decretos emancipadores del indio y del negro y las guerrillas denodadas de los indios serranos frente a la invasión extranjera. En Huancayo ante la Iglesia donde un Congreso adventicio fulminó el empeño de un gran Perú de la Confederación Perú-Boliviana termina el peregrinaje de Riva-Agüero. El epílogo es la visita al convento de Ocopa, célebre monasterio evangelizador de la selva, con su martirizado historial misionero que Riva-Agüero repasa meditativamente junto a la blanca cúpula encalada con su cruz redentora, cortejada por blancas palomas, y que destacan sobre el fondo de los cerros "de tintes ocres y

azulinos" entre "los toques verdosos y amarillentos de la hierba agostada del pajonal".

En Huancayo termina el periplo ecuestre de Riva-Agüero, quien regala a sus bellas y airosas mulas a los frailes de Ocopa y regresa por el tren a Lima. El libro no termina sin embargo, como en cualquier trance turístico, con la última estación del itinerario, sino que más bien comienza, cuando se acaba, el itinerario más arriscado de un viaje por los moradas interiores de la contemplación y el estudio. En el capítulo de *Impresiones Finales*, Riva-Agüero da una visión integral del paisaje peruano de costa y sierra, magnífica orquestación de todas las impresiones recogidas en el viaje y de las características físicas y humanas de cada región y emboca con clásico vigor a dar una definición del alma quechua y del destino del Perú. En el Apéndice, que no tiene conexión directa con el viaje, aunque si con las meditaciones finales sobre la poesía del pueblo quechua se incluye el estudio de Riva-Agüero sobre el dieciochesco drama Ollantay, al que considera dentro de su euforia quechuista de ese momento como una expresión auténtica de "la poesía heroica y bárbara de los Incas". En cambio, cabría agregar a estos paisajes su Descripción de Ica, incluída en los *Opúsculos* y que se halla en la misma técnica de espíritu y de tensión artística de la prosa que los demás capítulos de este libro.

El paisaje en Riva-Agüero.

El género paisajista insinuado apenas en las líneas escuetas de los cronistas, como grabadas al buril, iniciado como curiosidad botánica y geográfica en los naturalistas del siglo XVI, ahondado en la investigación científica del siglo XVIII, ignorado por los románticos, no tuvo en el Perú, como se ha visto, grandes cultivadores. Las notas más auténticas y originales las dieron Juan de Arona, recogiendo el ambiente de la hacienda costeña, Carlos G. Amézaga en su rea-

lista y fúlgida descripción de la selva y José Santos Chocano, en sus magistrales sonetos descriptivos de la flora y en algunas evocaciones del paisaje urbano indo-español, pero, sobre todo, en el esplendor tropical de sus metáforas, paisaje hecho verso caliginoso y exuberante.

En su historia literaria del Perú, Luis Alberto Sánchez reconoce esta pobreza de nuestra vena naturista y señala la ineptitud del hombre de la costa para interpretar la naturaleza. "El poblador del litoral peruano —dice— se destaca como hombre incapaz de sentir el reclamo del paisaje". Y en otro pasaje señala que "los románticos no fueron capaces siquiera de adivinar la sierra". Esta tarea artística, esbozada ya por tres costeños —Arona, Amézaga y Chocano— la asume con relación a la sierra del Perú, con singular originalidad y vigor José de la Riva-Agüero, en sus *Paisajes Peruanos* de 1912. El valor fundamental de este libro lo reconocen con su serena autoridad Francisco García Calderón y Jorge Basadre. El primero, comparándole a Eugenio Fromentin por el colorido, declara que en este libro Riva-Agüero "marida con admirable acierto el paisaje, la historia y la leyenda". Y Basadre, en su frío enjuiciamiento de Riva-Agüero a la muerte de éste, declara, paladinamente, que esta obra póstuma y pretérida de Riva-Agüero es "una majestuosa sinfonía de naturaleza e historia".

En la manera paisajista de Riva-Agüero se dan todas las notas esenciales para una cabal comprensión del paisaje peruano. Tiene esta capacidad científica y botánica y geológica que insignes paisajistas como Unamuno han requerido para una aprehensión verdadera de la naturaleza; es un magnífico colorista que ha aprendido su gama de colores en la paleta romántica de Chateaubriand y del viaje a España de Gautier; y sus finos apuntes artísticos y costumbristas en la escuela de Taine y de los viajeros franceses en América; posee el sentido mágico y animador de los viejos escenarios históricos y los puebla y anima con el viviente colorido de un Thierry o de un Michelet; mueve escenas, hombres y paisajes dentro del aire magistral de una prosa soleada en los mejores clásicos españoles y anima este

magistral conjunto con la fé potente y combativa de su encendido nacionalismo. Es el primer peruano que ve la sierra con emoción vernácula y patriótica.

El paisaje vegetal.

Asombra, en medio tan frívolo y desaprensivo como el peruano y de una cultura media, tan a la violeta, el conocimiento profundo de Riva-Agüero de la geografía vegetal y de la geología de nuestro territorio. "Parece —dice acertadamente F. García Calderón— que hubiera estudiado Botánica y Geología con alma de poeta". Uno de los placeres peculiares de su viaje es ir reconociendo las plantas distintivas de cada región, en perspectiva poética y no erudita, engarzando sus colores y formas con la orografía y el temple con una gana pictórica de color, hasta que las coordina, con mágico y gallardo poder de síntesis, en la geo-poética del paisaje peruano que ofrece en sus impresiones finales. Sentimos la emoción de la costa cuando surgen los montes de caña brava y de pájaros-bobos junto a los matorrales del río pedregoso, "los nogales redondos, los pacaes verdinegros, los paltos claros, las espinosas tunas"; cuando entre los chirimoyos, los naranjos y los tupidos papayos destaca la nota clara del laurel rosa sobre los paredones ocres que encuadran potreros de alfalfa y el verdor sombrío de los campos de algodón y de maíz; cuando sorprende tras de una pirca caída un jardín poblado de albahacas, ñorbos y arirumas o las viejas parras colmadas de lozanas viñas; o cuando avisora a lo lejos como anuncio de la ciudad o de la hacienda un pino que se enhiesta en la lejanía o en un callejón de álamos, que luce su follaje tembloroso sobre el azul plateado de los Andes distantes. En las lomas alimentadas por corrientes subterráneas, descubre, entre africanos espejismos, los haces de palmas y algarrobos y la gracia moribunda de los amancaes.

La sierra, que es agrícolamente tan pobre como la costa y que vive la misma pena de aridez, tiene una flora exangue y triste. Ofrece

la monotonía de sus lomas verdes, sus llanos ondulados sembrados de quinua y de papas, sus andenes que fajan de verdura los collados, ténues arboledas de alisos manzanos, eucaliptus y molles y en las cimas y caminos estériles "algún quishuar aislado, matas y zarzales mirtáceos y la triste procesión de los cardos pequeños que trepan por las alturas". Las notas realistas se alternan con las románticas para definir este paisaje vegetal. En Andahuaylas "sobre los alfalfares, maizales y ocales se disemina numeroso arbolado y alargan frescas alamedas de sauces, eucaliptus y cedros. Los cerros circunvecinos cubiertos de sembríos de trigo y cebada recuerdan a esas *aparquis* indias, mantas remendadas de diversos colores". En las vertientes de peñascos grises asoma el oro de la retama que perfuma el aire libre y las faldas calcáreas de las quebradas, socavadas por los torrentes se revisten de tunas y zarzales, de carrizos, chachacomas y nogales. Los árboles señorean el paisaje impregnado de una ternura severa y nostálgica: el aliso elegante, el molle generoso e incorruptible con su follaje de perpetua lozanía, el pati, el cedro eminente, el sauce gemebundo y los copudos pisonays. En Ayacucho alternan, en la gracia ardiente y exótica del paisaje, las higueras y los duraznos, las granadas y los naranjos con los agaves y los tunales, y en las quebradas que descienden a Huanta, las parras y las granadas con los grandes molles, la flor amarilla de la chilca y "los inevitables y broncíneos tunales". En Acobamba "de trecho en trecho un maguey levanta su rígida alabarda como para vigorizar la suavidad campesina".

El paisaje de la sierra fría, de la puna, es aún más austero y patético. Riva-Agüero lo describe con implacable vigor, en la región de Tocto y en Paucaray. Tras de las abras heladas surgen los duros pajonales amarillos, donde discurren las manadas de vicuñas, brotan apenas hostigados por el viento de la cordillera los "pobres cebadales y sembrados de papas" y, en la magnífica limpidez del cielo, "los agaves y tunales semejan caprichosas alhajas de esmeralda y malaquita".

La técnica del color y del sonido.

Riva-Agüero es también maestro en el manejo del color. En las notas relativas a su itinerario han surgido ya algunas de las primicias de su vigorosa técnica pictórica. Se adivina en esta maestría la influencia literaria romántica y francesa, no sólo la de Chateaubriand y de Fromentin, como se ha señalado, sino quizás mucho más poderosa y sugestiva la de Gautier en su *Viaje a España* y la de los Goncourt. De ellos aprendió Riva-Agüero la seducción por los matices intermedios e imperceptibles para el ojo vulgar y su asociación o analogía con otras tonalidades desapercibidas de la naturaleza, en plan de metáfora o de irónico paralelismo. Esa técnica pictórica es la usada por Riva-Agüero para dar la sensación de cada uno de los complicados juegos de luces y colores de los paisajes andinos. "El paisaje —dijo Chateaubriand— no ha sido creado sino por el sol: es la luz la que hace únicamente el paisaje". Y Riva-Agüero persigue las más leves tonalidades de los amaneceres, del mediodía o del crepúsculo, para trasladarlos intactos a sus notas de viaje.

Podrían señalarse, en el derroche de colores del libro de Riva-Agüero, diversas calidades y jerarquías de sus recursos pictóricos. Hay en ellos una gama usual de colores simples y de símiles cromáticos que proceden unos de la poesía barroca y otros de la época romántica. Subsisten los colores simples y enjoyados de brillo mineral de la lírica gongorina: púrpuras, carmesíes, granas, perlas, topacios, turquesas, zafiros, pero predominan los colores avezados y sutiles del atelier romántico, tales como el azul de índigo o de ultramar, o "la sedería azul" del cielo; los colores grises, verdosos, azulados u ocres de los peñascos; el verde "tierno y dorado" de las cañas; los gualdas y carmesíes de los crepúsculos; los anaranjados o morados de los cerros lejanos; las "gotas de plata" de los luceros. Riva-Agüero rivaliza con los pintores profesionales en su anhelo de repro-

ducir los tonos y matices más inaprehensibles. Su maestro Gautier había hablado de los muros de los pueblos en ruina "color de piedra pómez" o de "pan tostado" y de tonos de azafrán y de púrpura, de los "matices de ágata y de venturina" y, en un plano aún más realista y al gusto de la época, del "amarillo canario", del "gris ratón" y hasta de cerros "color de garganta de pichón" o "color de pato asado". Riva-Agüero, mucho más clásico, busca símiles más equilibrados y discretos, aunque, igualmente ambiciosos de matices y escribe que el ocaso colora las nubes con "los ricos tintes del cuello de las torcaces"; compara el lago inmóvil y glacial de Cochacasa con un "záfiro incrustado en una lámina de acero"; habla de los tintes "opalinos y azulados" de los declives; de las pencas de "verde metálico"; de peñas de "un gris enfermizo" o de las hondas grietas de las torrentadas y barrancos que ponen "sombras casi negruzcas en el ópalo de las tardes asoleadas". Al describir magistralmente el panorama de las crestas andinas, dice en un acierto de mimetismo pictórico, adaptado a las inspiraciones telúricas que el hosco panorama de sus cerros va "del bermejo sangriento al áureo tono del color de los pumas".

El poder y la riqueza cromática de la paleta de Riva-Agüero pueden apreciarse, sobre todo, en sus descripciones de los cambios y juegos de la luz en el límpido cielo andino. Describiendo el crepúsculo entre las montañas de Abancay dice: "Una onda apaciguadora baja del cielo sereno. La gama del atardecer es bellísima: rosa, violeta, perla y ámbar pálido. El nevado Ampay, que en la luz diurna reververaba como un diamante inmenso, se tiñe de carmín; y los cerros próximos, hacia el Sur, visten sus faldas escarpadas del color de la amatista". En la quebrada de Pincos apunta:

> "Los duros cerros de las cercanías, desnudos o nevados, se suavizan con la luz radiante; y brillan graves y gozosos con la dulce sonrisa de un anciano. En la tarde se ensangrienta la crestería de las cumbres moradas. Parece un mágico telón de fondo: y cuando ya el valle angosto reposa entenebrecido, vibra aún en las cúspides violentas la pincelada roja del crepúsculo".

No es menos ducho para pintar las tenues suavidades de la noche de luna andina, como en su descripción del Mantaro bajo el embrujo lunar:

> "La noche fué de luna llena. Su claror amoroso tendió sobre la crestería y las rugosidades de los cerros, un velo de ilusión, de suavidad y de silencio. El cielo de violeta oscuro, semejaba una profunda amatista; las laderas de un morado terciopelo, recordaban la flor de nuestros costeños jacarandaes y las lejanías sedosas de lilas argentadas, palpitaban como una lluvia de luciérnagas. La luz nívea cabrilleaba ondulante y bailadora en las aguas del Mantaro como una líquida vena de plata y se deslizaba bajo los sauces que se movían blandamente y cuyas hojas trazaban en el suelo esclarecido una apacible sombra de encajes".

En la bajada de la puna de Tocto, después de describir la meditativa claridad de la tarde, surge el lampo de una pincelada violenta:

> "Soplaba fresco el viento; y apenas en algunas hoyadas y faldas se adensaban las sombras. Cuando, casi de improviso, se incendiaron las cumbres, flameó el anfiteatro de los montes y las nubes, ebrias de luz, se bordaron de franjas carmesíes y gualdas, pareció una vida serena que de pronto acabara en el fragor de una tragedia orgullosa. En el cruel esplendor del crepúsculo, los Andes abruptos y violáceos, descubrieron nuevas alturas sucesivas, se superpusieron hacia todos los puntos del horizonte, fingieron arremolinarse y crecer todavía más, en estupenda proporción, como inmensas olas de amatista. Los ardientes arreboles semejaban unos, castillos desmesurados; otros, dragones y carabelas fantásticas; y los de enfrente, refulgían como armaduras de pedrerías y bronce. El tramonto hizo alarde de su pompa, suntuosa y fúnebre como la de una reina viuda. Entre estos fulgores del celeste mosaico, vibró como una gota de plata el lucero de la tarde... Las tinieblas se agolparon en el valle y extendieron sus sinuosos pliegues, bajo las nubes que se descoloraban rápidamente, como en una lluvia de rosas y de cenizas moradas...".

Es, sin duda, una de las mejores descripciones integrales del paisaje de las serranías peruanas y una de las sensaciones de color más directas y logradas de nuestro breve y discreto panorama literario.

Entre los júbilos del color, debe agregarse aún el que destella en las descripciones urbanas de Riva-Agüero, que dan principalmente los trajes de los indígenas y del que me ocuparé al hablar de la presencia del hombre en el paisaje.

Otras formas de primor descriptivo, además de su captación alucinada del color, hay en el espíritu de Riva-Agüero que contribuyen a darnos una sensación integral del paisaje, y éstas son sus impresiones auditivas y olfativas que enriquecen la visión vernácula. Hay fragancias de la tierra que halagan al viajero, como emanaciones y miasmas que este soslaya a menudo, con decoro caballeresco, como el de las alquerías abandonadas de los suburbios de Ayacucho y el de algunos rincones y muladares inmemoriales del Cuzco, que le recuerdan la milenaria fetidez de la *Roma Sporca* y de otras ciudades imperiales, pero recoge, en cambio, en la puna, el delicioso perfume de los pastos marchitos o de los ichuales humedecidos, y en Ayacucho elude el hedor de las alcantarillas por aspirar el "capitoso aroma" de jazmines y de "enredaderas fragantes". Uno de sus deleites mayores es, sin embargo, escuchar la voz del paisaje y los más imperceptibles vagidos de la naturaleza o del quehacer humano. Riva-Agüero es maestro en la descripción del paisaje sonoro. A lo largo de su viaje, marcado por el paso rítmico y el campanilleo de las mulas, reclaman al viajero las múltiples ondas en que vibra la vida del paisaje: el ladrido de un perro en la puna desierta y ventosa, el ruido torrentoso del Apurímac, "como el rugir de una fiera herida", la clarinada de los gallos, el balido de las ovejas, el grito de un arriero, el chasquido de un látigo o el sollozo de las antaras. "En este aire tan seco —anota en Ayacucho—, en esta completa calma cualquier sonido se destaca con inusitada claridad cantarina". Claro ejemplo de esta observación, es su descripción de la hora estática del mediodía en la propia ciudad de Ayacucho, en la que dice: "Durante la quietud meridiana de la siesta se oye de pronto el grito de un chiquillo o de un frutero que se alarga en la soledad de las callejas luminosas y desiertas". Pero, acaso si su más acuciosa impresión au-

ditiva es aquella de su estancia en Pomacocha, en la que, despertado por los sonidos, reconstruye desde su lecho, sin verlo, el paisaje externo de la puna en un rumoroso amanecer. En este trozo admirable, de clásica sencillez, sin hipérbole ni entonación alguna, se puede decir que son los oídos los que ven:

> "Dormí en un cuarto que de ordinario se usa para guardar las papas y el maíz. La techumbre tenía goteras; y, por un boquete del muro que daba al patio, zumbaba el viento y yo oía todos los rústicos ruidos del amanecer. Primero fué el batir del follaje y el crujido de los árboles por las agitadas ráfagas del aire, el clarinear de los gallos, el mugir de los bueyes, un lejano ladrido, el trémulo balar de los rebaños distantes. En seguida, el trajín de la ordeña matinal, hecha a la luz de las lamparillas de latón; un rápido altercado, el manoteo de las recuas. Después, a la incierta y gris claridad de la aurora, el remover los aperos de la labranza, las salidas de las yuntas, el gorjeo de los pájaros; entre pausas de silencio, la tonada de un triste, gritos intermitentes de arrieros, el chasquido de los látigos; y, ya bien abierto y brillante el sol, el seco y apretado galopar de las puntas de ovejas, que pasaban delante a remudar de pastos".

Imaginismo modernista.

No obstante escribir en prosa, el modernismo poético —principalmente el de Chocano y, acaso, el de Herrera Reissig y aún el lejano de Olegario Andrade o de Díaz Mirón— ha influído íntimamente en la forma artística de Riva-Agüero. Como peruano del 900 no puede sustraerse a dos influencias de estilo, fulgurantes entonces: la de Chocano y la de González Prada. Ello equivale a decir que tenderá, pese a su temperamento clásico, a un cierto pathos verbal y declamatorio, sobre todo en el final sinfónico de sus capítulos, y que buscará como principal recurso artístico el alarde constante de las metáforas. El mismo Riva-Agüero declarará, más tarde, su rechazo de esa forma estilística enfática y oratoria, hugoliana a veces, y dirá que

fue ese reparo precisamente el que le indujo a retener los originales de su libro, con ánimo de escardarlos de grandilocuencia, lo que felizmente no hizo o no pudo hacer, porque esas calidades son parte sustantiva de la euforia vital y juvenil del libro. En las citas trascritas más arriba se halla patente esa lujuria verbal y ardentía metafórica. Riva-Agüero forja metáforas insignes, que hubiera podido suscribir Chocano. Los ágaves y tunales recortándose acerados y adustos sobre el cielo serrano, promueven su ardor estilístico: los ve algunas veces como "enormes y furiosas serpientes verdes que se irguieran en son de ataque", otras como "una fantástica floresta de lanzas de bronce"; los cardos le parecen "cirios verdes"; los cactus gigantescos "candelabros monumentales", y "hay magueyes híspidos que parecen espadas rotas" o alabardas rígidas, o en la comparación ya citada, de joyel chocanesco, aparecen como "caprichosas alhajas de esmeralda y malaquita". Los ríos, como en la panteísta musa del poeta de *Alma América*, son como sierpes sinuosas:: "el Apurímac se retuerce entre fulgores metálicos como gran serpiente escamosa" o como "una espada curva"; el río de Vilcas, dorado por el sol muriente, como "la escama de un gran pez dorado"; y el Mantaro, deslizándose como una cinta glauca para ir a precipitarse, velocísimo, por el paso de Izuchaca, como un venado andino o *taruca* fugitivo que corre a hundirse en la selva impenetrable. Los montes y cumbres andinas, mencionados reverenciosamente, sin describirlos, por los poetas de la revolución o comparados por los románticos a dioses o a tiranos, adquieren en Riva-Agüero forma y volumen humanos, color y perspectiva local. Desde el ángulo metafórico el viajero los ve en su gigantesco desorden geológico como "una manada de monstruos antediluvianos", "como un tropel de fieras en acecho" o como "una marea de tempestad petrificada"; de sus repechos cuelgan y se enredan hierbas y lianas amarillentas que semejan "una erizada melena de león"; otras veces parecen almenadas habitaciones de gigantes o violados por "el cruel resplandor del crepúsculo" descubren alturas sucesivas, que se arremolinan y crecen hacia el horizonte "co-

mo inmensas olas de amatista". Las nubes se arremolinan en el cielo sobre el gris escorzo de la cordillera y con sus arreboles fingen dragones o carabelas fantásticas, o se extienden en blancas caudas como olas de rompientes gigantescas y quiméricos golfos de espuma. La Luna, la "hilandera divina" de Chocano, la Quilla de los Incas, argentada y suave, surge entre los cedros como una "rueca argentada"; y el límpido cielo iluminado por su blanco reflejo, parece "un azulejo antiguo vítreo y terso".

Costumbrismo e Historicismo.

El paisaje no se entendió antes de Riva-Agüero, en el Perú, como un puro goce estético, desligado de todo otro afán o finalidad, sino que estuvo supeditado a la curiosidad histórica o costumbrista. Así lo entendieron viajeros y poetas desde Cieza hasta Juan de Arona. En el libro de Riva-Agüero, la contemplación del paisaje prevalece sobre la del hombre, pero por virtud del contemplador, está poblado de historia.

El paisaje de la sierra peruana es, pues, el protagonista del libro y el habitante actual de él, por gesto y designio propio, un elemento elusivo y transeunte. Los viajeros republicanos, sobre todo Raimondi, han hablado de la hospitalidad de los burgos y haciendas mestizos y de la hurañez y silencioso hermetismo de los pueblos de indios y de los tambos del páramo. Los caminos parecen desiertos —rara vez se menciona en ellos a otros viajeros— y los pueblos deshabitados. El paisaje humano es como el físico, igualmente grave y dulce, melancólico y huraño. Sobrios y esquivos pasan por él rostros y siluetas que no se detienen ni hablan, vistos al paso, en el camino temeroso, en las callejas pobres o en las fiestas jubilantes. Es ya un pastor de blancas greñas que escapan del chuco de lana; indios ciegos que tañen en el arpa *"tristes"* mestizos que se dirían bañados en llanto; indios que conducen recuas de llamas y cuyo poncho escarlata detona en el

camino de rocas grises; una india vieja de mechas revueltas y ojos fijos que ambula por un pueblo como un trasgo maléfico; pastorcillos de ocho a diez años tan huidizos como las llamas, con sus ponchos y grandes sombreros de paja; indios arrieros de agilidad increíble que corren mascando la coca; bronceadas muchachas "más morenas que el trigo y el maíz recién cosechado adornadas con cestas y abalorios o ataviadas con sombreros de fieltro y vivísimos trajes, como las que vió en Acobamba, cantando yaravíes sobre el antiguo altar idólatra, indias cargadas de chala, indios enmascarados que bailan ebrios de guarapo en la fiesta del Corpus. Apenas si, en las cercanías de Julcamarca, vé una muestra del antiguo ardor colectivo para el trabajo: una cuadrilla de indios del ayllo de Huanacayacu componía cantando el camino y, en otra ocasión, recuerda los *hayllis* jubilosos de las segadoras que oyó en Urubamba. También escasean los viajeros mestizos por los caminos abandonados. En casi todo el viaje apenas si se menciona el encuentro, en la puna de Tocto, con una familia de cholos ricos montados en chapeadas monturas y las mujeres con largos aretes y barbiquejos de seda roja. Los indios son melancólicos por naturaleza y solo aparecen momentáneamente alegres en la plaza de los pueblos, en el vocerío de la feria o en el estruendo de las procesiones y grandes taquis indígenas. Riva-Agüero describe, con fidelidad, estas plazas estentóreas de pueblos, en Andahuaylas, en Acobamba o en Huancayo, con su estridor de llicllas y de antaras.

Algunas notas etnográficas sobre los indios del trayecto pueden recogerse de sus apuntes sobre la habitación, las comidas, la indumentaria y la vida de los pueblos de la sierra. Gobernadores, curas y alcaldes son la trinidad que oprime, ahora como antes, a los *mitayos* del campo. Sobre los curas desliza, el discípulo de Prada, su buen humor erasmista, apuntando sus extorsiones a los indios y su desdén del celibato y se solaza en repetir —comprobándola con ejemplos modernos— la afirmación de Concolocorvo sobre "la proverbial incontinencia del clero huamanguino". Según Riva-Agüero,

pueden establecerse diferencias etnográficas entre los indios del sur y del centro. Los de la meseta del Collao, de raza colla, son más rudos, fuertes y cuadrados, de abultadas facciones, sombríos y toscos, en tanto que, a partir de Apurímac, foco de la raza quechua, son más finos y de expresión más tierna, dulces e ingeniosos y, las mujeres, de "rostros ovalados, de gracia melancólica y de mirar sumiso", que recuerda la ternura inefable que hay en las miradas de las vicuñas". A medida que se sube al norte el hombre es menos tosco y rudo. Los indios de la región del Cuzco son más reconcentrados y tradicionalistas que los de la región central. Los de las vecindades del Cuzco visten, aún, de calzón corto, casaca azul y chupa roja del siglo XVIII y la montera galoneada de plata de la época colonial; los alcaldes y tenientes llevan varas con cabos de plata, en tanto que a medida que se avanza hacia el Norte aparecen los pantalones largos o *huaras* y los pobladores son más activos y corteses. En la plaza de Andahuaylas, en contraposición al obstinado silencio de los pueblos, hay algarabía, como en las chicherías de Ayacucho y en la feria de Huancayo, donde aparecen los ponchos y sombrerones de los cholos, los redondos faldellines punzóes, los monillos y llicllas multicolores, los anacos bordados de plata, los rebozos de bayeta y los negros cotones de mangas cortas de las indias. El jinete mestizo saluda a los forasteros tocándose el ancho sombrero de paja y las mujeres de Izcuchaca, con llicllas de colores, anacos descotados y bordados y sombreros negros o azules con forros granates, saludan sumisamente diciendo: *Ave María.*

La nota costumbrista y folklórica surge en descripciones admirables por su realismo, como las escenas de la corrida de toros y la noche de San Juan, poblada de hogueras en Julcamarca, el taqui en el atrio de la iglesia de Acobamba o la nochebuena poblada de gemidos de flautas y zampoñas en el mismo pueblo.

También se puede hacer rica cosecha en el libro de viajes de Riva-Agüero sobre el desarrollo urbano y arquitectónico de nuestros pueblos y ciudades serranas. Con una vista intuitiva y certera y una

fruición del detalle significativo, aprendida en Taine, describe Riva-Agüero, en breves trazos, los pueblos indígenas y se detiene morosamente en las ciudades mestizas e históricas como el Cuzco o Ayacucho. Díganlo sus estampas de los pueblos de Zurite, Curahuasi, Abancay, Andahuaylas, la aldea de Cachi, Carhuanca, el pueblo incaico de Vilcas abandonado, Julcamarca, Acobamba, Paucaray, Tablachaca, Izcuchaca, Casma, Acostambo, Marcavalle y Pucara. El pueblo serrano, aún el más recóndito, tiene una fisonomía mestiza. Sobre el área de la antigua pata indígena, en que se reunían los ayllus, entre paredes de pirca, se levanta la plaza española con su iglesia bermeja y su espadaña ruinosa, el pilón de agua, unos árboles centenarios y la cruz del camino pintada de verde con lábaros, calavera, lamparillas y banderolas republicanas. Las casas humildes y destartaladas se estrechan en callejas silenciosas y enlodadas, con sus muros encalados y sus techos granates. En el atrio de la iglesia los curas predican en quechua y bajo el campanario, colgado de quitasueños y de cadenetas de papel, se realizan las procesiones, las elecciones de mayordomos, las corridas de toros, las peleas de gallos y el *taqui* antiguo, con su remolino de colores vivaces de *anacos*, *lliclas* y *ponchos*, "arco iris movible" en el que alternan, entre "celestes tiernos, anaranjados y azules profundos", el sollozo de las *antaras*, el tamborileo infatigable del *huancar*, la "queja arisca y vulnerada" de las quenas y "el crepitante y convulsivo redoble de las danzas zapateadas".

El arte descriptivo de Riva-Agüero se aguza en el recinto mestizo y complejo de las ciudades andinas. Ya se ha aludido a su magnífica descripción de Ayacucho, desde el punto de vista del color y del aspecto externo. Pero el relieve mejor de sus descripciones urbanas está en la pericia artística y humanística con la que Riva-Agüero analiza y descubre las huellas culturales de los estilos y la gracia de los pormenores vernáculos. Al pasar por los pueblos anota sabrosos detalles arquitectónicos: barandales torneados, muros blancos, zapatas verdes, escaleras de piedra, patios de ladrillo con tiestos floridos como en Andahuaylas; atrios de haciendas de portadas churri-

guerescas y cruces de piedra sobre altos peldaños, como en Pomacocha; casitas con balaustradas y techos saledizos, como de paisajes chinescos, a orillas del Mantaro; un mirador cuadrado de tres pisos con cúpula airosa y alegre en el cruce de Izcuchaca; pero es en Ayacucho donde se complace en evocar al señorío de una prestancia arquitectónica exánime: patios que se han transformado en corrales, escaleras de piedra abandonadas de suaves y espaciosos peldaños que no conducen ya a nada porque han desaparecido los pisos altos a que llevaban, columnas salomónicas de piedra decorando mansiones paupérrimas, cocheras convertidas en pulperías o tendezuelas; quintas rumbosas como la de la Glorieta, con sus portales y sus zócalos rotos de alizares de azulejos; pero, sobre todo, destaca su descripción de los interiores de las iglesias ayacuchanas y del mueblaje antiguo de las casas. Dentro de las iglesias de portadas churriguerescas anota: "dorados y columnas salomónicas, altares de cariátides y de ángeles rollizos, lámparas parpadeantes ante los diferentes retablos tallados y estofados, sangrientos Santocristos de cabelleras naturales entremezcladas de flores, Vírgenes con mantos de seda y tisú, Dolorosas con cuellos de encaje y puñales de plata, cuadros ennegrecidos, marcos de espejos, urnas con ramos de briscado y Nacimientos de piedra de Huamanga, enternecedoramente pueriles". Para la historia arquitectónica peruana, tienen igual sugestión y riqueza artísticas sus zahoríes observaciones sobre el atuendo de las casas ayacuchanas: "piso de ladrillo o petates, cómodas de madera oscura, asientos de esterilla, canapés de cerda con patas de esfinge, paredes con chillones zócalos azules de añil o negros de alquitrán o, por mucha gala, grecas multicolores e ingenuos ramilletes. Hay techos de cedro con gruesas vigas de sencillos artesones, ventanas de madera torneada o de barrotes de hierro entrecruzado que recuerdan los locutorios de las monjas, y a veces otras salientes, con recios poyos para asiento de las clásicas tinajeras; mamparas con labradura o acanaladas y redondeadas del siglo XVIII, postigos con tabiques y molduras en forma de cruces, que corresponden a la época de los Austrias; zapatas con volutas jó-

nicas, patios con cortinas de madreselvas, jaulas de cañas, pajareras de alambre y macetas de barro; arcadas claustrales, zaguanes sombríos, portones claveteados y con broncíneas aldabas de cabezas de león, y en algunos balconcitos moriscos, la celosía volada de rejillas, ya en Lima tan escasa".

Como esta descripción sugeridora, cabe anotar entre las impresiones subjetivas del viajero más expresivas del alma de la ciudad andina, su paseo por ella en una noche de luna, en la que ve los blancos muros bañados de luna y por las rendijas de las casas lóbregas y de los tambos filtrarse el rojo y mortecino fulgor de un quinqué o el cuadro rumoroso y penumbroso del paso del Viático por las calles de Ayacucho, acompañado por mujeres envueltas en mantas y pañolones y hombres con la cabeza descubierta, entre el resplandor de los cirios y el de las brasas murientes del crepúsculo, cuadro que el discípulo positivista de Taine traza con macabro realismo y le parece que deja en la vetusta ciudad "una estela de religiosidad ardorosa y tétrica, de catolicismo español y medioeval".

La más desconsoladora visión social no es, sin embargo, la del pasado, sino la del pavoroso presente de las poblaciones serranas, que Riva-Agüero ausculta con emoción patriótica y humana y describe con rasgos realistas. Pueblos abandonados de toda vigilancia central, dominados por los gamonales lugareños, nuevos curacas o corregidores insaciables, inspectores de instrucción que son agentes electorales, maestros ebrios e ignaros, subprefectos y recaudadores sórdidos, indios amodorrados o alcohólicos. La visión final es dolorosa: soledad acerba y letal, medroso encogimiento de cuerpos y de almas. Sólo de cuando en cuando un crimen, una inundación, una peste, turban la monotonía. Iguales a sus progenitores, mansos, sumisos, tristes, salen por los senderos del pueblo hombres de poncho que arrean ganado y mujeres de llicllas moradas y punzoes que, con el huso en la mano, hilan infatigables mientras caminan. Así vió Riva-Agüero el paisaje humano, frío, triste, desolado y misérrimo.

Paisaje e historia. La meditación del Perú.

Otra nota ineludible en la contemplación del paisaje en Riva-Agüero, es la de la evocación histórica. Se ha tachado de eruditismo y de libresca su visión de nuestra naturaleza. Las páginas de visión directa de ésta, emotivas y coloridas, que acabamos de glosar, desautorizan tal aserto y acreditan a Riva-Agüero como uno de los mejores captadores artísticos de nuestra esencia telúrica. El contemplador moderno del paisaje no puede tampoco prescindir del pasado de la tierra como si ésta no se hubiera impregnado en el transcurso de los siglos con la pátina de dolor, de esfuerzo o de fatiga, dejada por el hombre en su transcurso vital. Sólo el hombre antiguo, según Spengler, fue *ahistórico*, no conoció más realidad que el presente puro, en tanto que el hombre representativo de la civilización occidental es de temple sobremanera histórica y lo piensa todo en relación con el pasado y el futuro. El romanticismo asoció, acaso por ello, a la emoción de la naturaleza el placer amoroso de contemplar las ruinas pretéritas, que puede ser un goce exacerbado en el Perú, que como dice el viajero, "es un país pródigo en escombros".

Pero en Riva-Agüero no fue ésta una propensión erudita o libresca. Su ilustración no era turística o de pacotilla, sino fruto de una intensa y auténtica vocación humanística. No llevaba en la alforja de viaje sino los libros de derrotero indispensables, porque su verdadero bagaje lo constituían su vasta cultura general, asimilada y viviente, y su conocimiento, acaso el más extenso y profundo que haya poseído historiador alguno de todas las épocas de la historia del Perú. Los signos reveladores de su originalidad sustancial están en que escasean en su libro las citas de libros y autores —salvo algunas muy breves de los cronistas, que son ya bienes patrimoniales de nuestra cultura—, y en que las notas de este libro sobre el pai-

saje y la historia peruana hayan servido de cantera a todos los que, reconociéndole o negándole, se han ocupado alguna vez seriamente de estos temas.

Como otros viajeros fueron sustancialmente botánicos, geólogos o arqueólogos, Riva-Agüero fué historiador y es lógico que la historia halle atención preferente en su periplo y que, a veces, le haga olvidarse hasta del mismo paisaje natural, impulsado por su goce nostálgico, por su preocupación cardinal por el destino del Perú o por su eximia condición de narrador. Los *Paisajes Peruanos*, además de ser un ápice en nuestra literatura, son, como todos los libros de Riva-Agüero, un manantial de historia pura. Sería inútil insistir en toda la riqueza de acotaciones sobre personajes, escenas y monumentos que se prodigan a cada paso del viaje, pero cabe enumerar algunos de los rasgos más sugestivos de su lección, que tiene a veces vibración épica de leyenda, gravedad y elegancia de relato clásico o entonación romántica de elegía. En cada paisaje humanizado y vitalizado por la historia, el viajero recuerda una hora o un momento que marcó el azar del Perú. Ante ellos se detiene Riva-Agüero, como los indios antiguos ante una apacheta sagrada, para renovar el tema trascendente de todos sus libros: la meditación del Perú. Estas apachetas de su peregrinaje histórico son, sucesivamente, el Cuzco y Vilcas para el avatar incaico, Huamanga para la nostalgia colonial y el campo de Quínua para la meditación sustancial del destino del Perú independiente.

Riva-Agüero describe en primer término los recuerdos de la grandeza incaica que encuentra en su camino. Todo el pasado del Cuzco —"corazón y símbolo del Perú"— pasa como un desfile purpúreo en su visión de la ciudad desde lo alto de Carmenca. Los recuerdos del Incario le asaltan en la pampa de Anta, donde se libró la suerte del Imperio en los tiempos de Viracocha y de Pachacútec y donde los chancas huyeron diezmados por los pururaucas, los míticos guerreros de piedra sagrada; en Paucaray, capital de los chancas, donde Uscovilca reunió los ejércitos que lanzó contra el Cuzco y los que-

chuas; en el cruce de Chincheros y Yucay, donde estaba el ara sagrada de Viracocha, ante la que los Incas impetraban la victoria antes de dilatar sus conquistas; en Limatambo, donde fue quemado Chalcochima; en el Apurímac, donde estaba el ídolo tinto en sacrificios que inspiraba furor profético a los Incas; en Curamba, donde trepa a la pirámide cuadrangular, o ante la piedra labrada de Concacha, donde diserta sobre el arte escultórico incaico y sobre la interpretación de los dibujos de la piedra, que considera como una imagen del mundo, pero, donde recoge, sobre todo, la impresión del suave prado de Concacha como un paisaje de reposo entre el océano atormentado de los montes, característico para él de la soñadora raza quechua. Sus mayores raptos históricos sobre el pasado antiguo del Perú son en Vilcas y en Pucará. En Vilcas evoca con suntuoso colorido el cortejo del Inca vencedor, enjoyado de oro y esmeraldas entre el polícromo juego de los vestidos de sedoso *cumpi*, las plumerías del Sunturpáucar y los champis y patenas metálicos, aclamado por sus huestes broncíneas y subiendo al templo propiciatorio pisando sobre la viviente alfombra de los cuerpos de sus enemigos. El mayor derroche de imaginación y de gala narrativa lo ostenta, sin embargo, en su versión de la leyenda de Palla Huarcuna, la prisionera de Túpac Yupanqui en la campaña de Chachapoyas, "de tez ambarina, suntuosa y relumbrante como un ídolo, macerada en perfumes, flexible como un junco", que paga su infidelidad al monarca siendo ahorcada y comido su cuerpo por las aves carniceras en Pucara, pero a la que la leyenda popular transforma en una peña que llora y suspira en las noches cerca de Pucara, que muestra su funesta hermosura a la luz de los relámpagos y que, símbolo del amor trágico, vierte las lágrimas de un manantial. En esta nueva y brillante reconstrucción de la leyenda de Palla Huarcuna, que fue objeto de una breve tradición de Palma, que Riva-Agüero enjoya con toda la suntuosidad de la pompa incaica y que es página antológica, se manifiesta el poder narrativo del escritor, que hubiera hallado tan adecuado cauce en la gran historia que no alcanzó a realizar.

La conquista está evocada, magistralmente, en su descripción de la batalla de Chupas entre almagristas y realistas, página que recoge la animación bélica de los cronistas, el conocimiento del antiguo arte de la milicia indiana y europea, la frescura popular de las coplas y de los parlamentos entre los combatientes que tienen rudeza primitiva de Ilíada y la amenidad y sencillez de un Prescott que se hubiera aireado bajo la fronda de los clásicos latinos y españoles.

Es en la etapa de los recuerdos del Virreinato y en la evocación de los personajes administrativos o eclesiásticos de las ciudades, de los Obispos o encomenderos, de la historia local artística o social, donde al viajero le aqueja, pasajeramente, el mal de la erudición. Aunque muchas veces sus noticias sobre caballeros y prelados coloniales carezcan de interés general tienen, sin embargo, valor para la historia local y para la leyenda etiológica, que todos los pueblos se empeñan en conservar. La vena reconstructiva de Riva-Agüero, sobre esta época, se agudiza principalmente ante Ayacucho y sus casonas blasonadas y en la región del Pampas, donde diserta con interés folklórico sobre el santuario de Cocharcas y las vicisitudes de esa devoción regional.

Riva-Agüero había denostado en sus dos primeros libros, siguiendo la moda imperante desde la independencia y agudizada por el conflicto hispano-peruano de 1864 y por la propaganda anti-católica de Gonzales Prada, al régimen colonial. Era la posición favorita de sociólogos recientes, como Lissón y Prado. En su historia literaria de 1905 había preconizado el abandono de la tradición española en costumbres e ideas y declarado que del "régimen colonial provienen todos nuestros males". El único vínculo que cabía mantener con el pasado cultural español era el de la lengua y el de los clásicos. En *La Historia en el Perú* predominan aún las influencias y prejuicios antiespañoles de sus predecesores y maestros; pero, a través de la dura costra radical, se va abriendo campo el espíritu independiente de Riva-Agüero y su tendencia tradicionalista atávica, anteriormente reprimida y coactada por la presión de las ideas imperantes. Riva-Agüero fustiga implacablemente en este libro al régimen político

español, al espíritu religioso que lo inspiraba y a la cultura colonial; pero su certero instinto histórico va despojándose de prejuicios y tópicos, alejándose del panfletismo histórico en una búsqueda serena de objetividad. Abundan aún los denuestos contra la superstición y el fanatismo, contra los conventos y los jesuítas, contra el escolasticismo y el barroco, pero se ensaya a veces la posibilidad de una interpretación comprensiva del tiempo colonial. El disentimiento radical arranca del tópico, común entonces, de la decadencia española, agudizado por la generación del 98. Nada podía ser bueno en el régimen colonial, por la ausencia de espíritu crítico y la falta de libertad de pensamiento impuesta por la monarquía al pueblo español y aceptada por éste. El hermetismo y el encierro mental de España provocaban una atmósfera densa de superstición e ignorancia, de "fanatismo vacío y rígido", que viciaba y arruinaba la civilización española. La época colonial le pareció entonces a Riva-Agüero "la fuente de todos nuestros males y de nuestros vicios". Sólo encontraba en ella "perezosa rutina, inercia mental y moral", superstición brutal, pedantesca y yerma escolástica, la horrenda barbarie del ergotismo junto con la mujeril dulcedumbre de la devoción jesuítica, milagrerías gozosas y necias y pueriles patrañas de apariciones de la Virgen, los santos y las ánimas del Purgatorio". Riva-Agüero se felicitaba de no haber nacido en esa época de "fetichismo y ñoñez", de credulidad e ignorancia de las leyes naturales, de intransigencia y espíritu inquisitorial, de aniquilamiento y muerte de la voluntad. De acuerdo con estas normas directivas fueron la cultura y el carácter de los criollos. La religión de los hispanoperuanos fue una devoción materialista y externa, un fetichismo bárbaro que radicaba "en la ñoñez de las virtudes y prácticas piadosas", en la exaltación de la penitencia, "en un frenesí sombrío y terrible de dolor y de destrucción", y que alimentaba su ignorancia con un ansia crédula de milagros y prodigios palpables. La cultura intelectual caía en una "miserable sutileza verbal", en una "erudición indigesta y ostentativa" y en una ciencia "palabrera y de relumbrón". Las actuaciones académicas eran en el medio palacie-

go y frívolo de la corte virreinal "torneos de pervertido ingenio y de monstruosa literatura". El vendaval positivista y radical de incomprensión absoluta de la mentalidad colonial alcanzaba al gongorismo poético y al arte barroco, denostados a la par con el espíritu histórico que integraban. En su libro primicio sobre la literatura peruana, Riva-Agüero había desdeñado la poesía culterana y en su tesis sobre historia insistió sobre la hinchazón y la vacuidad en el estilo encrespado y campanudo de los poetas y la miserable sutileza verbal y la erudición gerundiana de los oradores y maestros universitarios y eclesiásticos. En rasgo de intolerancia positivista y radical, negó el valor poético de *La Cristíada* de Hojeda y de las crónicas conventuales, llegando a desconocer la deliciosa candorosidad mística y diafanidad literaria de la prosa de Fray Diego de Córdova y Salinas en su maravillosa Crónica de la Provincia de los Doce Apóstoles del Perú, el más dulce brote de las florecillas franciscanas bajo la Cruz del Sur, a la que Riva-Agüero trató de pesada, fatigosa y de "estilo embarazado, lento, opaco y de mal gusto". La sede enervante de esta cultura relajada y decadente es Lima, a la que Riva-Agüero consideró como una ciudad frívola y ceremoniosa, una "nueva Bizancio, pálida y quieta, sin herejías ni revoluciones".

No obstante estas negaciones injustas y rotundas, en las que aparece el estilo vengador y tronitoso que algunos adjudican únicamente a su madurez, pugnan en Riva-Agüero algunos impulsos leales de su espíritu que sondea las esencias del espíritu peruano y de todas sus raíces culturales. Estos se manifiestan ya en su honda afección por todo lo criollo, en que late tan cercanamente el legado español, y en su reprimida admiración por el arte barroco colonial. En *La Historia en el Perú* se puede encontrar a la vez, como expresión de estas vacilaciones estéticas, consideraciones sobre el arte eclesiástico colonial, así como impresiones alucinadas por el esplendor de retablos e imafrontes churriguerescos, Mientras afirma en alguna parte que la arquitectura es confusa y desarticulada, que ninguna de las iglesias coloniales "es obra de arte ni merece las consideraciones de tal", se deja ga-

nar en otras páginas por la poesía sedante de los claustros coloniales con la policromía de sus azulejos y la caricia de sus jardincillos —"únicos sitios en los que es posible imaginar y sentir la poesía de la colonia"—, o por la dorada hojarasca de los retablos, "las anchurosas y solemnes escaleras de casas y salas capitulares con el sombrío esplendor de sus talladas sillerías", "las exageradas redondeces de los arcos y de las cúpulas y la severidad escurialesca de los altos muros y los ventanales de gruesos barrotes de las iglesias y monasterios. Por el sendero del arte, principalmente del barroco con su esencia mestiza, ingresa Riva-Agüero a la comprensión del espíritu colonial. Su espíritu nacionalista le impulsa, también, a rastrear las raíces del sentimiento criollo. Aunque, siguiendo patrones vigentes, considera a los criollos peruanos como indolentes y viciosos, exalta a los representantes intelectuales de esa estirpe peruana, a Meléndez, a Peralta y a Fray Martín de Porres, de "entrañable dulzura mucho más criolla que española". La posición de Riva-Agüero sobre el régimen colonial, con ser aún dura e incomprensiva, es menos rígida que la de Mendiburu sobre cuyas simplistas negaciones de época reacciona prudente y moderamente. Así, mientras Mendiburu acusa al gobierno español por su política económica expoliadora, Riva-Agüero encuentra explicables las contínuas demandas de dinero y aún la desatendencia del poder central, por las urgencias de la política externa y los intereses nacionales y dinásticos de España y llega a exaltar las figuras de algunos Virreyes como Lemos, inflexible castellano en su exaltado misticismo, en su dureza inquisitorial como en su humanismo compasivo para con los indios, y como el Conde de Castellar, prototipo de "las cualidades de orden, método y probidad que distinguen a los administradores españoles de la centuria décimosexta".

En su afán creciente de objetividad, rectifica a Mendiburu cuando acoge sin examen las ideas de Llorente y censura a Paz Soldán su antiespañolismo delirante y hasta su hispanofobia de época. Situándos ya en el eje de la imparcialidad histórica, declara que la Emancipación forjó la leyenda negra de la dominación española, tan fal-

sa como la leyenda idílica y paradisíaca que sobre ella ha prevalecido después".

De la rigidez de estos conceptos, moldeados en la ideología décimonona, reacciona Riva-Agüero en estos *Paisajes*, en forma ostensible, aunque mantenga aún muchas de sus reservas mentales, principalmente las de orden religioso y eclesiástico. El ambiente español y la riqueza artística del Cuzco y Ayacucho le revelan la prestancia espiritual del medioevo colonial y de esta convicción, que se arraigará cada vez en su espíritu, arrancan declaraciones que conforman su ideario definitivo.

Los de la Colonia, dirá ahora, después de su experiencia serrana, son "los tres siglos civilizadores por excelencia y sería manía pretender amputarlos y proscribirlos de nuestro patrimonio espiritual". Con su característica decisión, reclama ahora contra "el envejecido error liberal de considerar el antiguo régimen español como la antítesis y la negación del Perú". Por primera vez surge, aún dubitante, su fórmula integralista: "El Perú es obra de los Incas tanto o más que de los españoles" y la síntesis armónica definitiva: "El Perú moderno vive de dos patrimonios: del castellano y del incaico".

La posición de Riva-Agüero ha cambiado fundamentalmente, aunque él no lo sienta y crea que ha corregido, como lo dice en estos *Paisajes*, algo ingenuamente, su "excesiva hispanofilia juvenil" y su "tendencia europeizante de criollo costeño". En realidad, al tratar de aprehender el alma de la sierra —secularmente conservadora—, ha recogido la tradición hispánica e indígena que en ella sigue viviente y aprendido en ella una ejemplar lección de unidad.

Una teoría de la Emancipación.

En el campo de Quinua, donde se libró la batalla de Ayacucho, la contemplación del escenario de la definitiva rota del poder español en América, promueve en el espíritu de Riva-Agüero no una

sensación de orgullo y de triunfo, sino de melancólica reflexión sobre los destinos del Perú y le da lugar para desarrollar una teoría suya de la Independencia que se aparta del sentir general, pero que nace de un proceso lógico característico de su mentalidad.

El Perú es, para Riva-Agüero, en América una tierra clásica y primigenia. El destino del Perú se cumplió cabalmente bajo los Incas y en el Virreinato, en que el régimen colonial fue para el Perú "minoridad filial privilegiada", "que mantuvo nuestra primacía histórica en la América del Sur". Pero la Independencia vino, según Riva-Agüero, prematuramente para el Perú. El caso peruano era diverso de los demás países de Sud América. En el Perú se había dado el choque de dos culturas y el problema de la fusión de las castas. El Incario, por ser más perfecto que los otros pueblos de América, se había resistido a la aleación con la cultura superior y esto dificultó la formación de una nacionalidad y de una casta dirigente. Al producirse el estallido de 1810, la amalgama no estaba terminada. Si la Emancipación hubiese ocurrido dos tercios después "habría encontrado bastante adelantada la interna fusión social de las castas y clases del Perú: menos ineptos y desapercibidos los núcleos directores".

"La boba nobleza limeña —dirá entonces Riva-Agüero, con arranque gonzalespradesco— fue incapaz de toda idea y de todo esfuerzo y la falta de este núcleo superior o coordinador determinó la intervención extranjera. Esta significó una nueva pérdida de autonomía y la desmembración del territorio histórico del Perú. En opinión de Riva-Agüero la opinión peruana se dividió en dos mitades, de las que "la una permaneció abrazada a la madre anciana, con la pía y generosa adhesión a la desgracia, que es inconfundible en nuestro carácter" y prestó su contingente de sangre a los ejércitos realistas para vencer la insurrección; y la otra, "la mitad juvenil y briosa, se alistó anhelante en la ignorada corriente del porvenir". En este conflicto trágico y doloroso entre el respeto al pasado y el impulso renovador, el Perú, dominado luego por un ignaro caudillismo, se convirtió en "un país trunco y de segundo orden en América meridional".

La explicación de las causas que debieron retardar el movimiento emancipador en el Perú como en México, la solidez de la tradición virreinal, la incipiencia de la clase directiva y la falta de cohesión de las castas, que son fenómenos sociológicos irrebatibles, no lleva a Riva-Agüero a aceptar la tesis forastera de la debilidad e insignificancia de los esfuerzos peruanos para la Emancipación. El Perú tuvo, acaso en mayor proporción que otros países, criollos ilustrados que se plegaron a la causa separatista, apesar de la coacción virreinal, y precursores que arrostraron el martirio en el medio más peligroso y hostil del principal núcleo virreinal de América del Sur. La acción de ellos fué más arriesgada y meritoria que la de los que encabezaron los motines en la periferia del poder español en América. Por ello señala Riva-Agüero que los primeros movimientos fueron en el Perú indígenas y provincianos o sólo tuvieron en Lima el carácter de conjuraciones abortadas. La revolución de Pumacahua y los Angulo —que corresponde en el Perú a los movimientos similares del resto de América y son su período característico de "patria vieja"— rebela madurez del sentimiento nacional peruano, ahogado en sangre por la formidable reacción realista, que partiendo del Perú abatió reciamente las revoluciones de Quito, de Chile y del Alto Perú. Los peruanos no carecieron de espíritu marcial, ni de decisión y audacia para promover su libertad sin ayudas extranjeras. Por el contrario, soldados cuzqueños —según Riva-Agüero los mejores soldados del Perú y de América— obtuvieron los triunfos decisivos de las armas españolas contra los gauchos argentinos en los riscos del Alto Perú, en la recia guerra civil del primer momento, y tropas limeñas ocuparon Santiago y Quito. Y es interesante comprobar cómo historiador clásico de tanta prestancia como el chileno Gonzalo Bulnes, cuya interpretación no es, por lo general, comprensiva para el punto de vista peruano en la Independencia, reconoce, como Riva-Agüero en esta meditación, la recia condición bélica del soldado peruano que dió muestras de valor en ambos campos y que bajo el reinado español venció a ejércitos chilenos y argentinos en arrojadas acciones. El testimonio

de Bulnes es significativo por provenir de un gran historiador americano y de un noble adversario. En su libro *Bolívar en el Perú*, apunta, entre sus conclusiones finales, las siguientes: "Hemos dicho varias veces que el ejército español del Perú era peruano, y esta aseveración descansa en documentos tan incontrovertibles que puede aceptarse como un hecho comprobado. Siendo así, a la vez que debemos elogios de justa admiración a los jefes españoles que tuvieron la osadía de ese pensamiento y de su ejecución, no la debemos menos a la tropa con que realizaron sus hazañas. Los vencedores de los cuerpos chilenos y argentinos en Ica, en Torata y en Moquegua, fueron peruanos; peruanos los que maniobraron como un ejército europeo en la campaña que terminó en Ayacucho; peruanos, por fin, los que renovaron las legendarias hazañas de la historia de España en el sitio del Callao, lo que prueba que el Perú tiene vigorosas condiciones militares que sólo necesitan para desarrollarse la dirección de un cuerpo de oficiales de la calidad de los del ejército real". La influencia de la historia novecentista se deja sentir sin embargo en el hecho de que Riva-Agüero, aceptando, por falta todavía de documentación, los tópicos de la historia grancolombina del siglo XIX, consigna el dato de que los peruanos fueron mínima parte en la batalla de Ayacucho y que llenaron en cambio los ejércitos del virrey. Es bien sabido que, en los cuadros colombianos, hubo innumerables soldados peruanos, que llenaron silenciosamente las bajas sufridas por aquellos heroicos cuerpos auxiliares.

Estudios documentados, como los de César García Rosell, han venido a comprobar cuál fué la efectiva proporción de esos contingentes. No puede tampoco prescindirse de los cuerpos de guerrilleros peruanos que con sus escaramuzas y sorpresas, su constante ofensiva a las divisiones españolas, pueden considerarse como el más bizarro y efectivo auxiliar del ejército libertador. Riva-Agüero había, por otra parte, afirmado en la *Historia en el Perú*, en plan de historiador y no en lo nostálgica posición del paisajista romántico que en Junín y Ayacucho "cupo tanta parte a las tropas peruanas" y que

éstas habrían podido ganar solas, más tarde o más temprano, su independencia, si hubiera habido concordia en los políticos nacionales.

En ningún momento, como en este de la meditación de Ayacucho, se descubre mayor la pugna íntima que se libraba ya en el ánimo de Riva-Agüero entre las consignas de su juventud y las convicciones de su edad madura. Frases como la del "fenecido error liberal" no parecen de entonces sino de los años que Guillermo Hoyos Osores ha llamado de "la impopularidad y del agravio". También revelan una contextura de hombre de imperio sus apreciaciones sobre la "fraternidad falaz" de nuestros vecinos hispano-americanos y su rechazo de todas las funestas intervenciones, de las que salió el Perú desmembrado y disminuído. En cambio las referencias a la "ignara y revoltosa oligarquía militar" y a sus concupiscencias y dispendios y el desdeñoso juicio sobre la "pobre y boba nobleza limeña" reflejan todavía, con pasión, el ideario liberal de su juventud.

El pretorianismo republicano.

Algo de la mordaz y desencantada acedía del prosador y maestro de *Horas de Lucha* y contagio de sus tópicos se trasfiere al joven viajero cada vez que el paisaje le pone en frente del escenario de algún hecho republicano. La meditación de Ayacucho traspira ese limo de pesimismo y amargura. En ella concluye Riva-Agüero "en el absoluto fracaso" de la centuria corrida desde la independencia y al confrontar las ilusiones de esa hora alborozada con los tristes logros de la época republicana, se le representa "la terrosa extensión del campo regado con las cenizas de una fulgente aspiración extinta".

El más grave daño para la nacionalidad y la causa de todos sus desmedros y dolores fué el pretorianismo ignaro de los caudillos militares: "Pretorianos auténticos —dice el flagrante discípulo de Prada— nunca supieron fijar sostenidamente la mirada y la atención en las fronteras. Héroes de rebeliones y de golpes de estado, de pronun-

ciamientos y cuarteladas, el ejército en sus manos fué, no la augusta imagen de la unión patria, la garantía contra los extraños, el eficaz instrumento de prestigio e influencia sobre los países vecinos, sino la palpitante y desgarrada presa de las facciones, la manchada arma fratricida. Absortos en sus enredos personales, ávidos de oro y de mando, sus ofuscadas inteligencias no pudieron reconocer ni sus estragados corazones presentir los fines supremos de la nacionalidad y, cuando por excepción, alguno acertó a servirlos, todos los émulos se conjuraron para derribarle y lo ofrecieron maniatado al enemigo extranjero. Así se frustraron miserablemente las dos altas empresas nacionales de La Mar el 28 y la de Santa Cruz el 36".

Dos veces surge la figura de Gamarra en los *Paisajes*, en Zurite y Huancayo, en su momento augural y en la del turbio apogeo político. Es admirable la estampa que Riva-Agüero traza del matrimonio de Gamarra y la Zubiaga, después de Ayacucho en la Iglesia de Zurite, en un desposorio de "amor y de soberbia" en el que los dos debieron sentir "la deliciosa embriaguez de la ascensión comenzada, tan distante de la fría luz de la cumbre". El retrato de ambos es página literaria magistral por el acierto psicológico y la fluidez elegante y certera de los trazos. Riva-Agüero fué, por convicción y por atavismo, apasionado defensor y preconizador de la Confederación, realización de los anhelos de un gran Perú. En la *Historia en el Perú* había ya defendido, contra las condenas de Paz Soldán, el régimen de la Confederación y exaltado a Santa Cruz, que amaba al Perú y nunca fué extranjero en nuestro suelo, quien fué para él "el símbolo y encarnación del pan-peruanismo". Gamarra echó por tierra ese ideal. Riva-Agüero no obstante su encendido amor a la Confederación no le escatima méritos a Gamarra, reconoce su ilustración y el acierto de su primera campaña en Bolivia, pero le fulmina por su ambición personal mezquina, por su innegable complicidad con el enemigo en la campaña de Tarqui, su traición a La Mar y la iniciación del pretorianismo. "Era consciente, reflexivo, y dueño de sí, sabía qué hacía y a dónde iba ese mestizo de alargada cara, de mirar hondo, de labios

apretados, en cuyas comisuras parecía latir toda la astucia indígena". "Hombre funesto, agrega, que fué incapaz de sacrificar su personalidad ante los eternos intereses de la patria" y "en los dos hechos culminantes de su existencia —en Tarqui y en Yungay— deparó las dos profundas causas de nuestra debilidad y postración presentes". En Huancayo, ante la iglesia en la que el Congreso de 1839 y el Gobierno Restaurador sancionaron la destrucción de la Confederación, se renueva la admonición de Riva-Agüero contra los infelices y ciegos autores de aquella triste hazaña. "Por la intervención chilena —que desde entonces pensaba arrebatarnos la primacía política y comercial— se frustró, dice Riva-Agüero: "El único propósito de veras grande que ha animado la vida nacional después de la emancipación americana". Gamarra y su "maldita generación" dice Riva-Agüero, con acerbo tono, fueron los culpables de aquella torpeza insigne y del Gobierno a que en "aflictivo detrimento le llamaron la Restauración". "Así nos hemos *restaurado* de contínuo en nuestra historia, cada vez sobre bases más pobres y estrechas que las anteriores".

Santa Cruz, ofreció para Riva-Agüero, las mejores esperanzas y posibilidades del Perú republicano. Con su "yerta e inexpresiva frialdad indígena" encarna la grandeza histórica unificada de los dos Perúes. "¡Cuánto más peruano de alma —dice contraponiéndolo a Gamarra con efusión sincera—, cuánto más imbuído en la tradición de los Incas y los Virreyes unificadores, fué su perpétuo rival, el mestizo aimará Santa Cruz, que soldó por un instante el vínculo en mala hora roto y soñó en instalar la sede de sus dominios sobre los dos Perúes, junto a las antiguas mansiones imperiales en aquel claustro de la Merced del Cuzco que con italiana elegancia del Renacimiento señorea la sagrada plaza de Cusipata".

No fué el militarismo el único responsable en la proliferación de los males republicanos. Riva-Agüero enjuicia también con imparcialidad severa y juvenil a la burguesía y a los congresos serviles con que ella esterilizó las instituciones democráticas. La clase burguesa, dice, demostró frente al caudillismo "un sórdido y fenicio egoís-

mo" y sus componentes fueron " incapaces de apreciar la majestad de la idea de la patria". Los improvisados legisladores de Huancayo y "las bochornosas hojas periodísticas de los Restauradores" demostraron una completa ceguera sobre el destino del Perú.

Dentro de esta tónica, censura Riva-Agüero la Constitución "seudo conservadora" de Huancayo, remedo de la chilena, las restricciones a los extranjeros que impuso, desdeñando la imigración, y la renovación de la esclavitud por el patronazgo de libertos y la inflación del poder presidencial. En Izcuchaca recuerda que el puente de mampostería fué obra del primer gobierno de Castilla, que ahí se dirimió en 1854 la revolución de la moralidad contra Echenique y que desde las alturas de Conayca proclamó José Gálvez la revolución liberal antiesclavista. Pero pasa sobre estos episodios con frialdad diversa del exaltado apasionamiento con que juzga los actores de la caída de la Confederación. Hay en ello un indicio de la evolución de Riva-Agüero hacia el conservadorismo, presunción que se acentúa por el elogio de Vivanco "el brillante reaccionario que al lado de sus innegables defectos tenía tan generosas cualidades". En la visita a Ocopa, hablará, por último, en plan francamente reaccionario, del "estúpido y grotesco anticlericalismo serrano". En su silencio sobre los gobiernos posteriores o de recuerdos sobre las etapas más recientes se percibe su poco interés por una época desmedrada en que el Perú pasó a ser "un país trunco y de segundo orden".

Costa y Sierra.

Ese viejo achaque peruano, que en algunos escritores adquiere las proporciones de una industria, la de contraponer costa y sierra y deprimir a la una en detrimento de la otra, olvidando la raíz común de ambas, su inseparable tradición geográfica y cultural desde las más remotas épocas y la fundamental necesidad de cada una de ellas para

la cabal integración del Perú. Los primeros cronistas de la conquista pusieron al trasluz los orígenes racistas y regionalistas de esa antítesis en la época de los Incas. Estos rehuían las tierras cálidas y costeras y consideraban como inferiores a sus habitantes los yungas, o habitantes de tierra caliente. La colonización española restableció el equilibrio roto, valorizando las dos regiones y asentó igualmente en las dos dejando en ellas muestras de su cultura y formas de vida inarrancables, como la religión y la lengua. Por razones de comunicación hubo de trasladarse a la costa el eje político y administrativo, que determinó a la postre el predominio de Lima.

Fue también consigna radical de fines del siglo XIX, la de renovar el falso sino divisionista del Perú, denostando a la costa y a Lima y creando complejos de resentimiento provincial. Gonzales Prada exacerbó particularmente las notas de endeblez y blandura del carácter peruano y, en especial, de la costa y de Lima, recogiendo los denuestos de escritores extranjeros. Riva-Agüero absorbió en sus libros primicios este soplo mefítico. En el *Carácter de la Literatura* acentuó los vicios políticos del Perú y los del carácter peruano, ligero, frívolo, superficial, falto de solidez y de perseverancia. En su estudio sobre Baquíjano apunta que el tibio clima y la meridional raza favorecían la precocidad intelectual, a la vez que era índice de fragilidad y de inconstancia, y aludía al servilismo del carácter nacional y a los fáciles y fugaces entusiasmos de los criollos.

En el momento de euforia andinista de Riva-Agüero al escribir estos *Paisajes*, era natural que se dejase llevar en su empeño de reanimación de la sierra, de algunas de las prevenciones anti-costeñas. "La costa —escribe entonces— ha representado la ligereza, la alegría y el placer". "Detrás de Lima y de la costa, región de la siesta, de los esclavos negros y de la vida fácil, se alza la sierra inmensa y aún indivisa: el verdadero Perú". La sierra, agrega, es cuna de la nacionalidad, columna vertebral de su vida, región principal del Perú". "El campo principal y el corazón de la historia patria hasta la mitad de la centuria XIX fue la sierra y algún día volverá a serlo".

Estas afirmaciones de Riva-Agüero se hallan, sin embargo, matizadas por observaciones realistas que restablecen el equilibrio objetivo y humanizan su visión de la sierra. Esta ofrece, a la vez que su austeridad y grandeza, virtudes paradojales: "La conservación hasta el retraso, la seriedad hasta la tristeza, la disciplina hasta la servidumbre y la resistencia hasta la más extrema lentitud". En otra parte apunta un influjo deprimente de la soledad acerba y letal de la puna sobre el hombre, que produce "medroso encogimiento de cuerpos y almas". "Aquí —dice, abarcando el cuadro social y geográfico— el hombre yace bajo el yugo triple de la esclavitud, la miseria y la ignorancia; y en las *jallcas* de hierba corta y mezquina, que suben hasta las crestas de nieve, la Naturaleza de continuo parece gemir".

Son estos conceptos cardinales, fecundos y necesarios en lo afirmativo, y nocivos en la exclusión de la nacionalidad auténtica de todas las demás regiones que, con igual derecho, integran histórica y geográficamente el Perú. De esta aseveración juvenil de Riva-Agüero ha arrancado una torcida interpretación que, a base de caducos planteamientos racistas, trata de forzar paralelos simplistas en los que la virtud o el vicio, la voluntad o la inercia, y hasta la masculinidad y la feminidad, se polarizan en determinadas regiones, y se descalifican arbitraria y rabiosamente sectores del territorio o de la cultura nacional. Es de ahí que parten esa literatura y esa sociología emponzoñadas que hablan de la sierra masculina y de la costa femenina, el africanismo de la costa y el indianismo de la sierra, y se llega a conclusiones de sociólogos modernos, peruanos y extranjeros, como la de que la sierra es el Perú o de que el Perú vuelva la espalda al Pacífico, o a la aberración mayor de que la costa, foco permanente de creación cultural y unificación nacional, es "el Anti-Perú". Mucho más real, mucho más noble, abierto y generoso es el Perú múltiple y uno, solidario en la grandeza y en el dolor, en la adversidad y el triunfo, en el error y en el acierto, que surge de las páginas de este libro crucial.

La reanimación de la sierra —que es, para Riva-Agüero, "indispensable para la grandeza patria"— implica la rehabilitación del indio y su incorporación a la nacionalidad. Riva-Agüero proclama la primordialidad del problema indígena sobre todos los otros "porque es el esencial problema peruano". La suerte del Perú —dice— es inseparable de la del indio: se hunde o se redime con él, pero no le es dado abandonarlo sin suicidarse. La raza quechua tiene, para Riva-Agüero, ingénitas disposiciones para la civilización. Es dócil, ordenada y perseverante y ostenta dos nobles e inequívocas vocaciones: la agrícola y la militar. "Los indios peruanos —dice, con tono reconfortante— son soldados ágiles, sobrios, sufridos, de increíble resistencia para las marchas más penosas, en extremo obedientes y disciplinables, de iniciativa nula, pero muy buenos para acciones de conjunto, de frío valor fatalista". Cuenta, sobre todo, como flor de su inteligencia y civilidad, con el tierno tesoro de sus disposiciones poéticas. Es magistral, desde el punto de vista psicológico y del literario, y acaso el mejor que se haya hecho hasta ahora, el elogio de Riva-Agüero de la poesía indígena y su descripción del alma quechua. "Raza ingenua y soñadora, esquiva y tradicional, posee el don de lágrimas y el culto de los recuerdos. Guardiana de tumbas misteriosas, eterna plañidera entre sus ruinas ciclópeas, su afición predilecta y su consuelo acerbo consisten en cantar las desventuras de su historia y las íntimas penas de su propio corazón". En sus canciones castas y doloridas desborda una fraternidad instintiva con la naturaleza, "la ternura sollozante y la ingenuidad pastoril". Sus mitos y consejas envuelven la misma suavidad lírica y eclógica simplicidad, "ensombrecida de pronto por arranques de la más trágica desesperación".

La lírica devoción de Riva-Agüero por el alma quechua, le llevó en el campo histórico a sostener la primacía de esta raza en el primitivo horizonte cultural del Perú y a sostener el quechuismo de los constructores de Tiahuanaco y de los fundadores del Imperio Incaico, contra las irrupciones aymaristas; y en el orden político, al

que tendía siempre con propensión de caudillo proyectista y pragmático, a reclamar la mejora de la agricultura serrana, la apertura de canales de riego y vías de comunicación, y la replantación de terrenos con algarrobos, chachacomas, pisonayes, molles, cedros y eucaliptus.

Una teoría del Perú.

En esta diástole y sístole del pensamiento de Riva-Agüero, acercándose alternativamente a las dos regiones tradicionales y formativas del Perú —porque la montaña es, para él, el Perú nuevo y futuro—, se va afirmando, desde su época juvenil, una profunda convicvicción equilibrada y clásica de peruanismo integral. Equidistante de antagonismos disociadores y sectarios, proclamaba desde 1905 en su tesis juvenil: "Nos encontramos igualmente alejados del fanatismo radical y del fanatismo reaccionario". Y en 1910 definía su concepción sincrética de la historia, cada vez más acentuada, en estos términos: "No hay raza de las que habitan el territorio, ni hay épocas de los sucesos realizados en él, que puedan considerarse ajenos a nuestra idea de patria y cuyo olvido o desprecio no enflaquezca y menoscabe el sentimiento nacional. El estudio de todas ellas debe integrar y ahondar el patriotismo, porque todas ellas componen el cuerpo y el alma del Perú". Se situaba así, a igual distancia de los que proclamaban que el Perú comenzaba con la conquista o de quienes pretenden echar un puente entre el Incario y la Independencia, suprimiendo "los tres siglos civilizadores" de la época colonial y de gestación del alma mestiza del Perú.

La teoría enunciada sagazmente en la juventud, se plasma definitivamente en este libro, al contacto del Perú serrano. "El Perú moderno —dice ahora— vive de dos patrimonios: del castellano y del incaico, y la adunación y armonía de las dos razas históricas, la es-

pañola y la incaica, es condición esencialísima de nuestra personalidad histórica". "El Perú —agrega, finalmente— es un país de sincretismo y de síntesis".

Revela, por esto, deslealtad y clamorosa falta de probidad intelectual acusar a Riva-Agüero, como se ha hecho a menudo turbiamente, de haber asumido una posición adversa al espíritu indio y un predominante celo hispanista. Los testimonios en contrario son contundentes y seriados sistemáticamente en toda su obra. En su curso de *Civilización Peruana* de 1938, confirmaba sus ideas juveniles en esta forma: "La posición de todo peruano sensato ha de ser equidistante del indigenismo exclusivo y del europeísmo antiincaico". Y cuando una pluma extranjera y tendenciosa le acusó de extrañeza para el pasado indio del Perú, que había sido el primero y más calificado en revivir y exaltar, le repuso abrumadoramente, poco tiempo antes de morir: "Más de la mitad de mis escritos tratan de asuntos del Perú indio". Y, refiriéndose a estos *Paisajes Peruanos*, dijo al intruso profesor de nacionalismo: "Redacté mis *Paisajes Peruanos* de la sierra, que si bien no reunidos en un tomo, aparecieron en revistas y diarios y significan la exaltación del nacionalismo hispanoindio, extremoso a las veces, tanto que ha podido inspirar o confirmar algunas audacias indigenistas posteriores".

Y de esta voluntad de fusión y armonía de contrarios, palpitante en toda la obra de Riva-Agüero, brota, en confabulación con el paisaje, la impresión estética de un Perú "tierra de contrastes", en el que se funden "la gracia suave al lado de la extrema violencia arrebatadora, la ternura alternando con la desolada majestad y el idilio elegante con la más patética tragedia, y que son acaso las notas características de la música y de la historia de nuestro país". Es una nota que vuelve como un *leif motiv* en las siguientes obras de Riva-Agüero para definir el alma coincidente del paisaje y de la historia del Perú. La lección del paisaje peruano de costa y sierra, como cantó Riva-Agüero en el *Elogio de Garcilaso*, es la de la apacibilidad y la ternura, la eterna dulzura de nuestra patria, que nos se-

duce en "la mansedumbre de sus vicuñas, la agreste apacibilidad de sus sierras y la molicie de sus costeños oasis". Pero este "candoroso hechizo y bucólica suavidad" se ensombrecen de pronto como por arranques de la más trágica desesperación. La vida aborigen peruana interpretada por el Inca Garcilaso, dice magistralmente Riva-Agüero en su *Elogio* de aquel, tiene un aire de pastoral majestuoso" que acaba en el estallido de una desgarradora tragedia, ese velo de gracia ingenua tendido sobre el espanto de las catástrofes, lo dulce junto a lo terrible, la flor humilde junto al estruendoso precipicio, la sonrisa diluída que se diluye en lágrimas". Es esta misma sensación la que aparece a menudo en sus *Paisajes,* rompiendo súbitamente la serenidad y la melancolía del paisaje que él define como un "país triste y luminoso" o como una" tierra luciente y callada" con una roja y trágica lumbrarada. Es la sensación que experimenta después de describir el lento ocaso y la noche tranquila de la puna, en que ve correr por las punas y encresparse en las cumbres lejanas, fugaces llamaradas que enrojecen el cielo como un "océano de sangre"; es el sentimiento de infinito aterimiento y de extraordinaria resignación fatalista que le embarga en la noche quieta, yerta y pasiva y, sin embargo, llena de "magia fúnebre" de la puna en el Mantaro; la que ante el cielo azul de ultramar y muros de piedra derruídos de Vilcas le hace exclamar que son "opulencia extinta y plañidera y tristeza legendaria, dos notas que resumen el alma de la sierra del Perú"; y con la que, fundiendo en una sola imagen los matices psicológicos varios del alma peruana, reclama para Lima —"viviente imagen de la gracia"— la misión de extender "en los umbrales del trágico país su velo de finura y elegancia risueña".

Pero es en Anta, junto al paisaje descampado y solemne, donde después de evocar grandezas del Incario y de la Conquista, llega a esta fórmula, síntesis de la comunión entre la tierra y el hombre, en la que palpita el profundo historicismo del paisaje peruano: "A cada paso que damos en estas tierras lucientes y calladas, surge en la paz del campo un lejano recuerdo histórico, feroz y fúnebre, como un

cráter extinto". Visión humanista del paisaje, a la que corresponde también en un mismo plano de contraste, en que se aúnan grandeza y dolor, la exasperada síntesis del viajero en Vilcas: "El Perú es el país de las vicisitudes trágicas".

Valor literario y nacional.

El examen necesariamente moroso y parcial de algunas de las ideas de Riva-Agüero que antecede pone de relieve las ricas esencias espirituales e históricas que impregnan su libro, de cada una de cuyas páginas podría extraerse profundas enseñanzas sobre el pasado o el destino peruanos. Su valor es fundamental para la literatura, y la historia, como para una diagnosis y un derrotero espiritual del Perú.

En el orden literario, su importancia es máxima e indiscutible. Es el primer libro de descripción e interpretación del paisaje del Perú, hecho por un peruano ,abordándolo directamente, tomándolo como centro de interés, con una finalidad artística autónoma, no subordinada a otras exigencias o propósitos. Podría afirmarse que, hasta Riva-Agüero, el paisaje peruano era un personaje sin autor, anónimo o inédito. Riva-Agüero inaugura, en nuestra literatura, el género paisajista puro. Los descriptores de nuestra naturaleza, como lo hemos visto, desde los cronistas hasta los botánicos del siglo XVIII, vieron el paisaje de reojo, como un fondo adyacente a la acción humana o a la investigación científica. Pocos se detuvieron en la contemplación desinteresada o trataron de interpretar, subjetivamente, el espectáculo de la naturaleza. Los extranjeros, como Squier o Raimondi, al margen de su vocación arqueológica o naturalista, lograron dar algunas visiones recortadas de la extraordinaria grandeza del paisaje serrano o selvático, que habían entrevisto antes los cronistas. Marcoy, poco divulgado y leído, importó la técnica pic-

tórica y la efusión del estilo romántico. Pero, a todos les falta la hondura de la emoción vernácula, que solo había despuntado en Garcilaso y en Arona. El resto de los escritores peruanos se desvió en el costumbrismo o en el regionalismo. En los *Paisajes* de Riva-Agüero se siente, por primera vez, plenamente, la vibración profunda y auténtica de lo peruano. Literariamente, inspirándose como ya lo he señalado en Taine y Gautier, Riva-Agüero importa la técnica romántica del color, que maneja con brío y destreza y asocia indisolublemente, como los románticos, la historia al paisaje, sin sacrificar el uno al otro.

El paisaje de la sierra peruana surge en forma diáfana y pura en la literatura peruana con el advenimiento del libro de Riva-Agüero. José Carlos Mariátegui, testimonio nada suspecto de parcialidad amistosa, ha hablado con razón del "poder fecundador" de los libros de Riva-Agüero. De Riva-Agüero arranca toda la tendencia andinista de la moderna literatura peruana. Por primera vez, en nuestra cultura republicana, después del acto de amor y comprensión de los cronistas, vuelve a nuestras letras el vaho de la tierra ancestral y el reclamo del alma indígena. Es la poesía vernácula, preterida y suplantada por imitaciones extranjeras, la poesía agreste del tambo indígena, el aroma de los ichuales amarillentos y la primitiva y melancólica canción de la puna, la que se trasfunde, de nuevo, con vigor realista a la más castiza prosa castellana, en un nuevo milagro de transculturación, como en el siglo XVI. Dos notas fundamentales señala Riva-Agüero en el paisaje de la sierra: gravedad y ternura y ellas han servido, desde entonces, de tópico a todos los glosadores de nuestra literatura. El libro de Riva-Agüero echa la simiente de la que brotarán, con mayor intimidad con la tierra y sus fuerzas totémicas primarias y un mensaje de redención social, la novela y la poesía andinista y particularmente los ensayos sociológicos del moderno indigenismo peruano que Uriel García llevará hasta los lindes recónditos del ayllu y de la chichería, "cavernas de la nacionalidad", que Riva-Agüero no penetró. Las banderas de Ri-

va-Agüero de 1912 —la reivindicación de la sierra, y del indio, la exaltación del legado quechua y la revisión de la historia del Incario— se hicieron carne en la subsiguiente generación hasta convertirse en tópicos.

El libro marcó huella en los otros y en la propia obra de Riva-Agüero. Hay una línea de separación clarísima y evidente entre los libros de la etapa estudiantil y universitaria de Riva-Agüero y los escritos después del viaje de 1912. Los *Paisajes* trazan una raya divisoria. En los dos primeros libros Riva-Agüero centró su atención en la época republicana y en los momentos imperiales del Perú: el Incario, el Virreynato del siglo XVII y la Confederación. El protagonista o el beneficiario de esa interpretación histórica fué el peruano del siglo XIX y del XX, recién iniciado. Riva-Agüero, influenciado por su positivismo europeizante de criollo costero, aceptaba las discriminaciones raciales en boga, preconizaba el progreso cosmopolita, el olvido de la tradición española y la imitación extranjera. En su análisis de la literatura prescindió de la literatura colonial y en su obra historiográfica la desconoció a menudo. El viaje de 1912 le revela, a la vez, la rica tradición artística y cultural española, viviente aún en la sierra, y al indio. Con ambas influye, decisivamente, en la transformación de nuestra cultura y en el enriquecimiento de su propia obra. A partir de los *Paisajes* vibra en los libros de Riva-Agüero un intenso sentimiento del Perú integral, que fulgura en la tribuna de San Marcos y arranca un atronador aplauso juvenil al oir el *Elogio* de Garcilaso, en el que asoman girones del cielo añil de la sierra; determina su magistral interpretación del alma quechua y de la poesía indígena en su *Perú histórico y artístico* y sus lecciones en San Marcos sobre la historia incaica en 1918, revividas en el claustro de la Universidad Católica en 1937. "El Perú —decía el joven historiador, restableciendo el equilibrio de nuestras valoraciones nacionales— es obra de los Incas tanto o más que de los españoles. El Perú moderno vive de dos patrimonios: del castellano y del incaico: el segundo, aun-

que subalterno en ideas e instituciones y en lengua, es el primitivo en misterios, sangre y tiempo". De esta afirmación surgirá su libro *Civilización Tradicional Peruana*, la mejor síntesis histórica sobre los Incas.

El libro contiene, además, numerosas observaciones y apuntes que pueden servir e informar a nuestros estudios etnográficos, a los de botánica y geología, a los historiadores del arte, a los arqueólogos y a los lingüístas y abundantemente a los cultivadores de nuestro folklore. Y aparte de su contenido científico hay, como en todas las obras de Riva-Agüero, nobleza y casticismo señorial del estilo, en su plenitud de vigor y lozanía espiritual. La riqueza de las imágenes de inspiración modernista, la sensibilidad artística de la frase aprendida en sus lecturas francesas, no impide una cierta solemnidad refrenada del estilo y una opulencia verbal, que pudiera ser influencia del ritmo orquestal de su maestro español Menéndez y Pelayo, pero que, en un perfecto dominio de sus facultades y de su equilibrio mental, no deriva nunca en penuria conceptual o en externa gangosidad de la frase. Al descriptor sutilisímo de colores y de formas del paisaje se une el magnífico narrador en páginas de antología como las dedicadas a la visión del Inca en Vilcas, la descripción de la batalla de Chupas, la del matrimonio de Gamarra y la Mariscala en Zurite y el relato enjoyado de la leyenda de Palla Huarcuna en Pucara.

Por este carácter de obra plena y significativa, cargada de zumos vernáculos, rebosante de tradición y de signos telúricos, los *Paisajes* de Riva-Agüero tienen para nuestra nacionalidad y nuestra cultura el valor sustancial y representativo que ofrecen el *Facundo* de Sarmiento para la Argentina y *Os Sertoes* de Euclides da Cunha para el Brasil. Es uno de los pilares estéticos e históricos de nuestra conciencia territorial.

El mensaje de Riva-Agüero.

Destaca en la vida y en la obra de Riva-Agüero, como ya lo hemos señalado, el destino señero de su maestrazgo o principado intelectual de las letras, su vocación de hombre de imperio, la aristocracia innata de su casta, pese al ropaje liberal de su época y su preeminencia carismática de caudillo en el panorama intelectual de los comienzos del siglo XX.

Riva-Agüero domina, efectivamente, el Novecientos peruano, por el sufragio unánime de la más señera crítica. Unamuno fué el primero en consagrar esa jerarquía impar, llamando la atención sobre su primer libro a la cultura hispanoamericana y declarando que su autor, cuya solidez y serenidad asombraban, llegaría a ocupar con el tiempo "uno de los más eminentes puestos en la república de nuestras letras". Menéndez y Pelayo confirmaría el espaldarazo discutiendo con él sus afirmaciones literarias y adoptando sus puntos de vista. Vasconcelos le proclamaría "alma imperial". El colombiano Gómez Restrepo diría de él que era una gran figura de la raza hispánica y su compatriota, Mario Carvajal, que era "una de las más enhiestas torres del humanismo en nuestra América". Souza Dantas y Raymond Poincaré se asombrarían del portento humano de su inmensa memoria. Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, diría: "No da Dios a las naciones hombres como este sino muy de tarde en tarde" y Eugenio Montes: "Era historia, vida orgánica hecha alma, carne, savia continua, era la tradición, la estirpe, la entereza". Y el mismo acatamiento deslumbrado se le rindió en el Perú, en todas las horas. Francisco García Calderón, que compartió con él su rectorado intelectual, decía que Riva-Agüero fué un "aristócrata esencial por su actitud, su estilo y su desdén". Mariátegui, como ya se ha dicho, reconoció el valor fecundador de su obra. Guillermo Hoyos

Osores lo proclamó a su muerte "el más alto luminar de la cultura peruana" de nuestro siglo. Jorge Basadre, hablando de sus días juveniles, dice que Riva-Agüero, surgido del seno de la más rancia aristocracia limeña, "significó una esperanza de renovación cultural, espiritual y moral". "Nunca —agrega Basadre— desde los días de Manuel Pardo había salido de la aristocracia limeña un combatiente tan denodado, tan rotundo", y en otro lugar: "Sabía mandar con innata autoridad". Raúl Ferrero Rebagliati, fijando la posición nacionalista de Riva-Agüero, dice que éste fue maestro de patriotismo en su vida y en su obra, "que llamean en un solo fuego de amor al Perú" y que supo distinguir entre un Perú real con sus inevitables taras, y un Perú ideal que sólo podían forjar la abnegación y la inteligencia. Para Alberto Wagner de Reyna, Riva-Agüero, con su seriedad ajena a los dengues criollos, su asombrosa exactitud, su cortesía arcaizante, su amor a la tradición, fué un representativo excelso de la soberanía del talento.

García Calderón, Hoyos y Basadre han analizado, con sutileza sicológica, la variación operada en el ánimo de Riva-Agüero, entre el caudillo liberal de la juventud universitaria de 1912 o el Jefe del Partido Nacional Democrático de 1916 y el Ministro conservador de 1934 o jefe de la "derecha ideológica" de sus últimos años hasta 1944. García Calderón apunta, erróneamente, que en sus últimos años fué "demófilo" y se acercó al pueblo —cuando nunca estuvo más lejos de él— pero acierta al caracterizar su lenguaje de esta época como "vengador y tronitoso". Hoyos decía que, en su segunda época, Riva-Agüero se convirtió en el Perú en un "ilustre desadaptado" y que se enfrentó, con su tradicional entereza, a "la hora de la impopularidad y del agravio". Jorge Basadre en su artículo necrológico de la revista *Historia*, establece un cierto antagonismo entre las dos épocas de Riva-Agüero. En la etapa juvenil, Riva-Agüero apareció como un renovador, que destacó por su laboriosidad sorprendente, casticismo de estilo, fervor juvenil, patriotismo acendrado, independencia y hasta valentía de juicio y como hombre de archivo,

"de una objetividad insobornable", que surgía, a la vez, como "un ciudadano ejemplar". Esta línea espiritual de Riva-Agüero se quiebra con el viaje a Europa de 1919 a 1930. Europa le devolvió, según Basadre, convertido en un aristócrata español, intolerante, "con intransigencia de castellano viejo", sabio en achaques de genealogía, y su producción histórica se convirtió, a su regreso al Perú, en polémica y beligerante, defendiendo la religión, la patria, la propiedad privada, la tradición, la ciudad natal, el idioma, el linaje". Defendió también a "la costa contra la sierra, alabó la obra de España en el Perú", de la Emancipación habló lo menos posible y cuando lo hizo fué con "pena y queja". En una interpretación, demasiado subjetiva, llegó Basadre a pensar que Riva-Agüero, —"el peruano que amó tanto a su país"— alcanzó a pensar como sus tatarabuelos, a añorar el imperio español extinto y a identificarse con "los limeños que prefirieron Madrid a Lima". Su ideal fué una restauración. Cree también Basadre que Riva-Agüero perdió "la independencia más serena de los años mozos", que en el "fuego sombrío de su madurez", "el biznieto de Pruvonena" usó de frases "de escarnio o desdén para sus enemigos" y perdió los entusiasmos de su juventud. En tono de lamento dice: "¡Había empezado con tanto brío!".

En estos juicios, como en todos los que se refieren a contemporáneos, hay atisbos de verdad y de pasión. Riva-Agüero pudo variar y varió en algunos de sus juicios políticos o en sus valoraciones históricas, como varían los hombres, particularmente en el tránsito de la juventud a la madurez. Pero no varió en sus convicciones que fueron siempre de una rectitud insobornable. Sus ideas sobre el Incario y la Colonia, sobre la necesidad de fundir los dos legados, el indígena y el español, en un solo haz de patria, se repiten, en todos sus escritos de la última época, como en los de la primera, con inalterable convicción. Su defensa de los valores costeños, rectificación de una mimética aserción juvenil, no significó en manera alguna revocación de sus juicios sobre la jerarquía espiritual de la sierra y sobre su hondo acerbo peruano. En su juventud no había atacado

tampoco la propiedad privada, ni la patria, ni el idioma que aconsejó preservar en su tesis juvenil, ni menos su linaje, al que defendió con viril nobleza en sus juicios sobre la Emancipación y la Confederación. El anticlericalismo de sus dos libros primicios, que fué moda de época, no trascendió en ningún momento en una negación de los valores cristianos de nuestro régimen social. El brío en vez de perderlo, arreció en los arrestos de sus últimos años de campeón quijotesco y solitario "por la verdad, por la tradición y por la patria". Y no es dable siquiera sospechar que perdiera su irrenunciable peruanismo hombre tan medular y atávicamente peruano como Riva-Agüero, que defendió a Garcilaso de las incomprensiones de Menéndez y Pelayo, asentó que la función esencial de la tarea histórica es la forja de la patria e instauró los cauces de la más auténtica historia peruana, porque frecuentara algunos salones aristocráticos de Madrid. Si Riva-Agüero tuvo algún ideal de restauración fué el del gran Perú de los Incas y del Virreynato y el más próximo aún de la Confederación. En todas sus meditaciones del Perú está presente esa idea, no sólo de independencia de cualquiera coyunda extranjera —y la española sería la menos posible de todas—, sino aún la de la supremacía del Perú en el continente sur. "El Perú —dice en estos *Paisajes*— es tierra clásica y primigenia" y también "el Perú... tiene por sus antecedentes los títulos más auténticos para el predominio occidental sudamericano". Ya el propio Riva-Agüero, en un artículo publicado pocos meses antes de su muerte, tuvo ocasión de rebatir a un propagandista yanqui que le acusó de hispanizante —como si en Estados Unidos se acusara a alguno de hablar inglés— diciéndole que para él y para los que piensan como él "la peruanidad consiste en el legítimo cruzamiento de lo español y lo indígena" y que predicar odios y exclusivismos de raza en el Perú es tarea extemporánea, insensata y criminal y destinada a la postre al fracaso y al ridículo. La posición equilibrada y sincrética es siempre la misma y el brío para defenderla mayor cada vez, como los buenos vinos "que cuanto más viejos se ennoblecen más".

Paisajes Peruanos se yergue en la obra de Riva-Agüero, como su libro más profundo y representativo, de más alta calidad artística y más trascendencia creadora en la cultura peruana. En él están las lecciones supremas del paisaje y de la historia. De él podría decirse, como del libro sobre *Castilla* de Azorín que es un libro triste, en el que se siente "un rumor de cosas rendidas que caminan hacia la muerte" Riva-Agüero extrae, es cierto, del paisaje peruano de la sierra una impresión melancólica que arranca de la tristeza de sus páramos y de la miseria de su vida y de la extinta grandeza de su pasado. "País triste y luminoso", "tierra callada y luciente", "país pródigo en escombros", "país de las vicisitudes trágicas", dice Riva-Agüero del Perú en fórmulas graves y enternecidas, pero halla siempre en él un asidero para su esperanza. El recuerdo de la grandeza incaica aviva su sed de un Perú que recupere su jerarquía de tierra clásica y primigenia. La visión del Cuzco, que es un conjuro para la nacionalidad y resplandece milagrosamente en el mediodía solar, ha tonificado su sentimiento patrio. El paisaje, poblado de historia, lejos de comunicarle una resignación fatalista ha sido un acicate para su culto del deber y del heroísmo. Del libro de Riva-Agüero, lleno de orgullo y de congoja, brota perennemente para el Perú, como el humo sacro de un hogar antiguo.

Lima, Agosto de 1955.

Raúl PORRAS BARRENECHEA.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Principio esta colección de mis varios escritos con las notas de viaje POR LA SIERRA, *que no han sido hasta ahora publicadas en su integridad, sino por fragmentos o capítulos aislados, en diversos periódicos y revistas, especialmente en el* MERCURIO PERUANO.

Mi gusto literario actual halla algunos de estos paisajes en exceso estrepitosos y declamatorios; pero fueron impresiones directas y sinceras, y sirven cuando menos para probar que mi generación no ignoró, y antes bien sintió y apreció con bastante justedad, la antítesis física y psíquica de las regiones serrana y costeña, tan explotada y exagerada por los escritores de hoy.

La redacción definitiva de las siguientes páginas remonta, casi en su totalidad, a los años de 1916 y 17. Cuando mis apuntes me parecieron insuficientes o confusos, consulté de preferencia los antiguos pero muy exactos itinerarios de Espinar y Raimondi, cuyos originales me facilitó la Sociedad Geográfica; y el VIAJE DEL ESTADO MAYOR *de 1914, cuyo texto y planos estudié gracias al entonces Comandante e Inspector General de Infantería D. Manuel M. Ponce. He retocado o corregido después algunos pormenores, en particular lo relativo a las comarcas de Huancayo y Ayacucho, que he recorrido de nuevo. Los últimos párrafos del epílogo son de composición reciente, y en ellos he procurado sintetizar mi juicio sobre el problema indígena.*

Chorrillos, 1931.

J. de la RIVA-AGÜERO.

Pourquoi donc nous faut-il, par un pénible soin,
Sans rien voir près de nous voyant toujours bien loin,
Retraçant un tableau que nos yeux n'ont point vu,
Dire et dire cent fois ce que nous avons lu?

(ANDRÉ CHENIER, *L'Invention*).

Aux vallons de Cuzco, dans ces antres profonds,
Si chers à la fortune et plus chers au génie,
Germent des mines d'or de gloire et d'harmonie.

(Idem).

I

SALIDA DEL CUZCO

PARTI del Cuzco el sábado 1º de Junio de 1912. La mañana era alegre y radiante, de aporcelanada limpidez. En el vecino Convento de Santa Teresa celebraban con repiques y cohetes una profesión de monja. Como era la estación seca, el claro invierno serrano, la luz brillaba en la cal de las paredes, chispeaba en los guijarros del piso y en el cauce seco del Huatanay, y cubría con toques dorados la terrosa miseria de los escombros y basurales que ocupan el derruído solar del antiguo Obispo Mendoza, inmediato a mi alojamiento. Transitaban algunas devotas arrebujadas en pañolones obscuros, que se dirigían a la fiesta próxima; y un indio de gorro colorado arriaba una recua de llamas hacia la Plaza Mayor. Las mulas, atadas junto a la puerta, se impacientaban con la espera. Al fin, concluídos los preparativos, nuestra cabalgata se puso en marcha. Terminada la calle de Plateros (que en otros tiempos se llamó de los Conquistadores, por los muchos que en ella vivieron), torcimos a la izquierda, cruzando el arroyo Huatanay por una alcantarilla o puente pequeño. A nuestras espaldas dejamos la casa de Astete, que abrigó la conjuración de Pumacahua a principios del siglo XIX; las que en el XVI pertenecieron a Hernán Bravo de Lagunas, Alonso de Hinojosa y el Licenciado

Carbajal;[1] y las pendientes callejuelas que entre quintas de cercos blancos y puertas verdes suben a las arboledas de Collcampata y a la histórica fortaleza de Sajsayhuaman. Al norte, la recta de Plateros, remonta el curso del arroyo en dos filas de vetustos caserones, cuyas puertas conservan las labraduras y las grandes aldabas coloniales, y cuyas fachadas adornan balconcitos de madera y antepechos de hierro forjado; y sigue hasta los baños de Sapi, manantial que según la fábula un rayo reveló al Inca Rocja y que regaba el sagrado arbusto de quinua, crecido a sus orillas, mítica raíz de la ciudad y del Imperio.[2]

En la esquina formada por la calle de Sapi y la plazuela de Santa Teresa, el alto muro del monasterio se corona con una galería de arcos, cegada reciamente por tapias de tierra y piedras. Es severa nota, de las que tánto abundan en el Cuzco, esta arquería condenada, advertencia rígida de clausura y misterio. Según crónicas locales, la precaución que expresa no ha sido siempre eficaz, porque de allí mismo se han descolgado en épocas recientes algunas religiosas prófugas, parecidas a las que el ladino Bustamante Concolorcorvo, (burlón andaluz sin duda, que se fingió indio noble), describía en su picaresco *Itinerario* hace más de ciento cuarenta años, encerradas muy a su pesar en los conventos cuzqueños. ¡Cuántas en cambio no habrán vivido y vivirán satisfechas, al amparo de estas paredes adustas, en plácido sopor, obedeciendo, dentro de los ritos cristianos, a la inmemorial disciplina de su raza, que instituyó las gentílicas *acllas*!

Al llegar a la plaza de Santa Teresa atruenan los estampidos de los cohetes, compañeros inseparables de toda fiesta en la Sierra, y la loca algarabía de las campanas monjiles. Indias vestidas de vivos colores, con grandes cántaros al lado, se acomodaban en las gradas de la portería. Llegaban afuera los acordes de la música; y en el fondo

[1] El que en venganza de la muerte de su hermano fué encarnizado enemigo del Virrey Blasco Núñez Vela, cuya cabeza hizo poner en la picota; y que luego, siendo Corregidor del Cuzco, murió tan novelescamente por celos, precipitado al escalar el balcón de una dama.

[2] Padre Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, L. XIII, Cap. XIII.

de la iglesia se veían la iluminación y el incienso de la profesión solemne.

Pasamos luego delante del que fué palacio del opulento conquistador Diego de Silva y Guzmán, hijo de aquel Feliciano de Silva, caballero de la casa condal de Cifuentes, autor fecundísimo en el reinado de Carlos V de novelas caballerescas, y tan ironizado por su laberíntico estilo en *El Quijote*. Hermano por consiguiente de Amadís de Gaula y Florisel de Niquea, el Capitán Diego de Silva parece, no obstante su romántica filiación, haber sido más cauteloso que audaz, si bien en las guerras civiles del Perú le ocurrieron aventuras como las que solía imaginar su padre. Condenado a muerte por Gonzalo Pizarro, se salvó casi al pie del cadalso. Llevado en rehenes por Francisco Hernández Girón, se le escapó en Pachacámac y huyó al ejército real, a la vista del campamento rebelde. Por su maña y sagaz lealtad a la Corona, vió confirmadas y acrecentadas sus pingües encomiendas, y llegó a ser uno de los primeros señores del Cuzco. En consonancia con sus riquezas, levantó en este lugar un amplio edificio que, contrastando con los sombríos aposentos incaicos en que se albergaron sus compañeros de la Conquista, se reputaba en el siglo XVI como el más lucido, claro y risueño de la ciudad.[3] Allí se alojó con gran boato, en calidad de deudo de su viuda, D. Francisco de Toledo, todo el tiempo que residió el Virrey en el Cuzco; porque Silva fué casado con la hija del infeliz Maestre de Campo de Almagro el Viejo, el Mariscal D. Rodrigo Orgóñez, cercano pariente de los Toledos de Oropesa. Quizá en recuerdo de tal hospedaje o por concesión debida a la calidad de sus dueños, tuvo la casa el privilegio señoril de asilo, atestiguado por gruesas cadenas tendidas en la puerta principal. De ella tomó apelativo el barrio, que hoy todavía se llama, con la forma posesiva quechua, *Silvaj*. El segundo Silva del Cuzco fué D. Tristán (nombre de libros de caballerías, muy adecuado en verdad para el nieto de Feliciano); y casó con una prima lejana de los Duques del In-

[3] Padre Lizárraga, *Descripción del Perú*, Libro I, Cap. LXXX.

fantado, Dª María de Torres y Mendoza. Los descendientes suyos, ufanos con estos entronques y otros con los Córdobas de Cabra y Priego, y los Guzmanes de la Algaba, engreídos con sus ingentes caudales, tocados de aquella fiebre de orgullo y presunción a que era tan propensa la ociosidad nobiliaria en las muertas ciudades históricas, no alcanzaron en el Cuzco del siglo XVII más dignos rivales de hinchada altanería que los Esquibeles de Valle Umbroso y aquellos Castillas vulgarmente intitulados *Almirantes de la Mar del Sur*, cuya curiosa casa pretenden que se conserva, aunque amputada de sus dependencias, en la cuesta próxima a la Catedral. De un Silva refieren cierta extravagancia mayor que las atribuídas a los Castillas. Dícese que no quería tratar con la gente común del Cuzco y con sus indios vasallos, sino apareciendo semanalmente en una alta ventana o galería de piedra (que bien pudo ser la que he visto hace un instante en la esquina de Santa Teresa, incluída entonces en el palacio); y oyendo desde allí las cortesías y peticiones que le dirigían los congregados en la calle. La anécdota es tradicional; pero cierta o nó pone de resalto la vanagloria de esos hidalgos remotos que en su quieta vida de herederos coloniales, faltos de ensanche y del fecundo desahogo de la acción, sintieron exacerbarse hasta la locura la soberbia castellana de sus abuelos al contacto de la atmósfera de grandezas que flota perdurablemente entre las ruinas de la metrópoli imperial. He visitado en días anteriores la casa de estos vanidosos magnates criollos, que intentaron remedar en alguna parte la esquiva pompa del ceremonial de audiencias incaico; y con gran decepción mía, no descubrí en ella vestigios del pretérito esplendor que debió alimentar los remontados devaneos. Se halla tan deteriorada y venida a menos como la mayoría de las del Cuzco, y mucho más modernizada que casi todas ellas. Extinguida la descendencia masculina de los Silvas, pasó el palacio con los demás bienes en el siglo XVIII por línea femenil a los Marqueses de Casa-Jara, Condes de Valle-Hermoso, que emigraron a España en los primeros tiempos de la República y allí invistieron por lejana herencia el rancio condado malagueño de Casa-Palma. Enajenaron las

fincas del Perú; y su solar del Cuzco pasó a manos extrañas. Reconstruído y desfigurado, sirve hoy por su espaciosidad de fábrica de cerveza. Pegado a él, pared de por medio, estuvo el del soldado cronista Juan de Betanzos, marido de la princesa Dª Angelina, hija de Atahualpa, que en su *Capacuna* o *Suma y Narración de los Incas*, tradujo tan fielmente los cantares épicos indios. Cerca debió de estar la prisión incaica de Sancacancha, mazmorra llena de fieras y reptiles venenosos, en que arrojaban a los criminales y rebeldes condenados a muerte.[4]

Continuamos por callejas de escalones, solitarias, deshabitadas. Quedan detrás el humilde beaterio de Arcopata y la ruinosa iglesia de Santa Ana, visitada de ordinario por sus pinturas, y en especial por el cuadro que representa una procesión de antaño con tipos locales y vestidos característicos, análogo a los que se conservan en la capilla de La Soledad de Lima.

Los barrios semidesiertos que recorremos, de mezquinas viviendas y corralones, asentados en las laderas septentrionales de la ciudad, fueron en la época de los Incas los arrabales de Quillipata y Carmenca, tan poblados entonces de forasteros o *mitimaes* que un escritor moderno llamó al último la Suburra de la Roma americana. Hasta Carmenca llegaron los Chancas cuando el célebre asedio rechazado por el príncipe heredero Huiracocha o Pachacútej; y aquí la valerosa Chañan Curillcoca emuló las hazañas de la Clelia latina.[5] En este cerro

[4] Juan Santacruz Pachacuti cuenta en su *Relación* que el piadoso Inca Yahuar Huákjaj, que perdonaba a tántos culpados, hizo construir esta cárcel de Sancacancha y otras, lejos de los palacios reales y en apartados extremos de la ciudad, para no oír los tormentos de aquellos cuyos castigos era imposible remitir por la clase y magnitud de sus delitos. El rasgo, en la barbarie de esas edades, tiene una humana delicadeza muy propia en la cultura incaica.

[5] Sarmiento de Gamboa, *Segunda parte de la Historia General Indica*, Cap. 27, pág. 63, en Berlín por Pietschman, 1906; y *Relación* de Juan de Santa Cruz Pachacuti, pág. 272, en el tomo *Antigüedades Peruanas* de Jiménez de la Espada, (Madrid, 1879).

existieron las doce torrecillas o relojes solares (*intiphuatana*), engalanados de flores en los equinoccios y solsticios.

El camino, entre terrenos rústicos y altos tapiales, toma una mediana cuesta empedrada. Llegamos al recodo desde el que se pierde de vista el Cuzco. Como no se ha alterado el trazo de la vía desde los tiempos imperiales, este sitio es la misma famosa huaca o adoratorio (*apacheta*) de Urcoscallan, en que los antiguos peruanos, al salir por la calzada del Norte o Chinchaysuyu, se detenían y volvían el rostro para adorar una última vez la capital santa (P. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Libro XIII, Cap. XIII). Aquí debió de oírlos Cieza lamentarse y llorar sobre el estrago y la profanación, como los judíos sobre las ruinas de Jerusalén: "Yo me acuerdo, escribe, por mis ojos haber visto a indios viejos, estando a vista del Cuzco, mirar contra la ciudad y alzar un alarido grande, el cual se les convertía en lágrimas salidas de tristeza, contemplando el tiempo presente y acordándose del pasado" (*Señorío de los Incas*, Cap. XIII).

Repitiendo vagamente los citados textos históricos, hice alto para despedirme de la vieja población, emperatriz destronada de infaustos destinos. Me he iniciado en el encanto fúnebre de sus monumentos caducos, y he aquilatado y enriquecido mis sentimientos de nacionalidad con las imágenes de su magnífica desolación. Hoy, en la soleada y fresca mañana, la emoción final que deja en mi ánimo no es la que generalmente produce: no es la melancolía penetrante de su abandono, el siniestro vencimiento de sus murallas ciclópeas, disgregadas y truncas. Visto de esta altura y a esta hora, el panorama del Cuzco, lejos de ser lúgubre, es de una grave y fuerte serenidad casi gozosa, de una clara robustez, comparable a un acorde rico y viril. El caserío blanco, cubierto con tejas del más vibrante rojo, adornado con innumerables arcadas y portales, y dominado por las macizas torres de sus templos y los ramilletes de sus árboles, que emergen de las huertas, resalta con refulgencia indecible. Desde aquí el Cuzco es bello, con belleza viviente y enérgica. Ya había yo disfrutado de esta sensación desde la plaza de Collcampata y la cumbre de la Ciu-

dadela, en la última semana; pero ahora la saboreo con el atractivo de lo conocido y sin la fatiga respiratoria que me malogró la excursión aquella. Prefiero también el presente punto de observación, porque de él se distinguen mejor los amenos y majestuosos campos que rompen el círculo de las montañas y se dilatan hacia el sureste.

El Cuzco es tierra de contrastes; y el mayor es sin duda la oposición radical de sus aspectos, según se le contemple en su mismo recinto o desde los cerros que lo circundan. Paseando sus calles y plazas, la impresión de conjunto es de severidad ceñuda hasta lo terrible, de solemnidad trágica, a pesar de la generosa luz del cielo y la albura cegadora de las paredes encaladas. Los angostos pasadizos de sillares incaicos, como El Triunfo, Jatumrumíoj y Loreto, semejan corredores de la cárcel más lóbrega. Son de aplastante opresión las grandes piedras que los forman, en irregulares hileras acolchonadas, rocas durísimas de contornos mórbidos, moles de traquita negra con tonos verdosos y azules sombríos, salpicadas de enigmáticas protuberancias, y por toda decoración apenas alguna rara serpiente esculpida y algún *tocjo*, alacena estrecha; murallas cuya áspera continuidad sólo rompen los hierros multiplicados de los ventanajes españoles y las distantes portadas de una casa hidalga o de un convento. Su pesadez misteriosa parece gemir infinitas servidumbres; y tras ellas creemos que va a elevarse, como en el *Ollanta*, un cántico sollozante de cautiva. La increíble suciedad de los rincones y muladares, digna de la medioeval *Roma Sporca*; los tallados balcones moriscos, que se caen de vetustez; los zaguanes obscuros, los silenciosos patios, los desvencijados balaustres y barandales de madera, las carcomidas pilastras y zapatas pintadas de verde o celeste; las gastadas escaleras de piedra; la queja de las fuentes que, bajo rudos mascarones labrados en los muros torvos, vierten su escasa vena; los envejecidos oros churriguerescos de las iglesias, los largos portales, los claustros taciturnos, las plazoletas cubiertas de grama, que amarillean al sol de tarde; la devastación muda de los barrios que se extienden más allá del Hospital de San Pedro; las casas arruinadas que en Belén y Santiago desaparecen

poco a poco, sumergiéndose entre desmontes y sembríos, como un cadáver cuyas extremidades comenzaran a hundirse en el polvo; todo sugiere ideas de decadencia y muerte. La historia del Cuzco, a partir del siglo XVI no es en efecto sino una continua despoblación, una lenta agonía.[6] *Quomodo sedet sola civitas antea populosa?* Resuenan en la memoria las lamentaciones bíblicas y cobran pavorosa exactitud; porque igualmente cayeron aquí la antigua gloria de las armas, los palacios, alcázares y templos; y cuando los viajeros vulgares miran la ciudad sin ventura, ríen y hacen mofa de su pasada magnificencia. En los días despejados, ante la hosca y ponderosa masa de la Catedral, descascarada a trechos, rojiza como si se hubiera embebido de sangre, la plaza inmensa, teatro de tántos suplicios ilustres, palpita todavía bajo el ridículo y burgués jardincillo moderno que la profana; y las bandas violetas de luces y de sombras, en profundos recortes, diríase que expresan la angustiosa alternativa de agobiadas resignaciones y frenéticas ansias. En los días tempestuosos, el viento, por las callejuelas grises y las casas destartaladas, clama y muge largamente como el espíritu de la desesperación. He sentido el maleficio de este ambiente alucinador y letal, comparable al de un regio sepulcro violado; y había horas en que la aflicción me invadía. No era la dulce tristeza que he gustado después junto a las ruinas romanas, o en la tortuosa Toledo y la torreada Avila; porque no provenía de la mera curiosidad artística, ni la inspiraba el tibio saludo de respeto a las lejanas influencias mentales, ni el homenaje enternecido pero rápido a la ascendencia carnal, ya tan remota y vaga; sino que la nutrían la acerba congoja y la preocupación íntima y rebosante por el destino de mi propio pueblo y por la suerte de mi patria, cuya alma original, mistión indígena y española, habita indestructible en la metrópoli de los Andes. El Cuzco es el corazón y el símbolo del Perú. ¿Consistirá acaso la esencia de nuestra ciudad representa-

[6] En 1790 contaba todavía con más de 30,000 habitantes. Hoy según muy aproximados cálculos, no tiene arriba de 18,000.

tiva en la tiránica pesadumbre, la tragedia horrenda y el irremediable abatimiento?

Enseñanzas mejores guarda para los que saben interrogarla afanosamente, para los que la contemplan desde las eminencias leyendarias en que ha depositado el conjuro de sus fieros secretos: desde los campanarios de Santo Domingo y la Compañía, el andén de Collcampata, la cumbre del Sajsayhuaman o la cuesta de Carmenca. El Cuzco quiere ser visto con reverencia, de alto y de lejos. Entonces se reanima orgulloso; y en la luz incomparable resplandece milagrosamente la anciana dominadora, la madre de los Incas, la bélica ciudad blanca y bermeja, que sigue produciendo los mejores soldados del Perú. Es en verdad la hija predilecta del Sol. Sus rayos la transfiguran; y convierten en mantos de fiesta los sórdidos harapos de la noble mendiga. Del descanso de Urcoscallan la admiré, rejuvenecida y serena, en la claridad de sus arquerías y sus extensas plazas.

Al lado de la parda y purpúrea Catedral, distinguí la fachada floridísima de la Compañía y la portada de la Universidad, en que el barroquismo nos dejó sus más finos encajes de piedra. A la izquierda, las casas se agolpan y trepan hacia el verde cerro de Sajsayhuaman como un rebaño de alpacas blancas. Junto a los árboles del jardín de Lomellini y las ruinas del palacio de Manco Cápaj, brillaba la capilla de San Cristóbal, que cobijó en el siglo XVI la sumisión del Príncipe Paullu y los últimos días angustiosos de Almagro y Túpaj Amaru, y en el XVII las estudiosas vigilias del literato indio Espinosa Medrano. De aquel propio cerro, en que se asienta la formidable ciudadela consagrada por el heroísmo de Cahuide, el bosquecillo de eucaliptos de los Padres Salesianos desciende tremulante. A nuestra derecha y al frente, los montes se redondean y describen la curva regular y simétrica de un anfiteatro. Ceñidos los últimos de nubes, parecen una ronda de guerreros incas, coronados de diademas de plumas (*pillcocaras*) e inmovilizados en las actitudes de una danza ritual. Hacia el Sur se destacan, insignes entre todos por los mitos patrios, el Anahuarqui y el Huanacauri, en que se hundió la áurea barra de Man-

co. Tras la Alameda, el templo de Santo Domingo (antiguo *Coricancha*) y el Convento de la Recoleta, se tiende en el valle el suntuoso tapiz de los cultivos. Arriba el Padre Sol, el Inti benéfico, faz y escudo de oro, triunfa en la pura bóveda azulada; y al oriente el Ausangate, bajo la rutilación del aire, alza su cima de nieves como un palio de gloria. Así se me apareció la capital incaica, en breve visión deslumbrante, por postrera vez, a modo de un feliz presagio que surgiera del más hondo pasado, mientras las campanas de Santa Teresa seguían repicando incansables.

II

LA LLANURA DE ANTA

ACABADA la cuesta de Carmenca entramos en una alta quebrada, a cuya izquierda se desliza un torrente. Parece que en ella fué la matanza de las mujeres y partidarios de Huáscar por los generales de Atahualpa; y cuentan que presenciándola Huáscar maniatado, impetró del cielo y pronosticó el castigo de su hermano.[7]

A poco más de media legua del Cuzco, se levanta el arco español de la Alcabala. Desde allí damos vista en el fondo noroeste al espléndido nevado del Salcantay. El camino real que principio, es muy aceptable hasta el extremo de la pampa de Anta. Constituye la primera sección del itinerario o carrera entre el Cuzco y Lima, arteria principal del tráfico peruano antes de la Independencia; y es en mucha parte la misma vía septentrional de la Sierra o calzada de Chinchaysuyu, construída por los Incas y que terminaba en Quito.

Estas inmediaciones contienen los más ilustres recuerdos incaicos. El llano en que se ensancha la quebrada, tomando el camino hacia Urubamba, es el de *Yahuárpampa* (campo de sangre), en que se libró a mediados del siglo XIV la reñida batalla ganada sobre los invasores

---

[7] Garcilaso, *Comentarios*, Primera Parte, Libro Nono, Cap. XXXVII; Sarmiento de Gamboa, *Historia General Indica*, Cap. 66.

Chancas por el Inca a quien llaman Pachacútej Betanzos y Cieza, y Huiracocha, Garcilaso. Los peñascos diseminados en el llano y las alturas, son los *Pururaucas*, piedras sagradas que se metamorfosearon en guerreros para socorrer al Príncipe. En memoria de la batalla que salvó al Cuzco y regeneró el Imperio, mandó el Inca vencedor construir un templo cercano, que los primeros conquistadores españoles, como Peralonso Carrasco y Juan de Pancorbo, conocieron y visitaron. Refiere Cieza que era "una casa larga, a manera de tumba", y que en ella se conservaban las momias de los principales jefes vencidos. Veneráb anse los tres *puquios* o manantiales próximos: el de *Quishuar*, que apagó la sed de los soldados victoriosos; el de *Catachillay*; y el de *Aspatquiri*, que refrescó al Inca triunfante y tenía para los viajeros igual virtud sedativa.[8] En el punto en que se apartan los caminos de Chincheros y Yucay, se elevaba sobre un cerro el ara sacrificatoria desde la cual los sacerdotes dirigían al Sumo Dios Huiracocha la soberbia plegaria de que dilatara las conquistas de los Incas hasta los extremos límites del mar.[9]

El riachuelo de nuestra izquierda, cascajoso y rápido, lleva aguas color de acero. Las tradiciones indias contaban que el día de la batalla se convirtió en un raudal rojo con la sangre de los treinta mil hombres que perecieron en sus riberas.[10] Por varias quebradas y lomas bajas, oblicuamos hacia el noroeste. En las faldas, verdeantes por las últimas lluvias, pero que la estación empieza a agostar, hay chozas y casitas blancas; y me pareció ver una ermita arruinada. En el trayecto está el caserío de Poroy, que perteneció al conquistador Juan Julio de Hojeda, pariente de Gómez de Tordoya y de Garcilaso de la Vega. La perspectiva era a ratos muy despejada. Delante se erguían los severos montes que rodean el pueblo de Chincheros, histórico señorío o curacazgo de los Pumacahuas. Luego, torciendo siempre a

---

[8] P. Cobo, Libro XIII, Cap. XIII.

[9] Idem. ibidem.

[10] Garcilaso, *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro Quinto, Cap. XIX.

la izquierda, desembocamos en la gran pampa de Anta, cuya primera aldea de este lado es Puquiura. La iglesia parroquial de Puquiura tiene una gruesa torre cuadrada y unas arquerías bajas de aspecto curioso. Encima del arco pegado al campanario, las hierbas ondulan al viento, junto a las tejas encarnadas y sobre el fondo sombrío de las sierras. Fronterizo se encuentra el cerro antiguamente conocido por *Collana Sayhua*, cuya *apacheta* o montón de piedras era la huaca en que comenzaban sus adoraciones los peregrinos peruanos que bajaban del Chinchaysuyu al Cuzco.

Según la relación geográfica de la comarca, hecha por mandato de Felipe II, los indios denominaron poéticamente *Anta* (cobre) a la llanura y su población principal, porque los rayos solares, al reverberar en las agrias laderas y peñas que al norte la ciñen, sombreadas a menudo de nubarrones, encienden reflejos cobrizos. La historia la conoce más por la llanura de Jaquijaguana (*Xaquixahuana* conforme la verdadera pronunciación),[11] célebre a causa de la segunda derrota de los Chancas, acaecida inmediatamente después de la de Yahuarpampa, y de la captura y ajusticiamiento de Gonzalo Pizarro y Carbajal en 1548. Llamóse también *Ichupampa*, por los dilatados pastos de la hierba *icho* que hay en ella; y *Silla pampa*, que en quechua vale tanto como cascajal. A pesar de la última apelación, es comarca abundante en cereales, considerada como el granero del Cuzco; y sería fer-

[11] Los españoles de la Conquista reprodujeron el sonido de la *sh* o *s* silbada quechua con la *x* castellana tal como se pronunciaba en el siglo XVI. Alterada ésta en la siguiente centuria, y convertida fonética y ortográficamente luego en la *j* gutural, se deformó por la innovación la toponimia peruana. Así se adulteraron, entre blancos y mestizos, el sonido y la escritura de infinitos nombres indígenas, introduciendo en ellos la *j* que mucho más que a la *sh*, se acerca a la *cc* doble o dura de otros vocablos quechuas, que nosotros representamos con *cj* aproximadamente. Uso la ortografía más ajustada a la pronunciación quechua solamente para los antiguos soberanos y personajes incaicos, respetando para los demás nombres propios modernos y locales la corriente castellanización, porque un más estricto sistema equivaldría a menudo a excesivo barbarismo.

tilísima si se desecara y regularizara la enorme ciénaga que llena su centro y se desborda en la época lluviosa.

Encontrando a cada momento recuas de mulas y puntas de llamas, me dirijo al pueblo de *Izcuchaca* (puente de cal), situado al oriente de la llanura y distante sólo unas pocas cuadras de la villa de Anta, la cual se asienta en una colina.[12] No faltan aquí las banderolas anunciadoras de los bebederos de chicha, ni los cohetes en honor de todos los viajeros conocidos.

Continuando hacia el extremo oriental de la pampa, voy a la finca de *Huayrurquente* (picaflor rojo), propiedad de D. Manuel Cáceres. El párroco vecino, mozo y locuaz, se luce en expresiva arenga. Advierto que en la región cuzqueña los curas son muy respetados y los indios les besan la mano con mucho acatamiento. Nos solaza con aires europeos el fonógrafo del hacendado; pero, más en armonía con el aspecto típico del país, llegan por intervalos del patio exterior, los ecos, a la vez alborotados y monótonos, de una cachua. Desde la galería de cristales en que almorzamos, se domina considerable extensión del campo. Es muy pobre de arbolado, al revés de las deleitosas tierras de Oropesa y Calca, Yucay y Urubamba, que he visto hace poco. Su desnudez iluminada lo asemeja a los alrededores de La Paz o a ciertos parajes de Castilla. Es como ellos grave y fría tierra de panllevar. En la rinconada que los montes forman a la derecha de Izcuchaca y Anta, se coloca generalmente el lugar del encuentro de Jaquijahuana, entre el ejército real de Gasca y el de Gonzalo Pizarro, a pesar de ciertas autoridades que inducen a colocarlo más al oeste. Sea como fuere, en los arroyos de aquel ángulo de la llanura, cayó y fué preso Francisco de Carbajal, el veterano de las guerras de Italia, el cruel *Demonio de los Andes*, el maestre de campo de Gonzalo, que

[12] En la iglesia parroquial de Anta debe de conservarse la imágen de San Juan de Sahagún, traída del Cuzco por los agustinos en 1614, y de la que refiere grandes milagros la *Corónica* de Calancha. (Primera Parte, Libro II, Cap. XXXVII).

aconsejaba a su caudillo casarse con una Coya y coronarse Rey del Perú.

El río en que desagua la larga ciénaga, toma por el noroeste, atravesando la quebrada y el pueblo de Huarocondo, cuyo curaca, según algunos analistas incaicos, robó a Yahuar Huácjaj, niño.[13] Afluye este riachuelo al Urubamba y desemboca en él tres leguas más abajo del pueblo de Maras, conocido por sus salinas y el carácter andariego de sus naturales, todos arrieros y trajinantes. Lo visité la semana anterior, cuando fuí a Ollantaytambo; y me sobrecogieron su vejez y soledad. Algunas casas ostentan blasones esculpidos en piedra. Maras fué en el siglo XVI encomienda del Convento de Santo Domingo del Cuzco; luego de Pedro Ruiz de Oré, marido de la Princesa Dª María, hija del último Inca Manco; y al cabo mayorazgo de los Marqueses de Oropesa, Enríquez de Almansa y Borja, descendientes legítimos de los soberanos autóctonos del Perú.

De Huayrurquente fuí a pernoctar en Zurite, el mejor pueblo de la pampa. El camino serpentea entre los pantanos. Crecen espesos totorales, entre los que asoma el ganado. En medio de toda la gran ciénaga, que corre más de tres leguas de oeste a este, va una calzada de piedra, obra de los Incas, en uso hasta el día. Mucha porción del alcantarillado me pareció refección relativamente moderna y ya en bastante deterioro. A una y otra banda, entre las manchas de los pastales verdes, los atolladeros, casi secos ahora, muestran al sol del medio día sus charcos, que parecen de plomo fundido, y el fango ceniciento y blanquecino de sus orillas, revueltas por las pisadas de las vacas. Más allá, en suaves y onduladas pendientes, ascienden casitas blancas, chozas pajizas y las cercas de los rediles, intercaladas entre

[13] Según otros, como es Sarmiento de Gamboa (Caps. 20, 21 y 22) fué Tocay Kjápaj, sinchi o jefe de los Ayamarcas, quien, despechado por el matrimonio de Inca Rocja, raptó a su primogénito Yahuar Huácjaj para matarlo, el cual fué salvado y criado maternalmente por Chimpu Orma, hija del Cacique de Anta, proviniendo de aquí la alianza y confederación entre los Anteños y Cuzqueños.

andenes de sementeras de maíz y papas; y los recién segados trigales espolvorean la tierra obscura con un tenue velo dorado. El cielo conserva en la tarde hacia el cenit y el sur su azul de índigo; pero sobre los cerros pardicientos y rojizos de la derecha, proyectan sombras movibles gruesas nubes, grises en la base, que rematan arriba en albos y espesos vellones. Se levanta un viento fuerte.

Dan de Zurite diversas etimologías. Quieren unos que venga de *Sutuj riti* (nieve que gotea) o *Surumpij riti* (nieve que deslumbra), por los deshielos de la cordillera que tiene al norte. Suponen otros provenir de *Suriti*, que equivale a penacho de avestruz; o de la palabra castellana *zurita*, castizo apelativo de la paloma silvestre. En cualquier caso las etimologías son poéticas y no indignas del simpático pueblecito. Los españoles lo llamaron San Nicolás de Sillabamba (Sillapampa), más desde muy antiguo ha prevalecido su primer nombre. El caserío es entre blanco y terroso, con balconcillos, corredores, tejas vistosas y árboles frutales. Sus vecinos poseen regular ganado vacuno y de cerdo. Como había algunos perseguidos por los últimos disturbios políticos, me reciben con gran alborozo, y me obsequian con flores e invitaciones y un álbum pequeño. Me alojo en casa del oficial retirado del ejército D. Celestino Santander, que volvió a empuñar las armas en 1910 con Samanez Ocampo y me está agradecido por la amnistía. Es acomodado agricultor; le acaba de nacer un hijo; y me pide que apadrine a la criatura, por lo cual me detengo en Zurite más de lo que tenía pensado.

A la mañana siguiente resultan tres mis ahijados, porque demandan igualmente mi padrinazgo para sus vástagos respectivos otros dos vecinos notables, D. Néstor Núñez del Prado y D. Enrique Díaz. Es domingo de la Santísima Trinidad; y la vetusta parroquia, junto a una plaza de añosos árboles, tal vez *pisonayes* (leguminosas árboreas), se llena con los fieles del lugar y los contornos. Oigo la misa mayor en el banco del presbiterio. En la nave baja se arrodilla la muchedumbre indígena, maloliente y andrajosa. Hay indias ancianas, desgreñadas, de rostros apergaminados, de misérrimo traje, que rezan

con increíble fervor y a cada instante besan el suelo. En la techumbre interior de la iglesia anidan infinidad de pajaritos, que con sus vuelos y píos alegran la ceremonia. De la torre chata desciende la argentina parlería de las campanas. Cargando a mis ahijados, bulliciosos y renitentes, voy y vuelvo a la capilla bautismal tres veces, seguido de una fila de personas con velas encendidas, cuyas luces se reflejan en las tallas doradas de los altares. Los broncíneos monaguillos se afanan y corren, agitando los blancos sobrepellices de mangas anchas y los gruesos incensarios plateados. Concluídos los bautizos y firmadas luego las partidas en casa de mi buen amigo el cura Pareja, vuelvo a curiosear la iglesia: parece de fines del siglo XVII, por las ingenuas redondeces y contorsiones de sus adornos y molduras. En el crucero yacen arrumadas las andas de las procesiones anuales. Leo en un cuadrito que el Iltmo. Sr. Obispo del Cuzco, D. Agustín de Gorrichátegui, concedió en su visita pastoral, por los años de 1773, indulgencias a cierta imagen que allí se venera. El sabio y dulce Obispo, que fué en Lima el maestro de la generación del *Mercurio Peruano* y que murió en Urubamba por los afanes de sosegar una insurrección precursora de la de Condorcanqui, merece recordarse como una de las más honrosas figuras intelectuales y morales de la Colonia en la centuria décimaoctava: educador, humanista, orador notable y de gusto delicado en español y quechua, caluroso defensor de los indios contra corregidores y párrocos. Cuando gobernó la diócesis del Cuzco, esparciendo en ella los dones de su celo y su elegante palabra, fermentaba ya, contra los intolerables y agravados abusos, la revuelta aborígen que había de estallar pocos años más tarde. Para disiparla fueron ineficaces sus buenos propósitos; y no pudo sino rendir la vida en las angustias del conflicto que se dibujaba inminente. De su lecho de muerte y a pesar de los desacatos que amargaron sus últimos momentos, pedía al Virrey piedad y alivio para los infelices naturales. Probablemente lo acompañaba, al pasar por este curato su discípulo y secretario Baquíjano, que luego había de ser introductor en el Perú del enciclopedismo y los nuevos estudios económicos; y su

vicario y amigo el tacneño D. Ignacio de Castro, que purificó de resabios gongorinos la incipiente literatura criolla.

Otra visión histórica, menos apacible que el recordado grupo de cultos filántropos, evoca la modesta iglesia de Zurite. En ella el año de 1825 se vieron y velaron, con grande pompa y regocijos públicos, el General D. Agustín Gamarra y Dª Francisca Zubiaga, desposados por poder algunos meses antes. Cuando los futuros amos del Perú formalizaron aquí su matrimonio, él era el triunfante Jefe de Estado Mayor de la batalla de Ayacucho, elogiado por Sucre, favorito de Bolívar, que de la decisiva campaña emancipadora regresaba a mandar casi como un Virrey su nativa comarca, en fundada espera de los destinos más altos; y ella, la esbelta hermosura de ojos magníficos, insondables de ambición y neurosis, la inquietante amazona, experta en los ejercicios varoniles, la que en su orgullo declaraba que no se casaría sino con el hombre que hubiera de presidir el país. Celebrando el pacto mutuo de amor y de soberbia, debieron los dos sentir la deliciosa embriaguez de la ascensión comenzada, tan distinta de la fría luz de la cumbre; y pudieron creerse afortunados entre todos sus compatriotas en la ilimitada perspectiva de sus ansias de dominio, en el extraordinario aliento que ha de infundir en un hombre ambicioso la asociación con mujer de especie semejante, férvida colaboradora, perpétuo acicate y premio en las luchas más ásperas. La realidad defraudó las ambiciones que en este sitio debieron acariciar ambos; pero las defraudó, nó como en otros casos por capricho ciego, sino por justa consecuencia y castigo de sus faltas. Diez años después, la gallarda novia, que aquí debió ostentar altivez tan bizarra, sucumbía en el destierro, desesperada, deshonrada y maldecida, tras de haber escandalizado Lima con sus liviandades y arrebatos, como de reina bárbara; y lejos de los suyos, en el desamparo de su agonía, no hallaba más rostro amigo que el del aventurero español, último y fiel amante. Dieciseis años después, Gamarra, al cabo de dolorosas vicisitudes, reñido con la más genuina opinión, moría en medio de la derrota de su ejército, dejando el Perú vencido y anarquizado. El mérito de su muerte

en Ingavi, frente al enemigo externo, es insuficiente para rescatar las graves responsabilidades que lo abruman en la historia. Su desdichada mujer puede alegar para eximirse el desvanecimiento y la inconsciencia femeniles, y la histeria incurable. El varón nó. Era consciente, reflexivo y dueño de sí, sabía qué hacía y a dónde iba, ese mestizo de alargada cara, de mirar hondo, de labios apretados, en cuyas comisuras parecía latir toda la astucia indígena. Nacido en el Cuzco, impregnó su niñez y adolescencia en el espectáculo de las ruinas que hablan de augustos y duraderos designios. Educado entre eruditos frailes y doctores hasta los veinticuatro años, se alimentó en la primera juventud con la lectura de los clásicos, eternos maestros de generosidad y civismo; y esos libros latinos que repasaba a menudo y que llevaba siempre consigo, para los ratos de descanso en las campañas, debían abrirle horizontes despejados y magnánimos. La indulgencia nacional, perdonando su tardía separación de las filas realistas a la hora undécima, y su desastre en la Macacona, lo proclamaba el mejor militar peruano y depositaba en él las más preciosas esperanzas. Su mujer le sirvió en los primeros años como un incomparable auxiliar; y lo hubiera sido siempre, si hubiera acertado a refrenarla. Después de su feliz intervención en Bolivia el año 26, las miradas se volvían a él, reputándolo el brazo y sostén más sólidos de la patria recién constituída.

El Perú, que tiene por sus antecedentes los títulos más auténticos para el predominio occidental sudamericano, se había rezagado en la guerra de la emancipación, a pesar de nobles tentativas; y había acabado de recibir de fuera, como dádiva de sus hermanos menores, el impulso decisivo de la independencia. Era necesario reivindicar la autonomía, entrar con resuelto paso en la vida nueva, borrar las últimas sombras del vasallaje, recomponer el cuerpo étnico e histórico de nuestra nación, arbitrariamente desmembrada. Esto intentaba el gobierno de entonces, el círculo inspirador del Presidente La Mar, mandatario débil pero honradísimo patriota. Su nacimiento en Cuenca influía en la notoria voluntad de reincorporarse en el Perú que re-

toñaba en las provincias meridionales de la antigua Audiencia de Quito, deseosas de separarse de Colombia. Aun después de vencido en el Portete, en combate que distó mucho de ser una catástrofe, había que apoyarlo y sostenerlo, por decoro y por conveniencia colectiva. Nada decisivo se había perdido: conservábamos la preponderancia marítima, ocupábamos Guayaquil; y reanudando las hostilidades bajo el presidente cuencano y la constitución descentralizadora del 28, mientras la Gran Colombia corría a su inevitable disolución, el Perú, si acaso no lograba la fusión con todo el Ecuador actual, a lo menos se reintegraba el sur de él y definía el litigio de Maynas. Gamarra en vez de secundar en tal empresa a su jefe, como se lo ordenaba el deber más claro, lo minó, lo depuso y lo envió a morir desvalido en Centro América, pobre mártir de un alto pensamiento. ¿Intentó siquiera, ya posesionado en el mando, aprovechar las ventajas y recursos de la situación, para repetir con nuevos auspicios la campaña y obtener una paz fructuosa? Su ambición mezquina, en innegable complicidad con el enemigo, se apresuró, desde antes del pronunciamiento, a negociar cualquier paz, la más ambigua e insegura; y luego en el poder, asentó el pretorianismo en el triste aprovechamiento de la primera derrota y del primer bochorno del Perú republicano. Opuesto durante su período, por pseudo-centralismo, a toda confederación con Bolivia, la acepta cuando se encuentra caído, y ajusta con Santa Cruz la unión perú-boliviana como un medio de conseguir auxilios, sin convicción ni amor a la idea; y al verse pospuesto en la ejecución, incapaz de sacrificar su personalidad ante los eternos intereses de la patria, derriba el régimen confederado y separa perpetuamente el Perú de Bolivia, con el apoyo de Chile, al cual entrega así la hegemonía del Pacífico. ¡Hombre funesto, que en los dos hechos culminantes de su existencia, deparó las dos profundas causas de nuestra debilidad y postración presentes! ¡Cuánto más peruano de alma, cuánto más imbuído en la tradición de los Incas y los Virreyes unificadores, fué su perpetuo rival, el mestizo aimara Santa Cruz, que soldó por un instante el vínculo en malhora roto, y soñó en instalar la

sede de su dominio sobre los dos Perúes junto a las antiguas mansiones imperiales, en aquel claustro de La Merced del Cuzco, que con italiana elegancia del Renacimiento señorea la sagrada plaza de Cusipata! Con tales meditaciones históricas me entretengo, paseando la tranquila población, en la soñolienta quietud del domingo luminoso.

Los días que pasé en Zurite, no dejé de concurrir a la era, situada al oriente, en el ejido del pueblo. Para un costeño como yo, que jamás había visto la siega y desparve del trigo, fué gran novedad presenciar la trilla. La hacen aquí con caballos, al añejo uso español. Sobre los cojines de oro formados por las mieses, movíanse los vestidos rojos y azules de las cholas atareadas. Al caer la tarde, se agolpan siempre las nubes en las alturas del norte y comienzan a desfilar sobre la pampa, con gran contento de los labradores, enemigos de la limpieza del cielo por temor de las heladas. De noche, el viento arrecia; y encima de los tejados campesinos de mi cuarto, lo oigo que zumba arrastrando los nublados hacia el Cuzco.

En los almuerzos y el concurrido desayuno de casa de Santander, recita el maestro de escuela Monteagudo trozos del drama quechua *Usca Páukjar* posterior al *Ollantay* y con signos más ostensibles de inspiración castellana. Me hago traducir los principales pasajes. La literatura dramática quechua, refundición de temas tradicionales, cantares y aun verdaderas tragedias anteriores a la Conquista, fué predominantemente obra eclesiástica, de los misioneros y curas que arreglaban tales piezas para las representaciones escénicas acostumbradas por los indios en las grandes festividades. Hoy se halla en completa decadencia, perdidas o en ignorado paradero sus producciones antiguas (a excepción del *Ollantay* y del *Usca Páukjar*); y escasísima de continuadores, reducidos según mis noticias al señor Caparó Muñiz, cuyo repertorio está inédito, al canónigo Rodríguez, y a D. Nicanor Jara, redactor de *Súmaj Ttica.* Podría quizás reanimarse con el establecimiento de una cátedra de filología quechua en la Universidad del Cuzco, que a más de la gramática y la onomástica, estudiara el *folklore* indígena, explicara los textos del *Ollantay* y el *Usca Páukjar*, los

sermones de Avendaño y las composiciones del Lunarejo (Espinosa Medrano), documentos literarios cuyos términos y giros van haciéndose arcaicos y requieren interpretación especial; y procurara en fin rastrear, a través de la prosa española de Betanzos, Pachacuti Salcamayhua, Huamán Poma de Ayala y otros analistas, los fragmentos épicos que compendiaron o vertieron. Dichos estudios, dificilísimos y casi infecundos en Lima, por falta de oyentes preparados, tienen en el Cuzco ambiente propicio. Otra imponderable ventaja de ellos consistiría en el acercamiento entre la clase ilustrada y los indios. No desconozco los inconvenientes del *poliglotismo* o variedad de lenguas en una nacionalidad, ni lo artificial que sería la reanimación erudita del quechua; pero siendo ilusorio esperar su rápida extinción y la total castellanización de los aborígenes, el elemento educado y superior del país debe inclinarse hasta el indio, ya que éste no tiene fuerzas para subir hasta él, y no olvidar en la tarea de aproximación, que es la verdadera reconstitución de la patria, el eficacísimo instrumento del idioma, llave de la confianza. El indio cree y aprecia como hermano a quien le habla en su lenguaje; y la adhesión a ciertos curas y hacendados no reconoce otra causa. El gran tropiezo para el resultado práctico de esta enseñanza, proveniente de la multiplicidad de dialectos en que se ramifica el quechua, no existe para los Departamentos del Cuzco y Apurímac, que con ligeras desviaciones hablan el mismo quechua clásico empobrecido.

Los naturales del llano de Anta visten por lo general el calzón corto, la casaca azul y la chupa roja del siglo XVIII, y la pintoresca montera galoneada de plata que vengo viendo desde Sicuani; los alcaldes y tenientes indígenas llevan sus varas con cabos de metal, como en toda la región que he recorrido; pero no tengo ocasión de escuchar, en la cosecha del trigo y del maíz, los toques militares y los jubilosos cantos o *hayllis* de las cuadrillas de segadores, que me embelesaron en la feliz quebrada del Urubamba.

La mañana que salí de Zurite, ya el sol rayaba bien alto. El camino corre entre prados abiertos, limitados a la distancia por las ca-

denas paralelas de los cerros. Delante de las chozas y alquerías, se amontonaban las papas puestas a helar; en las laderas se desplegaban los superpuestos cultivos de los andenes; y en las verdes lontananzas se desvanecían algunos rebaños, envueltos en leve polvareda. Es natural que en esta pampa edificaran los Incas y sus dignatarios los palacios y casas de recreo de que Cieza nos habla: venían a respirar el aire sutil de la meseta y a complacerse en el paisaje descampado, serio y solemne como sus almas, cuando se saciaban de sus otras residencias campestres, cuando se hastiaban de la espejeante laguna de Muyna o del mimoso recogimiento de Yucay.

La llanura se estrecha, y subo la cuesta que conduce a la quebrada de Limatambo. Pero la pampa no termina aquí, sino que se prolonga a la izquierda, en una ensenada o bolsa cuya entrada ocupa la finca de Jaquijaguana. La casa de ella es de arquerias claustrales. Me dicen que perteneció a los Jesuítas, mas si así fué hubo de ser mucho antes de su expulsión por Carlos III; pues no se halla en la lista de los bienes confiscados. La circunstancia de llevar el nombre de Jaquijaguana sólo esta porción de llano, me hace creer que fué en sus cercanías el mal llamado combate o mejor dicho dispersión y desbarato de 8 de Abril de 1548, y la consiguiente ejecución de Gonzalo Pizarro y sus principales compañeros. La hueste de los rebeldes, en efecto, aguardó a Gasca, según los cronistas, al pie de la bajada de Limatambo (Pedro Pizarro), en la rinconada que hace el valle, entre el río pequeño y una áspera sierra que viene a juntarse formando punta (Garcilaso); señales todas que convienen al presente lugar. Y aunque es cierto que luego Pizarro y los suyos se retiraron algo, para situarse en el collado inmediato a una ciénaga, debió ser muy breve contramarcha, y en ningún caso hasta el otro extremo de la pampa, en Anta y Huarocondo, como algunos modernamente sostienen;[14] porque en los escritores de la época no hay indicios para suponer movimiento tan extenso, y porque, aun cuando fuera muy rudimentaria

[14] Prescott así lo sugiere, *Conquista del Perú*, Libro V, Cap. III.

entonces la estrategia de esos ejércitos diminutos, no es concebible que Pizarro y Carbajal, retirándose al rincón opuesto de la pampa, se expusieran tan a las claras a ver cortadas sus comunicaciones con el Cuzco, que tánto les interesaba conservar. Cieza, testigo presencial de la acción, y que describe su itinerario en dirección inversa al mío, trae estas palabras, concluyentes a mi entender: "*Al principio* (del valle de Xaquixaguana) es el lugar donde Gonzalo Pizarro fué desbaratado, juntamente él, con otros capitanes y valedores suyos, justiciado por mandado de Pedro de La Gasca".[15] Los tremedales y pantanos que los cronistas mencionan y en que se encenegó el traidor licenciado Cepeda, existen allí como en toda la llanura, particularmente en la estación del mes que fué el de la batalla. En el propio campamento de Gasca funcionó el tribunal regio y se cumplieron los fallos: fueron decapitados Gonzalo, Juan de Acosta y varios más; y descuartizado el octogenario Carbajal, cuyos trozos sangrientos llevaron al Cuzco y plantaron en las picotas de los cuatro caminos reales.

Tal vez en este mismo paraje o sus contornos ocurrió la otra célebre tragedia del valle: el suplicio del guerrero indio Challcuchima, quemado vivo por orden de D. Francisco Pizarro. Era el mejor general de Atahualpa, el único que no se asombraba con el espantoso galopar de los nunca vistos caballos. Pedro Pizarro nos lo pinta robusto, cetrino y bien dispuesto de miembros. Después de la muerte de su soberano, fué conducido prisionero por los conquistadores en la marcha al Cuzco, y acusado de estimular a sus compatriotas para que se resistieran en los pasos y desfiladeros de las montañas. "El Marqués acordó de matalle, porque si se soltara pusiera en aprieto a los españoles". Ejecutóse la sentencia luego, a principios de Noviembre de 1533, junto a aquellos tambos o depósitos de Jaquijaguana en que almacenaban los Incas los más preciados productos de todo el Imperio, desde la sedosa lana de las vicuñas, hasta los polvos de oro, los nácares y los corales marinos (Pedro Pizarro). Cuando lo llevaban

[15] Cieza, *Crónica del Perú*, Cap. XCI.

encadenado a la hoguera, Challcuchima se quejó en alta voz de la indiferencia de su colega de mando Quizquiz, que nada hacía por libertarlo de la muerte, contando aún con soldados en las alturas vecinas. Pagado este tributo a la sensibilidad humana, formulada la amarga protesta contra la ingratitud de los amigos, que es la prueba más dura e intolerable, recobró su estoica firmeza, antes jamás desmentida. Más altivo que Atahualpa, rechazó indomable y desdeñoso el bautismo de los extranjeros, que quizá le hubiera valido, como a su monarca, la conmutación de la hoguera por suplicio menos atroz; y mientras el fuego devoraba sus carnes, entre los rojos espirales del tormento horrible, se le escuchaba invocar a Pachacámac y sus ídolos. Pocos años antes, y según Garcilaso en aquel mismo lugar, Challcuchima y los demás capitanes de Quito habían paseado al cautivo Huáscar, vestido de luto, con un cordel al cuello y atadas las manos a la espalda, por una calle larga que formaban los postes y horcas de que pendían sus parientes y servidores, los cuales acallaban las ansias de la agonía próxima para reverenciar y consolar a su rey destronado.

A cada paso que damos en estas tierras lucientes y calladas, surge en la paz del campo un lejano recuerdo histórico, feroz y fúnebre como un cráter extinto.

III

PASO DEL RIO APURIMAC

EL macizo de sierras que separan la pampa de Anta y Jaquijaguana de la quebrada de Limatambo afluente al Apurímac, en tiempo de la Conquista se llamaba *Huillcacunca* (voz o garganta sagrada) y ahora recibe los nombres de Chamancalla y Casacancha. Desde el abra o puerto que lo corona (*Tastacasa*), se disfruta de muy hermosa vista. Paisaje austero y bravío, cuya ceñuda majestad aumentan los tonos ocres y granates de los peñascos. Estamos en el centro de la región más histórica del Perú. Detrás de nosotros quedan, a izquierda y derecha de la pampa de Anta y el Cuzco, las altas hileras de cerros que ocultan Pacaritambo y Ollantaytambo, misteriosas mansiones solariegas de la raza incaica. En frente, la honda quiebra de Limatambo corre al famoso Apurímac o *Cjápaj Mayu*, que se traduce *príncipe sonoro* o *rey de los ríos*, y fué adorado por los indígenas entre los mayores dioses. Al norte y a los confines occidentales, se empina la cordillera en violácea gradería, de la que emergen el Soray y el Salcantay embozados en nieves y nubes, y a cuyos pies se guarecen, adivinadas en la lejanía, entre bosques tropicales invisibles, las fortalezas de Choquequirau (cuna de oro) y Vilcabamba (*Huillcapampa*, llanura sagrada), últimos refugios de los Incas proscritos.

El descenso a la quebrada de Chaquimayu, se hace por un mal camino, gredoso, cortado en escalones y caracoles, que fué probablemente el lugar del combate entre Hernando de Soto y Almagro y las tropas de Quizquiz, cuando el avance de la vanguardia de los conquistadores al Cuzco.[16] El principio del valle de Limatambo es bien angosto, encajonado entre cerros de color gris verdoso y amarillento fulvio, con espesos matorrales en el centro. A poco distingo retazos lustrosos; sembríos de aterciopelada alfalfa y espigado maíz. Me detengo a descansar en la pobre casa de una finca que se llama Challabamba[17] y que sirve de apeadero o pascana a la mitad de la jornada. Ante el cobertizo rústico, en el patio que el sol alumbra con violencia, se agitan las cabalgaduras y las mulas de carga; mueven los llamas la grácil cabeza y se desvían del tumulto con ademán arisco y delicado; los tercios de chala y los rastrojos confunden sus matices verdes y gualdas; las gallinas picotean el polvo, que brilla como si estuviera entreverado con fragmentos de cristal. Estos esplendores de la luz, que realza y magnifica los objetos más humildes, bastan a encantar mis ojos de limeño, habituados a la niebla opaca y húmeda. El cielo ofrece el tierno color de la turquesa. Paso el estrecho río Colorado por un pésimo puentecito de tierra y tablas, vacilantes y con enormes huecos. En las orillas crece tupido monte de carrizos o *pintojs*; rezuman los puquios en la faja de las laderas; y encima, en algunos cortos repechos, brotan hierbas densas y amarillas que semejan una erizada melena de león. La atmósfera se entibia cada vez más, y se hace al fin calurosa y pesada.

Al lado del camino, en el fundo de Tarahuasi, hay restos de muros y un terraplén, vestigios sin duda de los cuarteles y almacenes incaicos que existían en este valle. Limatambo es corrupción de *Ri-*

[16] Allí también hubo de librarse un reñido encuentro de los generales de Atahualpa y los de Huáscar, preliminar de la batalla de Quepaypa (Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, Cap. 18).

[17] *Challabamba*, llano de las hojas del maizal.

majtampu (posada del vaticinante),[18] así llamada por la proximidad del Apurímac y su oráculo; y en la vía del Chinchaysuyu correspondía casi a equidistancia a los otros tres grandes mesones, Paucartambo, Ollantaytambo y Pacaritambo, situados a la primera jornada de las restantes vías cardinales. El actual pueblo de Limatambo, que se encuentra más allá de las ruinas, me pareció miserable y casi desierto. Su extensa plaza, todavía de aspecto mayor por su soledad, tiene unos pocos sauces; y la cercan barandas y balconcitos viejísimos. Dos veces ha servido de cuartel general: a Francisco Hernández Girón cuando comenzaba su revuelta (Enero de 1554); y al Virrey La Serna cuando preparaba la campaña de Ayacucho. Sarmiento de Gamboa (Cap. 38) refiere que en Limatambo el gran inca Pachacútej hizo ejecutar a su hermano el general victorioso Cjápaj Yupanqui, conquistador del centro del Perú, en castigo de haberse retardado en la empresa y haber dejado escapar al jefe chanca Ancohuallu hacia Moyobamba.

La quebrada de la Sauceda desciende con rápido declive, regada por el río Blanco. La vegetación aumenta; y a los sauces y alisos, los quishuares y los copudos pisonayes que adornan la región anterior, se agregan los nobles cedros, los molles, las lianas, los plátanos, los helechos, los herbazales pantanosos y los magueyes que se retuercen en el aire como culebras gigantescas. Al atardecer los cerros se purpurean vivamente; y en la sombría garganta de Mollepata, hacia la hondura del Apurímac, se dibujan sobre los tintes del crepúsculo, a manera de fantasmas negros, varios fortines incaicos. La fiebre infesta los terrenos bajos; y decido pasar la noche en *Marcahuasi*, altura de la derecha.[19] Desde esta eminencia, propia para un nido feudal, los indios de Titu Cusi y Túpaj Amaru salteaban a los viajeros en el siglo XVI. Formó una heredad en las faldas Pero López de Cazalla, el

[18] *Rimaj*, el que habla, se traduce metafóricamente aquí por oracular, vaticinador.

[19] Marcahuasi significa casa elevada o de varios pisos.

secretario de Gasca, y sacó de sus viñas canarias el primer vino que se bebió en la comarca del Cuzco. Entre esos parrales se hospedó, yendo para España, el cronista Garcilaso Inca de la Vega, cuyos relatos han recreado mi adolescencia y juventud. De allí, cuando el levantamiento de Girón, escaparon los principales Encomenderos del Cuzco, en compañía de la varonil mujer de Cazalla, Dª Francisca de Zúñiga.[20] Pertenece hoy Marcahuasi a mi caballeroso amigo D. David Samanez Ocampo, que acaudilló la revolución de 1910. En la mañana me hace visitar la gran acequia que labra, con la cual extenderá sus cañaverales y reparará los quebrantos causados por las tropas de Leguía. Después, por el camino que bordea precipicios, me acompaña a la Estrella, hacienda e ingenio azucarero de su pariente el Senador D. Abel Montes. Tiene la Estrella casa nueva y cómoda, buenas maquinarias y oficinas espaciosas. Muy atentamente acogido por el propietario y su familia, me detuve allí buena parte del día 4 de Junio y, a más de las dos, proseguí la bajada al Apurímac.

La cuesta es empinadísima, entre rocas y achaparradas malezas. A medida que avanzamos, se espesa el aire, aumenta el bochorno, y descubrimos lajas enhiestas, lisas como murallas, que se abren hendidas por un tajo soberbio. Diríase que descendemos a la cripta de un rey sobrehumano. Aún no oímos la corriente. De pronto, en una revuelta del camino, un fragor indecible nos asorda; y entre obscuros y desmesurados bastiones, graníticos y calcáreos, relumbra el Apurímac, a modo de una grande espada curva. A veces el clamor remeda el rugir de una fiera herida; otras, repercutiendo en las quiebras peñascosas, imita el redoblar de los tambores o el rodar incesante de innumerables máquinas de guerra. En este momento acuden a mi memoria versos de Manuel Adolfo García, que leí en mi niñez. Dicen:

.....las juguetonas
sirenas del Apurímac.

[20] *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro Nono, Cap. XXVI; Segunda Parte, Libro Séptimo, Cap. IV.

¡Cómo ignoraron y falsearon nuestros románticos la verdadera fisonomía del paisaje peruano! Este foso de piedra profundísimo, en el que hierve el caudal espumante de las aguas, a nadie puede ofrecerle imágenes de juego y de blandura: es un cuadro de salvaje belleza, de exaltación siniestra, suscitador de un sombrío frenesí. El númen de sus orillas era una cruel divinidad que inspiraba furor profético, y a la que erigieron los indios un templo célebre, en la ribera oriental. Profería el oráculo sus sentencias junto al estrépito del río, y de los destrenzados torrentes que platean los barrancos y despeñaderos. Su santuario, según Pedro Pizarro, estaba muy pintado, sin duda de bermellón y amarillo naranja como los otros principales del país. Cerca de él, añade Cieza, había un palacio habitado por los Incas cuando acudían en peregrinación a consultar al ídolo, como todavía lo hizo el último Manco. La efigie era un leño grueso y rudo, tinto en la sangre de los sacrificios, con cinturón y pechos femeniles de oro, vestido de ropas muy finas, y adornado con alfileres y cascabeles de oro y plata. A los lados del aposento, se alineaban otros ídolos menores con iguales aderezos. Era guardiana y profetisa una hermana de los postreros Incas, la Princesa Asarpay, cuando la ruina del Imperio. El Factor Núñez de Mercado, a quien cupieron en señorío las tierras de esta banda, quitó el sagrado simulacro; y desesperada entonces la sacerdotisa, loca de dolor ante el sacrilegio, tapándose la cara con las manos, se precipitó desde aquella espantosa altura para aplacar con su muerte la cólera del divino río. El horror del oráculo y la tragedia de su última sibila bárbara, parecen vagar aún en el ambiente. Los cerros descomunales muestran sus dorsos pelados y hostiles, como una manada de monstruos antediluvianos. Retorciéndose entre ellos, con fulgores y visos metálicos, el río es una gran serpiente escamosa, el fantástico *amaru*, el mítico dragón de los Incas, que se abalanza rugiendo en las montañas de los Antis.

Con mejor estro que el pobre Adolfo García, Olmedo al cantar la batalla de Ayacucho, librada en región próxima al Bajo Apurímac, ha celebrado en duraderos versos la rápida corriente y las bullentes

linfas del río sonoro, junto a cuya margen fragosa la Victoria esperaba con palmas a los guerreros de la Independencia. Epítetos exactos, pero que resultan muy pálidos ante la realidad.

Es tan raudo el ímpetu de las aguas, que produce vértigo. La escabrosidad de las riberas, increíble para quien no la haya visto, excepcional aun en país tan áspero y doblado como el nuestro, evoca un cataclismo ciclópeo, una marea de tempestad petrificada. No decora sus márgenes el clásico arbusto que sugieren los versos de Olmedo, el laurel de hojas inmarcesibles y amargas; pero en las estrechas listas que dejan libres el cascajo y la arena del cauce, luce el molle generoso e incorruptible, hermano del olivo, su follaje palpitante y de perpetua lozanía, y se levantan como candelabros de bronce las cardosas *queyllas* y *ahuacollays*, que para servir de nuevo símbolo a la gloria, poseen dos atributos adecuados: las espinas y el eterno verdor.

De curso arrebatadísimo, como todavía próximo a las cascadas de sus nacientes, el Apurímac es en este sitio impropio para la navegación. Sin campos en sus orillas, sumido en honda concavidad, entre formidables acantilados de piedra, es igualmente inútil para el riego. Ajeno a todo menester prosaico, tiene aquí sólo el desinteresado valor de un espectáculo, la esterilidad fecunda de los seres más nobles: incomparable excitante para la imaginación, aliento para el alma, exhortación de sublime vehemencia, visión significativa y magnífica, heroico entre sus almenas de rocas, destrozador de las moles ingentes, vencedor de las más duras breñas. Cantado por los poetas, cruzado por incas y libertadores, testigo de las guerras y disensiones de la Conquista, eje de toda nuestra historia, inviolado por la invasión chilena, es la gigante voz de la patria, el sacro río de los vaticinios, que naciendo entre riscos saturados de leyendas y recuerdos, corre impaciente a dilatarse en las llanuras amazónicas, entre las selvas vírgenes, que duermen pletóricas de futuras riquezas.

En el seno de la quebrada sofocan el calor y las nubes de mosquitos. No se ve del cielo más que una angosta franja de intenso azul. La corriente, velocísima y lodosa, arrastra ramas y pedruscos; se cris-

pa en unas partes con espumosos remolinos; presenta en otras, placas lívidas y aceradas; centellea más abajo como las mallas de una armadura. El puente nuevo, denominado de Tablachaca, que sucedió al antiguo colgante de mimbres (descrito por Markham, Squier y Castelnau), fué cortado en la revolución del anteaño. Se le ha reparado, sin más que extender nuevamente los maderos que lo forman. Al extremo opuesto, hay una gran peña a cuya sombra me siento. Me dicen que detrás de ella se apostaban los montoneros a defender el paso contra las fuerzas del Gobierno. Esta margen izquierda, aunque asperísima, lo es algo menos que la de enfrente. Sus tierras, según la Ordenanza de los Tambos de mediados del siglo XVI,[21] debieron de pertenecer a Illén Suárez de Carbajal, el apuñalado en Lima por el iracundo Virrey Núñez Vela, que después pagó esta muerte con la suya en Añaquito. Entre peñascos grises y verdosos y a grande elevación corre en las alturas al oriente el camino viejo de los Incas y de la Colonia. El pasaje del río se realizaba entonces efectivamente un poco abajo, hacia la Banca, La Sauceda y Mollepata. Por allí hizo el Príncipe de Esquilache un puente de piedra. Recias avenidas lo destruyeron en 1620, y lo reconstruyó el Marqués de Guadalcázar. Ese era el lugar que el Judío Anónimo describió por aquellos años tan concurrido y animado, con el comercio de los mercachifles y las cargas de Potosí, y en donde halló que el alcalde del pontazgo era un flamenco.[22] La inundación de 1819 barrió pueblos enteros, asoló la comarca y rompió el histórico puente; y desde entonces se trasladó el paso más al sur, al punto de Tablachaca[23] por donde lo he efectuado.

La subida es un molesto sendero. Serpentea en las laderas abruptas, sobre el abismo del río. Algunos torrentes profundos socavan las faldas calcáreas, revestidas de tunas y zarzales. A ambas manos se escalonan las sierras yermas, desmesuradas, amenazadoras, como un ejér-

[21] Publicada en la *Revista Histórica*, tomo III, trimestre IV.

[22] *Descripción Anónima del Perú y Lima en el siglo XVII*, por un judío portugués, existente en la Biblioteca Nacional de París, y que en extracto presenté al Congreso Hispanoamericano de Sevilla de 1914.

[23] Voz mestiza, *puente de tablas*.

cito de titanes que pretendiera escalar los cielos y extinguir la luz del sol. Al cabo, reaparecen los cañaverales con sus alegres oros y las begonias de flor escarlata. Duermo en la hacienda de Jesús María; y muy temprano, a la madrugada siguiente, subo al pueblo de Curahuasi.

El camino va entre cañas y maizales. Los tonos rosados de la mañana se filtran en las tunas y en el ramaje de los pacaes, y suavizan las crestas deformes de los cerros. Detrás de la cordillera oriental y sus nevados chispeantes, se extiende como una gasa áurea. El paisaje, fresco y cristalino, es de égloga. Hemos abandonado las zonas malsanas, de miasmas cálidos, en que reinan el paludismo y el coto; y nos hallamos en una de las más sanas y apacibles. Parece una costa de florida quietud, tras el piélago convulso de precipicios y montañas que acabamos de atravesar.

El pueblecito de Curahuasi es muy pobre; sus habitaciones son estrechas y míseras, en el lodo de sus callejuelas vagan libres los animales domésticos; pero hay en él y sus alrededores tal sello de tranquilidad agreste que su imagen se graba entre las preferidas del viaje, como un nido acogedor, de amenidad y reposo, suspenso en la luz matinal sobre la región más atormentada y agria. Muy parecido debe de ser aquel próximo asiento de Huaynarímac (*el oráculo joven*), situado tres leguas abajo, en que el Licenciado Gasca, después del estruendo de la guerra y el horror de los suplicios, se retiró, lejos de la insoportable importunidad de los pretendientes, a repartir de nuevo el Perú entre los capitanes y soldados leales. Ciertamente que toda esta comarca es la más apropiada para el sosiego apacible tras el tumulto de la acción tempestuosa. Entre las tapias desportilladas de Curahuasi, asoman los ciruelos, manzanos y perales. Hay numerosos cercos de tunas, y grupos de acacias, cedros y capulíes. En el claro esmalte del aire se recortan los aleros, sobre los que nacen espigas flexibles, como si quisieran justificar la etimología corriente del pueblo (Corajhuasi, *casa de hierbas*). Sus recuerdos históricos son igualmente amables. En su benigno escenario la clemencia del Inca triunfador, perdonó al

joven cacique huanca Túpaj Huasco; y, dándole en matrimonio una *ñusta*, infanta imperial, le concedió en signo de concordia y alianza el señorío hereditario del lugar, y entre otras preeminencias, el uso del trono de oro o *tiana* (Cieza). Por esto Jiménez de la Espada[24] deriva el nombre Curahuasi de Cúraj y huasi (*mansión del primogénito*), a causa de haberse otorgado como heredamiento al hijo del sometido jefe chanca y de la princesa cuzqueña. Aquí también, el mestizo Almagro el Mozo, vengador de su padre, se halagó con las falsas nuevas de perdón real y grandes mercedes que el clérigo Márquez le trajo y le aseguró sobre la hostia consagrada; y el alma inquieta del mancebo rebelde, antes de decidir la fatídica campaña de Chupas, se entreabrió un instante a falaces soplos de conciliación y paz. Bien cercana queda la aldea o estancia a la cual llaman los indios, en su pintoresca lengua, Asilli, que quiere decir *riente, bañada de alegría.*

El olvidado título español de Curahuasi es Santa Catalina. Es tierra de temple muy saludable y de cielo purísimo. Su campiña, bien cultivada aunque escasa de agua, abarca legua y media de ancho. Cuenca fértil, ánfora risueña en las laderas del tajo espantable del Apurímac, despierta involuntariamente el símil de una de aquellas *urpis*, palomas serranas que tánto nombran y celebran los yaravíes, posada sobre el alto peñón de un arroyo, o de una fresca guirnalda colgada en un muro de granito. Su hechizo indefinible viene de la contraposición de su mansedumbre y la augusta fiereza de las cercanías. Junto al río estrepitoso, de exaltaciones heroicas, es el puerto de sedación y refrigerio. La gracia suave al lado de la extrema violencia arrebatadora, la ternura alternando con la desolada majestad, y el idilio elegante con la más patética tragedia, ¿no son acaso las notas características de la naturaleza, de la música y de la historia de nuestro país?

---

[24] *Relaciones geográficas de Indias*, tomo II, Madrid, 1885. Curahuasi, en los primeros años de la Conquista, perteneció a Miguel de Estete, el que relató la primera expedición de Hernando Pizarro a Pachacámac, y en la sorpresa de Cajamarca le arrancó la *mascapaycha* a Atahualpa. (Idem, tomo I).

IV

LAS PIEDRAS LABRADAS DE CONCACHA

AL oeste de Curahuasi, en collados y cañadas de lentas curvas, suben largas praderas de pastos naturales. Tardías lluvias de Mayo los han reverdecido y mullido; y en su lozana alfombra apenas se imprime todavía, con levísimo toque, la huella dorada de la sequedad invernal. Los pueblan ovejas y cabras, guardadas por indiecitos de corta edad. La senda, como una cinta blanquecina, se tiende entre la verdura de las gramas y los ichos. Dos veces nos topamos con partidas de esbeltos llamas, también a cargo de muchachitos de ocho a diez años y ya con ponchos y grandes sombreros de paja. Hay profunda consonancia entre la huraña dulzura de los animales indígenas y la asustadiza ingenuidad de los *llamamíchic* niños. Del horizonte se elevan delgadas columnas de humo, efectos de alguna quemazón rústica. Gime a lo lejos una quena pastoril. En derredor de la puna, como intercolumnios gigantescos, aparecen los calvos picos de las cordilleras, cuyos nevados y nubes en la serenidad azul semejan las marejadas espumosas que ciñen los arrecifes y peñascos de un mar diáfano. Se acerca el mediodía, nunca fatigoso en la frescura de estas altiplanicies; hora de belleza extraña, la plenitud de la luz en la frialdad del aire.

Llego a la frágil casa de una hacienda de pastos. En su ramada pajiza almuerzo los platos más comunes de la sierra: chupe de papas blancas, charqui, pan de mote y leche recién ordeñada. Al continuar mi marcha, tuerzo algo a la izquierda y tomo un pajonal, cercado de lomas y muy abundante en manantiales y vertederos. Uno de ellos, lumbroso a la verdad, lleva el lírico nombre de Punchaypuquio, *la fuente del día.* Por terrenos de la estancia de Sayvite, me dirijo a las ruinas de Concacha.

Ocupan éstas el poniente de un prado muy verde, blando y jugoso por las ciénagas que lo alimentan. Entre malezas y arboledas de alisos hay dos monolitos labrados. El primero es una de aquellas peñas talladas en asientos y escalerillas, que el vulgo denomina tronos del Inca o *Incamisanas*, (altares en que imaginan que el Inca oficiaba). Por sus cavidades y conductos secretos, debe de haber sido una ara sacrificatoria, destinada probablemente a inmolaciones humanas. La otra piedra es mucho más rara y curiosa. Es una roca redondeada, con huequecillos en los bordes de sus lisas superficies laterales, y cuya mesa o cara superior está toda ella esculpida en profusos altorrelieves, que representan serpientes, monos, lagunas y ríos. Las figuras se hallan muy maltratadas, muchas descabezadas y rotas, intencionalmente al parecer. Recuerdan con bastante exactitud las toscas esculturas de animales en las iglesias de la primitiva Edad Media europea. No presenta su agrupación la simetría escrupulosa de casi todo el arte incaico. La porción eminente de la peña no está en el centro, sino arrimada a uno de los lados. Simboliza un lago, del cual descienden canalillos que simulan ríos y cataratas. Esta distribución de cursos de agua y montañas que bajan de un elevado mar interior, situado hacia el oriente de la esferoide irregular, no puede ser sino la imágen del mundo (Tahuantinsuyu) como lo hubieron de concebir los antiguos peruanos: en forma oval imperfecta, cuya excéntrica cima, origen de los ríos, la constituían el Titicaca y la circundante llanura del Collao. La interpretación más verosímil de este monolito es, en consecuencia, la de una *pachamama*, ídolo representativo del

Universo, de la Tierra Madre.[25] Su importancia para el estudio de la civilización indígena es considerable en lo religioso y artístico, y apenas inferior a los vestigios de Tiahuanaco y Chavín de Huántar. Los naturales del Perú, aunque no soportan cotejo con los Mayas de Centro América y Yucatán, que han dejado tan magníficos relieves, no carecieron de dotes escultóricas como pretenden algunos. Ni podían faltar en pueblo que llevó a florecimiento tan extraordinario las artes análogas de la cerámica y los dibujos en tejidos. Buena prueba de sus aptitudes para el moledado, nos da la lujosa ornamentación de animales fantásticos en los muros de Chanchán. Numerosas eran las estatuas, ya de dioses, ya de soberanos, príncipes y señores ilustres (llamadas éstas *huauquis*); las planchas de oro y plata repujadas en forma de aves, *amarus* y cabezas de pumas, con que revestían las paredes de los santuarios y aposentos reales; y las grandes labores de orfebrería que por su tamaño venían a componer grupos escultóricos, como los espléndidos jardines de oro y pedrería fina con figuras de rebaños y zagales de lo mismo, en el Coricancha y varios templos y palacios. Pero cinceladas o vaciadas casi todas estas piezas en metales preciosos, fueron cuando la Conquista fundidas en barras para los españoles u ocultadas por los indios. En piedra esculpieron menos, por falta de instrumentos idóneos; y por lo general se redujeron a labrar en ella algunas sierpes y otras temas de fauna mítica en las cornisas y portadas, como se ve en el Cuzco y Vilcas, y más a menudo artefactos, vasos (*queros*), idolillos antropomorfos y breves *conopas* que retratan llamas y choclos (o sean mazorcas de maíz). A veces incrustaron delicadamente pedrezuelas de diversos colores, como en la minúscula e interesantísima imágen del Inca Yáhuar Huácjaj de la colección Caparó Muñiz, tan animada y expresiva. De crecidos bultos trabajados en piedra, la historia rememora la célebre efigie del dios Huiracocha en Cacha, derribada en los primeros años de la Conquista; bas-

[25] Vid. sobre estos relieves geográficos Garcilaso, *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro II, Cap. XXVI.

tantes otras quebraron o deshicieron, especialmente en el siglo XVII, los visitadores para la extirpación de idolatrías; y casi no se conservan hoy sino los misteriosos y antiquísimos gigantes de Tiahuanaco, los dibujos de Chavín y algunas cabezas humanas en las serranías del Norte, y este altorrelieve de Concacha. De aquí su imponderable valor y la lástima que infunde su deterioro.[26]

Wiener, siguiendo a Angrand, supone que la piedra esculpida servía de fuente o surtidor. No la he examinado con el detenimiento necesario para permitirme opinión sobre tal hipótesis. En lo que nadie puede disentir es en considerarla objeto sagrado y símbolo del Universo. A corta distancia de ella y del altar de sacrificios, hacia el levante, se hallan restos de cimientos y paredones, entre los que hay una cascada muy pequeña, que parece artificial. ¿Pertenecerían a un templo? ¿Sería la habitación de los ministros destinados al culto de la Pachamama, o, como quieren Angrand y Desjardins, la residencia campestre de algún inca o *sinchi* poderoso, ornada de juegos de aguas y de esculturas grotescas como una villa clásica? Todo es posible; porque al lado de los santuarios levantaban casi siempre palacios y hospederías; y las casas de los soberanos y curacas albergaban con frecuencia o tenían en sus inmediaciones adoratorios y huacas tales como piedras y fuentes divinizadas.

---

[26] Es probable que el deliberado destrozo de la presunta *pachamama* de Concacha haya sido obra de los misioneros coloniales; pero expuesta por siglos a los ultrajes de estúpidos caminantes y pastores, que por diversión la han apedreado sin duda, y a la intemperie de este páramo, tan azotado por rayos y granizo en la estación tempestuosa, se halla a punto de borrarse y obliterarse del todo. Mediando buena voluntad ¿no podría la Junta Departamental o el Gobierno cobijarla con techo debidamente defendido y pagar un guardián, para evitar la total pérdida de una de las más notables reliquias arqueológicas del Perú? No sería por cierto muy costoso; y nos ahorraría la vergüenza de nuevas destrucciones contemporáneas, de que con razón acusan a los habitantes y transeuntes los escritores extranjeros. Más aún que por escasez de recursos, las antigüedades peruanas se estropean y perecen por la desidia y la ignorancia.

Hay que reconocer en los Incas la instintiva pero profunda comprensión del paisaje para sus moradas de campo. A más de Yucay, tan justamente afamado, recuerdo ahora Tambomachay en una lomada al este del Cuzco y camino de Calca; palacete vuelto de espaldas a la capital y la ciudadela, como personificando el desengaño cortesano; escondido entre rocas musgosas, tallado en una ladera verde junto a un limpio arroyo y puquios sagrados, indemnes de sangre humana, en la quieta concha de la encañada florecida por los *yantues* (flores del Inca) y los amancaes; lecho de paz y de olvido maravillosamente propio para su huésped Amaru Yupanqui, el conquistador de Chile, derrotado luego por los Araucanos y los Mojos, y destronado por los suyos en provecho de su hermano Túpaj Yupanqui.[27] En la pastoricia tranquilidad de ese rincón, el blando monarca desposeído, "el que sólo se aplicaba a los edificios y las chácaras" (Relación de Juan Santa Cruz Pachacuti), debió de consolarse con los goces del recogimiento más apacible. El Baño de la Ñusta, en la estrecha y sinuosa quebrada próxima a San Sebastián, a la orilla de un ágil torrente que destella entre juncos, tiene la encantadora esquivez virginal evocada por su nombre. Y este suave prado de Concacha, plantado de arbustos, vivificado por manantiales, erguido sobre los cerros entre las honduras del Apurímac y Abancay como una ara egregia, rodeado por las cimas arremolinadas de las cordilleras como una isla de reposo en medio de amargo y revuelto océano, fué digno en verdad de enamorar a un Inca o a un sacerdote de la soñadora raza quechua. Para templo o palacio, retiro de adivinos y *amautas*, o recreo de príncipes, el sitio estuvo escogido con acierto singular.

Por el abra de Sojllacasa bajé a la llanura de Abancay. El descenso es pendiente, y se retuerce entre montes de espeso arbolado. Hay hermosísimos cedros gigantescos. En sus frondosidades, toros altos, recios y fornidos, que contrastan con el ganado raquítico que he visto

[27] Véanse, *Historia del Nuevo Mundo* por el Padre Bernabé Cobo, Libro XIII, Cap. XIV; y mi libro *La Historia en el Perú*, págs. 139 y 140.

hasta aquí, pacen y retozan; y el sol declinante ilumina entre las ramas sus testuces con una aureola encendida. Abajo el valle, festoneado de vegetación boscosa, es como una gran copa orlada de una guirnalda obscura. En el fondo, el verde claro de los cañaverales anticipa en la imaginación el abrigado ambiente de sus campos y el dulzor regalado de sus mieles. Y por todo el contorno, formando un circo titánico, los Andes soberbios, coronados de blancos cirros y armiñados de nieve, se encumbran imponiendo su religiosa majestad en la solemne armonía azul y oro de la tarde.

V

DE ABANCAY A ANDAHUAYLAS

LA ciudad de Abancay se halla en una feracísima vega sembrada de cañas de azúcar, moreras y frutas tropicales. El cielo es de admirable transparencia, y el clima medianamente cálido, ahora de suave tibieza, muy acomodado para los costeños. Por efecto de él, sus pobladores descuidan menos el aseo personal que los de las alturas, tan completamente olvidados de la antigua predilección de los Incas por los baños. En todo se nota desde luego el cambio de zonas. La pronunciación de la *cc* áspera de los idiomas autóctonos, que en La Paz, Puno y el Cuzco estalla desgarrando la garganta, aquí se dulcifica, acercándose mucho a la *j* española o a la *c* aspirada de Florencia. Los blancos y mestizos del Cuzco, por curiosísima excepción entre los hispanoamericanos, conservan en unas pocas palabras castellanas el sonido de la *c* y la *z*, por ejemplo en *doce*, *diecisiete*, que se distingue y resalta, oponiéndose a la *s* silbante serrana, tan bien como en el propio riñón de Castilla. En Abancay he advertido mucho menos esta interesante supervivencia fonética.

El indumento y la fisonomía principian de igual modo a variar. Disminuyen y hasta escasean los indios de montera y calzón corto, substituídos casi del todo por los de pantalones o *huaras* largas, y criollos sombreros de paja o lana. Ya no se ven aquellas abultadas facciones

y aquellos cuerpos macizos y cuadrados que predominan en Bolivia y Puno, y todavía aparecen en plena región cuzqueña. Los indígenas del Cuzco, aunque menos deformes que los collas o *aimaras*, son aún de aspecto muy sombrío y tosco, salvo en la adolescencia. Pero en el Departamento de Apurímac, foco de la raza quechua pura, el tipo se afina considerablemente; la expresión, siempre triste, es más dulce y despierta, a veces casi ingeniosa; y hay mujeres jóvenes de rostros ovalados, de gracia melancólica y de mirar sumiso que recuerda la ternura inefable que hay en los ojos de las vicuñas. De Abancay fué la hermosa Micaela Bastidas, que casó con el que mereció llamarse postrer Inca, José Gabriel Condorcanqui, curaca de Tungasuca (el segundo Túpaj Amaru, descendiente del primero); ejecutada con su marido, su hijo y su hermano en la plaza del Cuzco el año de 1781. Tenía esta última Coya el cuello tan delicado y esbelto, que el torno del garrote no la pudo ahogar, como a sus anteriores parientes, "y fué menester, dice un documento contemporáneo, que los verdugos le echaran lazos, y tirando de una y otra parte, y pisoteándole los pechos, la acabasen de matar".[28]

Fuera del atroz martirio de su hija más ilustre, no sugiere Abancay reminiscencias históricas. Su relativa importancia es moderna, de la época republicana. Sólo en 1873 fué promovida a capital de Departamento, no sin desagrado y protestas de su rival Andahuaylas. El viejo cronista Cieza de León refiere que en su comarca hubo depósitos y aposentos incaicos, pero de poco renombre y entidad. La etimología corriente de Abancay viene de la flor *amancae blanco* o *yúraj ámancay*, azucena o lirio peruano, que esmalta sus inmediaciones. Es tierra de temblores violentos. En el siglo XVI la arruinó una erupción volcánica, y en 1747 un furioso huracán precedido de varios terremotos. Tuvo la ciudad un convento de Santo Domingo, hoy supreso. La pobre Iglesia Matriz, junto al río, se levanta en una pla-

[28] Transcrito de Odriozola, *Documentos históricos del Perú*, tomo I, pág. 162.

zuela espaciosa, recientemente arreglada como jardín o parquecillo, adorno y progreso preciadísimo de estas poblaciones del interior, pero que aquí no desentona ni perturba evocaciones leyendarias como en el Cuzco. El mejor edificio es el Colegio Nacional, capaz y sólido, que data del último tercio del siglo XIX. Las casas particulares, de leve construcción, con barandas de madera, contienen en su mayoría agradables huertas de plátanos, piñas, paltos, limoneros y naranjas. Hasta la entrada de Abancay llegan los cañaverales, que constituyen la fortuna y la fama del valle. De un grupo de árboles emerge el caserío de la hacienda de Patibamba. Todos los alrededores son hazas o suertes de caña dulce, sombreadas a menudo por saucerías y moraledas. A alguna distancia, al oriente, blanquea una capillita de tejas vivas, campanario bajo y esquila humilde. Los cuarteles de caña, con su verde tierno y dorado, que contrasta con el tono profundo de los alfalfares y los toques de la arboleda rala, ofrecen una linda vista; pero no puedo contemplarlos en la Sierra sin afligirme y desconsolarme: más que azúcar, de ellos se saca el *huarapo* o el cañazo, alcohol fuertísimo, que envenena a los indios, acaba de embrutecerlos y degradarlos, y produce así la degeneración de su raza y la consiguiente decadencia del Perú. El día en que se exterminara ese cultivo maldito, sería el primero de esperanza nacional para la efectiva resurrección del país.

Como es fiesta de Corpus, recorren las calles de Abancay pandillas de indígenas ebrios, con disfraces y máscaras. Delante de la Cárcel, cuyos altos creo que ocupa el Concejo Municipal, yacía una mendiga, testimonio infeliz del desvalimiento indio. Tendida en el suelo a lo largo, paralítica o entumecida por la fiebre, envuelta en una sucia bayeta, deliraba y se quejaba en sonidos inarticulados; y nadie en toda la mañana pareció prestarle atención. Luego la población se animó con desfile y músicas militares: eran las dos compañías de la guarnición, que publicaban el bando de convocatoria a las sesiones ordinarias de Congreso. Me acuerdo que lo oí desde las ventanas de la modesta Junta Departamental; y que a mis amigos abancaínos y

a mí nos tranquilizó respecto de los tan difundidos rumores de golpe de estado. La agitación política era considerable en la provincia; frescas estaban las memorias de la última revolución; y en las plazas y esquinas, me mostraban los lugares del combate en el fracasado asalto. Las divergencias de opinión se agriaban con los padecimientos de la última lucha y las rivalidades locales; pero, con todo, el ambiente me pareció mucho menos tempestuoso que en el Cuzco, en donde a fines de Mayo era sofocante e intolerable de pasiones y violencias prontas a estallar. Si al cabo se ataja la desorganización del Perú, y cesa la dolorosa necesidad de recurrir a la protesta armada; si se logra establecer entre gobernados y gobernantes el concepto de la indispensable disciplina nacional, y el predominio absoluto de los fines externos y supremos, ¡qué magnífica aplicación podría darse a todas estas energías que hoy se malgastan y derrochan en contiendas intestinas y obscuras, y en mediocres inquietudes eleccionarias!

El tropel contradictorio de noticias que traen los diarios limeños y las reflexiones que provocan, se disipan en la calma vespertina. A la sombra de los Andes eternos, que miraron pasar Incas y Conquistadores, diríase un desacato el mezquino rumor de la actualidad menguada. Las nobles formas de las montañas patrias ahuyentan las imágenes ruines. Y para el alma del Perú, que duerme en las sublimes moles, aguardando la hora del destino ¿qué significado ha de tener la presente vida política, pobre entremés, largo e insípido intervalo entre dos dramas, farsa sin ideal, sin empuje y sin mañana?

Una onda apaciguadora baja del cielo sereno. Hay una austeridad tranquila y dulce. La gama del atardecer es bellísima: rosa, violeta, perla y ámbar pálido. El nevado Ampay, que en la luz diurna reverberaba como un diamante inmenso, se tiñe de carmín; y los cerros próximos, hacia el sur, visten sus faldas escarpadas del color de la amatista. En la nitidez del firmamento, los luceros, visibles desde las primeras horas de la tarde, se van multiplicando y avivando; y asombra en la noche su fosforecencia. Fulgura Venus, en que estos Quechuas, tan poéticos, vieron a un príncipe resplandeciente (*Au-*

qui Illaj), paje del Sol, de crespa cabellera (*Chhasya*). Entre dos golfos de claro azul, se desenvuelve el collar esplendoroso de la Vía Láctea, en cuyas manchas blancas y negras creyeron percibir la listada guedeja de un llama, que amamanta a sus hijuelos, o un río de luz, origen de todas las aguas terrenas.[29] En el extremo, como un joyel, pende la Cruz del Sur, que denominaron Chacana o *escalera celeste*.

Los peruanos incaicos no avanzaron mucho, es cierto, en Astronomía Teórica; pero soñaron largamente en los astros y sus influencias, a fuer de pueblo de pastores y habitador de alturas en que brilla tan vívida la luz estelar. Tuvieron a los cuerpos siderales por sus mayores dioses; pronosticaron por sus eclipses y signos; tomaron como imperial divisa el Arco Iris; dieron a sus Ñustas y princesas el nombre de las estrellas (*Cjoyllur*); a la constelación de las Siete Cabrillas (*Oncoy* o *Cjollcacjoyllur*) le encomendaron el cuidado de los trojes y graneros; pusieron bajo el patrocinio de la Lira (*Urcuchillay*) la guarda y multiplicación de los ganados; llegaron a veces a extrañas analogías con las fábulas clásicas, como en la predilección de la Luna por los bulliciosos *allcos* (perros); y con instinto casi platónico imaginaron que todos los seres poseían madres y modelos en la región de las esferas. ¡Singular raza, hoy tan envilecida; y que, entregada a su propio impulso, en la solitaria penumbra de su antigua barbarie, alcanzó a columbrar tántas exquisiteces!

En la mañana del 7 de Junio salí de Abancay. La niebla en la madrugada había cubierto el valle; y al alborear, la desgarró el sol en girones que aun colgaban desde las cimas hasta las medias laderas. Bajé por muy amenos campos a las haciendas de Letona; y me detuve breves minutos en una de ellas, Illanya. En el patio, las cañas cortadas, de pálido rubio, formaban un pavimento brillante.

De allí a poco, prosiguiendo el declive, aparece el río Pachachaca, en hondo cauce pedregoso, como un estrecho cíngulo cerúleo, en-

[29] Garcilaso, *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro II, Cap. XXIII. Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Libro XIII, Cap. VII.

tre cerros cercados por matorrales y peñascos. Incomparablemente menor en concavidad y raudal que el Apurímac, parece llano y apacible en comparación con éste. No debe serlo tanto, sin embargo, en otros lugares y en época de avenidas, para merecer su nombre que, más que *puente de tierra*, como sería su versión literal, quiere decir *puente profundo* o *enterrado*. Cuando la Conquista, y mucho después, los Españoles lo denominaron Río de Abancay (sin diferenciarlo del crecido torrente, su tributario, que atraviesa esta ciudad); y en las márgenes de su curso alto se dieron los dos combates en que fué batido el Mariscal Alonso de Alvarado, la primera vez en 1537 por Almagro el Viejo, y la segunda en 1554 por el pintoresco Francisco Hernández, a quien los cronistas apellidan por antonomasia *el tirano*, demagogo y supersticioso, siempre rodeado de agoreros, adivinas y saludadoras moriscas. Nuestro buen Pedro Peralta cantó por ello en su *Lima Fundada:*

El Amancay le brotará sangriento
Traidoras palmas.....[30]

El puente en que lo paso es colonial, de un solo arco de cal y piedra, construído en 1654 por orden del Virrey Conde de Salvatierra (el mismo que colocó la pila de bronce en la Plaza de Lima), para reemplazar el que mandó hacer el primer Marqués de Cañete. Muy cerca se ven los estribos de la antigua *chaca* colgante de mimbres, vestigio al parecer de la época incaica.

En el puente se despiden nuestros amigos y acompañantes de Abancay; y se organiza con formalidad nuestra caravana. Van por delante los indios arrieros y las mulas del equipaje, precedidas por la yegua madrina, que las guía, engalanada de un rapacejo de lana, y muy altiva y briosa con su cargo director. Enseguida, el oficial y los gendarmes que ha puesto a nuestra disposición el anciano Prefecto, Coronel José del Carmen González. Voy luego con mi amigo D. Ma-

[30] Canto V. Octava XXIII.

nuel Montero y Tirado, mi excelente compañero en toda esta larga travesía andina; y detrás nuestros criados cierran la marcha. La subida de esta ribera tiene como dos leguas, por fácil y razonable camino, entre cañaverales, huarangos, patis, sauces, áloes elevadísimos y sonoros sembrados de crecido maíz. El calor es fuerte, y sólo por instantes lo modera la brisa que sopla de las abras. Entre los verdes zigzagueos de la vereda pendiente, flotan las argelinas blancas de nuestra diminuta escolta. Para descansar del bochorno del mediodía, nos apeamos en el seno que forma la hacienda de Auquibamba, la cual castizamente traducida significa *llano del Príncipe, la vega* o *nava del Infante.* Tiene Auquibamba arboledas de naranjos, cedros, paltos y cafetales; y en su huerta florecen las rosas y los geranios. Centellean en el horizonte los picos de nieve.[31] Cerca están las haciendas de Carhuacahua, también de azúcar, y Mozobamba, que debe de ser la tierra erigida en mayorazgo y título de marquesado a principios del siglo XVIII para la antigua familia López del Pozo de Huamanga.[32] Ya las cañas son bajas y raquíticas, muy inferiores a las del valle de Abancay, que compiten con las de la Costa. Más arriba, cesa la vegetación de tierra caliente; a los nogales y los cedros suceden los alisos y eucaliptos; y en algunas encañadas hay chácaras de medianos maizales, en granazón y en cosecha, cercadas por pircas de menuda piedra.

Llegamos al puerto o apacheta de Cochacasa, que equivale en castellano a *abra del lago* o *laguna fría* (3,240 metros sobre el nivel del mar). Efectivamente, como a media legua del camino, aparece una corta laguna. Entre las rocas grises de la altura y bajo la pureza gla-

---

[31] Según el Contralmirante Melitón Carbajal (*Boletín de la Sociedad Geográfica*, tomo II), Auquibamba está no más que a 2,229 metros de altura sobre el mar, lo que explica su sofocante calor, que casi se equipara con el de Tablachaca en el río Apurímac.

[32] Quizá no sea esta la histórica posesión de los Pozos y Donesteves, ensangrentada con las riñas y el fratricidio de sus bastardos, sino la del mismo nombre de Mozobamba que se halla más arriba de Andahuaylas, entre Ocobamba y Ongoy, vecina a las fincas que fueron de los Marqueses de Feria.

cial del firmamento, luce extrañamente inmóvil, como un záfiro incrustado en una placa de acero. A sus orillas, parece haber restos de una huaca o sepultura de gentiles.[33] En esta eminencia corre un viento helado y recio, que sobre el azul sombrío de la tarde, mueve las nubes por las cumbres como una procesión de blancos pendones. El ocaso las colora pronto con todos los ricos tintes del cuello de las torcaces. Las amarillentas gramíneas de la puna aroman con la campesina fragancia del pasto seco. Pasada el abra de Cochacasa, nos obscureció muy en breve; y por el camino que ondula entre cerros (cuesta de Runipalla), con una quebrada honda a la derecha (Piahuasi), entramos, ya bien de noche, en el pueblo de Huancarama, rodeado de huertas.

Fué nombrada Huancarama en el período de la Colonia, porque en ella se hacían las *ojotas*, alpargatas indígenas, para casi todo el Perú. Esta industria (así como la de obrajes de paños y tapices en las regiones del Cuzco, Ayacucho y Cotahuasi), se arruinó con la substitución de la vía marítima a la terrestre en la edad republicana. Según Raimondi y otros, Huancarama está a 3,400 metros de altura. Su nombre viene de *huáncar* (tambor).[34] Situada entre Abancay y Curampa, a Huancarama debe referirse el siguiente pasaje de Pedro Pizarro, evocador de la desolación y los tesoros metálicos de la Conquista. Corresponde al primer viaje de D. Francisco Pizarro al Cuzco: "Bajando de Curamba, en un llano donde estaba un pueblo de *mamaconas* (mujeres del Sol o del Inca), desierto por haberse huído

---

[33] Inmediato a este paraje existió un gran depósito o almacén imperial, construído por Inca Rocja (*El Príncipe Prudente*). Garcilaso, *Comentarios Reales*. Primera Parte, Libro IV, Cap. XV.

El distrito de Cochacasa fué señorío del griego Pedro de Candia, uno de los Trece de la isla del Gallo.

[34] A principios del siglo XVII fué cura de esta doctrina el poeta criollo Pedro Espinosa de los Monteros, verdadero autor de *El Aprendiz de Rico*, obra festiva atribuída hasta hace poco al homónimo escritor indio Juan Espinosa Medrano, el cuzqueño *Lunarejo*.

toda la gente dél, delante de las casas el Marqués paró a comer, y a mí me mandó entrase en aquellas casas, a ver si había algo de comer. Andando yo buscando maíz u otras cosas, acaso entré en un buhío donde hallé tablones de plata, largos de veinte piés, de ancho uno y de gordor tres dedos. El Marqués y todos los que con él estaban, entraron a vello. Dixeron indios que lo llevaban a Truxillo, para hacer allí una casa para su ídolo, que se llamaba Chimo".

El 8 en la mañana, por alturas descampadas (cuesta de Huasioto), y pasando junto a la finca de Huambo, fuí a visitar las inmediatas ruinas de Curampa.[35] Estos lugares antes de los Incas fueron materia de continuas luchas entre los Quechuas y los Chancas invasores de Andahuaylas. Contra ellos sin duda levantaron los Quechuas las fortificaciones, orientadas hacia el norte, cuyos vestigios aun se reconocen. Están en un crucero, a menos de cien pasos del camino, que corre por el mismo plano, dominando los cultivos de la quebrada que sigue a la derecha y se llama Callaspuquio. Cuenta Garcilaso que Inca Rocja redujo la fortaleza con facilidad, por no tener entonces la provincia muchos pobladores (*Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro IV, Cap. XV); y Sarmiento de Gamboa dice que Túpaj Yupanqui la hubo de recobrar por asalto contra los naturales sublevados, al comenzar la gran expedición a Chachapoyas y los Cañaris (*Historia del Imperio de los Incas*, Cap. 44). Cuando las guerras civiles castellanas, aquí se unieron Gaspar de Sotelo y Hernán Bravo de Lagunas, Encomenderos de la comarca, a los otros vecinos feudatarios que venían huyendo a Lima del alzamiento del Cuzco.[36]

Lo más notable en las ruinas de Curampa es el monumento cuadrangulado, con escalones y terraplenes, que debió de ser altar de sacrificios. Debajo hay como una celda o cueva. La disposición se asemeja a un teocalli mejicano. Se yergue la pirámide a mano dere-

[35] Muy cerca está la Cruz de San Gabriel, sobre la peña en que cuentan los indios que se arrodilló el Arcángel.

[36] Garcilaso, *Comentarios Reales*, Segunda Parte, Libro VII, Cap. IV.

cha de la senda, en una plazoleta o llano pequeño que, como la azotea de un mirador, descubre buena parte de la campiña y el arroyo afluente al Pachachaca. Tapizan esta apacheta cardos, geranios, gramas secas y algunos marchitos amancaes. En los cerros de la izquierda hay huecos que servían de tumbas y enterramientos, y de los que han sacado muchas momias. Próxima se ve la ermita moderna; y siguiendo el camino, hay cercos de piedra o sean *pircas* incaicas. No falta quien sostenga que eran oficinas para el laboreo de vetas pobres, trabajadas antes de la Conquista.

Ladeando las verdes alturas, continúo mi jornada hacia el noroeste. A veces creo ver restos del camino del Inca. Las sierras dentelladas presentan cálidos tonos bermejos y violáceos (roca sienítica, leo en Raimondi). Luego, por una empinadísima cuesta, bajo a la hacienda azucarera de Pincos, propiedad del senador Trelles, donde me detengo dos días.

La quebrada de Pincos se menciona en todos los antiguos itinerarios del Perú, porque en ella hubo un tambo muy concurrido y pasajero, obligada pascana de la carrera entre Lima y Cuzco. En el siglo XVIII sus tierras pertenecían a los Tamayo de Mendoza, Ríos y Salazar, Marqueses de Villahermosa de San José. Aunque el comercio sea ahora pobrísimo, y muy escaso el trajín en comparación con el de la época de auge del Virreinato, cuando era éste el principal camino para el asiento de Potosí, todavía trepan y descienden a diario sus laderas y atraviesan la estrecha banda de sus cañaverales, bastantes recuas de mulas y asnos; y muchos llamas cargados se balancean a la distancia, con leve y menudo andar. Los duros cerros de las cercanías, desnudos o nevados, se suavizan en la luz radiante; y brillan graves y gozosos, con la dulce sonrisa de un anciano. En la tarde, se ensangrienta la crestería de las cumbres moradas. Parecen un mágico telón de fondo; y cuando ya el valle angosto reposa entenebrecido, vibra aún en las cúspides violentas la pincelada roja del crepúsculo.

Detrás del caserío de Pincos se extiende un gran huayco casi enjuto, llamado Ancaypagua, atestado de cantos y rocas, y abierto sin

duda por un tremendo alud. Entre los carrizales y malezas del monte que lo guarnece, se emboscan gruesos peñascos, arrastrados hasta allí por aquella espantosa inundación, y que semejan en la espesura un tropel de fieras en acecho. Las peñolerías y salientes de los cerros occidentales (siempre rocas sieníticas), presentan las mismas huellas del inmemorial derrumbe; y las hondas grietas de las torrentadas y barrancos ponen sombras casi negruzcas en el ópalo de las faldas asoleadas. En este sitio, como por desgracia en la mayor parte de la Sierra, la pésima distribución de las aguas ha devastado el país; y se ve de manifiesto cómo despoja las laderas de tierra vegetal, arrastra las materias deleznables, y va dejando sólo la impermeable osatura de basalto, calcáreo y granito.

Pincos se cita en la historia prehispana como teatro de un combate de los ejércitos de Atahualpa, mandados por Quizquiz, Challcuchima y Rumiñahui, con los de Huáscar, cuyo general era su hermano Huanca Auqui (*el Príncipe de los Huancas*).[37] El paisaje, de catástrofe geológica, se aviene bien con el recuerdo de la cruel guerra fratricida, precursora del desplome del Imperio.

Subí a la puna por el puerto y la cruz de Cunihuillca, que es la vía de Argama y Andahuaylas. Los pastos de las alturas sustentan muy pocos y flacos rebaños. La travesía de este páramo es triste, la coloración del terreno casi bermeja, el aspecto siniestro. A tal efecto contribuía el amenazar lluvia, no obstante lo avanzado de la estación. Los cerros se encapotaban; y las lejanas nieves, bajo la luz turbia, parecían feas manchas de yeso o montones de polvo de mármol. He hallado después grandes analogías con estos parajes recorriendo en España los despoblados de Avila, y divisando cerca del Ebro la Bureba y la Solana.

Desciendo en la tarde a los fértiles trigales y alfalfares de Argama, que tienen algunas casas a la izquierda. Junto a un prado muy verde se alza una capilla ruinosa. Se humaniza aquí el campo. On-

[37] Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Libro XII, Cap. XVIII.

dean las mieses, y aumenta el ganado vacuno. Argama está a 3,283 metros sobre el nivel del mar. De ella se sigue bajando, por el abra de Acoscasa[38] y el pueblo de San Jerónimo, al valle de Andahuaylas que merece en toda justicia su nombre (Antahuaylla, *pradera* o *vergel de los Andes*). El primer arroyo que hallamos, lleva el título poético de Rosasmayu, *el río de las rosas.*

Esta amenísima llanura cuenta con tres poblaciones: San Jerónimo al sur, Talavera al norte, y en el centro la ciudad de Andahuaylas, capital de la provincia, que a pesar de su reducido vecindario se llamaba antiguamente Andahuaylas la grande, para distinguirla de la chica o Andahuaylillas, situada en la comarca del Cuzco. ¡Cuán breves y espaciados son estos oasis de verdor, en el pétreo anfiteatro de la serranía! Su misma rareza acrecienta su indecible encanto. Sobre los alfalfares, maizales y ocales, se disemina numeroso arbolado; y se alargan frescas alamedas de sauces, eucaliptos y cedros. Las frutas son más abundantes y ricas que en todos los lugares recorridos, desde la quebrada de Urubamba. El temperamento es salubre y templado. La elevación, como de 3,000 metros. Los cerros circunvecinos, cubiertos con sembríos de trigo y cebada, recuerdan esas *aparquis* indias, mantas remendadas de diversos colores. Un aire de leve nostalgia caracteriza el paisaje, impregnado de severa ternura.

El valle de Andahuaylas perteneció a la nación quechua, hasta que por el siglo XIII los Chancas, venidos de las punas y el lago de Choclococha,[39] lo invadieron y se asentaron en él. Fué cuna y señorío del guerrero Hancohuayllu, célebre sitiador del Cuzco, que venci-

[38] Es fama que aquí, a mediados del siglo XIX, la indiada insurrecta por el establecimiento de la contribución personal, enterró vivos a varios jóvenes blancos de Andahuaylas, dejándoles afuera las cabezas y destrozándoselas con el galope de los caballos.

[39] Vid. Cieza de León, *Crónica del Perú*, Cap. XC. Cerca de este lago, todavía un asiento minero lleva el nombre de Astohuaraca, el antiguo general chanca.

do luego, emigró con sus vasallos fieles a Moyobamba.[40] Los Incas, al restaurar la hegemonía de la raza quechua, reconquistaron dos veces Andahuaylas: bajo Inca Rocja y Huiracocha. Por estas alternativas las colonias de mitimaes, su base étnica es producto de una fusión de quechuas y chancas. Hay blancos puros, y abundan los mestizos de sangre española. Todos los habitantes parecen menos sumisos y pasivos que los de las regiones anteriores; y en especial los naturales de Talavera, esmerados trabajadores de ponchos y telas de vicuña, tienen fama de revoltosos e inclinados al bandolerismo. La onomástica de los aledaños es predominantemente castellana (Talavera, San Jerónimo, Aranjuez, Bellavista, San Juan); y aun los nombres de procedencia autóctona han tomado genuina eufonía española; v. gr. Cabira y Argama. Cuando llegue el proyectado ferrocarril, o siquiera se construya un camino carretero, esta cuenca de Andahuaylas, hoy en gran parte desaprovechada, ha de ser campo de muy apreciable actividad económica.

Pasé dos días en Andahuaylas. La casa en que me alojé, aunque no es tambo, sino domicilio de varias familias particulares, presenta la fisonomía de la más típica y rancia posada: alto y cuadrado portón, paredes revestidas de cal, balcones y ventanas desiguales, barandas torneadas, zapatas verdes, ancha y lenta escalera de piedra, corredores con piso de ladrillo, algunos tiestos floridos; y en el patio y zaguán empedrados, la confusión de las mulas, la algarabía de los indios, los pellones y los costales de los arrieros.

La plaza mayor, llena de vendedoras que la animan con sus gritos y la audaz policromía de sus trajes y lliclas, tiene una pila regular y frondosos árboles. A su lado oeste, se halla la vasta iglesia parroquial, construída con el bello calcáreo de las cercanías, que Raimondi comparó con el travertino romano. Por una viejísima escalera, en cuyas junturas crecen hierbas, subo a la torre, y de ella miro la pre-

[40] Garcilaso, *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro IV, Caps. XV y XXIII; Libro V, Caps. XXVI y XXVII.

ciosa y pensativa campiña. Moría la tarde; algunas parihuanas, aves acuáticas, volaban en demanda de las lagunas próximas, y los vapores del llano, convertidos en nubes y agolpados hacia Talavera y el curso del río, se matizaban y palpitaban como una red de oro. Los maíces movían sus airones de plumas; y entre los cultivos, se empinaban los corpulentos pisonayes y las hileras de álamos temblorosos.

Después de la Conquista, fué Encomendero de Andahuaylas el salmantino Diego Maldonado, apellidado por sus compañeros el Rico a causa de su mucha opulencia; señor, a más de este valle, del de Nazca en la Costa; que en su granja del Pino, inmediata a Lima, introdujo y aclimató en el país los árboles de aquel nombre; dueño en el Cuzco del palacio de Hatuncancha, que fué del Inca Yupanqui; y cuyo solar limeño se extendía por las actuales calles de Espaderos, Lezcano y Lártiga. Durante las guerras civiles de los Conquistadores, era curaca hereditario de Andahuaylas, según cuenta Cieza, el sinchi Huasco, muy afecto a España y leal siempre a la causa del Rey. Atendió y regaló grandemente a las tropas de D. Pedro de La Gasca, cuando acamparon aquí en el invierno de 1548. En Andahuaylas se reunieron con Gasca, Diego Centeno, el vencido de Huarina; Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile; Belalcázar, el de Popayán; y el Oidor Ramírez de Quiñones, con los soldados de Nicaragua. Entonces confluyeron en esta hoyada los veteranos de toda América, como lo hicieron cerca de tres siglos después para la batalla de Ayacucho. Dice Garcilaso que Gasca, para animar a su gente y desvanecer la impresión de los descalabros del sur, organizó en Andahuaylas lucidas fiestas de cañas y sortijas. Seis años más tarde, los banderizos de Francisco Hernández Girón, vencedores de Villacurí y Chuquinga, recibieron en Andahuaylas con triunfales regocijos y aclamaron como reina del Perú a la mujer de su caudillo, la apuesta y gentil Dª Mencía de Sosa, Portocarrero y Almaraz, que acogió luego su trágica viudez al claustro, y fué abadesa y fundadora del monasterio de canonesas de la Encarnación de Lima.

Conversando con los labriegos mestizos (cholos), noto que, a pesar de ser todos bilingües y quizá por lo mismo, no emplean al hablar castellano ciertos quechuísmos rurales muy usados por los agricultores costeños. Así, tanto en Apurímac como en el Cuzco he oído decir correctamente: *finca* en vez de *chacra*, *granero* en vez de *colca*, *desnudo* en vez de *calato*, *lampear* en vez de *cuspar*[41] y *avenida* en vez de *lloclla*. En cambio, la sintaxis, cosa más esencial que el vocabulario, tiende en toda la Sierra a deformarse con giros impropios, de índole indígena, según se ve hasta en la prensa periódica de La Paz, Cuzco y Ayacucho.

Ya desde Andahuaylas se advierte la desviación del quechua en dialecto huamanguino, perceptible aun por los que como yo no alcanzamos del idioma aborígen más que algunas etimologías y unas pocas docenas de raíces. Por ejemplo, al paso que en el Cuzco y en las provincias orientales del Apurímac, quechuas por excelencia, se designa el agua con el vocablo clásico *unu*, aquí para hacerse entender hay que llamarla con la voz vulgar y dialectal de *yacu*, tan frecuente en la topografía del centro y del norte.

Los pasajeros iliterarios pueden no atender, en ésta como en las demás regiones de la Sierra, sino a la languidez del comercio, a las deficiencias de los pueblos, al desaseo de los indios, la aspereza de los caminos, la incomodidad de los alojamientos y el poco regalo de las comidas; pero quien se eleve un tanto sobre tan prosaicas consideraciones —dignas de agentes comisionistas o a lo más del pícaro Concolorcorvo—, quien posea alguna centella de sentimiento de la naturaleza y no carezca del instinto de la poesía campestre, habrá de admirar la severidad de los Andes, la suave luz y la apacible melancolía, blanda y feraz a ratos, en que estriba la peculiar hermosura de la comarca de Andahuaylas. No es por cierto, la imperial desolación del fiero Cuzco, donde hasta las flores son rojas, como el silvestre *cantu*,

[41] *Lampa* por azada, y su derivado *lampear*, son igualmente peruanismos, pero de eufonía mucho más castellana que la *cjospa* quechua.

la *pucatica* y el preciado y purpurino *ñujchu*, adorno de los templos y las imágenes sagradas. Igualmente lejana de la heroica adustez del Apurímac y de la pingüe abundancia de Abancay, hallo en las tierras de Andahuaylas una seriedad encantadora e íntima, a la par altiva y resignada. En sus punas he visto a las vizcachas montaraces agruparse a contemplar, desde las más altas breñas, el sol vespertino, como un gris y recogido coro de frailes. Sus lagunas celestes se rizan con los fríos soplos de las cordilleras. Los sembrados se recortan entre pircas pedregosas o setas de vivos quechuales. En las vegas y quebradas, el aliso elegante y el molle alternan con el pati, el cedro eminente y el sauce gemebundo. La luz resbala como una caricia sobre los reflejos metálicos de los eucaliptos y el estremecido follaje de los álamos; en las lomas verdes, aparecen las ovejas y las alpacas como manchas de espumas movedizas; las cumbres, con sus tocas de nieve, relumbran como cascos de plata; de cuando en cuando, el vuelo de un cóndor o un halcón rasga el cielo profundo. Hay en todo una enérgica y fina tristeza, una valerosa y juvenil gravedad solitaria, una delicadeza fuerte y casta, que obtendrían su perfecto símbolo en la meditativa actitud de una virgen agreste.

VI

LA QUEBRADA DEL PAMPAS

DEJANDO paralela a la izquierda la quebrada de Aranjuez, salí de Andahuaylas por el camino del poniente, hacia las punas de Cascabamba y Maray. Pronto perdí de vista el valle y la campiña de Talavera, oculta tras la cortina de sus alamedas rumorosas. Ya en la altura, entre unos sembríos, nos alcanzó corriendo un indio, y reclamó a los gendarmes de la escolta el caballo de carga traído de la ciudad. Hubo que detenerse a reparar el abuso y concertar el precio. Luego, por laderas verdes, recuestos pardos y rastrojeras de trigo, atravesando la cuesta de Huacoto, llegamos temprano al pueblo de Huancaray. Está en una garganta estrecha de alfalfares y alisos, regada por un riachuelo que se vierte en el Pampas. El cura del lugar me refirió que pasó por allí en 1881, después de las grandes derrotas nacionales, el Dictador Piérola; y que los habitantes lo llamaban Inca y se arrodillaban en los caminos, porfiando por besarle los pies. Miller menciona en sus *Memorias* (tomo II, Cap. XXV) este pueblo de Huancaray, por haber vadeado el Pampas en dicho sitio la caballería realista de Valdés el 24 de Noviembre de 1824, en vísperas de Ayacucho.

Subí a las salinas de Cachi Huancaray, que se hallan en un árido repecho, cuya hondura terminal ocupa el mísero pueblecito de Cachi.[42]

---

[42] *Cachi* significa *sal.*

Apenas un tenue vello de gramíneas cubre a pedazos los riscos superiores. En las vertientes, los peñoles grises tienen toques color de plomo. Algunas retamas perfuman el aire ligero. Nos hallábamos a más de 3,200 metros de altura. En esta eremítica soledad, me detuve dos días. Recuerdo muy bien que en Cachi Huancaray me alcanzaron los periódicos con las noticias de la muerte y funerales de D. Marcelino Menéndez Pelayo. Paseé al segundo día las galerías y socavones de una mina de sal, en que trabaja número mediano de operarios indígenas, vestidos de cordellate. Asediaron al Gerente con gran alharaca de quejas humildes contra los empleados; y parecieron muy satisfechos cuando les permitió solicitar del Obispo permiso para construir una capilla junto a las minas. Presumo que lo que en ello más les alegraba, era la perspectiva de fiestas y borracheras.

Una de las tardes que permanecí en Cachi Huancaray, ví desde un cerro inmediato que los nublados se amontonaban y obscurecían hacia las lejanas honduras del Pampas, mientras que todo el resto del cielo conservaba su inalterable serenidad de lapizlázuli. De pronto, aquel punto del horizonte se alumbró con la lividez de un relámpago, descolorido por la distancia, al que siguieron muchos otros, y al cabo un nítido arco iris: y fué singular espectáculo esta tempestad de los bajíos mirada desde una altura quieta y límpida.

Descendiendo de Huancaray y Cachi Huancaray al Pampas, emerge y se agiganta al suroeste el gran nevado del Carhuaraso en Lucanas, destacándose entre toda la cordillera occidental. Su nombre, según Carranza, significa *montaña sombría*, y cuadra a su aspecto tan bien como suelen hacerlo todas las denominaciones autóctonas.

La aldea de Cachi, situada, conforme ya dije, al pié de las salinas, es una de las poblaciones más desoladas y miserables que cabe ver en el Perú, tan pródigo en escombros. No puedo compararla sino con las agonizantes villas limeñas de Surco, Ate y Chontay. A juzgar por estos caseríos caducos, diríase que los campos peruanos se van despoblando a toda prisa. En las callejuelas de Cachi, entre casas derrumbadas y agrietados bardales, transitaba una india vieja, cargada

de leña y ramas a la espalda, de mechas revueltas y ojos fijos, cuya decrépita y torva expresión nos la hizo imaginar bruja del pueblo desierto. No habría podido, en verdad, descubrir un pintor, modelo más acabado de hechicera maléfica.

Esta paupérrima comarca parece muy obediente a la autoridad de los curas. Me cuentan que cobran con extraordinaria severidad las primicias y los derechos parroquiales, y que castigan por sí mismos ásperamente a los feligreses impagos.

Hacia el noreste, y en la misma ribera oriental del Pampas, está el célebre santuario de la Virgen de Cocharcas, patrona de toda la provincia, advocación peruana muy afamada en los tiempos de la Colonia, y cuya romería, concurridísima antaño, da ocasión a una feria, hoy decaída en extremo. Dista Cocharcas cosa de doce leguas de Andahuaylas, y como dieciseis de Huancaray; pero no solamente de toda la quebrada sino de más de cincuenta leguas a la redonda, acuden todavía al novenario y la fiesta, que es el 8 de Septiembre. Su historia es muy significativa de las tradiciones religiosas del Virreinato, dignas a veces de la medioeval *Leyenda Aurea.*

Cocharcas significa en quechua *pantano* o *lugar cenagoso*; y es una corta pradera en la mitad de la bajada al Pampas, sembrada de huertas de melocotonares y manzanos. A fines del siglo XVI, un indio mozo de ese pueblo, Sebastián Quimichi, descendiente del Curaca Chuquisulca, quedó manco de un brazo, por la astilla de un maguey encendido con que se hirió en los regocijos y fuegos de la noche de San Pedro. Inutilizado para el trabajo de la labranza, se fué al Cuzco, a aprender de cantor ambulante, como lo hacían entonces tántos indios y mestizos; y se acomodó entretanto en casa de una señora *palla*, india noble y viuda, llamada Dª Inés, del linaje de los Incas. Por las amigas y visitantes de su ama se enteró de los prodigios del santuario agustino de Copacabana, ribereño del Titijaja, entre Tiquina y Yunguyo, erigido en honor de la Virgen sobre los derribados templos aborígenes de la Luna y de la Diosa del Gran Lago, y a la sazón en todo su auge. Emprendió la peregrinación, ganándose el viaje con

sus músicas y cantares; y a las primeras jornadas en Pucará del Collao, tuvo un sueño sobrenatural, y despertando, se halló bueno del brazo. En agradecimiento del milagro, cumplida la romería, se propuso llevar a su pueblo un trasunto de la imágen, obra del mismo indígena escultor de la original, D. Francisco Titu Yupanqui, a quien los devotos juzgaban movido de inspiración del cielo. Los frailes agustinos, que con los monasterios de Copacabana en el Collao y de Guadalupe en Pacasmayo, poseían el monopolio de los santuarios romeros del Perú, temiendo la competencia, le quitaron la copia; y cuenta la leyenda que para superar las contradicciones y tropiezos, fué menester la intervención divina, que inclinó a favor del humilde Quimichi no menos que al Obispo y la Audiencia de Charcas, y por fin obró el portento, una noche que ambas imágenes estaban guardadas en la iglesia de Copacabana, de identificarlas, al extremo que sólo por los vestidos se les pudo distinguir en adelante. Los jesuítas de Juli acogieron a la nueva Virgen con solemne veneración, y de allí salió en litera, a hombros de indios, el año de 1598, dirigiendo la muchedumbre de acompañantes el juglar Sebastián, cuyos cánticos pretendía el vulgo y repite el antiguo historiador Montesinos que allanaban las rocas y hacían florecer los campos. El cura de Urcos y el Obispo del Cuzco interrumpieron esta virgiliana procesión, por parecerles su organizador supersticioso y visionario. Lo enjuiciaron y encarcelaron; más al cabo, convencidos de su ingenuidad, le devolvieron la libertad y la imágen, la cual entre danzas, iluminaciones y festejos de los pueblos del tránsito, llegó a Cocharcas, donde imaginaban los sencillos indios que por su propio peso se detuvo. Los habitantes comarcanos le construyeron templo con celeridad extraordinaria; le instituyeron una famosa cofradía; y la reputaron dispensadora de las lluvias y protectora de las cosechas en esta provincia, tan amenazada por sequías, aluviones y hielos. Para subvenir los gastos del culto, Sebastián Quimichi se dedicó a recoger limosnas en las ricas poblaciones de Potosí y el Alto Perú; y murió a poco en Cochabamba, con crédito de santo. Es probable que fuera un místico instintivo. Escribía cuadernos de

maravillas, y un vicario se los rompió por hallarlos inseguros y malsonantes. La rústica devoción que había fundado se propagó con rapidez por todo el Bajo Perú, conservando siempre carácter de advocación de naturales. Le atribuyeron a la Virgen andahuaylina milagros infinitos, cuyo recuerdo perpetuaban pinturas y exvotos en las paredes del santuario, y el manuscrito historial allí archivado. En 1623 se le consagró nueva y vasta iglesia, cercada de almenas, que maltrecha por los derrumbes comunes en la región, reedificó en los postreros años del siglo XVII el ilustre D. Cristóbal de Castilla y Zamora, Obispo de Huamanga e hijo bastardo de Felipe IV. Los jesuítas servían de capellanes. Formaban el coro veinticuatro indios cantores, exentos de toda mita por su oficio religioso. Alumbraban el altar mayor seis grandes lámparas de plata. Junto al templo residían algunas beatas indias, que se llamaban *novenarias*, ocupadas de contínuo en tejer, para adorno de él, esas tupidas alfombras coloniales y tapices de complicados dibujos, a imitación de los de Turquía y El Cairo. Plantaron el estrecho prado de cedros, sauces y arrayanes; y en la plaza delantera arreglaron un jardín pequeño, denominado *jardín de la Virgen*, cercado de cañas y compuesto de azucenas, alhelíes, claveles y clavellinas de España y de Indias. Había en él un surtidor, que no corría sino en el octavario; y un árbol que el pueblo consideraba milagroso, por coincidir su renovación primaveral con el tiempo de la fiesta.[43] Rodeaban la extensa plaza muchas tiendas de mercaderes, que no se abrían sino en la época de la feria. Concurrían a ella en gran número huamanguinos, cuzqueños y otros naturales y mestizos, venidos aun de provincias muy remotas. Dividíanse los traficantes en

[43] Vid. *Anales* de Montesinos y el *Lazarillo* de Bustamante Concolorcorvo. El culto de la Virgen de Cocharcas fué pronto popular en Lima, donde el indio Sebastián Alonso, del barrio del Cercado, le dedicó en 1681 una capilla pública, que tenía anexo un colegio para hijas de curacas pobres. A fines del siglo XVIII, trasladaron la iglesia limeña de Cocharcas al lugar que hoy ocupa, y la reedificaron tal como está, los canónigos D. Fernando Román de Aulestia y D. Francisco de Santiago Concha.

dos campos bien separados: el de españoles y el de indios, sin que se entremezclaran los comercios y contratos del uno con los del otro. El socarrón Bustamante Concolorcorvo observa que el más indudable milagro de la Virgen era que sus romeros acudiesen a pié y volvieran siempre montados, por dedicarse a sus anchas los huamanguinos, cuatreros famosos, al robo de cabalgaduras en el tropel y alborotos de la feria y la festividad.

Del llano de Cocharcas al río Pampas, se baja por una larga cuesta de dos leguas, tallada toda en escalones, que acostumbraba el muy recordado Obispo benedictino de Huamanga, a principios del siglo XVIII, D. Alfonso López Roldán, subir anualmente, con su clerecía y servidores, arrodillándose y entonando las letanías.

No pude satisfacer mi vivo deseo de visitar el histórico santuario, por quedar demasiado lejos del itinerario convenido. Me aseguran que todo el año está casi abandonado y que apenas se reanima en Septiembre, pues, por la profunda decadencia industrial de las sierras del sur, desde 1850, la feria no es ni sombra de lo que fué antes.

La quebrada del Pampas, albergue de la suave leyenda cristiana de los indios, se me apareció, al atravesarla desde Casabambilla y Cachi a Carhuanca, devastada y pavorosa sobre toda ponderación. Sin duda, avanzando al norte, por Cocharcas, el paisaje mejora a lo que dicen, vistiéndose y engalanándose con la vegetación tropical y la proximidad de los grandes bosques; pero el trozo que yo he recorrido es el más adecuado lugar para servir de mansión y reino al espanto. La poesía que de él emana, es desesperada y diabólica, de aquelarre genuino.

Apenas, en algunas faldas y exiguas cañadas afluyentes, ví sarmientos de parras secas, manchas de cañaverales mezquinos, e hileras de maíz que ascendían penosamente los declives y se detenían vencidas por la esterilidad del terreno. Las peñas, de un gris enfermizo, no consienten sino magueyes enhiestos, semejantes a enormes y furiosas serpientes verdes que se irguieran en son de ataque; y amarillas retamas, cuyas matas, calcinadas por el sol, despiden un acre y con-

centrado aroma que hace pensar en las estancias funerarias. El río torrentoso invade casi todo el valle. Su cauce irregular, en este tiempo lleva poca agua, y ésa muy salobre. Entre las márgenes e islotes de cascajo, brotan rudos tunales y huarangos también espinosos, de color opaco, de tronco retorcido y de pobre follaje, verdaderos árboles del desierto. Unos retazos de tierra, salvados en ambas bandas de la caprichosa furia de las inundaciones, forman míseras chacarillas de ajíes, yucas y camotales. Para su defensa, amontonan mancarrones y jabas repletas de piedras. El aire, que en tan angosto bolsón no se remuda, es de irrespirable pesadez y bochorno, como el de una fragua o el fondo de una cantera. Zumban los mosquitos en densos enjambres; y de noche los murciélagos hacen presa en el ganado. El crujir de las malezas en el monte y de los guijarros al paso de la cabalgata, semeja, en la ardiente sequedad meridiana, el crepitar de un incendio. A veces, subiendo los peñascales de las vertientes por veredas molestísimas, da tregua la sofocación, y se divisan en lontananza, entre las sinuosidades que van a la Montaña, campos de cañas pálidas y anchos brazos del río, cuyo caudal finge por espejismo, dilatándose en medio de las sierras, azules abras marítimas o diáfanos lagos alpestres. Mas al descender de nuevo a la quebrada y disiparse aquellas frescas perspectivas, recrece el insoportable tormento del ambiente ígneo. El Pampas, conocido en la antigua geografía del Perú por río de Vilcas o Cocharcas, y más a menudo Uramarca,[44] se ha reputado siempre funesto, a causa de la insalubridad de sus orillas. Dominan en esta maldita zona la fiebre malaria, el tifus, la overía, la uta y el cretinismo, que diezman o degeneran a sus escasos moradores. Con razón han dado a una de las fincas ribereñas el nombre lúgubre de Ayapa, que viene de *aya* (el muerto).

Cuando, de la tétrica angostura, miramos resplandecer arriba, en la gloria implacable del cielo, las pirámides de nieves eternas, o con-

[44] Estrictamente Uraymarca, que significa *cantón bajo* u *hondo*, como *hurin* y *pacha*.

centrarse en las cumbres las masas compactas y purísimas de nubes, como inmaculados bloques marmóreos, se nos presentan a la imaginación cual si fuesen misteriosas apariciones angélicas, entrevistas desde profundidades comparables a las del Infierno del Dante. ¡Cuán bien se explica que los habitantes de estos parajes de maleficio proyectaran, en alas de la plegaria ingenua, sus anhelos y adoraciones al andén apacible de Cocharcas, como un altar florido en la ladera abrupta; y colocaran junto a una clara fuente el numen tutelar de la región, demandándole, en la angustia de la tierra y de las almas, la salud y la dicha que niega este ingrato y mortífero suelo! Las fábulas populares son la inconsciente pero fidelísima expresión del escenario físico en que nacen.

Pasé el Pampas por el fácil vado frontero a Viraco y Carhuanca; y paré a tomar alimento y refrigerio en un morro lleno de cardos. En esa mediana altura se templa ya el insufrible ardor de la quebrada, y corre alguna brisa bienhechora. Me parece recordar que enfrente, entre juncos y huarangales, se levanta una iglesita en rústico abandono; pero quizá confundo este punto con uno que corresponde a diversa sección del viaje. Reanudando la marcha, llegué a poco rato al pueblo de Carhuanca.

Capital del distrito de su nombre, Carhuanca se halla en una pequeña altiplanicie formada por la extremidad de las sierras de Huampalpa y los Morochucos, circundada por el río Pampas a izquierda y derecha a manera de península[45] La denominación de Carhuanca debe venir de *carhua* (color gris o pajizo obscuro). Curato de cerca de 1,000 habitantes, en él se detuvo el Virrey La Serna cuando las maniobras preliminares de Ayacucho. Es ejemplar típico del pueblo serrano, con antigua y pobrísima iglesia, plaza de pocos y centenarios

[45] A más de los antiguos nombres, rememorados antes, del río Pampas, al este de Carhuanca se le conoce con el de *Calcamayo* (río del cascajo), que pierde definitivamente cuando recibe poco después el tributario de los Soras o *Pampachiri* (llanura que tirita).

árboles, pilón público de agua, casuchas que más son cabañas, y cruces de madera verde con los símbolos de la Pasión, banderolas, lamparilla y calavera, en el atrio parroquial y las encrucijadas.

En un cobertizo de paja, hallamos sentado al gobernador del lugar; y tras largo parlamento, arreglamos el hospedaje. Por no haber expedito alojamiento más presentable, nos instalamos a pasar la noche en el local de la escuela primaria, especie de galpón que me pareció lóbrego (tal vez porque ya atardecía), con piso de tierra dura, tabique de quincha endeble, paredes enlucidas, y en derredor poyos de adobe por asientos. El párroco me invitó a comer. Su hija, presentada como tal, servía la cena, mientras él y yo charlábamos de la condición y rentas de los curatos o doctrinas del obispado. No pude acabar de informarme; tuve que interrumpir la conversación y la comida. Creí ser presa de uno de los ataques de perniciosa palúdica tan frecuentes en la quebrada que ese día había recorrido. Un fortísimo dolor de cabeza, con escalofríos y fiebre, me obligó a recogerme, muy desazonado y molido; y arropado con ponchos y capotes en mi breve catre de campaña, delante de los mapas del Perú, de hule lustroso, que colgaban en la quincha divisoria de la escuela, e irónicamente me advertían las considerables distancias que me separaban aún de Ayacucho y Lima, renegué largo rato de los miasmas del Pampas, de mi excursión andina y del desvalimiento de los caminos interiores de mi patria. Puede que mi indisposición, por el inevitable subjetivismo del viajero, me haga injusto con el valle del Pampas y el pueblecito de Carhuanca.

VII

LAS RUINAS DE VILCAS

AL otro día, la luz radiosa y el fresco de la mañana, curaron mi malestar. Ascendí a las punas situadas al este de Huancapi y Cangallo, por caminos que orillan los cerros como las cornisas estrechas de un edificio. Sobre los lomazos y pajonales amarillentos, el cielo tendía su matutina suavidad deslumbrante, como una espléndida sedería azul. Un viento vivo y seco, efluvio de las gélidas cimas, saturado con el delicioso perfume de los pastos marchitos, bañaba los páramos; y las escasas y adelgazadas nubes se disipaban como transparentes cendales. Eran cerca de las tres de la tarde cuando, vencida la jornada de ocho leguas, llegué al antiquísimo pueblo de Vilcas.

Su verdadero nombre quechua es Huillca Huaman (castellanizado en Vilcashuaman), que viene a significar *halcón sagrado*, ave adorada como *totem* o dios gentilicio por la confederación de las tribus Pocras y Chancas. Curacazgo muy principal, y metrópoli religiosa de ellas y todas sus congéneres y vasallas (que ocuparon las regiones de Huancavelica, Huamanga, Uramarca, Soras, Lucanas y Andahuaylas), Vilcas fué conquistada por Inca Rocja, se rebeló enseguida, y probablemente la recuperaron los Incas en los reinados de Huiracocha y Pachacútej. Este último, según Cieza, que como siempre lo lla-

ma meramente Yupanqui,[46] fué quien, junto al adoratorio del halcón aborigen, edificó un famoso templo del Sol, servido por numerosísimos sacerdotes, y una nueva fortaleza, con guarnición o presidio considerable. El Yamqui Juan Santa Cruz enumera los siete ídolos locales, en figura de curacas "muy grandes, negros y feos", que el Inca Pachacútej cogió en Vilcashuaman y envió como despojo al Cuzco. Las *Relaciones Geográficas* atribuyen a Túpaj Yupanqui los sagrarios del Sol y la Luna, erigidos, sobre las arrasadas huacas autóctonas, con piedras traídas, para mayor santidad, desde el Cuzco y Quito; el torreón con escaleras y tronos reales; los depósitos y cuarteles para los 30,000 soldados que guarnecían el lugar; y la nivelación de la gran plaza, cegando un pantano mediante el acueducto cuyos vestigios todavía existen. Agrega Cieza (*Señorío de los Incas*) que Huayna Cjápaj acabó la obra del templo y construyó otro palacio inmediato. Está fuera de toda duda que Vilcas bajo la dominación incaica adquirió importancia extraordinaria. La población nativa de su distrito se calculaba en más de 40,000 habitantes. Cieza contó en la ciudad setecientos almacenes o cuartos de provisiones para el ejército y los empleados imperiales. Pasaban por ella tres o cuatro grandes vías (*Cjápaj ñan*) que comunicaban con los más apartados territorios del Tahuantinsuyu. En tiempo de los últimos Incas, se le juzgaba el centro geográfico del Imperio, más exactamente que el mismo Cuzco (cuya significación parece ser *ombligo del Mundo*), por reputarse iguales las distancias entre los confines septentrionales de Caranque y Pasto a Vilcas, y la de Vilcas a las fronteras meridionales de Chile y Tucumán. Cincuenta porteros guardaban de continuo las entradas y muros del gran templo. La *acjllahuasi* vecina a él y al convento de los sacerdotes del Sol, contenía quinientas vírgenes sagradas; y en otro recogimiento próximo, se encerraban quinientas mujeres del Inca. En sus viajes solemnes, el soberano se detenía siempre en Vilcas a visitar el santuario del Inti, y revistar las tropas del fuerte y los súbditos co-

[46] *Crónica del Perú*, Cap. LXXXIX.

marcanos; y el texto de la relación del siglo XVI, fundada en los recuerdos de los indios viejos, trae la descripción del brillante espectáculo que ofrecían el Inca y su corte en casos tales. Era residencia del Virrey o *tucuiricuj* que gobernaba desde el río Uramarca (Pampas) al Angoyacu (Mantaro) y al mar; o sean los actuales Departamentos de Ayacucho y Huancavelica y también Ica, porque bajo los Incas los valles de la Costa estuvieron subordinados a los centros administrativos de la Sierra. La cuesta y la fortaleza de Vilcas presenciaron, cuando la guerra entre Huáscar y Atahualpa,[47] una nueva derrota de Huanca Auqui; y cuando la Conquista, la dispersión de un ejército incaico por la caballería de Hernando de Soto.[48]

Con los primeros años de la Colonia, se inició la decadencia de Vilcas, acelerada por la fundación de Huamanga, que vino a heredarla y reemplazarla como cabeza del Perú Medio. Así vemos que en las primeras guerras civiles se deshabitó un tiempo, y tuvo que mandar repoblarla Vaca de Castro.[49] Conservó, no obstante, hasta el siglo XVIII, alguna nombradía, en calidad de posta y tambo muy frecuentado; y era corregimiento rico. En el régimen de Intendencias, pasó a simple subdelegación, cuyo gobernador residía allí pocas veces, por preferir lugares mejor acondicionados; y continuando en la República el descenso, mientras el cercano pueblo de Cangallo crecía a sus expensas y la substituía como capital de la provincia, y el comercio del Sur se desviaba primero hacia Chincheros y Ocros, y luego tomaba la ruta marítima, la postrada Vilcas, olvidada en todos los mapas, se reducía a la caduca y miserable aldea que contemplé afligido en la luminosa tristeza de una tarde de Junio.

Conserva poco de sus célebres monumentos. Los pobladores, vecinos y afines de los pastores Morochucos (afamados por sus robos y braveza), han acabado de arruinar los antiguos edificios, sacando los

---

47 Cobo, Libro XII, Cap. XVIII.

48 Pedro Pizarro.

49 *Ordenanzas de Tambos* en la *Revista Histórica*, tomo III.

sillares para utilizarlos en la construcción de sus viviendas y *canchas*. La iglesia, dedicada por los Conquistadores a San Juan Bautista, se eleva en el sitio del templo del Sol, sobre graderías y terraplenes de grandes piedras. Cuando mi visita, refeccionaban la parroquia, y revestían los muros incaicos con una cegadora capa de cal. Pude distinguir en la portada algunos relieves pequeños de sapos y *amarus*, y una especie de fragmento de cornisa en forma de greca o serrucho. Delante del terrado de la iglesia, se extiende lo que fué plaza de armas. En sus rincones y junto a las murallas que la ceñían, se ven trozos de acequias muy bien labradas, en las que hubo pozas de baños para el Inca y sus grandes. Me ha parecido siempre singular el número de estas tinas de piedra, que se hallan en todas las residencias de los Incas, y que en la frigidez de las serranías atestiguan hábitos de limpieza e instintos de higiene indudables en la aristocracia del Perú prehispano, sorprendentes cuando se comparan con la espantosa inmundicia de los indios y cholos de hoy. ¿Ocurrió acaso con los peruanos indígenas, aún con los de mediana esfera y condición acomodada, lo que sucedió en Europa con los mediterráneos que, destruída su civilización latina y subyugados por la invasión germánica, abandonaron las termas, olvidaron las frecuentes abluciones de sus abuelos y se sumieron en la fétida sordidez de la Edad Media? Es posible que la degradación, aquí como allá, deshabituara de todo aseo, porque a ningún alcalde ni principal indio se le ocurre ahora de seguro seguir el ejemplo de los Incas construyendo en sus casas piscinas de baño.

En la misma plaza, y creo que a las puertas del Concejo, y la Cárcel, yace un doble asiento esculpido, sin duda uno de aquellos tronos incaicos de que habla la *Relación Geográfica*. Símbolo conmovedor del abandono y el abatimiento. ¿Qué les importa a estos infelices aldeanos el recuerdo de los divinizados reyes de sus progenitores, ni qué saben de ellos? Nunca he sentido más punzante y desgarradora la sensación de la decadencia. El silencio del caserío era profundo, porque casi todos sus habitadores se hallaban aún en los campos. Algún

trino de pájaros, los humildes ruidos de corral, el cacarear de las gallinas, el paso de una recua, turbaban la soledad que oyó un tiempo los cantos de adoración al Sol y las frenéticas aclamaciones al Inca.

Avanzaba la tarde; y aproveché los momentos que me quedaban, en ver las ruinas de la atalaya y el palacio. Están a la izquierda del pueblo. En la callejuela que atravesé, los cerdos hozaban el fango delante de las cabañas. Otro doble asiento de piedra se ve caído al pie de la torre que debió de coronar. Subí los destrozados escalones de enormes bloques. Al occidente, en un corto llano tapizado de hierba, se alzan los muros de los aposentos y almacenes. Admiré hermosas puertas de puro estilo incaico, en forma de trapecio, más angosto el dintel que el umbral, a manera de las egipcias. En las formidables paredes de granito que todavía resisten la acción destructora del tiempo y los hombres, hay los consabidos *tocjos*, hornacinas rectangulares, nichos de adorno que algunos imaginaron garitas de centinelas. Entre los agrietados pedrones han nacido algunas plantas, cuyas hojas ondean al aire leve. El cielo era azul de ultramar. Un resplandor de oro líquido inundaba la llanura del oeste y sus despedazados palacios; y ese haz de exacerbados rayos sobre el pálido verde del suelo y los tonos obscuros de las murallas ciclópeas, nimbo de nostalgia indefinible, semejaba un llanto solar de agonía.

Restos de un gran naufragio histórico bajo la luz del poniente, dijérase que las ruinas de Vilcas entonaban un cantar desesperado, más desvalido y angustioso que la música de las quenas. Opulencia extinta y plañidera tristeza leyendaria, dos notas que resumen el alma de la Sierra en el Perú.

En este ambiente melancólico, propicio a las evocaciones, la imaginación reconstruye sin dificultad el cuadro que la *Relación Geográfica* y los cronistas sugieren:[50] la calzada limpia de guijarros y rega-

[50] Consúltense Cieza de León, Pedro Pizarro, Jerez, Garcilaso, Cobo, Santa Cruz Pachacuti y la antigua descripción de Vilcas que publicó Jiménez de la Espada.

da de flores; el ejército de los 30,000 guerreros indios, con lanzas, hachas, *macanas*, patenas[51] y armaduras de metal; los escuadrones de honderos y arqueros, con gorros, llautos, tocados y divisas diferentes; los lujosos vestidos de *cumpi* y los penachos de los capitanes en magnífico tremolar; los *champis* de cobre, las adargas y las camisetas de hilo de oro de la privilegiada milicia incaica, "que relucían extrañamente", según frase de Pedro Pizarro; las andas de los ídolos; las hamacas de los mayores caciques; y en el hoy desmoronado torreón, el Inca con los collares de perlas y esmeraldas y la recamada *yacolla* o manto regio, ceñida la frente por la suelta y sangrienta *mascapaycha*, dorada y bermeja, y el listado turbante (Cjápaj llautu), y la Coya, con la *huincha* (diadema femenil) y constelada con los largos prendedores de redondelas llamados *tupus*; asentados ambos, como dioses coruscantes, en la *tiana* de piedra, bajo la *achigua*, palio de plumería de mil colores, sostenido por varas de oro que llevaban doce príncipes ancianos; delantero y en alto el cetro (*túpaj yauri*); a los lados, la sacra insignia del *Súntur Páucar*, hecha de plumas y con tres puntas erguidas, y el estandarte real, orlado en rojo, con las figuras del arco iris, las serpientes enlazadas y el cóndor explayante; y en derredor del trono, la turba de los dignatarios, los sacerdotes y amautas, las concubinas y ñustas, los bufones (*yactujruna*), juglares y enanos contrahechos (cjumillu), los músicos y los polícromos danzantes de Chumbivilcas; los cargadores y litereros de Lucanas, vestidos de túnicas azules; y los jefes vencidos, postrados en tierra, a quienes el Inca pisaba, caminando al fin sobre la viviente alfombra de sus cuerpos, en señal de triunfo. Insuperable debió de ser la magnificencia de estos desfiles, a juzgar por los relatos españoles; y Vilcas parece haber sido, como *tambo* central, lugar predilecto para tales ceremonias.

Me dicen que a distancia de media legua hay otras ruinas curiosas, y en ellas una ara de sacrificios humanos. Me faltó tiempo para ir a verlas. Siendo en la actualidad Vilcas pueblo tan desproveído,

[51] *Purapuras* se llamaban en quechua.

decidimos pernoctar en la quebrada y hacienda de Pomacocha, una legua más abajo.

Los indios de toda esta región, apellidados *Morochucos* (o sean *los de bonetes multicolores*) por sus sombreros tradicionales, han heredado la belicosidad de sus abuelos Chancas. Son pastores dados al merodeo, muy atrevidos y crueles. Jinetes eximios, en caballejos peludos e infatigables, manejan con singular destreza el lazo y las bolas de plomo. Son los gauchos y los cosacos del Perú. Buenas pruebas de bravura dieron en la guerra de la Independencia. Furiosos patriotas, al paso que los Huantinos, sus émulos, combatían por la causa realista, los Morochucos se mantuvieron en perpetua insurrección contra los ejércitos del Virreinato desde 1815; y aun se recuerdan las atroces campañas de los Brigadieres Ricafort y Carratalá que, en 1821 y 1822, para escarmentarlos, asolaron la provincia, y quemaron y arrasaron Cangallo, su principal población, declarándola "borrada del catálogo de los pueblos, sin que nadie pudiera reedificarla". Después de la batalla de Ayacucho, Cangallo, se reconstruyó con cholos y mestizos; y atrajo casi todo el vecindario de Vilcas. Los Morochucos, en las revoluciones de la República, no desperdiciaron las oportunidades para dar pábulo a sus atávicos instintos. Hasta fines del siglo XIX han conservado intactas sus costumbres peculiares. Ahora, la civilización los ha aquietado y ha comenzado a transformarlos. Su comarca, al este y oeste de Vilcas Huaman, abraza, más o menos, de las sierras de Ocros y Vischongos a las de Sancos y Paras.

De Vilcas se sale por un camino ancho, que baja a la quebrada entre sembríos cercados de setos y árboles. Como ya doblaba la tarde, las reses se recogían y pasaban las indias cargadas de chala. Al oriente, sobre el grisáceo escorzo de la cordillera, las nubes se extendían como olas de rompientes gigantescos y quiméricos golfos de espuma. Luego el camino tuerce, apegándose a los cerros de la derecha y descendiendo por revueltas espantables, que parecen balcones sobre el abismo. Abajo, en medio de carrizos, chachacomas y nogales, la

luz de sol muriente ondulaba en el río como las escamas de un gran pez dorado.

Tal es la cuesta de Vilcas, nombrada tan a menudo en las crónicas de los Conquistadores. Me acuerdo de la supersticiosa escena que en ella coloca Montesinos, quien en sus *Anales* copió el relato de un *Fragmento Historial* contemporáneo del suceso. Corría el año de 1540; y regresaba D. Francisco Pizarro a Lima de su último viaje al Cuzco y las Charcas. Se hallaba en la cumbre de su prosperidad. Vencido y decapitado el Adelantado Almagro, dominaba sin rival desde Popayán a Chile, y solía decir que su gobernación no tenía límites y que iba hasta Flandes. Su teniente Valdivia y su hermano Gonzalo marchaban a conquistarle dilatadas regiones. El hermano mayor, Hernando, navegaba a España para exculpar la guerra civil y obtener, si era posible, mayores mercedes. Los almagristas andaban fugitivos entre los indios, o escondiendo su miseria en las recién fundadas poblaciones castellanas. El Marqués, en la ufanía de la victoria, no se privaba del placer de despreciarlos públicamente. Absorto en su obra colonizadora, dedicado a establecer las nuevas ciudades y villas, y a repartir el sometido imperio entre sus compañeros y servidores, realizaba al fin el ensueño de su vida. Rodeado de caballeros y pajes, camareros y capellanes, volvía tranquilo y triunfante a su querida Lima. El tiempo era de aguas; y al salir de Vilcas amagaba un cerradísimo nublado tempestuoso. ¿Recordó tal vez el duro Pizarro que en aquel mismo lugar su desdichado amigo y contendor Almagro adoleció y estuvo cerca de un mes a punto de muerte, dos años antes, con la enfermedad que, al principiar la campaña de las Salinas, le postró el ánimo, le quitó los bríos y tánto contribuyó a su derrota?[52] En las largas horas de la marcha, ¿atravesó un instante por su memoria la reciente imágen de la esposa del Inca Manco, a quien acababa de

[52] Carta del Tesorero Espinal al Rey.

hacer asaetear y quemar viva en el valle de Yucay?[53] Su áspera y fría voluntad, sin duda, rechazaba tales remordimientos.

Una crecida tropa de indios llevaba a cuestas la recámara, con la ropa, la rica vajilla, y los papeles y despachos de la gobernación. Estalló la tempestad, de extraordinaria granizada y muchos rayos; y fué tal el ímpetu del aguacero, que en los malos pasos del camino, maltratado por las guerras de Atahualpa y la Conquista, se despeñaron los cargadores con los bultos, y rodaron las petacas de los papeles, por más de una legua, hacia la orilla del río. En la obscuridad y confusión de este diluvio, un cóndor, de los muy grandes que por allí abundan, bajó a la hondura del precipicio y fué a posarse en el baúl de los títulos y las cartas, que debía de guardar las de Bachicao y el Factor Carbajal, anunciadoras de conspiraciones y asechanzas. El pájaro enorme, con el fiero perfil de rapiña, el negro plumaje y la blanca golilla, hubo de ofrecer semejanza con la fisonomía y el vestido habitual del Marqués.[54] Ergüido e inmóvil, parecía un presagio fúnebre. Los indios, como tan agoreros, se lo dijeron así al Gobernador su amo; y le suplicaron que no pasase adelante, porque en Lima le había de ocurrir alguna gran desgracia. Pizarro se rió del augurio, con su taciturna indiferencia. Mas cuando, tras las semanas de viaje, entraba la comitiva en la naciente capital costeña, al acercarse a la Plaza por la recta después llamada de los Judíos, oyó que la Iglesia Matriz tocaba solemnemente a muerto. Algún vecino o soldado de reputación había fallecido de la *chapetonada*, que era como nombraban a las malignas cuartanas del valle. Entonces el Marqués, rememorando lo de Vilcas y al cabo supersticioso como todo aventurero,

---

[53] Esta *palla* violada antes del suplicio por Gonzalo Pizarro y Antonio Picado, repartió todas sus joyas a las criadas que la asistían, encargándoles que después de muerta, arrojaran su cadáver en un serón al Urubamba, para que la corriente del río se lo llevara al monarca cuya favorita era. (Cieza, *Guerra de Chupas*).

[54] "Vistió de ordinario un sayo de paño negro y unas tobajas al cuello". (Agustín de Zárate).

le dijo a su secretario Picado: "Si hubiéramos de creer en arfiles, mala señal es la entrada con doble de campanas". Y el Secretario le respondió, con la necia o fingida seguridad de los paniaguados del poderoso: "No crea Vuestra Señoría en abusiones, que aunque se topen, no se ha de hacer remanso en ellas". En la esquina de esa calle se alojaba con sus amigos el mancebo hijo de Almagro.

Un año más tarde, D. Francisco Pizarro moría en su palacio del frente, bajo las dagas de los conjurados de Chile; y arrastraban a Antonio Picado, el insultante valido, desde la cama del Tesorero Riquelme en cuyos cortinajes se ocultaba, para degollarlo, tras bravos tormentos, en la misma Plaza Mayor. El Perú ha sido siempre el país de las vicisitudes trágicas.

VIII

POMACOCHA – LA PUNA DE TOCTO – BAJADA A ANTUHUANA

POMACOCHA es una quebrada cálida, a la que riega uno de los componentes del Pampas. Procede su nombre (*laguna del puma*) de haber consagrado antaño en ella los naturales un estanque al leoncillo indígena, divinidad de la comarca, a quien dedicaron igualmente la sierra oriental (Pumacahuanca, *mirador del león* según Carranza). Tuvieron los Incas en este valle una casa de placer, palacio pequeño en que asegura el Yamqui Santa Cruz Pachacuti haber nacido el bondadoso príncipe Amaru Yupanqui, del que hice mención al nombrar las ruinas de Tambomachay: el soberano desposeído, cuyas huellas he rastreado en tántos cronistas, y de quien dice el mismo Yamqui Santa Cruz que era por inclinación "demasiado humilde con todos y bien hablado"; que, huyendo los trabajos del gobierno y de la guerra, "se aplicaba a las chácaras y los edificios"; que por su caridad y mansedumbre obtuvo del cielo, en una hambruna y sequía general, ya destronado, la particular protección de sus campos, defendidos de los hielos por un toldo de nubes, con cuyos frutos alimentó a los pobres del Imperio; y que debía de parecerse a su abuelo el monarca Huiracocha, conforme al citado narrador, en preferir a todas las conquistas y

tareas de mando, el construír casas y plantar en los prados arboledas "de alisos, quishuares, chachacomas y molles".[55]

Cuentan las tradiciones locales que en la Colonia los Jesuítas se establecieron junto al mismo palacio, cuna del más benigno e idílico de los Incas. El dato, no obstante, es incierto; porque Pomacocha tampoco figura en la relación de bienes de la Compañía, escrupulosamente formada cuando su expulsión, y el vulgo, que siempre exagera, no vacila en atribuír a los antiguos Jesuítas la propiedad de todas las mejores haciendas del territorio.

Actualmente Pomacocha, finca desmesurada, que en su área comprende varios pueblos y por sus diversas alturas los más opuestos climas, pertenece a un convento de monjas, el de Santa Clara de Ayacucho. La casa del fundo es grande, pero muy vieja y destartalada. Tras breve trecho, hacia los cerros del occidente, hay una espaciosa capilla que es casi una iglesia. La fachada tiene labrados y adornos barrocos, y el interior es aún más netamente churrigueresco. Amenaza desplomarse, sin que ni las monjas ni el arrendatario se decidan a ponerle mano. En el atrio se eleva sobre alto peldaño una gran cruz de piedra. En el contorno crecen hermosos magueyes de abundante miel.

Nos sirvieron en Pomacocha y trajeron forraje para las caballerías, un alcalde indio y varios mitayos con varas, ni más ni menos que en los tambos virreinales de hace siglos. Dormí en un cuarto que de ordinario se usa para guardar las papas y el maíz. La techumbre tenía goteras; y por un boquete del muro que daba al patio, zumbaba el viento y oía yo todos los rústicos ruidos del amanecer. Primero fué el batir del follaje y el crujido de los árboles por las agitadas ráfagas del aire, el clarinear de los gallos, el mugir de los bueyes, un lejano ladrido, el trémulo balar de los rebaños distantes. Enseguida el trajín de la ordeña matinal, hecha a la luz de lamparillas de latón;

[55] Vid. *Tres relaciones de antigüedades peruanas* (Madrid, 1879), págs. 276, 281, 283 y 269.

un rápido altercado, el manoteo de las recuas. Después, a la incierta y gris claridad de la aurora, el remover los aperos de labranza, las salidas de las yuntas, el gorjeo de los pájaros; entre pausas de silencio, la tonada de un *triste*, gritos intermitentes de arrieros, el chasquido de los látigos; y ya bien abierto y brillante el sol, el seco y apretado galopar de las puntas de ovejas, que pasaban delante a remudar de pastos.

A mi salida, el cielo lucía como un espejo bruñido. La antigua capilla reverberaba alegremente con tonos de tierno rubio; y en la magnífica limpidez, los ágaves y tunales semejaban caprichosas alhajas de esmeralda y malaquita. Por la cuesta de la derecha, entre las matas y los arbustos del monte, nos precedía una larga caravana de mulas cargadas con barricas de alcohol. Llevan esquilas al cuello, necesarias para advertir su proximidad en los desfiladeros y angosturas de los caminos. Los indios conductores van a pie, mascando coca y corriendo con agilidad incansable. En contraria dirección, venía de viaje una familia de cholos ricos; y eran de ver las chapeadas monturas. Las mujeres, adornadas con largos aretes, se amarraban los grandes sombreros de paja con pañuelos de seda roja, a manera de barboquejos. Ellas y sus compañeros enarbolaban quitasoles enormes; y algunos sirvientes, en las ancas de las bestias, iban sobre las albardas, sentados a mujeriegas.

Caminamos casi todo el día por la extensa puna de Tocto. Su nombre significa *páramo de la lechuza*. El viento sequísimo levantaba en la inmensa meseta cegadores remolinos de polvo. Como a la mitad de ella, y torciendo un poco a la diestra, existen chozas pajizas de techo esférico, mísera pascana en que los caminantes suelen pernoctar al recorrer estas soledades. Pero era temprano; y sobrándonos horas para adelantar la jornada, no nos detuvimos allí sino minutos. Continuamos a tomar la bajada de la puna, por repliegues en que hay canchones y rediles de pircas.

Volteando más a la derecha, se entra en un callejón verde, encañada húmeda de puquios, en la que se ven reses vacunas, muchos

llamas, y *carpas* o cobertizos de pastores. De allí se sigue por la inclinada ladera que conduce al llano y a la hacienda de Antuhuana, en que decidimos hacer noche. En la travesía presencié el crepúsculo más bello de mi viaje, el que me ha dejado más viva impresión.

El valle se dilata al oriente y al norte, cercado por las graves sierras de Matará y Pumacahuanca.[56] Los tintes de los declives, opalinos y azulados, se armonizaban con el hondo esmalte del cielo en gradaciones suaves. El Sol guiaba sosegadamente su rebaño de blancas nubes, y proyectaba reflejos áureos sobre los diversos cultivos y los pastos en que se movían los ganados. Su meditativa claridad tenía la dulce majestad con que imaginamos la augusta vejez de los héroes. Soplaba fresco el viento; y apenas, en algunas hoyadas y faldas, se adensaban las sombras. Cuando, casi de improviso, se incendiaron las cumbres, flameó el anfiteatro de los montes, y las nubes, ebrias de luz, se bordaron de franjas carmesíes y gualdas, pareció una vida serena que de pronto acabara en el fragor de una tragedia orgullosa. En el cruel esplendor del crepúsculo, los Andes, abruptos y violáceos, descubrieron nuevas alturas sucesivas, se superpusieron hacia todos los puntos del horizonte, fingieron arremolinarse y crecer todavía más, en estupenda proporción, como inmensas olas de amatista. Los ardientes arreboles semejaban unos, castillos desmesurados; otros, dragones y carabelas fantásticas; y los de enfrente refulgían como armaduras de pedrerías y bronce. El tramonto hizo alarde de su pompa, suntuosa y fúnebre como la de una reina viuda. Entre estos fulgores del celeste mosaico, vibró como una gota de plata el lucero de la tarde, el *Arányaj Huara Chhascja*, doncel favorito del Sol según la mitología peruana, que sacude en la penumbra los rizos de su cabe-

[56] Los altos de Matará (*espadaña*) fueron testigos de dos combates favorables para los realistas: en 1815 contra Béjar y sus cuzqueños, y en 1824 contra Sucre, seis días antes de la batalla de Ayacucho.

Los cerros de Pumacahuanca han sido tan famosos y proverbiales para el antiguo bandolerismo huamanguino como la Tablada de Lurín y Piedras Gordas lo fueron para el limeño.

llera centelleante. Las tinieblas se agolparon en el valle y extendieron sus sinuosos pliegues, bajo las nubes que se descoloraban rápidamente como en una lluvia de rosas y de cenizas moradas. El cielo en unos trozos era color de perla, en otros presentaba manchas lilas y verdes, o profundizaba en largas ensenadas el añil de su azul; y en esta gama cambiante, florecían inquietas las estrellas. No se oía más rumor que el paso de nuestras cabalgaduras y el correr de los arroyos. Una cima, al occidente, brillaba solitaria, en exasperado y moribundo ardor; y sobre los negros cerros de la derecha ascendía la luna, curva y dorada, como una caricia apaciguadora tras el tumulto deslumbrante del ocaso.

Nos instalamos a pasar la noche en el abierto corredorcillo de la casa de Antuhuana. ¿Será este nombre corrupción de Hatunhuana, *escarmiento grande*; rememorador, como el de Ayacucho, de una de aquellas extraordinarias matanzas con que los Incas, olvidados de su habitual misericordia, lograron domeñar a los bravíos Pocras? Antuhuana se menciona en los partes militares de la época de Abascal, por haber aniquilado allí las fuerzas realistas a los indios insurgentes de Chiara en 1815.

Durante la noche, para evitar las heladas, los pastores prenden fuego en los pajonales; y al despertarme en altas horas, veía yo correr las llamaradas por las lejanas punas, y encresparse en las cumbres, enrojeciendo el cielo como un océano de sangre.

IX

EL LLANO DE CHUPAS – ENTRADA EN AYACUCHO

SALIMOS de Antuhuana al amanecer el 16 de Junio. Sobre los cerros y los cultivos brillaban los tonos anaranjados de una mañana de sol, tan resplandeciente como las anteriores. A poco rato, por lomadas de trigales y cebadales, llegamos al campo histórico de Chupas. Es una estrecha pampa, alta y verde, rodeada de colinas, y a cuya izquierda hay un pantano. En ella se empeñó el porfiado combate de 1542, entre Vaca de Castro y Diego de Almagro el Mozo.

Acababa yo de releer en el Cuzco algunas crónicas de la Conquista, que llevé conmigo para ilustración de mi itinerario y entretenimiento de los ocios del viaje; y en Lima había consultado meses antes el estudio de topografía histórica de D. Luis Carranza sobre la restauración del campo de Chupas; así es que, en mi rápida travesía, pude, con los recuerdos de las recientes lecturas, evocar aquel famoso encuentro en que la flor de los conquistadores del Perú vengó la muerte del Marqués Pizarro.

Las minúsculas batallas de nuestro siglo XVI eran mucho más épicas que las gigantescas guerras de la Europa Moderna; porque el predominio de las nobles armas blancas y de la caballería, y la misma pequeñez de los contingentes, daban a la lucha el carácter de individualidad poética, que desaparece del todo en las confusas acciones con-

temporáneas. La exigüidad del número se rescataba con creces por lo reñido y mortífero de la pelea. En Chupas quedaron muertos o malheridos más de la mitad de los combatientes. Por eso los coetáneos compararon en ferocidad esta batalla con la célebre de Rávena, dada en Italia treinta años antes, y en la que habían intervenido por raro caso los verdaderos directores de la de Chupas, que fueron: por los pizarristas, Francisco de Carbajal, antiguo paje del Cardenal Bernardino de Santa Cruz y alférez de Gonzalo de Córdoba, de Pedro Navarro y de Próspero Colonna; y por los almagristas, Pedro Suárez, soldado veterano de Cardona y de Antonio de Leiva. Dispuesta de ambos lados por los capitanes dichos, *hombres pláticos en la milicia*, que era como denominaban entonces a los formados en la escuela de las guerras italianas, la contienda se trabó, cruda y dudosa, en la tarde del Sábado 16 de Septiembre de 1542.

Iba ya el día muy caído y no quedaban sino dos horas de luz, cuando los de la hueste real, desfilando a la izquierda de la ciénaga, hicieron alto en las pampas de Chupas, y vieron en las lomas del frente las lanzas, los pendones, coseletes de plata y divisas blancas de los almagristas, que habían bajado por el camino de Vilcas. A su derecha, como una sombra moviente, se extendía por los cerros de Lambrashuayco el enjambre de los indios auxiliares del Inca Paullu, fiel a la memoria de su difunto amigo el Adelantado.

Un coplero anónimo, que militaba en el bando realista, cantó en arcaicos metros el combate:[57]

Al Primer Tirano en Pirú potente
de quien los tiranos tomaron su rastro,
el buen cauallero de Baca de Castro
lo venció en batalla a él y a su gente;
que en Chupas lo vide al buen Presidente,

[57] Véase *El Ateneo*, tomo VI, número 38, año de 1905, artículo intitulado *Un poema inédito* por Carlos A. Romero.

magüera letrado, vestido un arnés,
vengando la muerte de aquel buen Marqués.
A César sirviendo se mostró valiente.

Olvidada en efecto la pacífica toga de Oidor, D. Cristóbal Vaca de Castro montaba un bridón morcillo rabicano, y sobre la cota de malla lucía una galana ropa de brocado con la cruz de Santiago al pecho. Quería ir en la delantera, y sólo a vivas instancias de sus tenientes consintió en quedarse a la reserva, escoltado por treinta caballeros, entre los que se contaban los principales Encomenderos y fundadores de Lima. No fué el Gobernador el único letrado que hizo armas aquel día, porque el Licenciado Benito Suárez de Carbajal, hermano del Factor Illén y primo del Obispo de Lugo, dió muestras de su habitual denuedo; y el Bachiller Juan Vélez de Guevara, muy bizarramente vestido y compuesto, según su costumbre, con calzas y jubón de varios colores, recamado de oro y con muchas plumas en el sombrero, marchaba, a las órdenes de Francisco de Carbajal, como uno de los dos capitanes de la nueva arma de arcabuces.[58]

Formaban el centro las compañías de arcabuceros y piqueros; y los flancos, los pequeños escuadrones de jinetes y hombres de armas en caballos reciamente caparazonados, divididos así en dos *mangas* o trozos. Gobernaba el de la derecha D. Alonso de Alvarado, el conquistador de los grandes bosques de Chachapoyas, y guardaba el estandarte real, cuyo alférez era el hidalgo leonés Cristóbal de Barrientos, Encomendero en la Nueva Trujillo. En las primeras filas de la izquierda, ondeaban los cuatro guiones correspondientes a Gómez de Alvarado, el fundador de Huánuco, hermano del compañero de Cortés y conquistador de Guatemala; a Garcilaso de la Vega, padre del historiador, deudo del inmortal poeta homónimo y de las casas de Infantado y Feria; al sagaz y sutil Per Anzúrez del Campo Redondo,

[58] Vid. Garcilaso, *Comentarios Reales*, Segunda Parte, Libro III, Caps. XII a XVIII; Montesinos, *Anales*, tomo primero, págs. 131 a 135; Prescott, *Conquista del Perú*, Libro IV, Cap. VI y Apéndice VIII.

descubridor de las selvas de Carabaya y el Beni, y fundador de la ciudad de Chuquisaca; y al inquieto Per Alvarez Holguín, que mandaba toda esta ala, y de quien decían que en Méjico prendió al emperador Guatimocín en la laguna. Hacía de Maestre de Campo otro camarada de Cortés y de Pedro de Alvarado, D. Gómez Tordoya de Vargas,[59] que fué el mejor amigo de D. Francisco Pizarro. Tanto Gómez de Tordoya como Per Alvarez Holguín se habían ataviado como para un torneo, con chaperías de oro sobre las armaduras y encima ropillas acuchilladas de damasco blanco; lo cual fué causa de la muerte de ambos, pues quedaron muy señalados a los tiros del enemigo. Entre los caballeros leales de mayor calidad estaban Pedro de Quiñones, también antiguo soldado de Italia, y sus primos Antonio y Suero de Quiñones, todos tres parientes próximos del Gobernador Vaca de Castro; los hermanos cordobeses Pedro y Diego de los Ríos; Juan de Salas, hermano del Inquisidor General y Arzobispo de Sevilla Valdés de Salas; y Alonso de Loaysa, hermano del de Lima, de

Loaysa Arzobispo que fué de los Reyes

como dicen las añejas coplas mencionadas. Según ellas, la artillería real nada aprovechó, por haberse quedado a la zaga. Era además muy escasa y débil. En cambio la almagrista, compuesta por seis medias culebrinas de diez a doce pies y otros seis tiros medianos de fruslera, constituía indudable ventaja para los rebeldes; y dice un documento oficial contemporáneo que "se hallaba tan bien aderezada y con tanta munición que más parecía artillería de Italia que nó de Indias". La dirigía Pedro de Candia, con sus griegos y levantinos. Los peones almagristas no eran sino doscientos arcabuceros y ciento cincuenta piqueros, pero todos "tan lucidos e bien armados que de Milán no pudieran salir mejor". Los morriones y coseletes se trabajaron en el Cuzco, mezclando plata y cobre. La caballería iba a los flancos, co-

[59] Consúltense los *Comentarios* de Garcilaso y la carta de Vaca de Castro a Carlos V, fechada en el Cuzco a 24 de Noviembre del mismo año.

mo en el campo realista. El joven Almagro mandaba la izquierda con su fidelísimo Capitán General Juan Balsa. Mandaba la derecha Pedro de Oñate, que tenía el título de Maestre de Campo. Custodiaban al estandarte real —que también los insurrectos se preciaban de enarbolarlo— Juan Fernández de Angulo, Juan Ortiz de Zárate, D. Baltasar de Castilla, hijo del Conde de la Gomera, y otros de menos nombres. En medio de los furiosos capitanes Diego Méndez, Diego de Hoces y Martín de Bilbao; de Arbolancha, Hinojeros y Martín Carrillo, todos personales asesinos de Pizarro; de Juan Diente, *el gran trotador*, Malaver y otros foragidos; y entre la feroz soldadesca aventurera que entraba en la lucha por repartirse los bienes y las mujeres del bando contrario, brillaba como dechado y vivo emblema de hidalguía el noble y rico sevillano Juan Tello de Guzmán, primer Alcalde de Lima, siempre fiel a los desgraciados Almagros, por cuya amistad iba a perder la vida en el patíbulo. Las indias principales, que los jefes y guerreros de ambos campos llevaban como mancebas, atronaban con alaridos de pavor las vecinas alturas y se mesaban desesperadas los cabellos, presintiendo la matanza de sus amos, y para ellas el desvalimiento y las violencias posteriores. Al contrario, los indios de carga, que los dos ejércitos traían para conducir la artillería, bagajes y bastimentos, y hasta los de guerra, cuzqueños que con Paullu ayudaban a Almagro y chachapoyanos que servían a Alonso de Alvarado y Vaca de Castro, aullaban de gozo y daban gracias al Sol, que les permitía presenciar la mutua destrucción de sus vencedores.[60]

Resonaban los atambores y las trompetas, y los soldados delanteros del capitán realista Nuño de Castro escaramuzaban ya con los del almagrista Martín Cote, cuando rompió sus fuegos la artillería de Candia; mas por impericia o traición, los tiros no daban en el blanco, yendo muy por arriba, mientras los arcabuceros de Francisco de Carbajal, traspuestas las lomas, avanzaban por terreno raso. Indigna-

[60] Cieza de León, *Guerra de Chupas*, Cap. LXXVII.

do el joven Almagro y convencido de la felonía de Candia, corrió hacia él gritándole: "¡Traidor!, ¿por qué me has vendido?", y lo cosió a lanzadas, dejándolo expirante sobre sus mismas piezas. Subióse luego de piés en una culebrina, e inclinándola con el peso del cuerpo, rectificó el punto. Salió el tiro y rompió los escuadrones de infantería de Vaca, destroncando cabezas y brazos, y matando diecisiete hombres.[61] Al mismo tiempo, los indios de Paullu, enardecidos, atacaban por la izquierda, con una lluvia de piedras y varas. Fué el momento crítico para los realistas. Insuficientes para los de Paullu los auxiliares de Chachapoyas, hubo que destacar contra aquellos un grupo de arcabuceros, que los deshicieron con sus descargas. Los capitanes de infantería, amenazando de muerte a sus soldados, lograron con esfuerzo que se reformara el abierto escuadrón. El obeso Francisco de Carbajal, para animar a su gente, arrojó la cota de malla y la celada, y quedándose en cuerpo, vestido con un jubón de lienzo, y con una partesana en la mano, se puso a la cabeza de la columna, gritando: "Adelante, caballeros. Miradme cuan grueso soy, y voy sin tenerles miedo". Acortadas las distancias, rompieron ambas arcabucerías; y los almagristas, viendo que los del Rey se adelantaban, decían alborotados: "Que ganan honra con nosotros; que por estarnos quedos, entienden que los tememos, y nos acometen como a cobardes. A ellos, que no se puede sufrir tanta afrenta". Sugestionado Almagro con el desasosiego y los clamores de los suyos, movió su ejército; y vino a quedar delante de su propia artillería, que ya no pudo tirar sin ofenderlo. Su Sargento Mayor Pedro Suárez, considerando que este ciego ímpetu de caballerosidad medioeval inutilizaba la mayor fuerza del bando rebelde, se fué a su jefe D. Diego, y con desenvoltura y frialdad de genuino *condottiero* le dijo en alta voz: "Si Vuesa Señoría guardara mi orden y siguiera mi consejo, hubiera hoy la victoria de esta batalla; y por seguir el ajeno, la ha de perder. Yo no he de ser hoy vencido; y pues Vuesa Señoría no quiere que yo sea vence-

[61] Vid. Cieza y Garcilaso.

dor en su camp,o lo he de ser en el contrario". Y picando espuelas al caballo, se pasó a Vaca de Castro.

Entretanto, los arcabuceros almagristas continuaban desordenando a los infantes enemigos que, salidos hacía buen rato del abrigo de las lomas, marchaban en lo descampado como puestos en un terreno. Esperaron primeramente el auxilio de su escasa artillería; mas, según ya hemos dicho, hubo que dejar ésta empantanada atrás. Ahora aguardaban ansiosos el avance de la caballería; y el capitán Pedro de Vergara, malherido, clamaba que todos sus arcabuceros iban a perecer si no acudían los de a caballo. Per Alvarez Holguín, jefe de la izquierda, se demoraba en cargar, con viva impaciencia de Vaca de Castro. Estaba muy meditabundo desde la mañana, sin su ardor acostumbrado, y presentía su muerte. Dieron al fin las trompas la señal acordada; y arremetieron lanzas en ristre los caballeros leales, a los gritos de *¡Santiago, el Rey y Pachacámac!*, a que los de Almagro respondían con los de *¡Santiago, el Rey, Almagro y Chile!* Traían aquéllos en los brazos atadas cintas rojas, y éstos blancas, respectivas divisas de sus bandos. Antes de llegar a encuentro de lanza, Holguín, reconocido por sus armas doradas y su lujosa sobrevesta, fué atravesado por dos pelotas de arcabuz y cayó del caballo con las bascas de la agonía. El poeta anónimo, abandonando las coplas de arte mayor por las décimas, lo celebra así:

Pirú, de tu libertad
este fué inbentor primero;
no su muerte, su bondad
llora por tu soledad
en perder tal cauallero;
que él murió como quien era
delante de su vandera
según la militar ley
peleando por su rrey
¿qué mejor muerte se espera?

Allí cayeron también, heridos mortalmente, el Maestre de Campo D. Gómez de Tordoya y el capitán de delanteros Nuño de Castro; perdió el brazo García de Melo; y otra pelota de arcabuz derribó, con todas las muelas rotas, a Alonso de Loaysa, el hermano del Arzobispo. El generoso Diego de Agüero, que con los otros señores limeños se hallaba en la aún inmóvil escolta del Gobernador, no pudiendo permanecer quieto, cuando tántos amigos suyos peleaban, picó su caballo, y dejando la reserva, se metió en lo más reñido del combate. Pronto se quebraron casi todas las lanzas, con muchos muertos y caídos de ambas partes; y entonces echaron mano a las espadas, porras y hachas, empleando algunos las de partir leña, "que donde alcanzaban, no bastaba defensa ninguna" (Zárate). Revueltos ya todos, arreció la lucha con las acometidas de los piqueros. Las celadas se rompían o se abollaban con los golpes, y las cotas se desmallaban. En el ala derecha, Alonso de Alvarado cargaba contra el grupo de los asesinos de Pizarro:

Allí vieras los galanes
mostrarse valientes hombres
y esforçados capitanes
que pueden llamar RROLDANES[62]
sin añadir en sus nombres.
Vide Alonso de Albarado
dar esfuerzo y esforçado
peleando hasta el fin...

Al Licenciado Suárez de Carbajal, el deudo del Obispo de Lugo, le mataron el caballo; y lidió muy bien como infante. Cedían algo los almagristas; y Francisco de Carbajal daba prisa a los Encomen-

[62] Alusión a algún conquistador de apellido Roldán. No pudo éste ser del conocido Encomendero y Alcalde de Trujillo la Nueva, Juan Roldán Dávila, hijo del enemigo de Colón, porque consta que falleció en 1538, dejando en muy menor edad tres hijos varones.

deros cuzqueños de la izquierda para que acabaran de desbaratarlos. Entre los lances de heroísmo, no faltaron casos de flaqueza y cobardía, como el de aquel caballero, ilustre en sangre y menguado de bríos, de que trata Garcilaso, el cual, dando por razón haber sido buen amigo del Adelantado Almagro el Viejo, se apartó de la batalla y se cobijó a un lado, entre un hidalgo enfermo y el clérigo Luque, pariente del que fué Maestrescuela de Panamá y socio de los dos antiguos conquistadores; y como el mancebo de que hablan Cieza y Zárate, que oculto entre unas peñas, murió miserablemente de una bala de arcabuz que en ellas rebotó.

El joven Almagro arremetía en persona contra el estandarte real y el escuadrón de Alonso de Alvarado; y como hizo un instante cejar a sus defensores, exclamaba ufano y clemente: "La victoria es nuestra. Prender y no matar". Cerraba la noche; y en tan dudoso trance, cargó Vaca de Castro seguido por Lorenzo de Aldana, Jerónimo de Aliaga, los dos Riberas, Melchor Verdugo, Diego Maldonado y los demás Encomenderos de su escolta de honor. Su intervención acabó de decidir la derrota de los rebeldes; pero todavía siguió muy cruel la contienda. Junto a Vaca de Castro murieron el buen Nuño de Montalvo y Mercado, naturales de Medina del Campo, y el Capitán Jiménez; y a Cristóbal de Burgos, opulento morisco vecino de Lima, le cortaron un brazo a cercén. Conociendo el desastre, muchos almagristas se daban a la fuga; pero los matadores de Pizarro, determinados a perecer en el combate, se metían desesperados en las filas enemigas, gritando: "¡Ea, a mí, que maté al Marqués!" Los soldados vencidos trataban de cambiar sus divisas con las de los muertos y heridos realistas. D. Diego de Almagro huyó al Cuzco, seguido de Diego Méndez, hermano de Orgóñez, el antiguo Maestre de Campo de su padre, y de cuatro o seis amigos más. En las tinieblas seguían oyéndose el trotar de los caballos, el estampido de las armas de fuego y las lamentaciones de los moribundos. Los indios y negros esclavos y también los mismos soldados españoles, se dieron a robar el campamento almagrista, a recoger los corceles de guerra y las indias mozas que

vagaban sin dueño, y a ultimar y degollar a los rendidos. Los heridos gemían por el mucho frío de la noche, y porque los esclavos africanos y los indios merodeadores los desnudaban de sus ropas, dejándolos en cueros. Vaca de Castro hizo al cabo tocar las trompetas a llamada; y el ejército veló sobre las armas, temeroso de que los vencidos se rehicieran e intentaran alguna sorpresa. En la misma noche dió orden el Gobernador que los clérigos y frailes salieran a absolver a los agonizantes, y que, de entre los prisioneros, fueran luego ajusticiados los asesinos de Pizarro; mas el desconcierto era tanto, que para todo hubo que esperar la mañana siguiente. Sólo armaron mal dos toldos para los heridos graves de más calidad, que fueron D. Gómez de Tordoya, D. Gómez de Alvarado, Per Anzúrez, Garcilaso de la Vega y otros pocos más. Las horas de obscuridad se pasaron en animados coloquios y alabanzas a los capitanes y combatientes que más se habían distinguido. El otro día, que fué Domingo 17, después de misa, Vaca de Castro visitó las tiendas, mandó traer y descuartizar en el campo los cadáveres de Martín de Bilbao, Arbolancha, Hinojeros y Carrillo, asesinos del Marqués; hizo ajusticiar a otros; y en cinco grandes zanjas, se enterraron mezclados los vencidos y los vencedores. Salieron en camillas para Huamanga los malheridos jefes Gómez de Tordoya, Gómez de Alvarado[63] y Per Anzúrez del Campo Redondo; y el cuerpo del difunto Per Alvarez Holguín. En la tarde hubo un momento de zozobra: apareció a lo lejos gran golpe de gente entre densa polvareda, y se creyó que volvía a atacar Almagro. Mas pronto los corredores regresaron advirtiendo que era un tropel de realistas cargados de botín y prisioneros. Con esto se sosegaron los ánimos. Los rebeldes, muy lejos de intentar reconstituírse, huían desparramados en todas direcciones: los indios los asaltaban en los caminos; los justicias de las ciudades los prendían y degollaban; y los que salvaban de tántos peligros y no podían alcanzar el perdón real, no lograban más asilo que la fugitiva corte del Inca Manco, en las mon-

[63] Este curó y vino a morir años después en la batalla de Chuquinga.

tañas de Vilcabamba. Dos días después del combate, mientras el pobre mozo Almagro, *el mejor mestizo que ha nacido en Indias*, según Garcilaso; *muy virtuoso, entendido y valiente*, según Cieza, huía a todo correr al Cuzco, camino de su perdición, el Gobernador Vaca de Castro marchó a Huamanga con toda su hueste, a proseguir las ejecuciones, "muy contento en ver que el rollo estuviese lleno de cuerpos e que la magnífica sangre de los Españoles fuese derramada por aquella plaza, que no era poca alegría para los Bárbaros", como agrega el mismo Cieza.[64]

Los indios venidos de Chachapoyas para ayudar al ejército real, con su Encomendero Alonso de Alvarado, se establecieron en las cercanías del campo de Chupas y fundaron allí el pueblo de Chiara, que fué exento de tributo en memoria de su lealtad y servicios.

En el propio campo de Chupas, sepulcro de tántos conquistadores y guerreros, no se construyó iglesia como en el de las Salinas del Cuzco; sino un vulgar tambo, que era la primera jornada entre Huamanga y Vilcas. Andando los tiempos, esos llanos y collados se sembraron de trigo y formaron una extensa hacienda de panllevar. Carranza asegura que a fines del siglo XVIII pertenecía a un D. Basilio Guillén; pero documentos que tenemos a la vista no permiten duda que en todo aquel siglo correspondió a los Romaní y Carrillo, y a los Vega y Cruzat, Marqueses de Feria, magnates de la Huamanga colonial.

* * *

De la llanura de Chupas a la ciudad de Ayacucho (antigua Huamanga) hay tres leguas cortas de camino. Se traspone la quebrada de Lambrashuayco; y en medio de sembríos cercados de tunales, dejando a la derecha el río de las Huatatas, se cruza el acueducto por un puente construído en el gobierno del General Cáceres y la prefectura del Coronel Ruiz, conforme reza la inscripción. Hacia el oeste se hallan los vestigios de la calzada real de los Incas. Luego, por una alame-

64 *Guerra de Chupas*, Cap. LXXX.

da y la cuesta y el barrio llamados de Carmenca, como en el Cuzco, entre el obscuro cerro Acuchimay, de vegetación rala, y el arroyo de la Tartaria, penetramos en la población. El declive es fuerte. La cuesta está muy mal empedrada. El arrabal parece despoblado. Hay muchas casas derruídas, con puertas y ventanas tapiadas, de ceguedad desolada y enemiga. Delante de una capilla, los indios, con bebidas y danzas, celebraban la fiesta del Carmen. El baile de enmascarados que preparaban, se llama *Araycasca*. En la banda de la izquierda, tras el riachuelo seco, ví la Alameda con sus quintas y el arco blanco de su mirador. Torcimos junto a él, por un antiguo puente de piedra, tres veces secular; y nos hallamos en una plazoleta comprendida entre las iglesias de Santa Teresa y San Cristóbal. La primera, monasterio de monjas carmelitas, fundado muy a principios del siglo XVIII por el Obispo D. Diego Ladrón de Guevara, que fué catedrático de Alcalá y Virrey del Perú. La segunda es una capilla antiquísima, contemporánea de la Conquista y atribuída a Vaca de Castro, que dicen haberla mandado edificar en conmemoración de la batalla de Chupas y para enterramiento de los principales capitanes que en ella perecieron. Al occidente se yergue la calcárea mole del cerro de las Campanas (*Campanayoj Orcjo*).

Seguimos la calle que va a dar en la Plaza Mayor. Me llamaron la atención las caladas celosías moras que ví en el trayecto. A un lado quedan los muros del Hospital de San Juan de Dios; al otro, junto al Cuartel de donde salían toques de corneta mezclados con el bullicio del mercado delantero, las largas paredes del rehabitado convento de San Francisco. Más allá, tiendas pequeñas de sastres, botoneros, talabarteros y plateros criollos, de bayetas de colores violentos, de comestibles y chalonas; la iglesia de la Compañía y el Seminario; y por fin la enorme Plaza con sus portales blancos y sus arcaicas barandas.

Esta es una vieja ciudad eclesiástica y devota, tierra de añoranzas y soleado silencio, de profundísimo sello español; llena de templos ruinosos, de claustros supresos, y de caserones degradados y carcomidos.

X

IGLESIAS Y CASAS DE AYACUCHO
ASPECTO GENERAL DE LA CIUDAD

LA facilidad con que Ayacucho ha dejado, por su denominación republicana, el tradicional nombre de Huamanga, es una nueva semejanza con Sucre, la antigua Chuquisaca del Alto Perú. Los viajeros la han comparado siempre con ésta, desde Bustamante Concolorcorvo hasta los contemporáneos; pero tiene clima mucho más suave que la ciudad gemela suya en Bolivia. El ambiente es tibio y seco, de constante primavera; la altura moderada, menos de 2,800 metros; y el cielo, despejadísimo, es el de mayor fama en el Perú y uno de los más hermosos del mundo. Su inalterable atmósfera azulada; la reverberación de la luz en los cerros desnudos y calizos que la circundan; la prodigiosa cantidad de ágaves y tunales que crecen en sus alrededores, como una fantástica floresta de lanzas de bronce; la excepcional abundancia de ciegos; el caserío encalado; las torres y cúpulas pequeñas de sus numerosas iglesias; las higueras y los duraznos, los granados y los naranjos que aparecen por encima de las tapias de las quintas; y las recuas de borricos, que recorren sus calles de acequias desbordadas, le dan una típica fisonomía musulmana, del norte de Africa o del Oriente clásico. Los ponchos y vestidos de los indios ponen sus notas de colores exaltantes. Entre los blanqueados muros, bajo los caducos balcones, y sobre el pavimento sonoro y desigual, dis-

curren cabras, ovejas y llamas. Durante la quietud meridiana de la siesta, se oye de pronto el grito de un chiquillo o de un frutero, que se alarga en la soledad de las callejuelas luminosas y desiertas.

La costumbre de dejar por muchos meses, en los vidrios de las casas en duelo, grandes bandas cruzadas de crespones de luto, infunde una tristeza funeral en los principales barrios. El agua potable es pésima, y la mortalidad muy crecida. Cuando mi viaje, quejábanse los vecinos de epidemias de tifus, viruelas y paludismo pernicioso. Pocas son las comodidades modernas de la vida que allí pueden encontrarse; pero son tales la belleza y transparencia del aire, la gracia ardiente y exótica del paisaje, y la clara y soledosa melancolía de la ciudad, que todos los inconvenientes materiales se olvidan, y el alma se aduerme en una languidez de encanto. De noche, no es raro ver a la luz de la luna, en los portales y las esquinas, ancianos envueltos en nobles capas castellanas; y junto a la fragancia de las huertas, frente a los torneados balconcitos y a las ventanas enrejadas, arrullan en la sombra los yaravíes y bordonean las vihuelas. Esto es todavía de un intenso criollismo colonial. Es un remanso de la naturaleza y el tiempo, un oasis abrigado y blando, oculto — muy peruano contraste — entre la aspereza de las punas, la fragosidad de las sierras, y el misterioso prestigio de campos de combates célebres y de históricas matanzas.

La etimología de sus dos nombres es fiera. Ayacucho, denominación de la quebrada inmediata a Quinua y al lugar de la batalla de la Independencia, significa *rincón de muertos*, por la carnicería que a fines del siglo XIII hizo el Inca Rocja en los Pocras rebeldes. Huamanga, designación de la aldea prehispana que existió en las cercanías de la población actual, quiere decir *hártate halcón*; y la tradición refiere que se le impuso porque el Inca Huiracocha, largos años más tarde, tras de domeñar nuevamente a los Pocras, dió de comer en el llano de la contienda carne fresca por su propia mano al ave predilecta de cetrería que llevaba consigo, y que se le posó en la cabeza como augurio de victoria y de absoluta dominación. El Marqués Pi-

zarro encomendó, primero a Alonso de Alvarado (Cieza) y después a Francisco de Cárdenas en 1539, el establecimiento de una villa de españoles en la mitad del camino de Lima al Cuzco, para defensa contra las incursiones que desde la Montaña hacían los indios alzados del Inca Manco. Se le llamó por esto San Juan de la Frontera. Fué asentada en Huamanguilla, junto a Quinua; mas al siguiente año de 1540 resolvieron mudarla al sitio donde hoy está, que se llamaba entonces el Pucaray o la Pocera. Fué Vasco de Guevara, reconciliado almagrista, teniente y sucesor de Cárdenas, quien hizo la nueva fundación. Adoptó por armas, en conformidad con su patrón celeste, el cordero sobre el libro de los siete sellos, y entre las manos la bandera de gules de dos puntas. Se contaron entre sus más notables vecinos, Rodrigo Tinoco; el cronista Miguel de Astete, que en Cajamarca le arrebató la borla imperial a Atahualpa; Per Alvarez Holguín, que, como ya recordamos, capturó a Guatimocín en Méjico, y que fué el segundo Corregidor de la ciudad; y su primo Lorenzo de Aldana, que le sucedió, posterior Almirante de Gasca. Después de la batalla de Chupas, tomó el nombre de San Juan de la Victoria. Muy mentada en las guerras civiles de los Conquistadores, prosperó luego grandemente por su posición en la vía comercial de Quito al Alto Perú, y su proximidad a las minas de Huancavelica y Castrovirreyna. En la primera mitad del siglo XVI, Cieza de León decía que las casas de Huamanga eran las mayores y mejores del Perú, hechas de piedra, ladrillo, cal y tejas, y muy adornadas de torres. Los españoles eran Encomenderos, y de los ricos; y los indios, casi todos *mitimaes*, y entre ellos algunos *orejones* del Cuzco, si bien no de los más principales. En la segunda mitad de aquel siglo, escribía el domínico Lizárraga: "La ciudad de Guamanga es de buenos edificios, y son los mejores del Reino, particularmente las portadas de las casas. El temple es el mejor de los que yo he visto de Quito a Chile".[65] A principios de la centu-

[65] Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú*, Caps. LXXXVII y LXXXVIII. – Fray Reginaldo de Lizárraga, *Descripción breve de toda la tierra del Perú*, Cap. LXXVIII.

ria decimaséptima, el anónimo judío portugués la apreciaba "rica y de buen trato de mercaderes, con muy lindas huertas de recreo y muchas casas de caballeros". Por entonces la gobernó como Corregidor en dos ocasiones (1603 y 1607) el ilustre hidalgo andaluz D. Diego de Aguilar y Córdoba, vecino de la ciudad de León de los Caballeros de Huánuco, distinguido poeta, autor de varias obras inéditas, que se citan entre las mejores de la primitiva literatura peruana, como el poema histórico *El Marañón* y el libro de diálogos en prosa *La Soledad Entretenida*;[66] personaje tan celebrado por la incógnita poetisa en el *Prólogo* del *Parnaso* de Diego Mejía de Fernangil:

Tú Diego de Aguilar eres maestro
en la escuela cirrea graduado,
por ser tu metro honor del siglo nuestro.

El renombre de Córdoba ilustrado
quedará por tu lira; justa paga
del amor que a las Musas has mostrado;

y a quien no menos que Miguel de Cervantes ensalza magníficamente en el *Canto de Calíope*:

Una águila real en vuelo veo
alzarse a dó llegar ninguno aspira.
Su pluma entre cien mil gana trofeo,
que ante ella la más alta se retira.

---

[66] Menéndez Pelayo, *Antología de poetas hispanoamericanos*, tomo 3º; pág. 157 y siguientes. – Calancha, *Corónica Moralizada de San Agustín*, Primera Parte, Libro IV, Cap. XVIII.

La disminución de las encomiendas de indios se compensó con el incremento de la agricultura, los cocales de Huanta, y los obrajes de paños y tocuyos de toda la región. Fué erigida Huamanga en sede episcopal el año de 1609. Corregimiento de primera clase, lo proveía el Rey en las personas más calificadas y a menudo en vástagos de conquistadores limeños, como fueron Jusepe de Ribera y Sancho de Córdoba. Siglo y medio más tarde, a mediados del XVIII, Juan y Ulloa pintaban Huamanga como "muy agradable a la vista"; y hallaban en ella "cerca de veinte familias nobles, que ocupan el centro de la ciudad y cuyas casas son por lo regular altas, construídas de piedra, bien labradas y cubiertas de tejas".[67] Figuraban entre esas familias los Marqueses de Feria y los de Mozobamba, que ya hemos citado varias veces; los Tellos de Espinosa, Marqueses de Valdelirios, parientes del almagrista Juan Tello de Guzmán y descendientes del Encomendero de Chinchaycocha, Juan Tello de Sotomayor, el que prendió a Hernández Girón, por lo cual conservaban en vínculo la espada de este último caudillo rebelde; los La Fuente, Marqueses de San Miguel de Híjar, descendientes del calderoniano D. García Cristóbal de Híjar, que mató públicamente en Lima el año de 1659 por celos a su mujer y prima Dª María Hurtado de Mendoza (*Diario de Mugaburu*); una rama de los Carrillos de Albornoz de Montemar; los Oblitas, los Maysondos, los Romanís, los Orés; y durante largos períodos de mando, como Corregidores o Intendentes, los Bozas y Solís, de los Marqueses de Casa-Boza; los Vásquez de Acuña, de los Condes de la Vega del Ren; el Vizconde de Miraflores; y los Manriques de Lara, Marqueses de Lara, y Señores de Amusgo y Redecilla en España, de la alcurnia y tronco de los antiguos Duques de Nájera, como procedentes de D. Rodrigo Manrique, el que por su honra asesinó a su pariente el Virrey Conde de Nieva, y entonces en la época del mayor lustre de su casa en el Perú por el enlace con los Duques de San Carlos.

---

[67] *Viaje al Perú*, Libro I, Cap. XII.

Esta sociedad aristocrática y la del Obispo y su coro mantenían el brillo y la animación de Huamanga, ciudad alegre, regalona y sensual, de indulgencia eclesiástica, en la que cuenta Bustamante que compraban mucho a los mercachifles y comerciantes pegujaleros, "los señores canónigos y curas, para su uso y el de sus familias".[68] Lo último es malicia del picaresco Bustamante, para zaherir la proverbial incontinencia del clero huamanguino. Las canongías y curatos daban crecidas rentas. La plebe mestiza, ingeniosa y bien parecida, trabajaba en los oficios de adobar cueros y pintar baquetas para asientos y baúles, en obras de platería y filigrana, en pellones y monturas, en tejidos de lana y algodón, en famosas conservas de dulces, y en esculpir imágenes utilizando el blando alabastro de yeso llamado *piedra de Huamanga.* Tenían los habitantes renombre de belicosos y ladinos; y aún hoy sirven de graciosos o bufones para las fiestas populares de enmascarados en todo el sur del Perú. La decadencia se inició a mediados del siglo XVIII, cuando algunos títulos y mayorazgos pasaron a residir en Lima, y se adeudaron y obscurecieron otras familias nobles de la localidad. Aun se ven muchas señales de la difunta vida hidalga: antiguas cocheras, convertidas en pulperías y tendejones; grandes patios, que se han trocado en corrales; y escaleras de suaves y espaciosos peldaños, a veces inútiles porque se han arruinado los altos a que conducían. El área de la población resulta demasiado holgada para el vecindario actual. Hay calles medio desiertas. Hace cien años, Bauzá (o Haenke) le daba 30,000 almas; no parece ahora contar efectivamente con más de 16,000. Y la despoblación lleva camino de continuar si no se apresuran a construír el ferrocarril, a irrigar la campiña, a protejer alguna industria y a combatir la insalubridad.

La Plaza de Armas, rodeada en sus cuatro lados por los portales revestidos de cal, es tan extensa como la del Cuzco. Tenía en el centro una pila, un jardincito estrecho, estatuas y bancas de mármol agru-

[68] *Prólogo* del *Lazarillo de ciegos caminantes.*

padas; lo demás, simplemente empedrado, era imponente por su severa desnudez y soledad. Me dicen que un prefecto progresista la acaba de plantar toda de arbolillos, convirtiéndola en mediocre parque municipal, a imitación del Cuzco. De seguro que con esto le han quitado su único atractivo, que era su rancio aspecto de la Colonia. Nuestra modernidad es mezquina, trivial o grotesca; y no lo era por cierto la desolada vetustez de la desierta plaza, cuando en las horas de sol, entre la fuente del medio y las arcadas y barandales del contorno, apenas transitaba una recua con esquilas, o un indio solitario con poncho escarlata; o cuando en el crepúsculo desciende de la Catedral y las vecinas iglesias, el grave concierto del toque de la Oración.

Esta plaza presenció, después de la batalla de Chupas, la ejecución de Juan Tello de Guzmán y numerosos almagristas. En 1601 fué degollado en ella, con gran lástima, el noble D. García de Solís y Portocarrero, caballero de la Orden de Cristo en Portugal, y muy largos años Corregidor de Huancavelica y Huamanga. Algunos señores feudatarios, a quienes compelía para el servicio militar contra los piratas holandeses, lo acusaron de que en su orgullo hablaba mal de los Oidores, y de que pretendía alzarse y mantenía tratos con los indios rebeldes de la Montaña. Enviaron desde Lima como juez pesquisidor al Licenciado Coello, Alcalde de Corte, enemigo antiguo de D. García. Sentenció a éste a ser decapitado, como se hizo. Colocaron la cabeza en la picota y en una jaula, hasta que unos frailes la hurtaron y la sepultaron secretamente. En la misma plaza, el mes de Agosto de 1833, Gamarra y Bermúdez, vencedores en el combate de Pultunchara, fusilaron a crecida cantidad de revolucionarios, militares del batallón *Callao* y vecinos de Ayacucho, a pesar de las encarecidas súplicas de las señoras y notables de la ciudad.

En la fachada del Cabildo, esquina oriental de la Plaza, está empotrada la piedra sepulcral del conquistador Per Alvarez Holguín, descubierta en 1887 en el templo de la Merced. Es una estatua yacente, con armadura y gran espada, de curiosa labor. Junto al Cabildo, se levanta la Catedral, de exterior insignificante y vulgar; pe-

ro sus adornos interiores jesuíticos y sus altares churrigueresco tienen sello histórico y están bien conservados. Acababa la misa mayor; y los canónigos, en la tallada sillería, entonaban sus rezos. Por las ventanas de las naves penetraban rayos de sol, que hacían danzar torbellinos de moléculas doradas en el piso y en los obscuros rincones de las capillas. La iglesia posee buenas alhajas, traídas de Roma en el siglo XVIII. A la derecha, en la sacristía, existe la serie de retratos de los Obispos. Allí se ven al émulo en virtudes de Santo Toribio de Mogrovejo, D. Francisco Verdugo, que comenzó a edificar la Catedral en 1630; y al que la concluyó, D. Cristóbal de Castilla y Zamora, el rumboso bastardo regio, hermano de Carlos II y de D. Juan José de Austria, y por muchos años Inquisidor de Lima. Fué este Obispo quien fundó el Colegio Real y la Universidad de San Cristóbal, con los mismos privilegios de las de Lima, Valladolid y Salamanca. Funcionaba en los claustros contiguos a la Catedral, que hoy ocupa la Corte Superior de Justicia. Tras de haber alcanzado cierto lustre a fines del siglo XVII, vivió esta universidad menor vida intermitente y pobre en el XVIII y el XIX, hasta que se suprimió después de la guerra con Chile. Detrás de la Catedral, hay varios solares en ruinas, como en el Cuzco. Uno de ellos, espacioso, con fuertes cimientos y pilastras de piedra, debe de haber sido el antiguo palacio episcopal. Ahora el Obispo vive en una modesta casa particular.

En el ángulo noreste de la Plaza, está la iglesia de San Agustín, con los restos de su demolido convento. Las tunas brotan en el tejado y las cornisas; y las pencas pequeñas y duras, de verde metálico, resaltan sobre el barniz luminoso del cielo. Se construyó esta iglesia en 1637, pero fué reedificada en 1767. En ella, cuando el desastre patrio, se reunió la Asamblea Nacional de 1881, ante la que D. Nicolás de Piérola dimitió la dictadura. Sirve hoy de parroquia. El interior, descolorido y semivacío, nada ofrece digno de mención. En la calle que se abre al extremo opuesto de la Plaza, al suroeste, se halla la iglesia de la Compañía, una de las mejores de Ayacucho. A la derecha del altar mayor se conservan el retablo y la efigie del cruci-

fijo de Huayllán, obra indígena muy venerada porque a principios del siglo XVII se le descubrió entre los indios Papris, que lo profanaban en sus conventículos idólatras. El coro alto tiene fama, por la audaz tensión de su arco. Cuando la insurrección de Pumacahua, en 1914, los cuzqueños de Béjar y Angulo y los morochucos de Cangallo sacaron arrastrando de este templo al militar español D. Vicente Moya, junto con el subdelegado de Vilcas Echevarría y el coronel realista indio D. Francisco Tincopa; y los descuartizaron en el atrio. El antiguo Colegio de los Jesuítas es actualmente local del Seminario Diocesano.

A los dos días de mi llegada a Ayacucho, me dirigí una mañana a la huerta de la Glorieta que fué quinta de recreo de los Marqueses de Feria de Navarra. Por calles sucias, anegadas con el agua blanquizca e inmunda de las acequias, entre tapias altas y montones de basura, dí en la capillita de San Agustín de la Pampa, cuya fachada adornan retorcidas columnas salomónicas de piedra. A la derecha, tras cercas derruídas, corre pedregoso y casi seco el arroyo de la Tartaria, en que las indias lavan ropa y juguetean chicos desarrapados. En el fondo, se alza una portada con el orgulloso escudo de armas de los Ferias. De la casa de placer no quedan sino unos paredones, con huecos en el suelo y los zócalos, que fueron alizares de azulejos. Al pozo, de brocal roto, acuden las vecinas. Hay algunos árboles añosos. Los chanchos se revuelcan en lo que fué jardín. La primera Marquesa, Dª Josefa de Cruzat y Munive, nacida en Huamanga, mujer del Marqués D. Francisco Félix de la Vega, Maestre de Campo de los ejércitos de Felipe V en Nápoles, era literata latina, francesa y toscana; y reunía en esta quinta una escogida tertulia. Poseyó una galería de pinturas, que decoraban las salas y la cuadra de la Glorieta, y que consta del inventario de su hijo D. Gregorio. Heredó, con el palacete, sus cultas aficiones, su bisnieto D. Gaspar Carrillo de Albornoz y Vega, quinto Marqués de Feria de Navarra y de Valdelirios, Gentilhombre de Su Majestad, Presidente de la Audiencia de Charcas, quien tuvo sus ribetes enciclopedistas y fué denunciado a la In-

quisición por lector de obras prohibidas, junto con otro noble huamanguino, el Marqués de Mozobamba del Pozo.[69]

La casa urbana de los Ferias se hallaba en el centro de la ciudad, en la esquina de la Merced. Este monasterio, el más antiguo de Huamanga, se estableció en 1541. La iglesia, estrecha y obscura, privada de sus frailes, agoniza en el más completo abandono. De aquí, por callejones irregulares y misérrimos, llenos de chicherías, y por alcantarillas maltratadas, pasé otra vez el riachuelo de la Tartaria, y recorrí el arrabal de Capillapata, así denominado porque hay en él una ermita caduca, de las que abundan tánto en Ayacucho, dedicada a San Juan Bautista. Existía ya a mediados del siglo XVI. Continuando entre escombros y apretados tunales, bajé por San Sebastián hasta la Pampa del Llano y el arroyo de Ñahuimpuquio, que significa *los ojos del manantial.* A la derecha se levanta, sobre escasa arboleda, algunos andenes de cultivos y canteras antiguas, el cerro de Acuchimay, que fué teatro del combate entre Cáceres y Panizo el año de 1882.

Un pariente mío, D. Antonio de la Riva-Agüero, gobernó Huamanga de 1709 a 1711; y me dicen que hacia su tiempo se construyeron las piletas del barrio de Santa Clara. Por piedad familiar al remoto y olvidado tío, voy a verlas. El aspecto de las calles es más y más mahometano. Al pie de un muro encalado y liso, con ventanas escasas y angostas, sobre los guijarros del suelo, almorzaba una hilera de mendigos de ambos sexos, cubiertos con los más pintorescos harapos. Había entre ellos músicos ciegos, que amontonaban en un rincón sus flautas y quenas, y llevaban en la cabeza *chucos* (birretes) colorados. A breve trecho aparece Santa Clara, rico monasterio de monjas, que fundaron en 1568 para sus cinco hijas el Encomendero D. Antonio de Oré y su mujer Dª Luisa Díaz de Rojas, padres del Obispo de la Villa Imperial de Chile, fray Luis Jerónimo de Oré, au-

[69] Ricardo Palma, *Anales de la Inquisición de Lima, La Segunda Inquisición*, pág. 509, en el tomo *Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas.*

tor del *Símbolo Católico Indiano* y otros libros. En este convento se refugió, reconocida ya en su condición femenil, Dª Catalina de Erauso, la famosa *Monja Alférez*, que con el ruido de sus aventuras, pendencias y desafíos, maravilló las Indias y España en la primera mitad del siglo XVII. Parece de la misma época la fronteriza iglesia de San Francisco de Asís, de tres altas naves. Prosiguiendo más al norte, encuentro la Prefectura, antiguo local de las Cajas Reales, y que fué primitivamente lujosa casa particular, con arquerías y humos de palacio, de D. Nicolás de Boza y Solís, oriundo de las Canarias y hermano del primer Marqués limeño de Casa-Boza. Me detuve junto a la elevada iglesia de San Francisco de Paula, en la sugestiva plazoleta, mirando cabrillear el agua del pilón orlado de azulejos, que me trajeron reminiscencias de la Lima colonial. Agraciadas muchachas mestizas y típicos aguadores llenaban por turno alcarrazas, porongos y pipas, con alegre vocerío muy apartado de la general melancolía serrana.

A la mañana siguiente, por la recta que de la Plaza Mayor sale al norte, fuí a conocer la iglesia de Santo Domingo, patronato de muchos Conquistadores, construída de 1548 a 1561. La fachada es baja pero característica, con escudos labrados, pórtico de tres arcos, galería alta abierta y rotonda tejadas, de fisonomía levemente bizantina. Lleva por coronación una fila de piñones. Los tonos dominantes en el conjunto, sobre el encalado, son el plomizo de la piedra y el bermejo obscuro de las tejas y los ladrillos. A más de sus dos torres delanteras, tiene al norte un campanario aislado. El otro se desplomó en la célebre tempestad del 9 de Octubre de 1640, que estuvo a punto de arruinar Huamanga. A la misma ocasión se remonta la grieta que todavía se ve a un lado de la portada. En el atrio que mira al sur, junto a la puerta lateral, una cruz, sobre una elevada columna corintia, recuerda aquel cataclismo. Esta plazuela, con la amarillenta verdura que la alfombra y un pino melancólico, interesa y es de aspecto leyendario. Los claustros del convento, supreso en el siglo XIX, se demolieron con el propósito de hacer un nuevo paseo público, que

naturalmente quedó en proyecto. En una casa de ese girón, dos cuadras más adelante, oí toque de cajón y rasguear de guitarras; y fué grande mi asombro cuando me certifiqué de que tan genuinos ecos de jarana salían de una capillita u oratorio situado en el zaguán de un vasto solar. Ante una imágen de la Virgen de Chiquinquirá, antigua advocación popular procedente de la Nueva Granada, colgaban cadenetas de papel de varios colores, fanales, farolillos y adornos de cristal. A los lados, en bancas y tarimas con colchones, algunos indios completamente ebrios entonaban cantares tristes pero nada devotos. La calle remata en un campo rodeado de chozas, tapias y tunales. En la otra orilla de un escaso arroyo, llamado de los Pericos, se alzan magueyes de especie más fina y bastante elevados, traídos según cuentan, de Méjico por un Obispo. Es la Pampa del Arco, lugar polvoroso, ingrato y hosco. En su márgen derecha, junto a las últimas casas de la ciudad, fué el suplicio de Dª Andrea Bellido, ajusticiada en 1822 por los españoles, a causa de mantener correspondencia con el ejército patriota. Allí se ven los cimientos para la estatua decretada. ¿Se habrá erigido ya, desde mi viaje; o cuántos años pasarán, en la somnolencia nacional, antes que se inaugure?

La víspera de mi partida, paseé la Alameda. La hizo el General Frías, en los primeros años de la República. Tiene un arco regular de cal y piedra. Subí a él, y el espectáculo es curioso. A las doce del día, dijérase Ayacucho un pueblo muerto. Sólo algunos cholos se agrupan en las puertas de las picanterías; por el viejo puente desfila una punta de llamas; y en los lejanos recovecos de las calles, pasa una india cubierta la cabeza con un manto doblado en cuadro, o flota el encendido poncho de un vendedor ambulante de *cancha* o de un curandero boliviano. Relumbra el sol en las aceras de la Alameda vacía; y de las blancas tapias de las quintas de la Tartaria y el Caballito, sube un capitoso aroma de jazmines y de enredaderas fragantes. En el cielo, pálido a fuerza de luz, asoman nubes pequeñas, como copos de algodón. En este aire tan seco, en esta completa calma, cualquier sonido se destaca con inusitada claridad cristalina. El lento

paso de las mulas repercute extrañamente rítmico. Es fascinadora la asociación de colores fundamentales: el azul sobre la blancura de las casas, y muchos toques rojos y verdes. La lástima es que, por baratura o necia moda, van reemplazando las tejas coloradas, tan hermosas y alegres, con la prosaica, gris y vilísima calamina, tan antipática.

Una calle de Ayacucho se designa aún con el nombre deliciosamente arcaico de la *Tenería*. ¡Quiera Dios conservárselo, contra el desastroso afán innovador de ediles antitradicionales! En la puerta de las fondas ponen banderitas y chocios, para anunciar la venta de pan y chicha. Gran parte del vecindario es mestizo; y como muy considerable número de los oficiales y clases capitulados en la batalla de Ayacucho se establecieron en la ciudad, resulta que es sin duda, entre las de la Sierra, aquella que cuenta con mayor cantidad de descendientes de *godos* o realistas. Las iglesias ayacuchanas, en general, son menores que las del Cuzco; pero de decorado igualmente característico y castizo: con dorados y columnas salomónicas, altares de cariátides y de ángeles rollizos, lámparas parpadeantes ante los disformes retablos tallados y estofados, sangrientos Santocristos de cabelleras naturales entremezcladas de flores, Vírgenes con mantos de seda y tisú, Dolorosas con cuellos de encaje y puñales de plata, cuadros ennegrecidos, marcos de espejos, urnas con ramos de briscado y Nacimientos de piedra de Huamanga, enternecedoramente pueriles.

En las casas, el mobiliario es a menudo correspondiente: piso de ladrillo o petates, cómodas de madera obscuro, asientos de esterilla, canapés de cerda con patas de esfinges, paredes con chillones zócalos azules de añil o negros de alquitrán, o por mucha gala, grecas multicolores e ingenuos ramilletes. Hay techos de cedro, con gruesas vigas de sencillos artesones; ventanas de madera torneada, o de barrotes de hierro entrecruzado que recuerdan los locutorios de las monjas, y a veces otras salientes, con recios poyos para asiento de las clásicas tinajeras; mamparas con labraduras acanaladas y redondeadas, del siglo XVIII; postigos con tabiques y molduras en forma de cruces, que corresponden a la época de los Austrias; zapatas con volutas jónicas;

patios con cortinas de madreselvas, jaulas de cañas, pajareras de alambre y macetas de barro; arcadas claustrales, zaguanes sombríos, portones claveteados y con broncíneas aldabas de cabezas de león; y en algunos balconcitos moriscos, la celosía volada de rejillas, ya en Lima tan escasa. Bajo las capas de cal o de la pintura al temple, descubren las paredes a trechos la recia entraña de sus sillares. Como no estaba instalada todavía la luz eléctrica, era un placer artístico vagar de noche por las calles casi apagadas, sorprendiendo los contrastes de las tinieblas y los lienzos de los muros bañados por la luna, y las rendijas de las grandes casas lóbregas, de los tenduchos y los tambos, por donde se filtraba el rojizo y mortecino fulgor de un quinqué.

Pero mi más viva sensación de Ayacucho, fué el paso del Viático una tarde en la Plaza Principal. Moría de fiebres una niña conocida; y buena porción de las mujeres de la sociedad ayacuchana acompañaban la salida del Santísimo. Anochecía cuando las ví regresar. Se extinguían las brasas del crepúsculo; y los cerros sumergían sus crestas de ópalo en una menguante marea de metal en fusión. Entre el tañido de la campanilla y el resplandor de numerosos cirios, la procesión desfiló, rezando en alta voz, con rumor ferviente, las preces de bien morir. Pocas entre las devotas llevaban mantilla; las más se rebujaban con mantas y pañolones. Iba muy crecida cantidad de hombres, con la cabeza descubierta. Muchos se arrodillaban al pasar *Nuestro Amo*. El acompañamiento cruzó la plaza inmensa, en hileras centelleantes y temblorosas bajo la penumbra del ocaso, y penetró en la iglesia de San Agustín. Su tránsito dejaba en la vetusta ciudad una estela de religiosidad ardorosa y tétrica, de catolicismo español y medioeval. En la negrura de los portales, principiaban a titilar humildes los reverberos de las tiendas, y caminaban unos pocos paseantes embozados en capas. Sobre las torres de la Catedral y la baranda del Cabildo, nacía la luna, abultada y amarilla, semejante a una esfera de oro. Subió lentamente en la diafanidad del cielo, adelgazándose y palideciendo, entre cortas nubes de nácar; y flotó leve, como una flor cerúlea.

Si La Paz y Arequipa son las mestizas modernas, que procuran ataviarse a la europea; y el Cuzco, la noble *palla* incaica, empobrecida y desamparada, que entre sus andrajos guarda algunos retales agujereados y preciosos de su antigua túnica imperial; Ayacucho es la rancia mestiza españolizada de la Colonia, que mantiene inmutables entre sus cerros las creencias y las costumbres que le enseñaron sus padres los Conquistadores. Viviendo su tradición y consciente de su melancólica decadencia, no exenta de altivez, sueña y quizás espera, como sus hermanas, las otras viejas ciudades andinas del histórico Perú. Sucre, Potosí y Cochabamba en Bolivia, el Cuzco, Ayacucho, Huánuco y Cajamarca en el Perú Bajo, tierras quechuas benignas y tristes, coro patético de viudas fieles y desoladas, que ocultan entre los Andes sus memorias de pasadas grandezas y dormitan abrigándose al radiante sol serrano, hasta que su raza, sacudiendo el apocamiento y la desconfianza, despierte del letargo, vuelva a creer en sí misma, a vibrar y a restaurar dentro de la historia americana el privativo ideal que va ingénito en su peculiar mestizaje.

XI

EXCURSION A QUINUA Y AL CAMPO DE BATALLA

UNO de los días de mi permanencia en Ayacucho, fuí con el Prefecto, Teniente Coronel D. Pablo Salmón, a visitar el campo de la batalla de 1824. Pasamos a la salida junto a la parroquia de la Magdalena, fundada en el siglo XVI, pero cuya actual fábrica parece de fines del XVIII. Por la Pampa del Arco y la encañadita que forman la Totora y el arroyo de la Tartaria, desembocamos en la campiña de las Huatatas. Se atraviesa por un tunel la cuchilla que las divide. El camino, en toda esta excursión, me pareció muy bueno relativamente a los anteriores, cuidado con esmero notable. Lo sostienen con la alcabala de la coca de Huanta.

La quebrada que seguimos, rumbo al noreste, angosta pero muy agradable y lozana, viene de Ñahuimpuquio y baja hacia Huanta, formando la de Viñaca o Azángaro, tan celebrada por los geógrafos coloniales. El río, ya crecido, recibe aquí el nombre de la Pongora. Su cuenca inferior es rica en vinos y vegetación tropical. La parte alta que recorrí, ofrece amenas sementeras, lindos trozos de alfalfa y de *alcacer* (como llaman a la cebada todavía algunos, a la manera andaluza), saucerías y arboledas frutales de manzanos, pacaes, guayabos, limoneros, albaricoqueros y granados. Hay varios molinos de trigo. En ella tienen sus más preciadas chacras y huertas de veraneo los ve-

cinos de la ciudad. El temple es muy suave. El bullicioso riachuelo de las Huatatas corre entre cañas bravas e irregulares márgenes de arena. Al lado de las parras, las higueras y los lúcumos, se yerguen los inevitables y broncíneos tunales, y los grandes molles; amarillean violentamente las perpétuas flores de la *chilca*; y las faldas de los cerros descubren su blanquecina esterilidad cretácea. En las chozas del tránsito, venden chicha de molle y de jora. Ibamos a detenernos en una de estas pobres ventas, situada en un recodo, entre juncales; pero nos hizo huír a toda prisa la noticia de que había un enfermo sospechoso de tifus. Torcimos a la derecha, y tomamos la subida a Quinua, cruzando un puente en la quebrada de los Yucaes. El paisaje cambia de pronto. Volvemos a ver los típicos aspectos de la tierra fría, los cebadales y trigales orlados de alisos, los maíces bajos, y las casitas blancas, de tejas purpúreas, diseminadas en los andenes y declives. Los campos de trigo mostraban la reciente devastación de las langostas. Más arriba la llanura se ensancha. Algunas humaredas se deshacían quietamente en la pacífica pureza del cielo. A la hora del mediodía entramos en el pueblo de Quinua, que es uno de los más decaídos y lastimosos que he visto. Las casuchas son de adobes y *pircas*.[70] En la plaza, unos cuartos abandonados, sin techo ni puertas, se señalan por la tradición como la casa en que estuvo prisionero el Virrey La Serna y principió a formalizarse la capitulación de los realistas. La incuria en que se derrumba habitación tan histórica, habla bien alto, con amargura insondable. Su ultrajada caducidad parece la fisonomía del desaliento republicano, la remisa postración en que termina este primer siglo de vida independiente. Visité la desmantelada iglesia, que fué hospital de sangre después del combate. Las indias, encabezadas por una vieja muy ladina, nos trajeron flores y frutas de regalo; supervivencia de la costumbre incaica

[70] La *pirca* peruana, pared o cerca de piedra suelta, corresponde a la *albarrada* de Castilla.

de presentarse a los superiores con un don, por insignificante que sea, como símbolo de homenaje.

De Quinua se asciende a la pequeña pampa de Ayacucho. Es un árido llano, cortado por zanjas profundas. Al este lo cierran las prietas y abruptas vertientes del *Condorcunca* (voz o garganta del cóndor), surcadas por sendas en zigzag. A un costado se abre el seco barranco del *Jatunhuayco* (gran torrentera). Al norte, el estrecho valle de Ventamayu, con un riachuelo sombreado de molles, y una capillita, destruída o inconclusa, bajo la advocación de San Cristóbal. En la misma pampa, hay un mísero rancho, que sirve de apeadero; y en el centro de ella, está el paupérrimo y enfático monumento, que parece de yeso. La falta de gusto, llevada a tales extremos, supone ya una grave deficiencia moral. ¡Cuánto más significativa y decorosa habría sido una sencilla pirámide de piedras severas!

Recogimos en el campo algunas balas, de las muchas que allí quedan. Los pobladores de Quinua las venden a los viajeros. Me detuve en las lomadas de la izquierda, desde las cuales la división peruana de La Mar rechazó los ataques del realista Valdés. Hacia el centro y la derecha de la línea, se ven los que fueron emplazamientos de las tropas colombianas.

El relato de mi peregrinación sería ineficaz e inútil si no fuera sincero; y debo a mis lectores y a mí mismo la confesión de mis impresiones exactas. Mi sentimiento patrio, que se exaltó con las visiones del Cuzco y las orillas del Apurímac, no sacó del campo de Ayacucho, tan celebrado en la literatura americana, sino una perplejidad inquieta y triste. En este rincón famoso, un ejército realista, compuesto en su totalidad de soldados naturales del Alto y del Bajo Perú, indios, mestizos y criollos blancos, y cuyos jefes y oficiales peninsulares no llegaban a la decimaoctava parte del efectivo, luchó con un ejército independiente, del que los colombianos constituían las tres cuartas partes, los peruanos menos de una cuarta, y los chilenos y porteños una escasa fracción. De ambos lados corrió sangre peruana. No hay porqué desfigurar la historia: Ayacucho, en nuestra conciencia

nacional, es un combate civil entre dos bandos, asistido cada uno por auxiliares forasteros. Entre los aliados sudamericanos reunidos aquí, bullían ya, aun antes de obtenida la emancipación, los odios capitales, como riñeron los gemelos bíblicos desde el seno materno. El americanismo ha sido siempre una hueca declamación o un sarcasmo; y yo, que cada día me siento más viva y ardientemente peruano, me quedo frío con la fraternidad falaz de nuestros inmediatos enemigos, con la hinchada retumbancia e irónica vaciedad del *común espíritu latinoamericano* en esas vecinas *repúblicas hermanas*, que no han atendido más que a injuriarnos y atacarnos. ¿Por qué hemos de continuar derrochando los tesoros de nuestro entusiasmo ingenuo en los émulos rabiosos que a diario nos denuestan y que asechan el instante propicio para el asalto?

Gran necedad o inícua pasión arguye zaherir al Perú por haber una considerable porción de él seguido hasta el fin la causa española en la contienda separatista. Entonces se operó en el alma peruana un desgarramiento de indecible angustia. Mientras la mitad, juvenil y briosa, se lanzaba anhelante, con los demás americanos, en la ignota corriente de lo porvenir, ansiando vida nueva, la otra mitad, fiel a las tradiciones seculares, perseveró abrazada a la madre anciana e invadida, con la pía y generosa adhesión a la desgracia, que es nota inconfundible de nuestro carácter. Leal conflicto y doliente caso de la eterna y necesaria lucha entre el respeto a lo pasado y el impulso de la acción renovadora.

La Colonia es también nuestra historia y nuestro patrimonio moral. Su recuerdo reclama simpatía y reconciliación, y nó anatema. Si queremos de veras que el peruanismo sea una fuerza eficiente y poderosa, no rompamos la tradicional continuidad de afectos que lo integran; no reneguemos, con ceguera impía, de los progenitores; no cometamos la insanía de proscribir y amputar de nuestro concepto de patria los tres siglos civilizadores por excelencia; y no incurramos jamás en el envejecido error liberal, digno de mentes inferiores y primarias, de considerar el antiguo régimen español como la antítesis y

la negación del Perú. Para animar y robustecer el nacionalismo, hay sobrados y perdurables contrarios, rivalidades profundas, positivas y esenciales. La dura experiencia nos lo ha enseñado; y mi generación, más que las anteriores, lo sabe y lo medita.

La Colonia, a pesar de sus abusos, —tan poco remediados aún— no pudo reputarse en países mestizos como servidumbre extranjera. Para el Perú fué especialmente una minoridad filial privilegiada, a cuyo amparo, y reteniendo nuestra primacía histórica en la América del Sur, iban nuestras diversas razas entremezclándose y fundiéndose, y creando así día a día la futura nacionalidad. Aleación trabajosa y lenta, dificultada por la propia perfección relativa del sistema incaico, que se resistía, muda pero tenaz y organizadamente, a ser plasmado por una cultura superior. Regiones de menor multiplicidad étnica o desprovistas de reales civilizaciones indígenas, se acercaron más rápidamente a la unidad moral, en tanto que el Perú se retrasaba por la arduidad de la tarea correspondiente a su excesiva complicación. En medio de ella nos sorprendió la guerra de la Independencia; y no cabe negar que fué en momento singularmente inoportuno para nuestros peculiares intereses. Más temprano, anticipándose cincuenta años, sobreviniendo antes de la creación del Virreinato de Buenos Aires, las deficiencias mayores habrían quedado compensadas por el beneficio inestimable de retener la Audiencia de Charcas, de mantener la suprema unidad territorial y de la raza predominante, conservando las provincias del Alto Perú, cuya segregación arrancó tan hondas y proféticas quejas al Virrey Guirior. Más tarde, si la emancipación sudamericana hubiera ocurrido, por ejemplo, cursando el segundo tercio del siglo XIX, habría encontrado bastante adelantada la interna fusión social de las castas y clases del Perú; menos ineptos y desapercibidos los núcleos directores, que apenas iniciaron su modernización a medias con el *Mercurio Peruano*; y tal vez completamente reparado el desacierto de la desmembración del Virreinato, como lógica consecuencia de aquel movimiento consciente de reintegración administrativa que en 1796 nos devolvía la Intendencia de Puno, en 1802 las

grandes comandancias de Quijos y Maynas, y de modo imperfecto y transitorio luego, Guayaquil y el mismo Alto Perú.

Pero como de nuestro país no dependió ejecutar en el siglo XVIII el plan de los reinos autónomos propuesto por el Conde de Aranda, ni podíamos precipitar o retardar a nuestro sabor la hora de la general insurrección americana, determinada inevitablemente por el ataque de Napoleón a la Metrópoli, y como era absurdo el empeño realista de guardar unido el Perú a España cuando todo el continente había ya roto sus vínculos de vasallaje, desde 1812 o 1814 los genuinos intereses peruanos demandaban, a cuantos sabían y querían entenderlos, nuestra emancipación inmediata y espontánea, para no quedarnos a la zaga de los otros pueblos de Sud América en la crisis ineludible, y para evitar o reducir grandemente la funesta inminencia de su intervención. Por eso, mucho más que por cualesquiera otras razones, debemos proclamar heroicos servidores del Perú a todos los patriotas nuestros que en abierta rebelión o conjuraciones subterráneas, desafiando fuerzas harto mayores que en los países vecinos, con sino adverso pero con ánimo invicto, lucharon contra los fanáticos realistas peruanos, obcecados en resistencia tan formidable como estéril y petrificados en la añoranza de un pasado irreversible. Y por ello también, dentro de la comprensiva equidad de la historia, si a estos va la cortesía reverente y melancólica que merecen siempre las víctimas de la lealtad equivocada, a aquellos consagramos toda la efusión de nuestra gratitud. Desde Zela y Pumacahua hasta los conspiradores de Lima, fué cimentándose, entre sacrificios y catástrofes, un partido peruano separatista, que asumió nuestra representación al frente de los hermanos ya emancipados, y colaboró después con San Martín. Enseguida los valerosos vencidos de la Legión Peruana en Torata y Moquegua, los vencedores de Zepita y Pichincha, los Húsares que decidieron la batalla de Junín, y la bizarra división de La Mar en este campo de Ayacucho, demostraron el esfuerzo de los peruanos independientes y rubricaron con gloria en nombre de nuestra patria el advenimiento de la nueva edad. La razón y el verdadero espíritu nacio-

nal estuvieron sin duda con los *patriotas* y en oposición a los pertinaces tradicionalistas; pero, tras el cruento y largo cisma, tuvo que venir y vino la íntima compenetración entre los de ambos bandos, hijos de un mismo suelo, que combatieron obedeciendo a apreciaciones diversas sobre las conveniencias del Perú. Las posteriores guerras civiles vieron militar indistintamente en las mismas filas *capitulados* y *libertadores*.

Mas para que la definitiva nacionalidad ganada en Ayacucho se adecuara a sus destinos y obtuviera su completa verdad moral, no bastaba la mera conciliación de las personas, fácil siempre en nuestra tierra. Era y es aún necesaria una concordia de distinta y más alta especie; la adunación y armonía de las dos herencias mentales, y la viva síntesis del sentimiento y la conciencia de las dos razas históricas, la española y la incaica. Al cabo de noventa años, ¿hemos logrado acaso, en su plenitud indispensable, esta condición esencialísima de nuestra personalidad adulta?

En los días siguientes a la Independencia, en el iluminado rapto que da todo triunfo, hubo percepción clara de tan indispensable requisito. Entre las afectaciones e ingenuidades de la época, se descubre el grave y justo deseo de incorporar los más insignes recuerdos indígenas en el viviente acervo de la nueva patria. El buen Vidaurre llevaba su celo hasta el extremo candoroso de invocar al dios Pachacámac en una arenga solemne; y Olmedo el Inspirado, de corazón profundamente peruano, hacía vaticinar la victoria de Ayacucho al gran monarca Huayna Cjápaj y bendecir el estado naciente por el coro de las Vírgenes del Sol. Menéndez Pelayo, en su cerrado españolismo, juzgó esto como *inoportuna ilusión local americana*; y yo mismo, en mi primer escrito, sostuve con fervor la opinión de mi maestro, llevado por mi excesiva hispanofilia juvenil y por mis tendencias europeizantes de criollo costeño. A medida que he ahondado en la historia y el alma de mi patria, he apreciado la magnitud de mi yerro. El Perú es obra de los Incas, tanto o más que de los Conquistadores; y así lo inculcan, de manera tácita pero irrefragable, sus tradiciones y

sus gentes, sus ruinas y su territorio. No ilusión, por cierto, sino legítimo ideal y perfecto símbolo representa la evocación que Olmedo hizo en su imperecedero canto. El Perú moderno ha vivido y vive de dos patrimonios: del castellano y del incaico; y si en los instantes posteriores a la guerra separatista, el poeta no pudo acatar con serenidad los ilustres títulos del primero, atinó en rememorar la nobleza del segundo, que aun cuando subalterno en ideas, instituciones y lengua, es el primordial en sangre, instintos y tiempo. En él se contienen los timbres más brillantes de lo pasado, la clave secreta de orgullo rehabilitador para nuestra mayoría de mestizos e indios, y los precedentes más alentadores para el porvenir común.

En la quieta y larga gestación de la Colonia, el proceso de nuestra unidad fué el callado efecto de la convivencia y el cruce de razas; pero, realizada la emancipación, se imponía, como deber imperiosísimo, acelerar aquel ritmo, apresurar la amalgama de costumbres y sentimientos, extenderla de lo mecánico e irreflexivo a lo mental y consciente, y darle intensidad, relieve y resonancia en el seno de una clase directiva, compuesta por amplia y juiciosa selección. Sin esto el Perú había de carecer infaliblemente de idealidad salvadora; y desprovisto de rumbos, flotar a merced de caprichos efímeros, de minúsculas intrigas personales, y al azar de contingencias e impulsiones extranjeras. Y aun más se advirtió la urgente necesidad de aquella clase directiva, centro y sostén de todo pueblo, con el establecimiento de la república democrática, que la supone y reclama, porque privada de la guía y disciplina de los mejores, tiende a degenerar por grados en anarquía bárbara, en mediocridad grisácea y burda, y en inerme y emasculada abyección. Nuestra mayor desgracia fué que el núcleo superior jamás se constituyera debidamente.

¿Quiénes, en efecto, se aprestaban a gobernar la república recién nacida? ¡Pobre aristocracia colonial, pobre boba nobleza limeña, incapaz de toda idea y de todo esfuerzo! En el vacío que su ineptitud dejó, se levantaron los caudillos militares. Pretorianos auténticos, nunca supieron fijar sostenidamente la mirada y la atención en las

fronteras. Héroes de rebeliones y golpes de estado, de pronunciamientos y cuarteladas, el ejército en sus manos fué, nó la augusta imágen de la unión patria, la garantía contra los extraños, el eficaz instrumento de prestigio e influencia sobre los países vecinos, sino la palpitante y desgarrada presa de las facciones, la manchada arma fratricida de las discordias internas. La vana apariencia de las palabras y los ademanes quijotescos, no oculta en esos jefes el fondo de vulgares apetitos. Absortos en sus enredos personalistas, ávidos de oro y de mando, sus ofuscadas inteligencias no pudieron reconocer ni sus estragados corazones presentir los fines supremos de la nacionalidad; y cuando por excepción alguno acertó a servirlos, todos los émulos se conjuraron para derribarlo, y lo ofrecieron maniatado al enemigo extranjero. Así se frustraron miserablemente las dos altas empresas nacionales, la de La Mar el 28 y la de Santa Cruz el 36.

Por bajo de la ignara y revoltosa oligarquía militar, alimentándose de sus concupiscencias y dispendios, y junto a la menguada turba abogadil de sus cómplices y acólitos, fué creciendo una nueva clase directora, que correspondió y pretendió reproducir a la gran burguesía europea. ¡Cuán endeble y relajado se mostró el sentimiento patriótico en la mayoría de estos burgueses criollos! En el alma de tales negociantes enriquecidos ¡qué incomprensión de las seculares tradiciones peruanas, qué estúpido y suicida desdén por todo lo coterráneo, qué sórdido y fenicio egoísmo! ¡Para ellos nuestro país fué, más que nación, factoría productiva; e incapaces de apreciar la majestad de la idea de patria, se avergonzaban luego en Europa, con el más vil rastacuerismo, de su condición de peruanos, a la que debieron cuanto eran y tenían! Con semejantes clases superiores, nos halló la guerra de Chile; y en la confusión de la derrota, acabó el festín de Baltasar. Después, el negro silencio, la convalescencia pálida, el anodinismo escéptico, las ínfimas rencillas, el marasmo, la triste procesión de las larvas grises.....

Ante este agobiador resumen, que sintetiza nuestro absoluto fracaso en la centuria corrida desde la Independencia, recordamos, con

amargura punzante, los felices horóscopos que el cantor de Junín y Ayacucho ofrendó en la cuna del Perú nuevo. ¡Cruel desmentido hasta ahora el de la desolada realidad a los deslumbrantes pronósticos de continua ascensión, de las venturas y glorias, que creyeron todos iniciar entonces! Las sombras de los sueños desvanecidos fueron mis melancólicas compañeras en la visita a la llanura célebre; y se me representó la terrosa extensión del campo regada con las cenizas de una fulgente aspiración extinta.

Las nacionalidades históricas destronadas que Olmedo enumeró para augurar su compensación con las nacientes americanas, se han regenerado en el curso del siglo, se han purificado y rehecho en la fragua del destino. Los altares de Grecia, que imaginaba el poeta reemplazar con los de Sud América, se elevaron de entre las ruinas; y a pesar de las tormentas, brillan hoy reavivados por las esperanzas del vigilante helenismo. Razas diversas, en su derredor, luchan sin descanso por afirmar sus respectivas personalidades; y en los más árduos trances no desesperan de lo futuro. *El Capitolio de la humillada Roma*, que Olmedo contrapuso en sus versos triunfalmente a los redimidos monumentos incaicos, se encumbra renovado y soberbio. Todos los pueblos, desde los más famosos hasta los más remotos y olvidados, reclaman puesto y voz en el coro fluctuante de la humanidad. Y el Perú, que en la América meridional es la tierra clásica y primogénita, desconoce su misión, abdica de sus designios esenciales, rechaza cualquiera ambición como un desvarío, y se sienta postrado y lacio en las piedras del camino, a mirar como lo aventajan sus competidores, satisfecho en su poquedad cuando obtiene las bases mínimas de existencia.

No eran ciertamente alegres los pensamientos que me asaltaban, cuando al caer la tarde, entre el oro desfallecido de los trigos y del cielo, volvía de Quinua a la ciudad de Ayacucho. Mas, al releer después la conmemoración de la batalla en la oda de Olmedo, para mí tan familiar, hallé un consuelo inefable en la sublime estancia que todos los peruanos deberíamos saber de memoria: aquella en que

compara el vate, —¿acaso no significa esta palabra *profeta*?— las virtudes de reacción súbita que guarda siempre nuestra patria, con el arranque memorable de Aquiles, que del indigno sopor de Sciros pasó de improviso a las hazañas victoriosas de Troya.

XII

SALIDA DE AYACUCHO. – LAS SALINAS DE ATOCOCHA. – JULCAMARCA. – ACOBAMBA. – LA FIESTA DE SAN JUAN

LOS suburbios de Ayacucho están cubiertos de crecidos tunales; pero después, cuando se sale hacia el noroeste, comienza la aridez a poco trecho. Sube el camino por una pampa seca y pedregosa. Algunos cactos manchan las desiertas laderas. En un collado próximo a la eminencia de la Picota, nos detuvimos a mirar el panorama de la ciudad. Bajo la pureza magnífica del cielo, entre los cerros claros y desnudos, y la breve campiña, de arbolado escaso y vegetación espinosa, aparece nítida, alucinante de blancura, como una imágen del Oriente islámico, luminoso y estéril.

La comarca ayacuchana es agrícolamente pobre, por falta de agua. El proyectado canal de riego duplicaría los cultivos inmediatos a la población, y remediaría así la decadencia de sus habitantes. La regularización de las lluvias, tan esencial aquí como en Piura y las cabeceras de la Costa, demanda replantar los terrenos con los algarrobos, chachacomas y pisonayes, eucaliptos, cedros y molles que medran en la provincia muy fácilmente. La naturaleza del suelo es apropiadísima para los viñedos, cuyos productos hay que esforzarse en substituír al mortífero aguardiente de caña, según lo reclamaba ya Carranza en sus estudios sobre esta región. Podrían obtenerse ágaves tan

variados y preciosos como los mejicanos, que junto con el algodón de los valles hondos y las lanas de los rebaños de ovejas y alpacas de las punas, ofrecerían nuevos elementos para restaurar la antigua industria textil huamanguina. Con una aceptable vía de comunicación y un coherente y duradero sistema proteccionista, que alentara las posibles manufacturas nacionales, recuperaría su importancia de antaño la ciudad que obtuvo un tiempo el tercer lugar entre las del Perú Bajo.

Mi primera jornada solamente fué hasta Atococha. De Ayacucho el camino toma la subida de la Picota, y va muy alto, por los despoblados y recuestos de Cónoc y Chillico. A la derecha, en lontananza, se distinguen, bajo un velo de oro y luz fluída, los campos de Huanta, extensos y fértiles, que componen el valle denominado de Azángaro en los cronistas primitivos. Disminuyen algo los gigantones y los nopales. A ratos perfuman con violencia la soledad las retamas silvestres. Torcimos por las encañadas de Santiago de Picha y Cayarpachi, con maizales tupidos y chozas humeantes; y tras una apacheta y los oteros de grama llamados de Huancas, llegamos al pueblo y las salinas de Atococha (*laguna de la zorra*).

La bocamina se abre en un abrupto morro, sobre la profunda quebrada del Cachimayu (*río de la sal*). De este bastión, circundado por las hendiduras del gran huayco, se siguen viendo al oriente, entre las ondulaciones de unos cerros, los verdes pálidos de los sembríos de Huanta y el telón azul de la Cordillera, que cierra la perspectiva.

A poca distancia de Atococha y de la aldea de Anyana (*la reprensión o la riña*), pasamos la raya divisoria de los Departamentos de Ayacucho y Huancavelica. Cruzamos el valle de Cachi, llamado también de Huanchuy; la agria subida de Antaparaco (quizá *corrupción de torbellino lluvioso*), llena de peñascos y guijarros, y unas alturas con sembrados y caseríos; y, bajando laderas pintorescas, de cerros áridos en lo bajo y cultivados en las cumbres, pernoctamos en Julcamarca, que por este lado es el primer pueblo de la provincia de Angaraes.

En el distrito de Julcamarca dicen haber vetas de plata y baños termales. La población está situada en la márgen derecha de un riachuelo y a la falda de un monte calvo, a 3,383 metros sobre el nivel del mar según el mapa de Raimondi. Es villa de más de 1,500 habitantes, casi todos arrieros y labradores, con sembríos de trigo, maíz y papas. Su denominación puede venir de Sullamarca, que sería, por lo que asevera Garcilaso,[71] *castillo claro, despejado*; o de Sullca, tocante al *menor*, al *último*, al *hijo postrero*. Parece que fué curacazgo particular de Hancohuayllu, el soberano chanca cuyo verdadero nombre para Betanzos y Sarmiento de Gamboa es Uscuhuyllca, el adversario del Inca Huiracocha, el que vencido transmigró al Huallaga y al Marañón. Garcilaso, que la llama Suramarca, cuenta que en su antigua fortaleza y en la vecina de Challcumarca, se detuvo Hancohuayllu con mucha lástima, los días anteriores a su partida, como despidiéndose de sus antepasados que las habían construído, y que decían sus indios que sintió más dejarla que todo su estado.[72] Probablemente fué Pahuaj Mayta, hermano y delegado del Inca Huiracocha, quien repobló el lugar, poco después de aquella emigración, en el siglo XIV, con mitimaes traídos de Andahuaylas.[73] En Julcamarca murió, el año de 1636, el Obispo de Huamanga, electo para el Arzobispado de Méjico, D. Francisco Verdugo, que a pesar de su siniestro apellido, fué uno de los más caritativos y virtuosos prelados coloniales, y a quien se ha intentado beatificar en varias ocasiones.

El vecindario indígena de Julcamarca se compone de dos ayllos o parcialidades chancas, ambas originarias del Pampas y el Pachachaca, y bastante diferenciadas todavía. Vi algunos indios con el sombrero de picos del siglo XVIII. La iglesia, al este de la plaza, es pobre y tiene dos torres desiguales. Las casas son encaladas, con tejas grana-

---

71 *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro V, Cap. XXVII.

72 Idem ibidem.

73 *Relaciones Geográficas de Indias*, Madrid, 1881, tomo I, págs. 140 y sgts.

tes. Me alojé en una pequeña y limpia, recién construída; pero tuve que salir a comer en una mísera chingana, atestada de quesos, charquis y botellas de aguardiente. Era el Sábado 22 de Junio; y, por disposición eclesiástica, en aquel año cayó al día siguiente, Domingo 23, la fiesta de San Juan, tan celebrada en la Sierra desde las vísperas al octavario. Para esta ferviente devoción hay un motivo tradicional: conforme al calendario incaico, el mes de *Aucjay Cjuxqui* o *Cahuay* principiaba en el solsticio de invierno, que precisamente corresponde en nuestras tierras al 22 de Junio, cuando ya habían recogido y *encolcado* el maíz;[74] y se solemnizaba con los regocijos del Intip Raymi. Los indios y los mismos cholos han transladado inconscientemente la festividad gentílica a la movible de Corpus, y también a la conmemoración de San Juan Bautista, que es más cercana; y han doblado así los pretextos de sus jolgorios y borracheras.

Coincidiendo con los usos casi universales, los labriegos del interior encienden las noches de San Juan hogueras multiplicadas. Es la fiesta del fuego. Movibles guirnaldas de luces chispean y se propagan alegremente en la obscuridad nocturna de las serranías. Las fogatas, agitadas por el viento, parecen responderse de cerro en cerro. En las poblaciones medianas no faltan los castillos de cohetes, a que son muy aficionados los habitantes; y en Julcamarca esa vez hubo además lidia de un toro con candela en los cuernos. Cuando se apagaron las raudas *palomas* incandescentes y las irisadas lluvias de Bengala, y se extinguió el eco de los camaretazos, penetró en la plaza un novillo con una estopa ardiendo en el testuz. Los indios ebrios le arremetieron a porfía,[75] y los chicos arreciaron la grita; pero el infeliz animal, desesperado con su infernal tormento, después de unas pocas embestidas al corro de toreros improvisados y de haber derri-

[74] *Encolcar* llaman en el Perú a lo que en español castizo se dice *entrojar*.

[75] Los naturales de estas provincias conservan, en sus grotescas lidias de toros, la suerte o lance de rejones, que se llamaba en la época colonial el *choque de moharras*, peculiar forma de toreo de los indios peruanos, antiguamente introducida por ellos en nuestra Plaza de Acho.

bado a algunos, rompió el cerco de los espectadores y salió huyendo al campo, seguido a la carrera por la muchedumbre con algazara enorme. La función se frustró con esto, o cambió a lo menos de escenario. El tropel se alejó hacia las afueras; poco a poco los clamores se perdieron; y la plaza se fué vaciando de los que en ella quedaron. La luna pavonaba las rocas y los muros de adobe, y opacaba el centelleo estelar. Una nube blanquísima veló de pronto el argentado resplandor. En las callejuelas y los campos cercanos, las hogueras llameaban titubeantes, combatidas por las ráfagas del aire; y entre los ruidos de la fiesta aldeana, resaltaba, tras la delgada queja de los cantos y el sollozo de las *antaras*, el contraste del crepitante y convulsivo redoble de las danzas zapateadas.

De Julcamarca a Acobamba hay cosa de nueve leguas de fragoso camino. En este trayecto fué donde el diminuto ejército del General Cáceres, en su difícil retirada de Jauja a Ayacucho, después de haber contenido a los chilenos en Pucará de Huancayo, acabó de deshacerse con la horrible tempestad del 17 de Febrero de 1882, en que sucumbieron los enfermos y heridos de la división, y arrastrados por una *llocjlla* (alud), rodaron a los abismos más de cuatrocientos soldados.

Salimos muy temprano de Julcamarca, al amanecer del domingo, entre las clarinadas de los gallos y el balido de las ovejas. Bajamos una larguísima cuesta, pasamos el puente de piedra de Huaranjayllo; y por varias quebradas llegamos al río de Lircay, que recibe igualmente el nombre de Urubamba, como el Vilcamayo del Cuzco. Quedan al oeste las alturas de Lircay, y al este las de Cajas y la pampa de las Vizcachas, afamada por sus antiguas minas. El paisaje es muy parecido al de la víspera. A nuestra derecha, en el soberbio anfiteatro de la cordillera oriental, lucían los nevados. Tres de ellos tienen los títulos más poéticos. A uno, el primero comenzando del norte, le llaman los indios *Santiago*, por el resplandeciente patrón de los Españoles, a quien identificaron con las armas de fuego y el relámpago; al último hacia el sur, lo denominan *Rasuhuillca*, que en el dialecto

quechua-aymara de la región, significa, según Carranza, *la montaña santa*; y al del centro le dicen *Cjorihuillca*, que equivale a *santo* y *dorado*.

De toda mi travesía desde Atococha a Acobamba, retengo con viveza las sensaciones de los puentes tembladores, de los arroyos cascajosos; de un prado pequeño y gramoso, cercado de sauces, donde paramos a almorzar, y por cuyos setos y tranqueras del frente apareció una india joven a ofrecernos la blanca chicha de molle; de unas laderas con manantiales, chorrillos y carrizos; de un torrente, sonoro de guijas, que las mulas se resistían a vadear; y de unos cerros anaranjados y morados, en cuyas faldas crecen los áloes y los cactos gigantes, como candelabros monumentales. Otros cardos semejan cirios verdes; y hay magueyes híspidos, de tono mohoso, que parecen espadas rotas. A veces, en el azul purísimo, a inconmensurable elevación, giraba el punto negro de un cóndor.

Después de haber seguido largo tiempo la misma quebrada de Julcamarca, volteamos, a mano izquierda, a la estrecha y honda de Lircay. Pasamos un puente de sogas, muy roto y combado en el centro. Es caluroso este valle de Urubamba de Lircay. Produce caña de azúcar, maíz, trigo, linaza y bastantes vides; y adornan sus tierras algunos cedros, y gran cantidad de higueras y otros árboles frutales.

Tomamos una muy parada cuesta al norte. Una cuadrilla de indios, del ayllo próximo de Huancayacu, componía cantando el pendiente y maltratado camino. Bajaba un rebaño de ovejas y cabras, precedido de negros perros lanudos, y guardado por una indiecita y un pastor viejísimo, abuelo de ella sin duda, y cuyas blancas greñas se escapaban del chuco de lana.

En la planicie superior hay un caserío, Choclococha, con iglesia y media docena de chozas de paja. Al aire libre se amontonaban las corontas de maíz y las papas para el *chuño*. Luego descendimos por lomas anchas y descampadas, de yerbas amarillentas. El cielo tenía el profundo color zafíreo de un mar. En el horizonte se perdía una leve recua de llamas. A la izquierda, en un declive, aparece la

extensa y verde vega de Acobamba. Sus pastos rodean una gran laguna coronada de totoras. El ganado matiza las orillas; y por las laderas del contorno trepan las segadas suertes de los trigales y cebadales. El cuadro es virgiliano, bajo la paz esplendorosa del sol. Al noroeste se ven las dos villas unidas de Acobamba y Anta. Oblicuamos entre los cerros y el risueño llano de la laguna. De trecho en trecho, un maguey levanta su rígida alabarda, como para vigorizar la suavidad campesina. En la entrada del pueblo, en un recodo y al borde izquierdo de la senda principal, hay una roca tallada, con asientos y escalones. Debió de ser ara de sacrificios, de las que D. Cosme Bueno señala en esta comarca. Algunas mujeres, con sombreros de fieltro y vivísimos trajes, cantaban yaravíes, sentadas en el antiguo altar idólatra.

El nombre de Acobamba proviene de dos palabras quechuas, que quieren decir *llanura de arena.* Efectivamente está construída en una corta meseta arenisca y arcillosa, que se eleva al norte de la campiña y en la que desembocan huaycos secos de color rojizo y ocre. Se halla a 3,540 metros de altura (Melitón Carbajal). La fundó el Inca Pachacútej, hacia la mitad del siglo XIV, con indios mitimaes de Huarochirí, como colonia militar para que consolidara la sumisión de los chancas y huancas.[76] Fué cabeza de toda la región, antes de la prosperidad de Huancavelica a mediados del siglo XVI; corregimiento español importante; y capital de la provincia de Angaraes, hasta los últimos tiempos. Aunque decaída y postergada ahora, por la competencia de su moderna rival Lircay y la pérdida de su tradicional industria alfarera, tiene Acobamba cerca de tres mil vecinos, incluyendo los de la contigua villa de Anta, que pegada a ella viene a constituir un arrabal suyo.

Cada una de las dos poblaciones reunidas conserva su iglesia parroquial. La de Anta, que es el barrio bajo y ocupa el pie de la ladera, me pareció la mejor. Es grande, churrigueresca y con muchos

[76] *Relaciones Geográficas de Indias*, tomo I, págs. 140 y sgts.

dorados. Celebraban, en la tarde del domingo, el trisagio de la fiesta de San Juan; y el cura, ante la apiñada concurrencia, predicó un largo sermón en quechua. La fachada, de piedra bermeja, se engalanaba con quitasueños y cadenetas de papel, que remecía el viento. Los indios se agolpaban en el techo y el campanario, y se alineaban en las cornisas. En el atrio y la ancha plaza delantera, efectuaban la elección de mayordomos, y hacían los últimos preparativos para la corrida de toros y la pelea de gallos. Los grupos, en continuo vaivén, semejaban la caja de colores de un pintor. Los ponchos masculinos y los anacos y las *llicllas* femeniles eran como un arco iris movible. Rojos furiosos, rojos sombríos, granates con fajas violetas, celestes tiernos, amarillos de oro y naranja, azules profundos y verdes de mil matices se agitaban y revolvían. Todas estas violencias yuxtapuestas no disonaban, sin embargo. Formaban una armonía bárbara, pero muy rica y justa. En la luz rutilante, entre los áureos remolinos de polvo y junto a los hoscos barrancos salpicados de tunas, la fulguración de los vestidos representaba la verdadera sugestión del ambiente y como el complemento indispensable del paisaje.

Acabadas al anochecer las lidias de toros y de gallos, encendieron las fogatas y comenzaron las danzas. Un indio ciego recorría las calles, entonando al son de una arpa esos lánguidos *tristes* mestizos de Ayacucho, que se dirían bañados en llanto. Unas máscaras, rezagadas tal vez desde el Corpus, animaban el *taqui*, baile genérico del pueblo; y el bufo *huamanguino*, de chupa y calzón corto, dirigía la ruda comparsa. Bronceadas muchachas, más morenas que el trigo y el maíz recién cosechados, adornadas con cintas, abalorios y zarcillos de oro y plata, brincaban acompasadamente en honor del glorioso San Juan, que murió víctima de una bailarina de mayores refinamientos. En torno de las hogueras, se movían las rondas de la grave cachua. El *huáncar* tamborileaba infatigable; zumbaban los *pututus* y las *quepas*; y gemían las quenas, las flautas y las zampoñas (*ayarichij*).

La nochebuena de San Juan se limitó al barrio bajo. A mi alojamiento llegaban amortiguados los ecos de las endechas y de los ins-

trumentos pastoriles. Era una melodía lastimera y monótona, entrecortada de pronto por un estallido bullicioso. La tenue frase musical se alarga, se repite interminablemente, suave, nostálgica y grácil, como aquellos senderos que serpentean en la uniforme y aterida desolación de las punas. Tañen las quenas su arisca y vulnerada quejumbre; y es su voz flébil una infinita imploración de piedad. Acentos de la raza montaraz, melancólica hasta en sus rústicos alborozos, a la vez cansada e ingenua, primitiva y antiquísima, oprimida por seculares servidumbres, que cantan la tristeza de sus páramos y la miseria de su vida. ¡Con qué duelo se elevaban y se quebraban las notas en el aire frío, como un lloro tembloroso, entre los espirales de los fuegos de fiesta, bajo el lustror de la noche lunada y la radiante palpitación de las estrellas!

XIII

PAUCARAY. – SUS OBELISCOS NATURALES Y SUS RECUERDOS HISTORICOS

ESTABA cubierta y neblinosa la tarde cuando partimos de Acobamba. De aquí a Paucaray la distancia es de menos de cuatro leguas. A la salida de la población pasamos por un arco pequeño, semejante al de La Alcabala del Cuzco. Luego vienen muchos trigales, una corta ciénaga a la izquierda, y el torrente casi seco de Quillahuayco (*arroyo de la Luna*). Más allá comienzan los oteros de icho, y se aparta hacia el este el camino que va al antiguo tambo de Parcos. En ese lugar, y precisamente en la cuesta que del cerro encumbrado baja a las lomas, refiere Cieza de León (*Tercera Parte de las Guerras Civiles, Guerra de Quito*) que Gonzalo Pizarro asentó su campo, viniendo del Cuzco sobre Lima contra el Virrey Núñez Vela, e hizo matar al Capitán conquistador Gaspar Rodríguez del Campo Redondo, natural de Sahagún, vecino de Huamanga y hermano del fundador de Chuquisaca, por sospechas de avenimiento con el Virrey, de quien había sido hasta entonces muy contrario. "Era liberal y hombre de buena manera, aunque muy indeterminable en sus cosas e falto de prudencia. Creíase de todos hombres. Deseaba la venganza de sus enemigos; y al fin su muerte hobo de ser en Parcos, adonde se acabaron sus galas e fiestas, a que era muy dado. Murió como ge-

neralmente mueren los hombres en este Perú, con grande ánimo" (Cieza de León, obra citada, cap. LXX).

Al mismo lado oriental queda la ancha pampa de Las Mulas. Por ondulaciones y laderas, entre rocas que simulan castillos ruinosos, y atravesando algunos arroyos escasos, llegamos a la quebrada de Pucacruz o sea de la *Cruz colorada.* Mugía el viento en estas gargantas; una india vieja reunía afanosamente su mísero rebaño lanar; el sol lucía pálido sobre los desnudos pastos amarillos, en la extensión eremítica; y los nevados, entre sus nubes, parecían canos y torvos pastores, maléficos hechiceros de la altura. Descendimos al riscoso llano en que se yerguen las pirámides de Paucaray. En punas tan glaciales a más de 4,000 metros, dominando los contrafuertes andinos, la Naturaleza ha erigido fantásticas y sorprendentes arquitecturas. Enormes peñas, labradas por las lluvias milenarias, ofrecen el aspecto de alcázares derruídos, fortalezas feudales, iglesias y complicados campanarios. Algunas figuran escarpadas atalayas; otras, arcos rotos, columnatas truncas, solitarios obeliscos y almenadas habitaciones de una ciudad de gigantes. En las paredes roquizas hay grandes huecos, a manera de monstruosas alacenas; y entre innumerables simulacros y extravagantes dibujos, se destacan severos perfiles que remedan monjes con las capuchas caladas. Sin duda por eso el anónimo judío portugués, que viajó a principios del siglo XVII, apellidó el lugar, en su jerga semilusitana *Los picos de los Frades.* Estas rojas y plomizas siluetas monumentales se prolongan a ambos lados de Paucaray, desde las cercanías de Los Molinos al occidente hasta Urumyosi al oriente. Aquí se explica muy bien el antropomorfismo idólatra de los indios, y su especial adoración de los cerros. Raimondi ha comparado el espectáculo con la gran toldería de un campamento militar. Cieza de León, en el siglo XVI, lo describió en los términos siguientes: "Hay tánta cantidad de piedras hechas y nacidas de tal manera, que desde lejos parece verdaderamente ser alguna ciudad o castillo muy torreado... Entre estos riscos está una peña junto a un pequeño río, tan grande cuanto admirable de ver, contemplando su grosor y grandor,

la más fuerte que se puede pensar. Yo la ví y dormí una noche en ella, y me parece que tenía de altura más de docientos codos y en contorno más de docientos pasos, en lo más alto della.... Y tiene otra cosa que notar esta gran peña, que por su contorno hay tántas concavidades que pueden estar debajo della más de cien hombres y algunos caballos" (*Crónica del Perú*, cap. LXXXV).

Próximo a la cueva que albergó a Cieza de León y sobre el riachuelo que menciona, hay un puente natural formado por los peñascos caídos. A la hora en que atravesé el paraje, el enfermizo sol de la puna, al menguar, iluminaba tristemente las cúspides y aristas de los desmesurados caprichos geológicos; y extendía sus sombras de apariciones temerosas sobre los vagos surcos y el tapiz marchito de las gramas agostadas.

Paucaray significa literalmente en quechua *mi vergel, mi prado lozano*; y a no ser por antífrasis, creo imposible que los indios, exactísimos siempre en sus denominaciones topográficas, aplicaran tan ameno calificativo a esta yerma y tétrica planicie, en que al pie de las peñolerías granates y obscuras, —socavadas y devastadas por las aguas y las nieves, como rostros disformes quemados por ardientes lágrimas; coro de trágicos espectros que custodian la aspereza del fatídico páramo—, apenas brotan unos pobres cebadales y unos pocos sembrados de papas, arrecidos por el helado soplo de la Cordillera. Lo más probable parece que el verdadero nombre haya sido *Pucaray, mi fortaleza, mi castillo* (forma posesiva de Pucara, que es como pone Cieza de León), a causa de las fantasmagóricas rocas circundantes o de la antiquísima ciudadela que allí construyeron los Chancas. Porque esta aldea, hoy tan desolada y miserable, fué capital de la confederación de los Chancas, Huancas y Pocras, en la época de su mayor preponderancia. Betanzos, en la *Suma y Narración de los Incas* (cap. VI), refiere que el Príncipe Uscuhuillca congregó allí a sus aliados y vasallos; y que acordadas en la gran asamblea las hostilidades contra los Quechuas, revistó en los llanos inmediatos los tres ejércitos que respectivamente se dirigieron hasta el Cuzco, las Charcas y la región de los

Chiriguanos. Rechazadas al cabo las expediciones de los Chancas, cuenta Sarmiento de Gamboa (*Historia General Indica*, Segunda Parte, cap. 38) que su última y furiosa resistencia fué en esta comarca, en unas fortificaciones que intitula Urcocóllac, cercanas a Parcos. Los Incas triunfantes edificaron, según Cieza, en Pucaray, aposentos, depósitos y un templo del Sol; y manteniéndole al pueblo su calidad de cabeza de toda la provincia, colocaron en él al perceptor de los tributos. Su posición en la vía imperial de la Sierra, hizo a Pucaray teatro de acontecimientos importantes en los últimos reinados incaicos y en los tiempos de la Conquista. Cuando el gran Inca Pachacútec se decidió a domeñar a los Huancas de Tayacaja y Jauja, dice Juan Santacruz Salcamayhua que el Soberano sentó sus reales entre Paucaray y Rumihuasi (*casa de piedra*, probablemente las vecinas pirámides de conglomerado); y dividió las huestes en escuadrones, "para que con buena orden, en día señalado, entraran de tres partes a ganar el valle de Hatun Huanca Saussa". Amedrentados con este aparato y tántos preparativos, los Huancas resolvieron rendirse; y el citado analista indio narra cómo "hecho su concierto general, salen para Paucaray, llevando mucha bebida y comida, y presentes y doncellas, y entregan las armas que tenían, de que el Inca se queda contento y agradece la obediencia por bien y paz, y les promete a los curacas premio y galardón, confirmándoles su curacazgo natural y añadiéndoles el título de *apu* (general o señor); y aun lo hace caballero y le manda calzar con ojotas de oro" (al reyezuelo principal, sin duda).

Un siglo después de la típica escena de homenaje al Inca irresistible, presenció Pucaray otro cuadro militar muy distinto, cuando Huanca Auqui, hermano y general de Huáscar, derrotado en Yanamarca de Jauja por Challcuchima, se refugió en las alturas y fué severamente reprendido, a causa de sus descalabros, por Mayta Yupanqui, venido del Cuzco, y los orgullosos *orejones* que acompañaban a éste, los cuales, con orden del atribulado monarca, suspendieron del mando al Infante Huanca Auqui e intentaron un nuevo avance al río An-

coyacu, actual Mantaro (Sarmiento de Gamboa, op. cit., cap. 64). Cuando D. Francisco Pizarro, en la campaña de la Conquista, subió de Cajamarca al Cuzco, halló el pueblo de Paucaray *muy grande y bueno, y lleno de muchos aposentos* (Relación de Pero Sancho).

En la agria sierra de Parcos, que se levanta al este de Paucaray, ocurrieron los sucesivos desastres de Diego Pizarro, Gonzalo de Tapia y Juan Mogrovejo de Quiñones, cuando el famoso alzamiento del Inca Manco. El Conquistador D. Francisco, sabido el cerco del Cuzco y el aprieto de sus hermanos y compañeros, despachó desde Lima en su auxilio al primero de los nombrados arriba, deudo suyo, con setenta de a caballo, número que se suponía entonces formidable contra las tropas indígenas. Estas los dejaron llegar sin resistencia hasta la cuesta y la gran quebrada de Parcos, y cerrándoles allí todos los pasos los aplastaron con tremendas galgas de piedras, sin que salvara ninguno. A los pocos días destruyeron en el mismo sitio la columna de ochenta jinetes que conducía el Capitán Gonzalo de Tapia, cuñado del anterior; y la expedición de ciento cuarenta soldados, que en su refuerzo llevaba Juan Mogrovejo de Quiñones y Guzmán,[77] de los que sólo escaparon cinco. Los indios cortaron las cabezas de los caudillos, y se las enviaron como presente al Inca, quien ordenó arrojarlas a los castellanos sitiados en el Cuzco, para que desesperaran del socorro.

---

[77] Alcalde ordinario de Lima, Caballero del linaje de las Casas de Herrenzuelo y Villahamete en León, antiguo cautivo en Constantinopla, Conquistador de los del botín de Cajamarca, tío del futuro Arzobispo Santo Toribio; y hermano de D. Antonio de Mogrovejo, Comendador en Malta, y de Francisco de Quiñones, el que fué veterano de Italia y los Gelves, Corregidor de Lima, Maestre de Campo General del Perú en el Virreinato del Conde de Villar Don Pardo y Gobernador de Chile.

Sobre este incidente militar de la Conquista, véanse Zárate, *Historia*, libro 3, cap. V; Garcilaso, *Comentarios*, Parte Segunda, Libro II, cap. XXVIII; Montesinos, *Anales*, tomo I, año de 1536, pág. 90; y los *Libros de Cabildos de Lima*, Parte Primera, en que constan el verdadero nombre y el cargo de Mogrovejo.

Hallé deshabitada la posta de Paucaray, que fué pascana del camino real de Lima a Huamanga y el Cuzco. Hoy prefieren las vías de Huarpa y Huanta al oriente, o de Lircay al occidente. Algunas cuadras más adelante de la antigua pascana, está el misérrimo pueblecillo. Lo componen unas diseminadas casuchas, con paredes de guijarros sueltos y techos de paja. En el centro se abre una plaza extensa, cercada igualmente de pircas. Al lado sur de ella, tras un cobertizo, hay unos galpones abandonados y tenebrosos, sin más luz que la de sus puertas: son la Municipalidad y la Cárcel. Al lado norte, se halla la iglesita, sombreada por un arbusto, un quishuar aterido en la inclemencia de la puna. En las esquinas, hay capillas minúsculas, con nichos, para las rogativas y procesiones, semejantes a las de Surco cerca de Lima, aunque mucho más pequeñas. Si no fuera por estas señales de cristianismo, podría tomarse a Paucaray por una población anterior a la Conquista. Conserva fielmente la disposición y traza aborígenes, con su caserío desparramado, y la plazuela o *pata* rectangular, murada de tapias, que sirve para las fiestas de los ayllos.

Junto a la iglesia, al oriente, nos indicaron los arrieros una cabaña, algo más espaciosa que las otras, y que desempeña el oficio de casa parroquial cuando el cura de la doctrina próxima visita este anexo. Es un cuarto con una puertecita sin cerradura, muy ahumado el interior por el rústico fogón, que carece de respiradero. Allí nos hospedamos al caer de la tarde; y un alcalde o *varayo* nos trajo, no sin dificultad y animadas discusiones en quechua con nuestros guías, un carnero y unas papas blancas, que sus auxiliares o *pongos* se dispusieron a aderezar. La rudeza y el desaseo de éstos eran tales que los criados rechazaron la colaboración.

En la última hora de luz, un viento seco y huracanado había barrido el cielo, empujando las nubes hacia las quebradas lejanas. La temperatura era frigidísima. En la atmósfera clara y rasa brillaban las constelaciones con fulgor casi metálico; y cuando salió la luna, apenas las atenuó su irradiación callada y láctea. Un perro aullaba tristemente en la plaza silenciosa; y su movible bulto se retrataba en

la hierba seca y menuda del suelo. Poco a poco la lumbre de plata inundó el hemiciclo de las cimas, realzó los contornos de las quiméricas pirámides; y diluyó en el paisaje una vaga semblanza marina, en que fingían las rocas bravíos acantilados, y una magia fúnebre en que todo sentimiento humano se extinguía, y la puna con sus llanuras se abismaba, quieta, irreal, pasiva, más yerta e inanimada que nunca.

La misma impresión de infinito aterimiento y de extraordinaria resignación fatalista, fué la del alba siguiente. Las estrellas parecían tiritar también en la claridad indecisa, gris de perla. Había helado toda la noche. Los campos se mostraban cubiertos como por un riego de cristales pulverizados. Se veían mustias y abrazadas las tristes sementeras de los confines. En el desvalido amanecer andino, eran de indecible melancolía el balar de los apriscos y el campanilleo de las bestias del equipaje, que se adelantaban por las lomas del oeste.

El sol fué desentumeciendo la tierra y deshaciendo la fina escarcha. Aromaban los ichales humedecidos. Relucían los mayores nevados, ceñudos guardianes de su blanca grey. Dejamos a la izquierda el viejísimo tambo de Picoy, muy nombrado en las crónicas de la Conquista,[78] y en que, según Garcilaso, comenzaba el acueducto de Lucanas, construído por el Inca Huiracocha (*Comentarios*, Parte Primera, Libro v, cap. xxiv). Más allá quedan los altos de Los Molinos. En esas parameras acampó Canterac después de la batalla de Junín; y no lejos sostuvo Cáceres un combate contra los chilenos.

La elevada abra que da paso a la cuenca del Mantaro, se conoce con el nombre mestizo de Alto Pongo (de *puncu*, que significa *puerta* en quechua). El camino es gredoso, con algunas charcas y atolladeros, pastales de icho y musgos plomizos. A un lado, en las lejanías de las colinas verdes, una manada de avizoras vicuñas trepaba ligerísima hacia los picachos remotos. En el cielo diáfano, muy arriba, a vertiginosa distancia, dos aves, cóndores quizá, revolaban con

[78] Principalmente en las de Cieza de León y Pedro Sancho.

sosiego solemne. Se había desvanecido por entero el angustioso encogimiento de la madrugada; y la luz envolvía todas las cosas, desde las indefinidas praderas hasta las cumbres intactas, en una serenidad dorada y vibrante.

XIV

RIBERAS DEL MANTARO. - TABLACHACA. - IZCUCHACA. - CASMA

DE las mesetas y el abra de Alto Pongo, se desemboca en la florida quebrada del Mantaro. A gran profundidad, en el seno de ella, se distingue apegado a unas lomas amarillas y rocas negruzcas, el caserío de Conchán (*cocina* o *fogón* en quechua). Tomamos a la izquierda, por una ladera empinada, y seguimos largo trecho los destrozados restos del camino de los Incas. Subsisten las anchas y recias losas, hoy conmovidas por los derrumbes, que formaban el pavimento de la calzada incaica; y pueden reconocerse las tres veredas en que se compartía para la diversa calidad de los viajeros. Va este camino llano y parejo, mediando entre el valle hondísimo de la derecha y las sierras enriscadas que miran al Sur. Es una inconfundible nota indígena, triunfadora y excelsa, la franja de la antigua vía imperial que corre inflexible señoreando los precipicios. A la diestra, muy hacia el Sudeste, desaparecían unos picos de nieve. Desde los confines extremos, sobre el tajo inverosímil del Mantaro y sobre el dorso atormentado de los Andes, ya amarillentos, ya de violeta pálido, flotaba una translúcida gasa plateada, con centelleos de oro y refulgencias minerales.

Por un atajo en zigzag y atestado de pedrones, descendimos a la orilla del río. Los indios lo llamaron Agua Azul, Río de la Turquesa (*Ancash-yacu*, de donde *Angoyacu*, nombre que retuvo mucho tiempo); y los conquistadores lo bautizaron *Nuevo Guadiana*. Su corriente es aquí mansa y lenta; y podría navegarse en botes pequeños si no fuera por los peñascos que en toda esta parte lo obstruyen y las angostas hoces en que antes y después se desgalga, al salir de Huancayo y al penetrar en la Montaña.

La vega es estrecha, pero muy fértil, amena y benigna, casi calurosa. Los cerros que la encajonan, plomizos con tonos blanquecinos y bermejos, y enormes cantos rodados, no tienen andenes ni cultivos, y presentan sólo pobres manchas de arbustos y hierbas; pero las riberas, junto a descomunales lajas y acantilados, se visten con matorrales, huarangos, magueyes enhiestos, sauces que sombrean los potreros de alfalfa, muchos molles de hoja tan menuda y estremecida, alcanfores fragantes, higueras silvestres, y algunos majestuosos cedros, vestigios de las tupidas arboledas, gala hasta hace un siglo de estos campos. Recordamos las descripciones de Siria y Palestina.

En este paraje cruza el Mantaro un puente colgante, con piso de madera, mestizamente denominado por tal razón *Tablachaca* (lo mismo que el grande sobre el Apurímac) o también *Puente de la Mejorada*. En sus márgenes peñascosas, hay chozas y livianas casitas de altos, con balaustradas y techos saledizos, que se asemejan a las de los paisajes chinescos. Nos alojamos en una a la banda del norte, entre la falda y el río, cercada de árboles.

La noche fué de luna llena. Su claror amoroso tendió sobre la crestería y las rugosidades de los cerros, un velo de ilusión, de suavidad y de silencio. El cielo, de violeta obscuro, semejaba una profunda amatista; las laderas, de un morado de terciopelo, recordaban la flor de nuestros costeños jacarandaes; y las lejanías sedosas, de lilas argentadas, palpitaban como una lluvia de luciérnagas. La luz nívea cabrilleaba ondulante y bailadora en las aguas del Mantaro, como una líquida vena de plata; y se deslizaba bajo los sauces, que se

movían blandamente y cuyas hojas trazaban en el suelo esclarecido una movible sombra de encajes. De la espesura venían gorjeos de pájaros. En el ambiente perfumado y tibio, la quebrada dormía, bajo un filtro luminoso de encanto y de sueño. Blancura tan inmaculada como las noches de Semana Santa en las arenas de nuestro litoral; pero más recogida, penetrante y afectuosa. Era un rito augusto y mudo, el triunfo de la luna india, de la diosa Quilla, hermana y esposa del supremo Inti, de la Coya celeste que vertía sobre sus hijos de la altura, labradores y pastores melancólicos, la merced de su dulce mirada, y desplegaba el recamado y perlado manto de su piadoso resplandor.

Al día siguiente, bien de mañana, seguimos orillando el tranquilo Mantaro, por repechos calcáreos que dominan la verde cinta del valle, hasta dar vista al puente y pueblo de Izcuchaca.[79] Reconstruído en 1848, bajo el primer gobierno del Mariscal Ramón Castilla, este puente de mampostería, muy sólido, fué, con sus inmediatas márgenes, en 1854, campo de los combates entre las tropas del mismo Castilla y las del Presidente Echenique. El lugar es la principal llave estratégica de la región del Sur, desde Huancavelica al Cuzco, y por eso lo menciona con frecuencia la historia peruana en todas las épocas. El anterior puente, destrozado en 1824 por Canterac después de la batalla de Junín, presenció en Junio de 1821 las reñidas escaramuzas entre el independiente Alvarado y el realista Carratalá; y cerca del antiguo paso incaico de criznejas, que hubo de estar por aquí, se rehicieron los ejércitos de Huáscar y pretendieron en vano una vez más atajar el avance de los de Atahualpa, según Cabello Balboa.

El río corre muy hondo y encajonado entre peñas y malezas; pero a menudo ofrece en su cauce estrecho transparencias que se dirían propias de un remanso. El puente de un solo ojo, con casitas blancas de techos pajizos a sus dos extremos, se refleja tembloroso en la claridad del agua. En el lado sur, que es el del pueblo, se eleva un

[79] Izcuchaca significa exactamente el *puente de la cal.*

mirador cuadrado, de tres pisos, rematado en cúpula, airoso y alegre. Como una legua hacia el Oeste, quebrada arriba, aparecen las alturas de Conayca, en que proclamó José Gálvez la revolución liberal antiesclavista.

La villa de Izcuchaca está a 3,017 metros sobre el nivel del mar (Contralmirante Carbajal). El clima es muy abrigado y hasta cálido; el caserío, mediano, con plaza extensa, y junto a la iglesia de dos torres, un cabildo municipal de larga baranda precedido de portales. La población carece de espacio para ensancharse, oprimida entre los cerros y el cauce del Mantaro. No obstante la angostura, en ella y sus inmediaciones se ven bastantes árboles frutales, como nísperos, manzanos y almendros; y las erizadas pencas de las tunas guarnecen las minúsculas chacras y las reducidas huertas de las dos bandas. Todos los habitantes hablan castellano. Hallamos muchos indios de calzón corto. Las mujeres con llicllas de colores, anacos descotados y bordados y sombreros negros o azules con forros granates, saludan sumisamente diciendo *Ave María.* Hay una íntima e insinuante dulzura en este rincón templado y florecido. La impresión cambia por completo cuando alzamos los ojos a los cerros adustos. Yendo al oriente se descubren los barrancos blanquecinos, a cuyos pies existieron los edificios y baños termales de los Incas y el cercado de piedra que menciona Cieza de León en la Primera Parte de su *Crónica del Perú.* Allí estaba el punto denominado propiamente *Ancash-yacu* (Agua Azul).

Por esa dirección salí a pasear en la tarde, hasta las salinas de Cachi Cuyao. El camino es sinuoso y estrecho; sigue la ribera derecha del Mantaro, tuerce algo al noreste, y ondula entre sembríos, juncales tupidos y puquios murmurantes. Atravesamos el riachuelo de Cuyao; y en las laderas de una quebradita o encañada, visitamos las minas de sal. Las rocas, cubiertas de tierra blanda y mojada, rezuman entre céspedes y musgos.

Regresamos a Izcuchaca y continuamos la jornada. Al otro lado del puente, se aparta el camino de Acostambo y Huancayo del que sube a Pampas, capital de la provincia de Tayacaja. Seguimos el pri-

mero, que por laderas riscosas y lajas, sobre derrumbaderos y precipicios como el de La Chullca, va a dar a la hacienda de La Magdalena. El Mantaro se divisa abajo, en la quebrada angostísima, entre pedruscos, huarangos y molles. Después de los cortos prados de alfalfa de La Magdalena, por cuestas y recodos, y pasando un torrente, llegamos a la hacienda de Casma, que tiene fértiles campos, regados por aquel arroyo, un puente colgante, y casa aceptable entre mucho arbolado, y en especial un monte de alisos y un bosquecillo de cedros y eucaliptos. El anónimo judío portugués, que viajó a los principios del siglo XVII, se deleitaba con la amena frondosidad de este lugar, muy talada y disminuída desde entonces. Pero lo que aun queda basta para sorprender agradablemente a quien viene de recorrer las calvas soledades de Paucaray y Alto Pongo y los demás infinitos yermos de la Sierra. Entre la casa y el río, hay un anchuroso patio, vestido de hierba y cubierto por coposos árboles, al parecer seculares. Por la noche, el disco de la luna surgió entre los peñascos, y resbaló entre el ramaje de los cedros y las nubes fugitivas, como una rueca argentada. La cortina de su luz caía diáfana y nacarina, sobre las rocas desnudas y el húmedo y quieto tapiz de los alfalfares.

A las siete de la mañana del 27 de Junio, salimos de Casma. En la luminosa frescura matinal, cantaban los pájaros entre el monte de huarangos y sauces, o rozaban leves las alas sobre el viviente cristal del río. Dejamos las riberas, orladas de cañas bravas, chilcos, molles y capulíes; y torcimos hacia el Norte, para tomar, por una empinada cuesta arcillosa, el camino de la puna terminado en la apacheta o abra llamada, según creo, de la Quingua y en el caserío de Lliclla Cruz. A medida que ascendíamos en el sendero amarillento, parecían crecer e hincharse los cerros a nuestras espaldas; y la quebrada se hundía, con el Mantaro encajonadísimo, que finge llenarla por entero, como una acequia titánica. A ambos lados, a los últimos confines, las nubes se desvanecían en los picos de las nevadas cordilleras. En las anfractuosidades de la pendiente y junto a canteras de ricos mármoles, las flores rojas de las salvias, marchitas por la sequía, daban la nota

triste y violenta de un agonizar desesperado bajo el esplendor del sol; y cuando volvíamos atrás la mirada, columbrábamos apenas, entre las protuberancias de granito, la cinta glauca del Mantaro, que brillaba por instantes como una placa de metal.

Caprichoso y tornadizo, el río, después de recorrer los campos de Jauja y Huancayo y desgarrar los Andes en el desfiladero de La Chanca, apartando la sierra de Marcavalle de las de Chupaca y Chongos, se desvía y ladea, perpendicular a su antiguo curso; se desliza manso, de occidente a oriente, en la quiebra de Izcuchaca, y circunda la península fluvial de Tayacaja como un delgado ceñidor de ópalo; hasta que más allá de Conchán y de Máyoc se enloquece y encrespa de nuevo, revuelve al norte, y como el venado andino, el *taruca* salvaje, corre velocísimo a sumirse en el inmenso Apurímac, entre las selvas impenetrables de la Montaña.

Toda esta hoya es un verdadero *pongo*, una de aquellas gigantescas y angostas vías de piedra, que bajan de la serranía a la región de los bosques. Diríase que expresan con su violento diseño la intimación imperiosa de la Naturaleza para que el trabajo humano utilice y allane la trocha delineada por ella en las tremendas moles, y se cumpla así el primordial de los destinos patrios.

XV

PUCARA. – PALLA HUARCUNA (Tradición indígena). – LA CAMPIÑA DE HUANCAYO.

EN la puna que separa los valles de Izcuchaca y Huancayo, hay un repliegue ocupado por los pueblos de Acostambo y Ñahuimpuquio. Las casas de Acostambo asoman en el crestón de un cerro, dominando el estrecho camino que va por la media falda. Son pocas, de pirca y sillar, algunas encaladas, y todas nuevas, porque el antiguo pueblo fué incendiado por la invasión chilena. La iglesia, chica y humilde, aparece a la vera de la senda de herradura más trillada.

Accostampu significa en quechua *tambo arenoso* o *posada de la arena*, por la composición arenisca de sus cercanías. Los Incas construyeron en él grandes alojamientos y depósitos, como que era pascana imperial del itinerario. Fué encomienda del conquistador y cronista Miguel de Astete, aquel que, según ya recordamos, derribó de las andas a Atahualpa en la emboscada de Cajamarca, y después obtuvo un tiempo el señorío de Curahuasi.[80] Sus habitantes hablan español; son indios altos y bien parecidos, muchos de calzón corto y montera. Se hallaban, cuando pasé, en la cosecha de papas. Sus sembríos y trigales se dilatan en una verde cuenca, entre cerros redondea-

---

[80] *Revista Histórica*, tomo 3º, trimestre IV.

dos, desde el pueblo de Acostambo, que está al principio de la corta llanura, y el próximo caserío de Pamo, hasta más de media legua hacia el noroeste, remontando un arroyo. En tal dirección, acaba el llano con la aldea de Ñahuimpuquio, también reconstruída modernamente por haber sido quemada, como la anterior, cuando la guerra con Chile. Esta encañada andina es muy fría y ventosa, a causa de su elevación (3,700 metros). A la izquierda, se ven tierras anegadizas. A la otra mano y al frente, los cebadales y quinuales tiraban ya por la estación al color amarillo pardo, uniformándose con el matiz de las laderas bajo el hondo y melancólico azul de la atmósfera. En los altos circunvecinos hay extensos pastales y numerosas majadas. Delante de las chozas se helaba el chuño; el riachuelo corría escaso; y en el fondo, la sierra de Marcavalle relucía firme y escueta bajo el radiante sol de invierno.

Ñahuimpuquiu quiere decir *el manantial de los ojos* o *la fuente del mirar*; y así se llama por una vena abundante y perenne de agua muy delgada y pura, que brota en la rinconada de los cerros, entre totoras y breñas musgosas, y en cuya viva limpidez creyeron percibir los indios gentiles la expresión de una mirada humana. Rumbo al este, sube el camino para el pueblo de Tongos. Por aquel lado parece que subsisten algunos restos de la calzada incaica. El vallecito de Acostambo se cierra en Ñahuimpuquio; y luego, por tres leguas, recorrimos los oteros de icho que se unen al ramal de Marcavalle, hasta llegar al caserío del mismo nombre, junto a la quebrada y estancia de Challhuas. Es lindero entre los departamentos de Huancavelica y Junín.

Al oriente, hay una hondonada con varios cultivos. Doblamos a la izquierda, y en un repecho, hallamos el tambo y las escasas viviendas de Marcavalle. Allí nos detuvimos a almorzar. Un puquio caudaloso fertiliza la ladera, y alimenta algunas acacias y otros árboles. De esta esplanada, como de un balcón, se contempla la hermosísima perspectiva de la gran campiña, que tiene de fondo, hasta Jauja, más de catorce leguas. La vista, acostumbrada por tántos días a la opre-

sión de los cerros, a la estrechez y agolpamiento de los horizontes serranos, se espacia deliciosamente en aquel despejado panorama, de espléndida fecundidad. Adviértense ya el movimiento y la animación que denuncian la cercanía de una comarca próxima y de un ferrocarril. Pasa un tropel de jinetes caminantes, que saludan tocándose los anchos sombreros de paja. En la puerta de la fonda hacen alto un destacamento de gendarmes y un grupo de oficiales de Estado Mayor, que marcha por la vía del Cuzco en viaje de estudio. Para la feria semanal de Huancayo, van las cargas en largas hileras de burros y llamas. De las gramosas punas desciende un apiñado rebaño de carneros. Avanzaba albo y fluctuante como una oleada espumosa; y mientras comíamos, lo vimos aproximarse con agitada y osciladora lentitud. Desfiló ante la posada, y se perdió cuesta abajo, entre balidos temblorosos de las ovejas, traviesas carreras de las cabras, y el restallar de los chicotes de los pastores. Más allá, cerca de Pucará y la llanura, una recua de mulas trotaba, como nimbada por un polvillo de oro.

Este lugar de Marcavalle es histórico por un encuentro de la última guerra nacional. Aquí, el Domingo 9 de Julio de 1882, derrotó Cáceres al batallón chileno *Santiago*; al propio tiempo que los guerrilleros indios, armados con hondas y rejones, destrozaban en Concepción a otras fuerzas chilenas. Consecuencia de tales combates, fué la reconquista de Huancayo y algunas provincias más del Centro.

Se baja a Pucará del Mantaro por una cuesta muy parada, de legua y media. El pueblo de Pucará (que en quechua es *fortaleza*) presenció otra honrosa función de armas, en la primera campaña de La Breña: el rechazo del Coronel chileno Estanislao del Canto, después de cinco horas de pelea, por las tropas de Cáceres y sus auxiliares indígenas de Junín, Huancavelica y Ayacucho, el 5 de Febrero de 1882. Está situada la población sobre una colina terrosa y al pie de un cerro en cuya cumbre existen las ruinas incaicas de *Llama Machay*. Tendrá cosa de dos mil habitantes. Entre arbustos y tapiales, sobre las casitas de tejas y de ligeros antepechos, se alza la cuadrada torre de

la iglesia campesina. Desde Pucará principian propiamente los llanos de Huancayo, con sus vastos sembríos de trigo y maíz. Colocada la villa en altura, encima del collado dicho, a la falda de la sierra de Marcavalle, y junto a la profunda garganta de un arroyo que viene desde los nevados de Azapara, se halla encumbrada como en una galería o púlpito muy galano. De su plazoleta y la salida de sus callejuelas se miran, ya con mucha más claridad que de Marcavalle, los dilatados campos, las chacras y las frondosas arboledas que atraviesa el Mantaro; y entre la verdura se descubren los caseríos de tan poblada región, que no serán menos de cuarenta. Es una alfombra multicolor, que hacia el norte se pierde de vista en blancas y azules lontananzas, y que a ambos lados limitan, a distancia de tres y cuatro leguas, los contornos de dos cadenas de cerros, todo encendido de luz radiante.

Pero aun cerca de esta serena hermosura del paisaje, el alma india ha localizado una de sus inspiraciones más poéticamente lúgubres. Cuatro leguas antes de Huancayo, entre Marcavalle y Pucará, y los arroyos de Upia Huanca y Jatumpuquio, hay un paraje denominado Palla Huarcuna (*la Palla ahorcada* o *la horca de la Princesa*). En él, una peña ofrece vagas semejanzas con el perfil de una mujer adornada con collar y diadema de plumas. Los naturales referían a ella cierta tradición que don Ricardo Palma recogió en 1860 y consignó en el primer libro de las suyas. Siguiendo las huellas del maestro, vamos aquí a reproducirla y ampliarla.

* * *

Por los años de 1450, marchando a la conquista de Quito, Túpac Yupanqui se detuvo en el gran tambo de Izcuchaca. El crecido ejército, en toda la quebrada de Ancash Yacu, acampó bajo blancas tiendas de algodón. El Soberano, con sus mujeres, se aposentó en el palacio, compuesto por salas de cantería muy pulida, con techumbre y cornisas exteriores almagradas de barniz rojo y luciente, y azoteas y escaleras de piedra. Las puertas trapeciales, atestadas de guardianes

y *camayos*, se cubrieron con pieles de animales raros y cortinas de finísimo *cumpi*. Decoraban el interior tapetes mullidos, hechos de alas de murciélago; mantas polícromas, de telas de vicuña con dibujos de grecas, rollos y aspas, y en cuyas cenefas aparecían pintados grupos de caciques y combatientes; braseros de oro, en que ardían hierbas olorosas, gomas y resinas de las selvas vírgenes, y zahumerio de pájaros pulverizados; petacas tejidas de gruesas raíces de la Montaña; pequeños espejos mujeriles, de bruñida plata; tinajas refulgentes con esmaltes y calados, vasos de intrincada ornamentación, copones y vajilla toda de metales preciosos y formas desmesuradas y fantásticas, algunas de las cuales remedaban en bulto niños, llamas y cóndores; resplandecientes escabeles, y bancos bajos con espaldares cóncavos, repujados a imitación de colas de aves y de monstruos marinos. Vistieron los muros planchas portátiles de oro, con incrustaciones de pedrerías y relieves de figuras humanas, dragones, árboles y animales mitológicos; y en las múltiples y simétricas hornacinas cuadrangulares, deslumbraba el áureo reflejo de los ídolos gigantes y de las *aquillas*, enormes cántaros labrados por los más hábiles joyeros de la provincia Chimu. Algunos aposentos estaban enjalbegados de un estuco blanco, brillante e inmaculado como la nieve; y remataban en bóvedas superpuestas, a semejanza de campanas, última y admirada innovación de la arquitectura incaica.[81] El patio mayor tenía en el centro el estanque para el baño exclusivo del Inca, forrado, como sus gradas, con chapas de plata, y con un caño de agua fría y otro de las próximas fuentes termales. Se agolpaban en los corredores los dignatarios, Auquis, Huamincas, Apus, Sinchis, Aucacamayos y Curacas; y en la galería que miraba al jardín imperial, colocaron la *tiana* o trono, para las audiencias ordinarias. Los edificios circunvecinos se destinaban a la recámara y servidumbre particular del Monarca; y más allá de los grandes almacenes permanentes, comenzaban los reales de las tropas,

[81] Consúltese la descripción que trae Jerez del análogo palacete campestre en Cajamarca.

que en la estrechura sinuosa del valle tomaban dos leguas de largo. Se asentaba en primer término la legión noble de los Incas u Orejones, que usaba anchos turbantes (*llautos*), redondos y embutidos zarcillos de oro, cascos y mazas de cobre y sandalias muy adornadas, y llevaba consigo el supremo simulacro del dios Ppúnchau y la sagrada piedra del cerro Huanacauri. Venían después, por su orden, los Canchis, ceñidas las frentes con listas rojas y negras; los Canas y Collas, con monteras de lona; los Cuntis, Chancas, Charcas, Tucmas y Chilis, todos con gorros distintos, largas picas, banderas, paveses inmensos, y libreas de colores a modo de escapes; los Huancas, con barboquejos y los cabellos trenzados; los Antis y Chunchos, con flechas emponzoñadas y los rostros pintados; y los Chinchas y Yungas, con hondas (*huaracas*), jubones y rodelas de algodón, mantas como rebozos y extravagantes máscaras.

Habían acabado ya las extáticas aclamaciones de los habitantes comarcanos, las ceremonias de la visita, y las adoraciones e informes de los gobernadores y quipocamayos lugareños; y una noche, el ejército descansaba. En el alto firmamento de la Sierra, fulgían las estrellas, lejanísimas. En los intervalos de las divisiones (*suyus*) y de los millares (*huarancas*), reposaban rumiando innumerables recuas de llamas. El aire agitaba los toldos y las flámulas del campamento. Algunas fogatas hacían relucir las lanzas de *champi*, fijas en las puertas de las tiendas; y apenas turbaba el silencio el eco gemidor y ahogado de una quena o de una antara. Cuando de pronto, inexplicable en esta calma profunda y en esta provincia tan pacificada y central, resonó extrañamente la gran trompeta de alarma, el *churu* de retorcido caracol. A la señal respondieron con estruendo los cuernos y los tambores. En el tumulto, las voces de los jefes despertaron y alinearon a sus hombres sobresaltados. Aquietada un tanto la confusión imprevista, se vino a averiguar la causa: la Mamacona de servicio había advertido en el serrallo del Inca la ausencia de la concubina favorita. En vano se registraron todos los compartimentos y dependencias del palacio y los depósitos; y se escudriñaron los cuarte-

les del real y los sitios inmediatos. Entonces, a más de medianoche, encendieron hogueras de aviso en las cumbres; despacharon exploradores en diversas direcciones; y enviaron chasquis que a toda prisa comunicaran a las regiones vecinas el inaudito sacrilegio y la orden de buscar y detener a la fugitiva.

Era ésta una de las cautivas de la última campaña, en que habían sido sojuzgados los territorios de Chachapoyas y Moyobamba. La singular belleza de la prisionera, hizo que la reservaran para el Soberano. De tez ambarina, como tántas de sus comprovincianas, recibió por su relativa blancura el título elogioso y metafórico de *Mama Runtu*, con que designaban a las menos morenas de las esposas y concubinas imperiales. Ceñida y fajada la saya sedosa; las ropas, de preciado *ancallu* y de entretejida plumería tornasol, recamadas con las cuentas y brocados de chaquira de oro y plata; abultados los brazos y piernas por brazaletes caprichosos y apretados, numerosísimas ajorcas y sartas de cascabeles, según los extraños cánones de la estética femenil aborigen;[82] arreboladas las mejillas con el *llimpi*; cubierta de infinitas joyas y coronada de turquesas y esmeraldas; suntuosa y relumbrante como un ídolo, macerada en perfumes, flexible como un junco; libre, viva y desenvuelta, como que era hija de los cálidos bosques; su hermosura eclipsó la de las otras mujeres, y sedujo los sentidos y el corazón de Túpac Yupanqui. Resaltaba marfilina y clara sobre el regio coro de sus compañeras, cetrinas unas como la fruta de los lúcumos, doradas otras como la flor amarilla de los amancaes, algunas leonadas, como el tusón de las vicuñas; obscuras las de la costa y los valles tropicales, como estatuas de bronce. La cautiva del norte encantó y triunfó en los severos palacios incaicos. La ensalzaron los poetas *harahuicus*; para ella consultaron en los astros presagios ven-

[82] Puede verse a este respecto lo que dice el Padre Morúa, en el Libro Primero de su *Historia y genealogía de los Incas*, que comenzó a publicar en 1911 don Manuel González de la Rosa.

turosos los sacerdotes y amautas; y en su honor los bufones extremaron los acertijos y donaires. Pero el tedio solemne del serrallo la oprimía. Se sentía extraña, aislada contra los celos de las preteridas; amedrentada ante las desdeñosas, altivas y taciturnas princesas quechuas de estirpe solar, y la innata melancolía de las demás *pallas* serranas. Sólo congeniaba con algunas alegres yungas, traídas de las ardientes playas del septentrión, lascivas y burlonas, envueltas en mantas multicolores, todas depiladas y ungidas de aromas, y allí tan exóticas y desterradas como ella. Reconoció por acaso, en el gran patio del Cuzco, a un curaca de su tierra, recién venido a la obligatoria temporada en la Corte; le habló; recordaron ambos las dulzuras del suelo natal; y, como la Sulamita bíblica o la Cusi Coyllur del *Ollanta*, prefirió el cariño del joven compatriota a los halagos del amo omnipotente. Ya no soñaba sino en huír de la helada y dura Sierra, de los graves esplendores y la sombría disciplina imperial, y refugiarse con su prometido amante más allá aún de las comarcas nativas, en las espesuras fragantes y fabulosas, en las selvas impenetrables, exentas del yugo cuzqueño. Cuando supo que ella y el Curaca serían de la jornada al Cañar y Tomebamba, se exaltó hasta enloquecer, imaginando fácil la fuga en las peripecias del viaje y de la guerra. Comunicó el designio al intrépido cacique de Moyobamba y le arrancó su aceptación, deslumbrándolo y fascinándolo con protestas amorosas, y amenazándolo con delatarlo y perderlo si se negaba. En el camino combinó el plan de evasión; y temerosa de que recayeran sospechas en su trato, se decidió a ponerlo por obra no bien llegados a Izcuchaca.

Aprovecharon los cómplices la confianza general y el bullicio del campamento al caer la noche; y burlando la vigilancia de los guardias ganaron los cerros de Acostambo. Se apartaron de las aldeas, indicadas en el horizonte nocturno por los fuegos domésticos; y treparon por los senderos de pastores, entre las breñas más agrias. Quizá se proponían torcer luego al oriente, y salvarse en las intrincadas flo-

restas y ciénagas de Chanchamayo y Rupa Rupa;[83] o continuar al norte, y a través de Huánuco, todavía mal domado, seguir, el Huallaga abajo, la legendaria ruta de Uscohuillca y suscitar una insurrección de frontera, como la reciente de Ollanta en el Antisuyu. Mas, pasado el primer momento de consternado estupor, la persecución de los servidores del Inca fué tenaz y activísima, a la luz de un sinnúmero de antorchas. Con la prisa y avidez por la captura, y lo incierto del rumbo de los fugitivos, mientras unos destacamentos cruzaban el río por el puente de criznejas, otros lo remontaban o lo surcaban en diversos parajes nadando sobre redes de calabazas. A punto de amanecer, lograron dar alcance al Curaca y la Palla, traspuesta la Cordillera, cerca ya de los manantiales y el pueblo de Huayucachi y algo adelante del riachuelo de Upia Huanca.

Llevaba el Curaca un arco muy alto, de durísima chonta, cuyas flechas tenían harpones de agudo pedernal, untados en veneno; y cuando oyó la grita de los primeros corredores que lo avistaban, se detuvo, echó al hombro izquierdo la amplia yacolla que vestía, colocó a la Princesa a sus espaldas para cubrirla de los tiros arrojadizos, y comenzó a asaetear con feroz denuedo. Su misma compañera lo ayudaba con el carcaj. Cayeron en los riscos algunos asaltantes. Entonces se levantó una terrible vocería, y redobló el *huáncar* para advertir atrás a los soldados. Al poco rato los perseguidores formaban un círculo humano movible, un aro que se estrechaba rápidamente, como en los *chacos*, grandes cacerías imperiales. Pretendieron al principio coger vivos a los culpables; pero al verse repelidos con tánto encarnizamiento, despidieron una lluvia de piedras y flechas. El bravo indio les hacía rostro y combatía con el coraje de la desesperación. Tapó con su cuerpo el de su amada; y al cabo se desplomó bajo la nube de proyectiles. Ya de cerca lo lacearon con un *ayllu*, cuerda que remata en dos pesas redondas. Cuando lo asieron, espiraba. Tenía cla-

[83] En la geografía incaica, la denominación de Rupa Rupa corresponde a las regiones del Pozuzo y el Pachitea.

vado en la garganta un dardo; otro, en el pecho, se balanceaba aún por la violencia con que fué arrojado; y la sangre empapaba sus vestidos. Debajo, acurrucada, herida levemente, deshecho el tocado y descompuestas las galas, gemía la concubina del Cápac Inca. Con femenil flaqueza, imploraba ahora piedad.

Túpac Yupanqui era *tan piadoso en la paz como cruel en la guerra*;[84] sus vasallos lo apellidaban el Dominador Radiante y Justo, el Espíritu de la Equidad. Pocos años antes había libertado a su hermana Cusi Coyllur (*la estrella de la alegría*), y la había desposado con su seductor el rebelde Ollanta; pero el crimen de esta esposa suya era incomparable y no alcanzaba remisión. No debía ni podía perdonarla.

Sólo por el incorpóreo matrimonio con el Sol y la santa castidad del excelso convento del Cuzco, se permitía renunciar al tálamo del Inca, como en el reinado siguiente lo hizo la Princesa Cuca, que rehusó reinar como Coya y casarse con su hermano Huayna Cápac, por ser abadesa de las Acllas.[85] La infidelidad conyugal para con el Soberano, era un delito tan monstruoso, que la imaginación del pueblo no osaba figurárselo; y su impunidad habría desatado sobre el Imperio los más tremendos castigos celestes.

Túpac Yupanqui, sereno en su alteza, ajeno tanto a la debilidad de la compasión ilícita como al arranque de la ira, se dirigió sin apresurarse a su acostumbrada etapa del Tambo de Acos; y se dispuso a cumplir con el deber de ordenar y presenciar la ejecución. La favorita, al igual de las sacerdotisas impuras, debía ser liada viva al cadáver de su amante; y ahorcada luego sobre el cuerpo de éste.[86] El Inca, con todo su séquito, llegó al lugar en que la prendieron y la guardaban. Ella, al ver aproximarse las resplandecientes andas de su

[84] Sarmiento de Gamboa, *Historia General Indica*, Segunda Parte, 54.

[85] Véase la nota de Jiménez de la Espada, al fin del Apéndice a *Las Antiguas Gentes del Perú* del Padre Bartolomé de las Casas.

[86] Véase Pedro Sarmiento de Gamboa, Op. cit. Cap. 52.

real esposo, intentó suplicar y clamar; pero la inaccesible expresión del Monarca la hizo enmudecer. Comprendiendo su destino inevitable, se resignó y cerró los ojos. Desfilaba el ejército, apretado, lento y sordo; y los pasos de aquella muchedumbre parecían una fúnebre crepitación. Por fin, ataron a la Princesa junto con el hinchado cadáver del Curaca, en el que se ennegrecían los cuajarones de sangre; e izaron el bulto horrible en un horcón de palo.

Antes de que le anudaran el lazo fatal, la concubina abrió los párpados, para despedirse de la vida en una última mirada. Sobre la abigarrada mancha de las tropas, ornadas de armaduras y plumajes, la refulgente litera del Inca se erguía como una balsa de oro sobre un mar de luces. La enigmática insignia del Súntur Páucar se recortaba en el cielo verdoso y violeta; y el sol, como aplacado por el holocausto, descendía tranquilo en la majestad de su púrpura divina. Frente al patíbulo y en primer término, estaban los vasallos y comprovincianos del Curaca de Moyobamba, para que advirtieran mejor el escarmiento.

Los delincuentes sacrílegos no recibieron sepultura, a fin de que fuera eterno el suplicio de sus almas en la otra vida, en el Ucupacha de las sombras. Quedaron colgados los cuerpos de la horca infame, como fruta de oprobio, para ser pasto de las aves carniceras; pero los habitantes de la comarca pretenden que Supay, el Espíritu del Mal, transformó los trágicos despojos en peñascos, y que por eso una roca presenta la figura de la Palla ajusticiada. Las lágrimas que vertió, alimentaron el arroyo de Upia Huanca; de noche, suspira y se queja en el viento; a veces, a la luz de los relámpagos, muestra por instantes su rostro de funesta hermosura; y pierde y despeña a los viajeros que se le acercan en las tinieblas.

* * *

La tétrica impresión de la leyenda se desvanece en la amenidad del campo y bajo la alegría del sol, que hace brillar el cielo, azul blanquecino, como una noche de nácar. Las dos leguas y media que hay

de Pucará a Huancayo, son un prolongado jardín. Numerosas quebraditas y encañadas, cubiertas de sembríos, desembocan en el valle espacioso. Abundan los árboles: sauces, *mitos*, álamos, eucaliptos, acacias, guindos, manzanos, membrillares y perales, que aumentan y se agrupan en huertas a medida que nos acercamos a Huancayo. Entre ellos y los prados de alfalfa, se suceden los maizales broncíneos, ya en cosecha, y la rubia y ondeante marea de los trigales maduros. La carretera, ancha y bien cercada, va entre olorosas y doradas retamas, cactos de hojas duras y flores encendidas, y arbustos espinosos llamados *tanquis*. Algunas alcantarillas se alzan sobre torrentes secos por la estación. A veces, en medio de los cultivos, se hacinan montoncitos de piedras, recogidas cuidadosamente por los labradores, para mejorar el suelo. A la izquierda, el Mantaro se dilata, sosegado y pacífico, ensanchándose entre cascajo y arboledas; y a uno y otro lados, los cerros superponen sus andenes, y dejan entrever los remotos pastales de las grandes haciendas de la puna. Es un cuadro de clemencia augusta, de fertilísima geórgica. Pasan varias yuntas, adornados los testuces con flores silvestres y con rapacejos de lana. Queda a la derecha el pueblo de Sapallanga, que fué antaño notable por sus tejidos, como que en él estableció, a mediados del siglo XVI, el primer obraje del Perú su Señora Encomendera, Dª Inés Muñoz, la viuda de D. Antonio de Ribera y de Martín de Alcántara, el hermano materno de Pizarro, fundadora del monasterio de la Concepción en Lima. Viene después, entre alamedas frondosas, el caserío de La Punta; y a una legua corta comienza la Calle Real de Huancayo, la más larga y animada de todas las que he visto en la Sierra.

Algunas casas de dos pisos tienen aspecto colonial, con curiosos balconcitos morunos de celosías caladas y galerías altas de madera, cubiertas con tejados cónicos de color carmesí o rosa pálido. Por desgracia, la reciente introducción de los techos de mísera y rahez calamina ha principiado a desfigurar y afear el caserío dándole a menudo el aspecto de una vulgar factoría. La Plaza de Huamanmarca, también de voladizo balconaje, se cierra al Este con los muros de una an-

tigua iglesia derruída. Ocupa dicha plaza el bullicioso mercado indio.

La ciudad de Huancayo ha adelantado mucho con el ferrocarril, y se halla en gran prosperidad comercial. No bajará hoy el vecindario de 14,000 almas. A más del desplomado templo de Huamanmarca, tiene otras dos iglesias: la Matriz y la capilla de la Merced. Una de ellas data de principios del siglo XVII. Todos los moradores hablan castellano. Como ocurre siempre en el interior, los vestidos se confunden con el más pintoresco desorden. Junto a los trajes semieuropeos de los blancos y mestizos, aparecen los ponchos y sombreros de los cholos; los redondos faldellines punzóes, los monillos y las llicllas multicolores, los anacos bordados y ribeteados de plata, los rebozos de bayeta y los negros *cotones* de mangas cortas de las indias. El tipo es fuerte, elevado y fornido. Muchos propenden a la esbeltez. Físicamente, la raza huanca me parece que lleva gran ventaja a la quechua y la colla. En toda la Sierra peruana es de notar que a medida que se baja hacia el Norte, mejora sucesivamente la fisonomía indígena, y aparece menos ruda y tosca: así hay a este respecto progresión continua del puneño al cuzqueño, al ayacuchano, al jaujino, al huanuqueño, y al cajamarquino y chotano.

Los españoles fundaron Huancayo bajo la advocación de *La Santísima Trinidad*. Fué en la Colonia uno de los más principales centros de la industria textil; y en la guerra de la Independencia, cuartel general de Canterac y sus realistas. Pero el mayor de sus recuerdos históricos es el Congreso que allí funcionó, en la iglesita de La Merced, y que expidió la Carta de 1839. ¡Lástima que esta simpática y tan activa ciudad traiga a la mente, por inevitable asociación de nombres, uno de los momentos más dolorosos de la República!

Estaba destruída la Confederación. Por la intervención chilena y la vergonzosa discordia de nuestros políticos criollos, se había frustrado el único propósito de veras grande que ha animado la vida nacional después de la emancipación americana. Irreparablemente segregado de las Provincias Altas, se reconstituía el Bajo Perú. A este aflictivo detrimento le llamaron la Restauración. Así nos hemos *res-*

taurado de continuo en nuestra historia, cada vez sobre bases más pobres y estrechas que las anteriores.

El régimen confederado había puesto de moda entre nosotros que los congresos se reunieran, nó en las capitales, sino en villas, o ciudades tranquilas y apartadas; y los enemigos de Santa Cruz lo imitaron en esto como en muchas otras cosas de más importancia, aunque nó por cierto en las mejores. La Asamblea se instaló el 15 de Agosto del 39, con asistencia de Gamarra y sus ministros Castilla y Benito Lazo, presidida por don Manuel Ferreyros. Acabo de leer las actas, el mensaje presidencial y alguno de los discursos. ¡Qué mediocridad y ramplonería tan lamentables! El alma se oprime ante ese espectáculo de infinita pequeñez, en que no hubo ni un asomo de novedad, ni un arranque sincero, ni una chispa de talento. Estos hombres de hablar tan descolorido y opaco, ¿tenían acaso conciencia de que, en bien o en mal, decidían la suerte del Perú por un largo período? Las palabras y las actitudes quedaron muy por debajo de las circunstancias, que era tristes pero tan importantes y solemnes. Aquellos improvisados legisladores no se hallaban a la altura de entenderlas.

El Protector, a pesar de su yerta e inexpresiva frialdad indígena, todavía, al caer del Gobierno y desasirse del mundo, pensaba en la *íntima armonía* y el *engrandecimiento* del Perú y Bolivia.[87] Sus adversarios no podían lícitamente aludir a la grandeza. Anhelaban sólo *paz y reposo doméstico* (Respuesta al Mensaje). En las alocuciones y los documentos y artículos oficiales no se cansaban de ensalzar *el desinterés y la sublime política del Gabinete Chileno y de su país, que era aliado natural del nuestro*; contradiciendo a Santa Cruz, que sostenía: "Chile funda la idea de su prosperidad en la desorganización y la ruina del Perú".[88] Experiencia inolvidable y crudelísima ha demostrado quién tenía la razón.

---

[87] Nota de renuncia, fechada en Arequipa el 20 de Febrero de 1839.

[88] *Proclama de despedida* y la del Cuzco del 17 de Agosto de 1838.

El bochornoso órgano periodístico de los Restauradores, después del combate de Guía (en que fueron derrotadas y acuchilladas las mismas tropas peruanas que se apartaban de la Confederación), estampaba, sin que un último resto de pudor patrio detuviera la infame pluma: "Si alguien mira a los chilenos con odio injusto, ese no puede ser peruano. ¡Cuánto mejor nos hubiera sido ser presa de un *araucano* que de Santa Cruz!".[89] Y la Asamblea de Huancayo, igualándose a sus asalariados gaceteros, estatuyó *victoria nacional tan gloriosa como las de la Independencia y digna de perpetuo aniversario* la batalla de Yungay o Ancash, en que *doce* cuerpos chilenos y apenas *dos* peruanos, en totalidad muy cerca de 9,000 hombres, batieron a menos de 6,000 confederados, de los cuales casi las *dos terceras partes* eran peruanos, y cuya más notable víctima fué el bizarro general arequipeño Anselmo Quirós.[90] Pero el colmo de la ignominia estuvo en la inaudita declaración que el caudillo triunfante, el propio Presidente Gamarra, se atrevió a insertar en un mensaje inaugural del Congreso: "La unión con Chile se hizo necesaria como un medio de ahorrar los *cuantiosos gastos* que causara la creación de un ejército capaz de defendernos de Santa Cruz".[91] La mengua no puede ir más allá. Para ahorrar los esfuerzos y desembolsos que requería la formación de un ejército meramente peruano contra el sistema de la Confederación, aun después del pronunciamiento de Orbegoso, había que implorar y sostener el depresivo patrocinio del país que la atacó sólo por arrebatarnos con aquélla la primacía política y comercial. Bolivia no se nos rezagó en estas indecentes palinodias; y su presidente

---

[89] Periódico oficial *El Peruano*, número 7, correspondiente al Viernes 14 de Septiembre de 1838.

[90] Paz Soldán, *La Confederación*, págs. 263 y sgts. *El Peruano*, número 23, impreso en Huacho el Lunes 19 de Noviembre de 1838. Mensaje de Santa Cruz al Congreso de Bolivia, fechado en la isla de la Puná, el 12 de Marzo de 1839.

[91] Mensaje del Presidente Provisional de la República al Congreso, publicado en *El Peruano* del Sábado 14 de Septiembre de 1839.

Velasco felicitaba al de Chile "por el triunfo de Yungay, alcanzado sobre el enemigo implacable de la heroica nación chilena" (Potosí, 26 de Febrero del 39). Era el vértigo de la más inconsciente pero más escandalosa abyección. ¡Cuántos años de obscuridad y apocamiento, cuánta sangre, cuántas tristezas y cuántas angustias y lágrimas nos ha costado y nos costará aún la torpeza insigne de aquella maldita generación, que, entre necias veleidades e indecorosos chismes, dejó perder las condiciones de regeneración y estabilidad interna, de seguridad y poderío internacional que la Confederación ofrecía!

Los constituyentes de Huancayo, en su infeliz ceguera, se imaginaban que *las bendiciones de los pueblos conmoverían sus cenizas en el sepulcro* (Discurso de instalación del Presidente del Congreso). No es bendición, por cierto; no es siquiera olvido piadoso, lo que merece el recuerdo de su obra mezquina. No la perdona quien tiene inteligencia y sentimiento de nuestra nacionalidad.

Descendamos en nuestra meditación histórica a las circunstancias significativas y los pormenores necesarios. Tras de haber saciado sus odios con las medidas de proscripción del 21 de Septiembre, que ponían fuera de la ley las personas de Orbegoso y Santa Cruz, se dedicaron a repartir subvenciones, condecoraciones y medallas, exenciones y dispensas particulares; a dividir provincias, a crear distritos, y a otorgar pródiga y risiblemente los títulos de *ciudades y villas beneméritas, heroicas, incontrastables y hermosas* a una infinidad de pueblos y caseríos; en suma, a la vulgarísima tarea de las legislaturas más inútiles. Por fin, el 10 de Noviembre dieron su Constitución seudoconservadora, reflejo y adaptación de la chilena, y cuyos redactores principales fueron el Coronel D. Bernardo Soffia y el sacerdote D. Higinio Madalengoitia. ¿Qué eco despiertan hoy tales nombres, ni los de sus colaboradores, el abogado Navarrete y los clérigos Charún y Pellicer?[92] Lo anónimo de ellos amortigua un tanto la indignación

[92] Pellicer fué canónigo de Lima: Madalengoitia y Charún, Obispos de Trujillo.

que provocan sus errores e inconsecuencias. Por contradecir en todo las tendencias de la Confederación, multiplicaron las restricciones y trabas para con los extranjeros, sin comprender que la inmigración y los capitales de Europa significaban vida e influencia civilizadora. Los mismos que improbaron la supresión de los Concejos Provinciales dentro del régimen federativo, no creyeron oportuno restablecerlos para contrapesar el centralismo que organizaban, y sustituyeron las municipalidades con los intendentes de policía. Los que tánto clamaron por la autonomía y respeto del Poder Judicial, lo entregaron a merced del Ejecutivo, atribuyendo al Presidente los nombramientos y la facultad de trasladar a los magistrados, y al Consejo de Estado, por iniciativa presidencial, la de remoción absoluta. Luego, ya en vísperas de cerrar sus sesiones, este mismo Congreso Constituyente renovó y ensanchó la esclavitud, con refinada hipocresía, por medio del célebre *patronazgo de libertos*; restableció el montepío civil; y suspendió por el momento la rebaja de diezmos, a pesar de la pobreza general. Enseguida, satisfecho de tan proficuas tareas, se puso en receso el 28 de Noviembre del 39; y señaló para su reapertura el año próximo en Lima. Tal vez los diputados creyeron sinceramente, en su escasa previsión, abrir una era de legalidad, convalescencia y paz. Pero la impureza y la ruindad de que ésta nació y que seguían inspirándola, le prevenían y concitaban enemigos interiores y fatídicas amenazas externas. A más de los antiguos liberales y de los muchos santacrucinos fieles, Vivanco, el brillante reaccionario, que al lado de sus innegables defectos tenía tan generosas cualidades, protestaba contra esta adulteración y parodia del sistema conservador. En Bolivia, Ballivián, alentado y protegido con las intrigas de Gamarra, nos preparaba el desastre de Ingavi. Por aquel mismo tiempo, comenzaba a exportarse el guano, la riqueza estercoraria que iba a acabar de infestarnos y corrompernos. Con lentitud inexorable de sonámbulo, el Perú seguía su marcha al abismo.

La situación que generó y determinó esta Constituyente de Huancayo, fué una de las que con más funesta eficacia torcieron hacia los

pantanos de la pequeñez y la miseria moral, el rumbo de nuestra historia. Sus daños esenciales aun perduran. Su prudencia senil y medrosa expresó el menoscabo de la tierra y del alma peruanas, la resignada aceptación de la mediocridad. Los representantes gamarrinos ratificaron y consagraron el repudio del ideal *pan-peruanista*; y condenaron así el Bajo Perú a ser un país trunco y de segundo orden en la América Meridional, sin ningún alto designio ni más fin exterior que resguardar contra Bolivia las difíciles fronteras del Sur, hasta que, por inevitable corolario, viniera a arrebatárnoslas a ambas naciones gemelas, vinculadas en alianza laxa y tardía, la nueva potencia entronizada por nuestra desunión como dominadora en el Occidente sudamericano.

XVI

EL CONVENTO DE OCOPA

DE Huancayo a Concepción, el tren va por campos de trigo y maíz entre caseríos alegres y onduladas colinas. Junto a los magueyes y los eucaliptos que decoran la carretera, desfilan recuas de llamas. Pasamos la animada población de San Jerónimo; y llegamos a la de Concepción, oculta tras de un collado, y en cuyo paradero y cercanías se cimbran altas y apretadas arboledas.

La villa española de La Purísima Concepción tuvo por nombre indígena *Achi*. En ella, desde los primeros decenios coloniales, fundaron un convento recoleto y un hospital los frailes franciscanos, que siempre han enseñado y predominado en la comarca, al paso que Huancayo fué doctrina de los dominicos. A principios del siglo XVIII la Recolección de San Francisco se trasladó a la inmediata aldea de Santa Rosa de Ocopa, y ascendió a Colegio *De Propaganda Fide* y centro de las más activas misiones de la Montaña.

El camino de Concepción a Ocopa, tiene una legua de largo. Es muy llano y ameno; y tuerce hacia el noreste, orillado por un claro arroyo y por viales de sauces, alisos y saucos. De pronto, en un recodo, aparece la quieta y blanca aldehuela de Santa Rosa, y en un prado de fresca verdura, entre altísimos eucaliptos, se levanta la alba iglesia con sus dos gallardas torres y la imagen del Cristo Salvador

que bendice el valle. Era ya cerca del mediodía. La cúpula encalada y la cruz que la corona, resaltan fulgurantes sobre el fondo de los cerros, que ofrecen tintes ocres y reflejos azulinos de pavón entre los toques verdosos y amarillentos de la hierba agostada. Hace un calor de sequedad extraña, aunque el viento delgado de la serranía remece el follaje de los árboles. En la esplendente cuenca del cielo, se agolpan nubes pequeñas y redondas. Otras están posadas en las cumbres, como un coro de apariciones virginal y extático. Algunas se deslizan en el azul bruñido, semejantes a la bandada de palomas que gira más acá, en derredor del templo; aquellas tradicionales palomas de Ocopa, loadas poco ha por Juan Lavalle, cantadas por Carlos Amézaga en el primero y menos trabajado de sus poemas:

Allí al cazador no temen
ni al gavilán, que remonta
su vuelo, oyendo el tañido
de las campanas de Ocopa.[93]

A la derecha de la iglesia se extienden viviendas tejadas, bajas y humildes; a la izquierda, está el convento, de dos pisos, también cubierto de tejas de color de grana. En la portería cuchicheaban algunas beatas del pueblo, tocadas con mantas negras y mantones de bayeta; y un grupo andrajoso de indios pordioseros aguardaba el reparto de la sopa conventual. Era la vigilia de San Pedro; y almorzamos de Viernes en un cuarto reducido, que es refectorio de huéspedes. En la pared, una oleografía representaba al segundo Pretendiente español D. Carlos, testimonio ostensible de las creencias políticas de los frailes vascongados y navarros, que componen la mayoría de la Comunidad.

---

[93] Carlos G. Amézaga, *La Invasión* (en el primer *Ateneo*); Juan B. de Lavalle, *Recuerdos de un Monasterio viejo que se renueva* (en el volumen intitulado *En la Paz del Hogar*).

No me parecieron muy espaciosos los claustros. Uno de ellos, el principal, que sin duda es antiguo, tiene en el centro un risueño jardinillo en que varios pinos, cipreses y arbustos sombrean violetas, rosas, claveles, adormideras y fucsias de flores amarillas y bermejas. El agua reluce y borbota blandamente en las tres tazas concéntricas de la pila. Y en la paz de este silencio, una melancolía indefinible nace de la luz violenta, que cae del cielo profundo, se asienta en los tejados y en las labraduras y cornisas de las arquerías, tiende listas anaranjadas sobre los muros blancos, cabrillea en la frescura del agua, y penetra en duros recortes por los corredores embaldosados de ladrillos, contrastando con la obscuridad de los zócalos y de las pinturas piadosas en las paredes. Da una sensación intensa, de reposo ardiente y triste.

La iglesia, en cambio, es hoy de vulgaridad deplorable. Se ha incendiado varias veces; la última hace poco, y quizá no sin intervención del estúpido y grotesco anticlericalismo serrano. La han reconstruído recientemente, y por desgracia con el gusto más insípido que cabe imaginar. Sólo dos retablitos dorados, de talla colonial, únicos vestigios del primer templo, ponen una leve nota significativa e histórica entre la helada mediocridad y la presuntuosa y burguesa baratura de los altares nuevos y las imágenes modernas, la parodia seudogótica de las vidrieras de colores, y el reciente pavimento de mármol y de pobres mosaicos del país. En el coro hay un órgano alemán de buenas voces. Su música atenúa en algo la mala impresión de la iglesia. En la sacristía hay algunos cuadros antiguos y figurillas bien modeladas en piedra de Huamanga.

La biblioteca del convento es bastante aceptable. No faltan libros viejos, encuadernados en pergamino, principalmente crónicas de la Orden y del Perú, y entre éstas la primera edición de la de Cieza, cuya descripción del valle me detuve a hojear. En una galería interior guardan una mediana colección numismática española, con monedas de los califas moros y del Rey San Fernando, y algunas romanas de Tarragona, traídas por un padre catalán. Allí

mismo han arreglado un corto museo de la Montaña, con armas y artefactos de los indios catequizados por la Comunidad. Muestran en el primer claustro un curioso mapa de la región boscosa del Perú, dibujado por el difunto P. Gabriel Sala, célebre explorador contemporáneo;[94] e ingenuos frescos que representan los martirios en el Manoa, en el Pozuzo y en Huanta, acaecidos en el siglo XVIII. Estos recuerdos de la sangre vertida en las selvas constituyen efectivamente las ejecutorias de nobleza del monasterio y los mejores timbres de su historia.

Lo fundó el Venerable fray Francisco de San José, natural de Mondéjar en Toledo, cuya beatificación se procura, y que antes de profesar se llamó Melchor Francisco Jiménez, y sirvió al rey D. Carlos II como soldado por seis años en las últimas guerras de Flandes a fines del siglo XVII. De vuelta de sus campañas, se metió de fraile, predicó en tierras de Méjico y Guatemala a indios cristianos e infieles, y llegó al Perú en 1708. Se hallaban a la sazón desamparadas las reducciones franciscanas en los matorrales y arcabucos de Chanchamayo, el Cerro de la Sal y Panataguas de Huánuco, por la sublevación de los salvajes y las mortandades de 1674 y 1704 respectivamente. Para repoblar aquellas conversiones, cuyas ruinas había visitado, fray Francisco edificó este convento, colegio central y seminario de misioneros, situado en las cercanías de una buena entrada a la región de la Montaña y junto al pueblo de la Concepción de Achi, antiquísimo curato de su orden. En la rinconada y el caserío de Ocopa existía desde mucho antes una capilla, al cuidado de los franciscanos doctrineros de Concepción y dedicada a Santa Rosa, no lejos de una famosa huaca, derruído adoratorio gentílico, situada hacia el noreste, por Quichuay. Al pie de la ermita, y en campos que donó el Curaca, principiaron a construírse la iglesia y las celdas del monasterio y el hospicio, en 1724. Se emplearon veinte años en la

[94] El fundador de San Luis de Shuaro y otros pueblos, a fines del siglo XIX; y autor de un libro sobre el Alto Ucayali y el Gran Pajonal (Lima, 1897).

obra. El fundador y director de ella no pudo verla concluída: falleció muy anciano en 1736, según consta por el epitafio de su sepulcro, que está a la izquierda del coro. Un retrato suyo se ve en el claustro principal. La crónica legendaria de sus hermanos de hábito lo llama *Segundo Francisco Solano*; le atribuye milagros, profecías y dón de lenguas; y refiere que los tigres de los bosques amazónicos se le humillaban y que los demonios aullaban ante sus exorcismos. Es el suave y postrer eco peruano de la más genuina hagiografía.[95]

A la muerte de fray Francisco de San José, ya sus misioneros habían penetrado en la Pampa del Sacramento, nuestra Mesopotamia exuberante, entre el Huallaga y el Ucayali; y poco después recorrían el Ene, el Perené y todo el Gran Pajonal. Mas ocurrió entonces la insurrección de Juan Santos, intitulado *el nuevo Atahualpa,* ensayo algo bufo de restauración indígena, que fué como el preludio de la rebelión de Condorcanqui. Este Juan Santos, indio cuzqueño, que había estado en España, viéndose perseguido en Huamanga como homicida, se fugó a la Montaña por el lado de Huanta, y proclamándose Inca, acaudilló las tribus del Chanchamayo y el Cerro de la Sal, y destruyó cuarenta y cinco poblaciones y rancherías, con matanza de numerosos frailes y neófitos. Fueron infructuosas las expediciones de las tropas virreinales; cayeron los fortines de Quimiri [96] y Sonomoro; y en 1752 el rebelde amagó el valle de Tarma. Cerrada con esto a la evangelización la ceja fronteriza de los bosques más próximos, los religiosos avanzaron por el Norte, desde Pataz y Cajamarquilla, a las llanuras ribereñas del Ucayali.

El apogeo de las misiones fué la segunda mitad del siglo XVIII, cuando, acabado el alzamiento de Juan Santos, los franciscanos de Ocopa recuperaron lo perdido, desde Huanta hasta Maynas; se encargaron un tiempo de Lamas en el Huallaga y Chiloé en Chile; fun-

[95] Véase la *Historia de las Misiones de Ocopa*, dos tomos (Barcelona, 1883).

[96] Muy próximo a La Merced actual.

daron los pueblos de Contamana y Chunuya, al oriente del Ucayali; descubrieron el curso y la navegación del Pozuzo y del Mayro; y hallaron por fin el camino del río Tambo, cuya confluencia con el Urubamba colonizaban en 1815, y las remotas cabeceras del Yavarí, del Yurúa y del Purús, que visitaban casi al propio tiempo. Bajo la guardianía del P. Sobreviela, colaborador del *Mercurio Peruano,* el convento de Ocopa contaba con ochenta y cinco frailes; y además de las empresas entre infieles, enviaba continuamente predicadores a todas las provincias del Virreinato.

La invasión francesa en España, detuvo y abatió el empuje de las tareas misionarias; y la guerra de la Independencia sudamericana las deshizo por completo. Los Padres peninsulares emigraron o fueron desterrados. Las aldeas de las reducciones quedaron deshabitadas, y los indios conversos volvieron al salvajismo. Unicamente el misionero criollo fray Manuel Plaza, se sostuvo en Sarayacu, a orillas del Ucayali, en absoluto aislamiento y abandono por cerca de veinte años, sin comunicación alguna con su Orden ni con el Perú civilizado y sin tener siquiera con quien hablar castellano. Su abnegada constancia logró conservarle al Perú el dominio efectivo de la Pampa del Sacramento.

Entretanto, el convento de Ocopa se cerró. El gobierno independiente llevó los frailes a Lima y los dirigió a las fortalezas del Callao, defendidas por el general realista Rodil, quien para no aumentar las bocas inútiles en la plaza asediada, los rechazó a balazos. Los expulsos tuvieron al cabo que refugiarse en la Recolección de los Descalzos de Lima. El Dictador Bolívar suprimió la comunidad de Ocopa, y destinó el local a colegio secular de educación. Un infeliz donado, el Hermano José Amorós, que se obstinaba en vivir dentro de los muros de su antiguo convento, fué asesinado por los colegiales; y el crimen ahuyentó a los muy pocos Padres que se habían animado a imitarlo.

En 1836, el Presidente Orbegoso, teniendo en consideración el ningún fruto que daba el colegio seglar, cuya existencia fué inter-

mitente, y la importancia nacional de restablecer las misiones de la Montaña, devolvió el monasterio a los Franciscanos. Se restauró la vida conventual con frailes italianos en su mayoría; se reparó el deteriorado edificio; y comenzaron a recuperarse, con expediciones metódicas, las perdidas reducciones de salvajes. Salvo los confinamientos rigurosos que provocó la guerra de 1866, la Comunidad ha proseguido tranquila y floreciente, renovándose con españoles del norte, vascos y catalanes, y con uno que otro peruano, y ha extendido su influencia religiosa por el país entero; mas las misiones de la Montaña no han vuelto a la prosperidad que alcanzaban en los últimos tiempos de la dominación española. Los comerciantes que surcan los ríos de las selvas, han arruinado la pacífica obra de los misioneros. Primero el alza de la zarzaparrilla, y después la del caucho, atrajeron a la inmensa región aventureros crueles, que depravaron o dispersaron a los aterrorizados indios, cuando no los esclavizaban o los exterminaban por medio de verdaderas cacerías de hombres; y en las espesuras solitarias donde en los siglos XVII y XVIII se abrió campo la mansa heroicidad evangélica, la católica gesta de la *Propaganda* y las *Cartas edificantes,* ha presenciado la República abominables estragos, que se igualan con los peores de la Conquista.

Ocopa, la casa madre de nuestras misiones, significa para el Perú el vivo recuerdo de lo que tuvo de mejor la Colonia: el afán catequista y civilizador, el celo apostólico que animó a sus religiosos, y que sucedió a los empeños bélicos cuando se desvanecieron los espejismos del Paititi y del Dorado. La organización misionaria no adquirió aquí la solidez política, la imponente y sencilla grandeza, la majestad idílica y casi incaica que los Jesuítas supieron darle en el Paraguay; fué verdaderamente *franciscana*: individualista, libre y suave, de candor, desinterés, martirios y lírica poesía errabunda, entre las desbordadas riberas y las florestas milenarias del Ucayali y del Pangoa.

Hay rincones del convento que evocan fielmente la humildad conmovedora de su mendicante instituto y los paupérrimos comien-

zos de esta comunidad. Un claustrillo estrecho, que, según creo, designan con el muy castizo nombre de *La Obrería*, se conserva intacto como lo edificó Fray Francisco de San José, a principios del siglo décimoctavo: con rechonchas pilastras en vez de arcadas, corredores hondos y lóbregos, piso central de piedras toscas, sin jardín ni viviendas altas, y techado con tejas de un color granate sombrío, cárdeno, que avanzan en fuerte declive, achatando aun más la rústica severidad del recinto. Los demás claustros menores son muy alegres en comparación: se llaman el Coristado y el Noviciado, el del Olivo y la Enfermería. Entre el Refectorio y la sala del *De Profundis*, está la capilla que la tradición señala como la ermita de Santa Rosa que precedió al monasterio.

Al extremo oriental se hace un huerto, grande y con lindos árboles, vides añosas, algún olivo de buen aspecto pero infructífero por la frialdad del clima, y muchos alcanfores y alisos, cuyas hileras dividen las suertes plantadas de legumbres. Al noreste verdean unas colinas. Arbustos, alamedas, sembríos y sedosos campos de alfalfa y maíz, ciñen el convento por los demás lados. Junto a la iglesia hay un reducido cementerio, entierro de dos Obispos, uno de ellos el de Huánuco, D. Manuel del Valle, que por razones políticas no llegó a Arzobispo de Lima, y lo fué *in partibus* de Berito. Novicio franciscano en Madrid hacia 1834, salvado extraordinariamente de la célebre matanza de los frailes de San Francisco el Grande, y exclaustrado por fuerza luego, quiso a su muerte reposar cerca de sus hermanos de Orden.

En las primeras horas de la tarde, mientras paseábamos los claustros y los alrededores en compañía de un donado, los Padres rezaban en el coro; y la salmodia nos llegaba como un vago susurro. Con sordo rozar de sandalias, descendieron y desfilaron ante nosotros; y entonces pudimos conocer a muchos, conversar detenidamente con los principales, e inquirir los datos que hemos apuntado. Alargamos la visita, hechizados por esta soledad agreste y monacal. El reloj de la torre desgranaba sus horas cristalinas, y las palomas

arrullaban en los aleros. Cuando nos despedimos ya iba a obscurecer. La iglesia estaba abierta e iluminada todavía, por celebrarse el Mes de Jesús; y el órgano esparcía los rizos áureos de sus sones. En el dulce desmayo del crepúsculo, volaban los pájaros con levedad inmaterial de ensueño. Pasó una cansada recua. De pronto se enrojecieron los sembrados verdes y rubios. Parecía arquearse la enorme y lejana cordillera bermeja del frente. Las nubes resplandecían como túnicas blancas y purpúreas. Al cabo de un rato, ondularon y se dilataron en el azul silencio las campanadas argentinas del Angelus, como un baño acariciador y lustral y entre las revueltas del camino y la arboleda, desapareció a nuestra vista la media naranja de Ocopa.

Atravesamos la ancha y silenciosa plaza de Concepción, con su baja iglesia al este. Centelleaban unas pocas luces en las ventanas del pueblo, tras los antepechos de madera y las puertas de las paredes encaladas. Algunas hogueras de San Juan se encendían ya en el campo; y el cielo, iluminado por la luna, semejaba un azulejo antiguo, vítreo y terso.

XVII

IMPRESIONES FINALES

DESPUES de Concepción, la frondosidad va disminuyendo hasta Jauja. Se estrecha luego el valle, en risueñas cañadas con aldeas de cabañas pajizas, puentes colgantes y campanarios cuadrados de adobe. Enseguida aparecen las punas rasas y pastoriles, salpicadas por los rebaños de llamas; las gigantes peñolerías, a modo de acantilados; el circo de los nevados adustos, que engastan mesetas de lagunas e ichales; los contrafuertes ciclópeos, las descarnadas vértebras, la desolación granítica, el caos de rocas, el paisaje dantesco del Ferrocarril Central, tan conocido por todos, y tan poco apreciado y sentido. Y al fin, en la remota hondura, término del largo viaje, llegamos a los campos limeños, que duermen bajo su manto de brumas tibias como bajo un muelle velario de algodón.

Ha concluído mi peregrinación por las provincias verdaderamente características de nuestra Sierra. Antes de que las vías férreas y el comercio moderno realicen la obra necesaria y salvadora de vulgarizarlas y desfigurarlas, he contemplado en su aislamiento y su enternecedora miseria las comarcas que fueron el solar del Perú incaico, la entraña del Perú español, el campo principal y el corazón de la historia patria hasta la mitad de la centuria XIX, y que algún día han de volver a serlo. ¿Qué impresiones dominantes me dejan? La de su

importancia pasada, la de su decadencia presente, y la del perpetuo contraste entre sus diversas zonas, no menores que las que hay entre toda la misma Sierra y las otras dos grandes regiones del país.

La extraordinaria diferencia de alturas hace, en los Andes del Perú, que un reducido espacio, de una o dos jornadas, presente superpuestos los más contrarios climas, como singularísimo muestrario de geografía.

Abajo, en los cañones angostos de las más profundas quebradas, están los valles o *yungas*, tórridos y bochornosos rincones sin horizonte y sin vientos, encajonados entre cerros disformes y elevadísimos. Junto a los pedregales del río torrentoso, crecen los platanares de hojas rasgadas, los *montes* de caña brava y huarangos, los nogales redondos, los pacaes verdinegros, los paltos claros y las espinosas tunas. En estas tercianientas riberas, plagadas de mosquitos, alternan los plantíos de ají, maíz y caña dulce; en huertas pequeñas se agrupan los chirimoyos, los naranjos, los limos y los tupidos papayos; y a veces, sobre las pircas o las tapias del camino, resalta, exótico y triunfal, el laurel rosa.[97] En los valles algo más altos y espaciosos, la caña dulce prevalece casi tanto como en la Costa, y sus cuarteles van desalojando los potreros de alfalfa y los maizales. Abundan los magueyes silvestres y desaprovechados; se alzan los grandes *patis*; y en derredor de los pueblos y caseríos, fructifican los granados, los ciruelos, las higueras y los membrillares.

De estos como islotes cálidos, hoyos tropicales clavados en medio de las cordilleras, se sube en pocas horas por agrias cuestas a la tierra templada, a la zona *quechua* propiamente dicha. Esa es la verdadera Sierra, la región fresca y saludable, de cielo puro o despejado pronto por las tempestades: chacras de panllevar, laderas de alcacer, multiplicados andenes que fajan los collados como cintas de verdura, y tenues arboledas de alisos, manzanos, eucaliptos y molles. Detrás de las colinas cultivadas en diversicolores retazos, se amontonan irregula-

[97] Así llamamos en el Perú galicistamente a la morisca y andaluza *adelfa*.

res círculos de cumbres severas, y asoman los nevados diamantinos; por las herbosas gargantas se despeñan los arroyos; y las veredas que se enroscan en las pétreas moles, rematan el paisaje con unas líneas delgadas, blanquecinas al mediodía y de oro pálido al atardecer. En esas tierras se hallan las más célebres y numerosas ruinas incaicas; en esos agrestes y callados repliegues, se desmoronan las *intiphuatanas* y las antiquísimas fortalezas; y los sumisos descendientes de quienes las construyeron, labran, con bailes y cantares, los terrenos comunistas de sus *ayllos*, cuyos sembrados se escalonan, en artificiales graderías, desde los cauces de los ríos hasta muy cerca de las cimas estériles. Más arriba, en las ondulaciones y llanadas que se hacen desde estos cerros medianos hasta las punas, se extienden aún los campos de labranza, con cultivos de papas y quinua, y los pastos para mucho ganado vacuno y lanar (*jallcas*). Apenas interrumpen de tiempo en tiempo la monotonía de las lomas verdes, algunas chozas redondas, de piedra suelta y techo de paja, algún quishuar aislado, matas y zarzales mirtáceos, y la triste procesión de los cardos pequeños, que trepan por las alturas circunvecinas. En las vegas angostas y un tanto abrigadas (*huayllas*), pacen caballos chicos y peludos; en las faldas breñosas, corren las ovejas y las cabras de ojos lucientes; y por los caminos, en elegante desfile, alargando los cuellos, se mueven los llamas, lentos y suaves.

De la región frigidísima, pero todavía habitable y fértil, que alcanza hasta los 4,000 metros sobre el nivel del mar, se pasa, por abras heladas, a la *Puna* desierta y bravía. Allí los duros pajonales amarillentos alimentan rebaños lanares, guardados por míseros pastores; los *tarucos*[98] y las vicuñas en manadas, se ocultan tras de los riscos rojizos y violetas, estriados de nieve, que encierran las más preciosas minas; cae a diario el granizo; y los charcos congelados brillan como láminas de plata. Y más arriba aún, sobre los penachos de las nubes, queda la región polar e inaccesible de los picos nevados y los ventis-

[98] Venado peculiar de los Andes.

queros, que recortan entre las peñas el cristal de sus aristas bajo el azul profundo de la atmósfera y la refulgencia mágica del sol.

Toda esta diversidad de temples y aspectos se agolpa verticalmente de tan apretada manera que, en infinitos lugares de la Sierra peruana pueden verse desde el ardiente bajío, los trigales, las frías estancias de las punas y los conos de nieves perennes.

Nuestra Costa ofrece también sus contrastes: la esterilidad de los arenales siniestros, con el florido y deleitoso verdor de los valles que los interrumpen; la furia de las rompientes en las playas abiertas, con la mansedumbre de los ancones y de alta mar, ora de color celeste, ora verdegris. Pero tales contrastes no son comparables con las antítesis continuas de la Serranía, que aparecen, a más de la diferencia y oposición de sus climas, en casi todos los rasgos de sus genuinos paisajes. Prados de vívido esmalte, entre murallas de cerros plomizos; una leve cortina de taras, queñuales o saucos, entre las calvas rocas; un barbecho colgado en un ribazo abrupto; derrumbaderos y precipicios vertiginosos, y apacibles campiñas de cereales con hileras de álamos sobre el fondo sombrío de las sierras; andenerías que se empinan como aparadores y retablos de sementeras varias, y cumbres peladas como las cabezas de los cóndores; corrientes de agua helada y purísima en los herbazales de la puna, *llocllas* lodosas en los barrancos, y vados con pedrejones inmensos; la tristeza pungente de las mesetas desoladas, y el encanto humilde y mimoso de las quebradas pequeñas bajo el soberbio ceño de la Cordillera eterna; pobres cabañas de la égloga más rústica, junto a derruídos monumentos ciclópeos de leyenda y de misterio; y sobre la recia lobreguez de los históricos sillares, sobre la nostálgica dulzura de los campos y el virginal sudario de las nieves, se vierte el ánfora divina del cielo, el dorado esplendor de la luz clemente.

Si procuramos armonizar y fundir las innumerables divergencias de los detalles pintorescos, para obtener la expresión de conjunto, el íntimo sentido de la tierra andina, llegamos a dos notas fundamentales: *ternura* y *gravedad*. Hay indecible ternura, esquiva y pastoril, en

las lagunas altísimas, ceñidas de totoras y pobladas de nuñumas, quellhuas e ibis blancos; o todavía más elevadas, entre orillas roquizas y gramosas, záfiros olvidados en copas de piedra, solitarios espejos de inviolable castidad, en que sólo se miran las cúspides glaciales. Hay una ingenua ternura en los ondulados páramos, cuando las aguas del verano los visten de un verde nuevo y de menudas flores silvestres, azules y amarillas. Hay una incomparable ternura, melancólica y resignada, cuando la lluvia destila en las arboledas de las aldeas, cuando golpea los techos de teja y gotea incesante en los cobertizos de icho, mientras mugen en la sombra crepuscular los ganados, chispean mal protegidas las hogueras campestres, y suena lejana y fluída la música indígena, de monotonía penetrante y dulce, como un canto de infancia arrullador y maternal. Y hay gravedad en todos los aspectos de este país fragoso, claro y frío; en sus despoblados, peñascales y peñoles, y en sus quiebras que son bandas de vegetación entre abismos; en las laderas de trigo, y en los dentellados picachos; en la sobriedad más que europea de la flora, y en la inextricable maraña de las cadenas de los Andes, que toman formas de monstruos y esfinges; en el atormentado relieve de los altos y hondonadas; en los hoscos perfiles de los cerros, y en su colorido que va en los próximos, del bermejo sangriento al áureo tono de la piel de los pumas, hasta revestir en las lontananzas la serenidad episcopal de la amatista. País triste y luminoso, de encumbrados pastos y de yermos, de idilio y de epopeya, hirsuto y asperísimo, con una que otra muelle intermisión en sus valles calientes.

Penetremos en alguna de las típicas poblaciones serranas. Está oculta en el repecho de una quebrada repuesta, con riachuelos cascajosos, huaycos floridos, y potreros que declinan en lomadas y andenes; cercada por el verde vivo de los cebadales y los alfalfares, y el verde plata de los quishuares, los magueyes y los recientes alcanfores. Es capital de distrito y tal vez de provincia, aunque no lo parezca por la ruindad y sordidez de su caserío. Las más de las viviendas, blanqueadas de cal; otras presentan al desnudo sus adobes parduzcos, a

veces de color ocre y como dorado; y nunca faltan en buen número las destechadas y arruinadas. Al lado de las tejas y las coberturas de paja, se elevan las horrendas planchas de calamina, que son allí el signo de la renovación y el progreso. Si ha sido villa de vecindario español, habrá de seguro casas de sillar y abovedadas. Las pocas de dos pisos tienen barandas y balcones abiertos de madera; casi todas, ventanas escasas y estrechas, de balaustres torneados, y crucecitas en lo más alto de los aleros. Se intercalan a cada paso las tapias de los corrales y las huertas. En la entrada de los caminos, desde Mayo las cruces de las capillas y humilladeros están adornadas con diversidad de flores y estolas blancas. Las principales callejuelas, con cuestas, escalones, y piso de guijarros, lucen cursis nombres modernos de ciudades costeñas, remotos ríos de la Montaña o caudillos revolucionarios; pero muchas conservan aún añejas denominaciones castellanas, como *calle del Suspiro, de la Amargura, de la Alcabala, del Corregidor;* y hasta suelen designarse los barrios por los términos quechuas de *Hanan* y *Hurin* (alto y bajo), y por el origen de los *mitimaes*, Yuncas, Huancas, Collas, procedentes de la época incaica. Se hallan rincones con muros de pirca, toccos irregulares, y toscas fuentes de límpida agua entre molles y alisos, que dan la más neta sensación indígena. La iglesia parroquial, de macizas y rechonchas torres, tiene en la fachada, sobre piedra o cemento, burdos mascarones de ángeles, palomas y culebras semejantes a los más informes balbuceos de la escultura románica medioeval; y en su interior guarda de ordinario retorcidos altares salomónicos, un Santo Sepulcro y un Santiago a caballo, de los tiempos de la Colonia. En el arco toral, entre andas con imágenes vestidas, se ven rudísimas pinturas de artistas indios, que representan a los apóstoles y patronos con primitiva y bárbara rigidez. El Cura es un mestizo ignorante y concubinario; o un español expulsado de Filipinas, que no piensa sino en reunir algún dinero para volverse a Europa. Sólo ciertas fiestas de cofradías, con su cortejo de procesiones, danzas y general embriaguez, sacuden a intervalos el marasmo religioso del pueblo. El Concejo Municipal muestra en la Pla-

za Mayor su blanca arquería y sus anchos poyos. Es la inexpugnable fortaleza de los nuevos curacas, de los gamonales lugareños, que dominan en la comarca a precio de ciega sumisión al Gobierno y al diputado. Próxima está la Escuela Primaria, en un galpón ruinoso. A menudo no funciona: el Inspector de Instrucción se ha dedicado a la propaganda electoral, el Maestro se ha dado a la bebida, y los alumnos no concurren, porque sus padres prefieren aprovecharlos desde la niñez como pastores o gañanes en las chacras. Los útiles de enseñanza, enviados desde Lima, han ido a parar y malbaratarse en la pulpería inmediata. El Juzgado, en cambio, está siempre animadísimo, por la invencible manía litigiosa de cholos e indios. El Subprefecto es un forastero, pobre agente eleccionario, removido cada semestre, cuya tarea se reduce a preparar el camino del candidato oficial o a destruír la influencia del diputado indócil. Para este trabajo, único efectivo y práctico de la Administración, auxilian al Subprefecto y sus Gobernadores, la Recaudadora y la Justicia Militar.[99] La primera moviliza en los menesteres políticos a todos sus empleados; y, cuando conviene, cierra los ojos a los contrabandos del alcohol de los grandes contribuyentes. La segunda atemoriza a los contrarios con laberínticos procesos y dilatadas prisiones. Los periódicos son hojas minúsculas, eventuales y pasquinescas, de increíble y repugnante procacidad.

Llegará la temporada de las elecciones, con su séquito de bullicios y atropellos; la vasta y solitaria plaza hervirá entonces de gente ebria, traída a lazo desde los caseríos más apartados; se oirán gritos, feroces injurias, tiros y carreras; caerán muertos algunos infelices, sin saber por qué ni por quién; aclamará la turba, en castellano y en quechua, al candidato impuesto, señor feudal efímero, incapaz con frecuencia de entender un programa ni de concebir una idea, mudo instrumento del Gobierno o de un amigo. Luego, tornará la población a sumirse en su modorra de servidumbre y borracheras. Vol-

[99] Estos apuntes se tomaron hace dos años.

verá a enmudecer la plaza, dominada por ásperos cerros y alamedas de eucaliptos esbeltos y fragantes. En ella, el aire seco y frío levantará remolinos de polvo. Apenas se oirán el cantar monótono de los chicos de la escuela, el silbar lancinante de un *cacharpari*, y el paso elástico de las recuas de llamas. Soledad acerba y letal, medroso encogimiento de cuerpos y almas. Así pasan los años, entre pleitos y compadrazgos. Sólo de cuando en cuando, un crimen, una inundación, una peste, turban la monotonía. Iguales a sus progenitores, mansos, sumisos, tristes, salen por los senderos del pueblo, hombres de poncho que arrean ganado, y mujeres de llicllas moradas y punzóes, que con el huso en la mano, hilan infatigables mientras caminan.

Dirijámosnos ahora a las alturas. Entre los cabezos de la sierra, veremos terrenos eriazos por falta de riego, y fértiles rinconadas cuyas mieses sobrantes no pueden llegar a la Costa, por el precio que imponen la distancia y la fragosidad; vertientes de peñas y cantos; verdeantes majadas, con circulares rediles de *canchas*; y rodeada por chacarillas de ocas y de habas, la humilde aldea de la puna. Las cabañas, de techo pajizo, son verdaderos tugurios, negros y asquerosos, sin ventanas, con puertas angostas y bajas. La iglesia es una capillita con esquila. Raras veces el cura viene a ella, para celebrar alguna festividad y cobrar de paso las primicias. No hay escuela, no hay autoridades ni más policía que unos indios *varayos*. Se disputan el predominio el enganchador de las minas próximas y el propietario de la hacienda colindante, que es un mestizo ducho en tretas curialescas, con las que ha despojado de sus tierras a la comunidad indígena. Los comuneros del *ayllo* se han trocado inconscientemente en vejados *yanacones* del nuevo fundo. Aquí el hombre yace bajo el yugo triple de la esclavitud, la miseria y la ignorancia; y en las *jallcas*[100] de hierba corta y mezquina, que suben hasta las crestas de nieve, la Naturaleza de continuo parece gemir.

---

[100] Se llaman *jallcas* las regiones muy pedregosas y frías, que producen solamente papas y pastos de altura.

Cuando de estas melancólicas serranías se desciende a la Costa, hay que atravesar una de las regiones más áridas y devastadas del mundo. Los cerros pierden su leve manto de labranzas y grama, y descubren la lúgubre desnudez de sus riscos; desaparece el arbolado; los magueyes se adelgazan y achican; la quebrada se ahonda, estrechísima, reducida toda al río, escaso y sonoro, que bate y ruge entre cascajales y barrancas, y algún huarango nudoso; cortan el camino a cada instante las hoces de las llocllas, cauces secos de antiguas torrenteras, testimonio de cataclismos seculares; y sobre los grises peñascos, tostados por el sol, se arrastran las víboras. Tras largas jornadas, va templándose la horrible esterilidad. En la quebrada angosta, por los recodos del río, se suceden los cultivos y los pastos. El viento marino disipa el bochorno. Alegran el monte parleras bandadas de loros. Al cabo, el valle se ensancha; aparecen los algodonales, de flores gualdas y rojas, y las hazas de caña, de un verde dorado; se divisan las casas de los pueblos y las haciendas; y si es tiempo de verano, en el horizonte se distingue la mancha azul del mar.

Los paisajes de la Costa difieren substancialmente de los serranos. Hay en los ribereños perspectiva, espacioso panorama, sobre todo cuando se contemplan bajando las últimas estribaciones de la Cordillera; pero la luz en ninguna estación alcanza la pureza y diafanidad incomparables del refulgente invierno andino. Es la costeña una luz mate y velada, húmedo toldo de siesta, plomizo en los días invernales, blanco y celeste en los de estío. Aun en los de sol más claro, tiene siempre matices perlados y lejos opalinos, por la niebla difusa. En las raras mañanas muy calurosas, algunas veces ofrece el ambiente una limpidez de acuarela; mas, pasado el mediodía, la fresca brisa del sur amontona nubes, como vellones o densos copos de algodón, que enturbian el aire y empañan los colores vivos. Sólo junto a los grandes arenales del norte, o mejor aún junto a los de Ica, la extrema sequedad de los veranos da lugar a un azul vibrante y profundo, que, sobre los médanos áureos y blanquecinos, y la vegetación de algarro-

bos, higueras, cinamomos y palmares de dátiles, evoca fielmente cuadros de Arabia y Mesopotamia.

El mar, en la temporada brumosa, presenta toda la gama del clarobscuro, desde el tinte pizarroso y pavonado, y el de estaño fundido, en los días de fulgor incierto y resolana, hasta el gris verdeante en los de cerrazón y garúa. Los morros y los acantilados se encubren en los mojados y tediosos pliegues de la pálida *camanchaca.*[101] Del opaco cristal de las aguas, movido por recias marejadas, se alza innumerable cantidad de aves, patillos, huanayos, flamencos, alcatraces, que al levantar el vuelo forman una cinta de espumas en los neblinosos confines.

De Diciembre a Mayo, el sol transfigura estas borrosas y crepusculares marinas. Entonces los islotes y farellones resaltan nítidos, entre el claror del agua y de la atmósfera y las animadas volutas del oleaje; chispea la mica en las rocas y tablazos de las playas; la arena reverbera como bordada de lentejuelas; el mar, glauco o zafíreo, relumbra suave y lustroso como la seda más fina; sobre las encañadas del valle y sus arboledas, apenas se tiende una gasa sutil de vapores; y en el fondo se yergue la sierra violeta, de firme trazo, idealizada y aterciopelada por la distancia.

Pájaros acuáticos, gaviotas o pelícanos, revolotean en el cielo sereno. Hay en la bahía escasos buques, y varios botes de albo y triangular velamen. En el desembarcadero, de muy fuerte resaca, reposan alineadas las canoas, lanchas y balsas, y los caballitos de totora de los indios pescadores. Más allá de la ensenada que va desde una punta a los arrecifes, protegida por la barra o *tasca*, se hace, en determinados días y por crecidas cuadrillas de gente, el trabajo de la *cala*, primitiva y curiosa manera de pesca en común, sin auxilio de embarcaciones y sólo desde la orilla.

---

101 Nombre indígena con que en nuestras riberas meridionales del Pacífico se designan las brumas periódicas que vienen del lado sur y producen las lloviznas y el verdor de las lomas. Probablemente se deriva de las raíces quechuas *camani* (yo fructifico) y *chacca* (allá).

En las pampas del desierto inmediato, suelen existir ruinas, famosas para los arqueólogos, y vetustísimas sepulturas; y la pesada majestad de las arenas oprime y esconde muros de adobes anaranjados, dispuestos en rectángulos y terraplenes, que fueron palacios, castillos y ciudades, asiento de extrañas civilizaciones, hermanas de la Maya y de la China. Donde empiezan los sembríos, entre el desmayado verdor de las cañas de azúcar y las *chalas*, y el verdor sombrío de los campos de algodón, sobresalen los artificiales collados de las *huacas*, sepulcros contemporáneos de los Incas y del Gran Chimu; y por cuyos despedazados y ocres paredones trepan las lozanas viñas. En esas huacas u otras eminencias, están edificadas las casas de los fundos, pintadas de azul o rojo, con arquerías y corredores. Llevan por nombres los antiguos apellidos de las familias criollas coloniales, ya extinguidas. El camino se dirige al pueblo desde los gramadales de la playa, ceñido por tapias, saucerías y ruidosas acequias. Transitan chalanes, carreteros, fruteras montadas en burros con anchos serones. Por fin, en medio de hortalizas, parras, camotales, pacayares y paltos, aparece, no lejos del mar, la aldea costeña.

Es en su mayor parte un hacinamiento de ranchos de caña, enlucidos de tierra, desvencijados, ladeados y a punto de caerse. Bullen entre esas quinchas, en regocijada confusión, negros y zambos, chinos asiáticos y mestizos. Lo central y aseado en el pueblo, lo constituyen calles derechas, empedradas a veces, con viviendas de un piso y terrados chatos, embadurnados al temple, de colores chillones. La plaza, sombreada de ficos, se engalana con la Iglesia Matriz, de estilo jesuítico y barroco, cuya portada ostenta a menudo redondas claraboyas, barandales, conchas de yeso, agujas y bolas de ladrillo y estuco, habituales adornos a principios del siglo XVIII español. Diríase un viejo cortesano, de espadín y empolvada peluca, asombrado y perdido en el destierro de esta comarca exótica y olvidadiza; o un pomposo galeón de hace centurias, que encalló en puerto remoto, y se destruye en el silencio y el abandono. En la abultada medianaranja y los gruesos campanarios, anidan las santarrositas. Cierta casa vieja,

en el rincón de la plaza, conserva el balcón cerrado, con celosías adufadas a la arábiga, y las ventanas de salientes alfeizares y rejas de ensortijados dibujos; y en el zaguán se ven aún las labraduras y artesones del techo. Calle adelante, un lienzo de pared se ha venido abajo, y pone al descubierto el inculto jardín, en que subsisten matas de albahaca, ñorbos y arirumas, frente a un muladar y al Hospital derruído. Quizá una huerta, más extensa que las otras, se llama todavía la *Huerta del Curaca*. En las afueras quedan pocos olivos, resto muy menoscabado de los del tiempo de los Españoles, porque nadie los cuida, y no se reponen los que mueren. Cerca del río hay ciénagas y tupidas malezas de *pájarobobos*. Algún pino, radiado y severo, se enhiesta en la lejanía. Un callejón de álamos altísimos, entrada de la vecina hacienda, luce su follaje temblador sobre el fondo azul plateado de los cerros, primeros escalones de los Andes. Las nubes que pasan, arrojan, sobre los montículos claros y arenosos que limitan al norte y al sur el valle, sombras que parecen las manchas de un tigre. Y siempre el cielo benigno, ya soleado, ya cubierto, según las épocas, influye sobre estas campiñas igual tibieza muelle y sedante. Los mezclados y morenos pobladores son indolentes, ladinos y graciosos, propensos a los fugaces entusiasmos y los decaimientos súbitos. Su dejo blando se inclina al ceceo. Las mujeres, en la mirada y la sonrisa, manifiestan una amable y perpetua languidez.

Estos valles, sanos, frescos y plácidos, de laxitud encantadora, son islas de fertilidad cercadas por el mar, los arenales y las secas breñas de la vertiente andina. Al oriente se halla la estrecha e irregular faja de *Las Lomas*, con laderas, colinas y vegas en donde las garúas y aguaceros del invierno engendran pastos naturales temporarios, hacen florecer los *amancaes*, y ocasionan en diminutivo las pintorescas escenas de los ganados trashumantes. Por los demás lados se tienden las estériles pampas de arena, con sus africanos espejismos y sus torbellinos sofocantes; con las movedizas dunas, que en algunos parajes cantan bajo los rayos del sol como esfinges egipcias;[102] los oasis de

[102] En las provincias de Santa y Camaná se ha observado este fenómeno.

palmas y algarrobos; los delgados hilos de agua de los jagüeyes; los pequeños cultivos de los *mahamaes* y las hoyas, alimentados por corrientes subterráneas y semejantes en todo a los *guadíes* arábigos; las cegadoras salinas; y, en la aridez maldita, las inacabables sendas marcadas por los blancos huesos de los animales que en la travesía perecieron de sed. Hasta que al fin de la jornada abrasadora, se descubre, entre la monotonía de los médanos, la hondura de una grieta verde y frondosa, que es otro tibio y regalado valle, lugar de refrigerio y voluptuoso descanso.

Por tales condiciones físicas, que obligan a la discontinuidad de cultivos y población, la zona de la Costa ha de reputarse como un verdadero archipiélago en el territorio peruano; y sus civilizaciones, desde los tiempos aborígenes, han tenido constantemente carácter *insular* por su delicadeza relativa y la tenuidad y ámbito estrecho de sus influencias naturales. No es ni puede ser cuerpo suficiente para una gran nacionalidad. Hoy mismo, mientras la Sierra cuenta con tres millones y medio de habitantes, no llegan los costeños a un millón. La Costa ha suplido siempre sus inferioridades con la óptima calidad de sus pocas tierras de labor, y el precoz desarrollo social, debido a su posición geográfica y al vivaz ingenio de sus hijos. Así, las dos regiones tradicionales, Costa y Sierra (porque la Montaña no significa sino el Perú nuevo y futuro), predominando alternadamente, han formado, con sus primacías sucesivas, el ritmo de la historia peruana. En ese ritmo, la Costa ha representado la innovación, la ligereza, la alegría y el placer; y la Sierra, la conservación hasta el retraso, la seriedad hasta la tristeza, la disciplina hasta la servidumbre, y la resistencia hasta la más extrema lentitud. La antítesis perpetua entre ambos caracteres, con las virtudes y defectos que corresponden a cada uno, se descubre desde las épocas más remotas. Antes de que los imperios militares de Tiahuanaco y de los Incas salieran de sus serranías a señorear y unificar todo este lado occidental de la América del Sur, florecían ya, en los valles marítimos, pequeños estados industriosos, de idiomas peculiares *yungas*, curacazgos de cultura avanzada dentro

de la general incipiencia indígena, y cuyos moradores, probables inmigrantes, quizá originarios de Nicaragua y Chiapas, se distinguían por la inteligencia, la molicie y la habilidad en las artes suntuarias. Expertos agricultores en sus campos de regadío, pescadores en las mansas playas, diestros plateros y orfebres, bufones y danzantes, sus oráculos y ritos tenían una vehemencia orgiástica, ajena a los del interior. Muy de manifiesto se ven sus diferencias con los serranos, al comparar las alfarerías respectivas: sobria y severísima la incaica, fúnebre casi en la gama de sus colores principales, negro y rojo, exornada con dibujos sencillos y geométricos; y la costeña, vistosa, luciente y adornadísima, sembrada de dragones y peces fantásticos en los vasos de Nazca, de figuras humanas caricaturescas, con burlón y grosero naturalismo en los innumerables vasos de Chimu, cuya desvergonzada obscenidad corre parejas con la de la cerámica troyana o la greco-italiota.

La oposición continuó en el período español, y hasta se ahondó con el aporte de nuevas razas. Al paso que en la Sierra el mestizaje fué meramente hispano-indio, la plebe de la Costa nació del triple cruzamiento hispano-yunga-africano. Sobre esta fusión de sangres, el criollismo costeño, que ha sido el criollismo genuino, logró su adecuada expresión con el apogeo colonial de Lima. Para apreciar el ambiente limeño, en lo que tiene de singular y característico, y la especie y eficacia de sus influjos, no se ha de pensar en la ciudad moderna, materialmente crecida pero espiritualmente mermada, depuesta de la supremacía originaria sobre el suroeste americano, a punto de perder su sello propio, olvidadas las costumbres regionales, desfigurada por edificios extranjerizos y bastardos, y aun afeada en su campiña, por la disminución y descuido de sus quintas y la muerte de sus antiguas arboledas. Hay que imaginársela tal como fué en sus años más propicios, en los dos primeros siglos de su fundación: coronada de olivos y naranjos, entre cortinas trémulas de saucerías y platanares, aromada en sus patios y jardines por alhelíes, claveles, enredaderas, congonas y albahacas; tierra de las *misturas* de flores y de las aguas de olor; indiana capital de las macizas y altas torres, de los mirado-

res y las azoteas, de los azulejos y las celosías caladas, de las sayas y los mantos casi morunos, cuyo disfraz mantenía un carnaval eterno; ciudad de los bailes garbosos, de las monjas galantes, de las fiestas cortesanas, comedias, cañas y toros, del lujo y del boato; hermosa criolla, devota y sensual, hija de Sevilla y nieta de una sultana, madre de vírgenes y santos, de caballeros rumbosos y de doctores sabios; arrullada por el dorado repicar de sus sesenta iglesias, y por el incienso y los cánticos de sus infinitas procesiones. Daban la nota grave, en medio de los halagos de la Colonia, los gobernadores, inquisidores y letrados venidos de la fiera Castilla, como en la antigua Bética los pretores y centuriones romanos. Entre las durezas y estragos del régimen español, a la entrada del agrio y devastado Virreinato, no lejos del sagrado y sepulcral Pachacámac, y junto a las ruinas del Oráculo Sonoro y las suaves riberas del mar, bajo un aire de templanza exquisita y un cielo tamizado y nacarino, creció Lima, viviente imagen de la gracia; y extendió en los umbrales del trágico país, su velo de finura y elegancia risueña. Pero detrás de Lima y de la Costa, región de la siesta, de los esclavos negros y de la vida fácil, se alzaba la Sierra inmensa y aún indivisa, el verdadero Perú, de Pasto a Las Charcas, bien llamado a los comienzos de la colonización Nueva Castilla y Nueva Toledo, porque efectivamente parece en lo físico una España mayor, agigantada y descarnada; región austera, dobladísima y peñascosa, de fatiga y de dolores, más subyugada y afligida que Irlanda, Palestina o Armenia.

Las riquezas de las minas, encomiendas y corregimientos, y la unidad territorial del virreinato íntegro todavía, contrapesaron en favor de la Sierra, durante los siglos XVI y XVII, la preeminencia de Lima y las ventajas que iban adquiriendo los llanos costeños. Mas al cabo, la despoblación indígena, la afluencia creciente de los blancos a la Capital, la separación del Alto Perú; y luego las reformas aduaneras de la República, la decadencia de los viejos asientos mineros, la valía del guano de las islas, la navegación a vapor, fueron destruyendo el equilibrio. A mediados del siglo XIX, Arequipa con el Sur disputaba

aún a Lima la real dirección política. Pero al concluir el siglo, las fuerzas de la cultura y de la economía nacional se hallan concentradas en la Costa. Casi toda la actividad pública y la literaria se reducen a Lima. Las haciendas litorales, azucareras y algodoneras, componen lo mejor del patrimonio peruano. Con el nuevo auge de las minas y la penetración de los ferrocarriles, se inicia ahora la reanimación de la Sierra, indispensable para la grandeza patria. Los valles de la Costa son a la verdad apacibles y cómodos, muy propios para la civilización y el refinamiento pero muy cortos y limitados; la irrigación, hasta emprendida en la más audaz escala, no puede multiplicarlos indefinidamente; y el Perú, con toda evidencia, necesita base más extensa y sólida. La delgada franja de la Costa, entrecortada por desiertos, es tan exigua que en porvenir remoto pero indudable no continuará llevando sobre sí, como hoy sucede, el mayor peso de la nación. Cierto que el Perú dispone de una magnífica reserva: de una buena porción de la Montaña feracísima, de las selvas prodigiosas que, andando el tiempo, compensarán con creces la pobreza agrícola de la Costa y la Sierra. Si no seguimos neciamente enajenando y renunciando gruesos pedazos de nuestra hijuela amazónica, no será imposible, mediante ella, que nuestros sucesores alcancen, a pesar de todo, lugar preferente en la América Meridional. Mas la población y explotación metódicas de la Montaña son obras dificilísimas, gigantescas, que tal vez demanden varias centenas de años; y entretanto la Sierra, asiento de la gran mayoría de los habitantes, cuna de la nacionalidad, necesaria columna vertebral de su vida, tronco del que parten las dos cuencas de tierras cálidas, tiene que ser, por toda especie de razones geográficas e históricas, la región principal del Perú. Su actual abatimiento significa llanamente la atrofia de los órganos centrales del país. En lo económico es hoy ante todo minera, lo que equivale a decir que la aprovechan y utilizan los extranjeros. Hay que esforzarse por restaurar sus cultivos en el grado de prosperidad a que los llevaron los Incas, y del que en la época española no decayeron tan completamente como se cree. Su naturaleza la dispone, por sus zonas templadas y

frías, a ser proveedora de granos y productos pastoriles en la nación cuyo núcleo duradero constituye. Sin la mejora e incremento de la agricultura serrana, jamás habrá, material ni moralmente, patria vigorosa. Estriba en esto lo más del problema indígena, que es el esencial problema peruano.

La población rústica es en efecto dondequiera la carne y el músculo de los estados; y en la Sierra del Perú, el campesino es y ha de ser siempre el indio. Los colonos extranjeros, allí de costosísimo arraigo, servirían a lo sumo, en ciertas comarcas privilegiadas, de estímulos y modelos para la restante producción; pero a nadie que esté en su sano juicio se le ocurrirá de seguro desalojar y expulsar al cultivador indio de las elevadísimas altiplanicies y breñosidades, a las que está perfecta y secularmente adaptado, para substituirlo por emigrantes europeos, que no vendrían en bastante número y que desertarían muy pronto ese suelo ingrato. El agricultor quechua no es el cazador *piel-roja* o *pampa*; y no hay analogía alguna entre los territorios y los consiguientes destinos de tan contrarias sociedades. La raza indígena, muy al revés de tender a extinguirse, aumenta desde fines del siglo XVIII, a pesar de los destrozos del alcoholismo, de las pestes y de la gran propiedad, y excede en mucho a la raza blanca pura; y la acción del mestizaje en la Sierra es casi ilusoria, porque el *cholo* o mestizo serrano tiene a menudo tres cuartos y aun siete octavos de sangre india. En tal situación, la suerte del Perú es inseparable de la del indio: se hunde o se redime con él, pero no le es dado abandonarlo sin suicidarse.

Si existe una verdad comprobada por la Historia, es la de que las razas humanas no poseen cualidades psicológicas inmutables, sino a lo más propensiones, de diversísimos resultados según las circunstancias. Sus condiciones morales varían de continuo, y así decaen como se regeneran. La raza india, nuestra compañera indisoluble, es de genio dócil, ordenado y perseverante. No es inepta radicalmente, ni mucho menos, para las primordiales funciones colectivas de traba-

jo y defensa; pues, a pesar de su degradación presente, hay que reconocerle dos nobles vocaciones: la agrícola y la militar.

Labradores tenacísimos, apegados a sus terruños abruptos, enamorados de sus andenes estrechos y sus empinadas laderas, los indios benefician campos tan pobres que cualquier otra gente descuidaría; y la mayor dicha para ellos es cultivar sus propias chacras. Si el rendimiento no es adecuado a sus afanes, la desproporción se debe a su ignorancia y miseria profundas, que les impiden estimar y emplear los inventos modernos; a la escasez de mercados, por falta de caminos y leyes protectoras; a la mala distribución de la propiedad, por los latifundios y los abusos en el régimen interno de las comunidades y partición de sus lotes; y en particular, al desánimo que han de acarrear necesariamente las exacciones seculares, a la reconocida inferioridad económica del peón defraudado y la tarea servil.

Sus aptitudes militares no son de desdeñar tampoco: soldados ágiles, sobrios, sufridos, de increíble resistencia para las marchas más penosas, en extremo obedientes y disciplinables, de iniciativa nula pero muy buenos para acciones de conjunto, de frío valor fatalista. Si en las campañas que sustentaron con su sangre, no llegaron los indios a formarse conciencia clara de las causas que servían, ni a diferenciar las contiendas civiles de las guerras nacionales, culpa fué de nuestras clases directoras, que no supieron infundirles, con la instrucción y la dignidad, el concepto de patria. Si carecen hoy de espontaneidad para el servicio y de empuje bélico, es que en ellos, *lo propio que en los mestizos y criollos blancos*, el orgullo patriótico está dormido; suprema causa de nuestra mengua.

Entre las restantes facultades para la civilización, los indígenas peruanos no están desprovistos por cierto de disposiciones poéticas, prenda infalible de la personalidad duradera de una raza, a pesar de todas las vicisitudes de la Historia. Los campesinos quechuas, no obstante su barbarie e insondable abyección, conservan hasta el día una interesante literatura popular, un *folklore* rico y en extremo característico, sistemáticamente menospreciado y olvidado por la frivoli-

dad y la insipidez cosmopolita de nuestros pseudocultos. Son cantares pastoriles (*hayllis*) y *tristes* amatorios (*harahuis*) de íntima y dolorida ternura, de ingenuidad infantil, de idílica rustiquez, a la par frescos y melancólicos como un paisaje de madrugada andino. Composiciones sencillísimas, instintiva creación de pobres indios o de mestizos casi tan ilustrados como ellos, estas canciones serranas sorprenden generalmente por una finura de afectos y una castidad de dicción admirables en sociedad tan ruda y grosera, y embelesan por el delicado sentimiento de las bellezas naturales que de continuo las inspira.[103] Los candorosos versos comparan el talle de las doncellas al cimbrarse de los maizales, y las rosadas mejillas de sus rostros morenos a la encarnada y dorada dulzura de las manzanas (*Cantos de Huánuco*). La égloga se bosqueja con plástica y luminosa simplicidad, mas en el fondo apuntan con frecuencia signos sombríos, malos agüeros, conformes a la aciaga fantasía aborígen: la pastora adolescente apacienta alegre su rebaño de ovejas y cabras, que trepan hacia una verde loma, sobre la cual revuelan acechando, en el aire puro, halcones y cóndores; y los zagales broncíneos se apoyan en las pétreas *canchas* de los apriscos, por cuyas rendijas musgosas asoman husmeando los zorros rapaces. En el horizonte despejado, soplan vientos precursores de tempestad y granizo (*Cantos de Chupaca*). Los árboles de las quebradas cobijan a la pareja de amantes; y la estrella del amanecer luce piadosa sobre las quejas melódicas del desdeñado. Un cantar de Ayacucho celebra la corriente fecundadora de las anchas acequias que han de cubrir el valle de sembrados y frutos, y anima a los labradores de la comunidad en las regocijadas tareas de romper y apisonar la tierra. Invocan varias coplas al río de Jauja, o al poderoso Apurímac que gira y ondula entre aldeas y caseríos; o encarecen, sobre las lozanas praderas (*huayllapampas*), la blancura de los ganados,

[103] Consúltese para todo esto el folleto bilingüe *Azucenas Quechuas* (Tarmap Pacha-Huaray) que en 1905 publicó en Tarma el malogrado folklorista A. Vienrich, colector muy útil aunque no muy seguro por su de-.....

que comparan con las cimas de nieve, y a los que engalanan con cintas multicolores y con orejeras y borlas entretejidas (*El Huaccataqui*). Uno de los yaravíes más antiguos y de eufonía más suave, que comienza:

Purum pampapi
pisccucunata:
A la llanura solitaria,
íbamos los dos
a oir el trinar de los pájaros;

hace recordar el principio de una conocida balada alemana. La fúnebre lamentación de la huérfana (*Ayataqui*), los tan musicales coros elegíacos del *Ollantay*, y el *Huancascca* cuzqueño, que se diría inspirado en el Valmiki indostánico y sus *eslocas*, son acabadas muestras de la tristeza sollozante y desolada a que tánto se inclinan los americanos autóctonos. Corresponde a este lúgubre tono, predominante en.....[104] *Otras coplas invocan al poderoso río Apurímaj, que gira y ondula entre aldeas y caseríos:*

Llajtan, llajtan múlluy
Apu huarpa mayu;...

o comparan el talle de las doncellas al cimbrarse de los maizales. En estos rústicos versos, la égloga se bosqueja con plástica y luminosa simplicidad. Mas en el fondo apuntan signos sombríos, malos agüe-

[104] Perdida la última página del manuscrito de los *Paisajes Andinos*, se ha tomado para completar la exégesis de la poesía quechua de Riva-Agüero, el texto de una glosa sobre el mismo tema, iniciada en este trozo, que aparece en otra obra de Riva-Agüero y sigue, casi puntualmente, la misma dirección que el final trunco de los *Paisajes*. Riva-Agüero desglosó seguramente dicho trozo, del final de su libro de viajes, para incorporarlo en 1921 en la Introducción a su libro *El Perú Histórico y Artístico*, sobre el alma quechua. La temática y la actitud espiritual y hasta muchas frases, son las mismas.

ros, conformes a la patética fantasía india. La pastora adolescente apacienta el rebaño en una verde loma, sobre la cual revuelan, acechando, en el aire sereno, halcones y cóndores; y los zagales broncíneos se apoyan en las pétreas canchas *de los apriscos, por cuyas rendijas musgosas asoman husmeando los zorros rapaces (Cantos de Chupaca). En el horizonte despejado, soplan vientos precursores de tempestad y granizo. Los arbustos de las quebradas cobijan a la pareja de amantes; y la estrella del amanecer luce trémula y pía sobre los ayes melódicos del desdeñado (Cantos de Huancayo y Ayacucho).*

La misma suavidad lírica, la misma incomparable mansedumbre, mezclada a ratos con intenciones satíricas y burlas, caracterizan las fábulas y consejas en prosa. En ellas, no sólo hablan los animales, sino los árboles, las cuevas y los cerros: toda la Naturaleza se anima y personaliza. En su intuitiva inocencia, el quechua concibió la fraternidad del Universo. Las aguas sagradas de los manantiales (puquios) *infunden el cariño y el olvido. Las rocas y las pampas se conduelen de los desgraciados; y las clementes y misteriosas palabras con que dialogan, sólo pueden oirse en sueños. El venado, que huye anhelante por los riscos, fué un rico cruel, transformado en animal medroso y siempre perseguido, porque despreciaba a su hermano pobre. En las nubes multiformes que encubren las cimas, ven los genios benéficos de los Andes; y en las aisladas peñas que se elevan entre los pajonales, pastores petrificados en castigo de sus faltas. En las noches de luna nueva, por las lejanías lucientes o bajo las recortadas sombras del arbolado escaso, dicen que recorre los campos, en compañía de un buitre y de un puma, una joven hermosísima y atribulada, hija de un cacique, a la que raptó el Diablo. En las grutas tenebrosas, creen que duermen tranquilos con sus tesoros los curacas de la Conquista, que no quisieron sobrevivir a sus legítimos soberanos.*

Abundaron en la mitología peruana las invenciones solemnes o graciosas. Huiracocha, el dios creador y civilizador, desaparece andando sobre un manto en las olas del mar, y profetiza que por el mar vendrán los misteriosos hombres pálidos a poner término al poderío

*indígena. El dios Con, a quien de ordinario se confunde con Huiracocha o Pachacámaj, sopló a manera de un viento fuerte, al principio del Mundo, y erigió las cordilleras y allanó los valles. La lluvia se debe al cántaro de una doncella celeste, quebrado por su travieso hermano. El oro y la plata son las lágrimas del Sol y de la Luna. El planeta Venus es el paje favorito del Sol, de tremenda cabellera. Un zorro se enamoró de la diosa Luna, y las huellas de aquellos brazos son las manchas de su vestido blanco. La Vía Láctea es un río de luz, origen de los mares y las fuentes; y la constelación de la Cruz del Sur, el puente o la escalera de los cielos. Los grandes nevados se llaman "ancianos" (*Machu*) o "dorados y santos" (*Corihuillca*); y los volcanes "aureolados" (*Chimpu*). En los reflejos de las nieves perpetuas e inviolables del Coropuna, figuraron fantásticos palacios.*

Las tradiciones de Huarochirí hablan de los amores de los cerros, que se miran al través de los nublados invernales, y por encima de los hondos barrancos y el dentellado hacinamiento de las cadenas menores. Cierto semicírculo de peñolerías que hay en esa región, es para las abusiones de los indígenas la asamblea de los huaris *o dioses tutelares. Cuentan que ante ellos se presentó una antigua deidad acompañada de su hija, disfrazadas ambas de mendigas. Los* huaris *las desconocieron y arrojaron ignominiosamente. La ultrajada deidad cargó a su hija y se dirigió a la Costa. Entonces los genios sus parientes, arrepentidos, quisieron detenerlas; pero no pudieron ya alcanzarlas, ni impedir con sus clamores que se precipitaran en el océano, donde se convirtieron en los islotes blanqueados por la espuma frente a los templos de Pachacámaj. En la misma provincia refieren que el nevado de Pariajaja, pródigo en lluvias, se enamoró de otra altura, la cual es seca y estéril, pero encierra en sus piedras partículas de oro. Soberbia con su riqueza, la montaña desechó el cántaro de agua que, como don amoroso, le enviaba el Pariajaja, y se quedó árida y triste. El cántaro, rechazado con violencia, fué rodando quebrada abajo, entre los demás cerros calvos; y rompiéndo-*

se en el lozano prado que ahora se llama de Buenavista, produjo el vertedero que fertiliza la parte inferior del valle. Como estas amables leyendas, recogidas de labios de naturales de aquellas comarcas, traen muchísimas otras el libro del cura Avila y el del jesuita Arriaga, ambos del siglo XVII. Habría que compararlas (para apreciar cabalmente las diferencias entre las razas americanas) con los adustos cuentos araucanos de monstruos y aparecidos, sus héroes cuchilleros o langemtuves, *sus crueles* anchimallen *o duendes, sus* huytranalhues *cuyo aspecto es mortal y se alimentan de sangre humana, las vaticinadoras de terremotos, los viajes a la lóbrega mansión de los difuntos, y el alado caballo de fuego* (cherruve) *que cruza tronando los aires para anunciar la muerte de los caciques; rasgo este último de magnífica y sombría belleza, que no disonaría en una saga germánica.*[105]

En cambio, la oración incaica a Huiracocha, recordada por los Padres Molina y Cobo, tiene la vibrante sublimidad de un salmo hebreo: «¡Oh Hacedor incomparable!, que estás en los términos del Mundo, y creaste a los hombres; – ¿dónde te ocultas? – ¿Por ventura en lo alto del Cielo, o en los abismos de la Tierra, o en los nublados de las tempestades?» La invocación a la Pachamama *es de un delicioso panteismo: «Madre Tierra, larga y anchurosa, que traes a los hombres en tus brazos...». A las cavernas, que eran los sepulcros de la Sierra, les decían: «He de dormir en tus senos; – dame sueños apacibles.».*

105 Vid. *Psicología del pueblo araucano*, por Tomás Guevara (Santiago de Chile, 1908); págs. 325, 326, 336, 344 y sigts.

APENDICE

SOBRE LA AUTENTICIDAD DEL OLLANTAY Y LA POESIA ANTERIOR A LA CONQUISTA

DON Bartolomé Mitre (*Ollantay, estudio sobre el drama quechua,* Buenos Aires, 1881) por su afán de probar la total procedencia española del *Ollanta*, incurrió en positivos errores y en exageraciones clamorosas. Llegó hasta el extremo de escribir que "el orgullo de casta, el espíritu militar, el amor filial, la humanidad con el vencido, la magnanimidad monárquica, y la abnegación deliberada en holocausto de la monarquía, sentimientos inspiradores de este drama, son *elementos morales propios de la civilización europea* y pugnan con todo lo que se conoce de la sociabilidad quechua". Por mucho que se regateen y rebajen las virtudes de la semicivilización incaica, es imposible negar, sin ceguedad manifiesta, que fueron precisamente aquellas enumeradas por Mitre que la caracterizaron entre los pueblos americanos, y que en ellas cifró su ideal de vida, como, por lo demás, ya lo habían hecho tántos imperios asiáticos. En cuanto a la *fidelidad conyugal* y al *horror por la poligamia*, que son los otros sentimientos de que Mitre declara animado el *Ollanta*, por ninguna parte aparecen en él, y muy sutil ha de ser la crítica que los descubra. No es menos arbitrario tomar como capital prueba del origen español de la pieza, la existencia del gracioso. Con argumentos de esta índole, cabría

recusar hasta la autenticidad del teatro indostánico, en que la intervención del bufón (*vidusaka*) es frecuentísima.

Desafiaba Mitre a los creyentes en representaciones dramáticas prehispanas, con el silencio que sobre el particular suponía en Cieza, el más autorizado y fidedigno de los cronistas incaicos; y ahora resulta que es Cieza, en su *Señorío*, quien da las muy circunstanciadas noticias del "teatro grande, con gradas, muchos adornos y mantas" que los Incas tenían formado en mitad de la plaza principal del Cuzco para los *villancicos* y *romances* del Gran Raymi, y "de los *truhanes* o *decidores* que en tales días, con palabras alegres, contentaban al pueblo" (Caps. XI y XXX). A más de Garcilaso y la *Relación* del Jesuíta Anónimo, Juan Santacruz Pachacuti y el Padre Acosta (como lo recordó Larrabure) confirman la realidad de espectáculos escénicos anteriores a la Conquista; y a dichos testimonios debemos agregar el de Polo de Ondegardo, quien ha sido en esto la fuente de Acosta y asevera que en la fiesta del Intip Raymi había *danzas, cantares y representaciones* (*Tratado de los errores y supersticiones de los indios*, VIII, 7), y el de Pedro Sarmiento de Gamboa que atribuye la institución de tragedias históricas de los Incas al Soberano Yupanqui Pachacútec (*Historia General Indica*, 2ª Parte, Cap. 31).

No ha errado menos Mitre: en alegar como anacronismos evidentes las alabanzas del *harahui* de la Escena IV sobre la blancura femenil, cuando es muy sabido que entre los Incas se conocía y encomiaba el relativo color claro en muchas mujeres de Chachapoyas y de la Corte, cuya tez comparaban los *harahuicus* (como lo hacen los poetas turcos) con la cáscara del huevo;[1] – en desconocer las vestiduras ne-

[1] Consúltense Garcilaso, *Comentarios Reales*, Primera Parte, Libro V, Cap. XXVIII; Pedro Pizarro; Cieza de León, *Crónica del Perú*, Cap. LXXVII. En toda la poesía erótica de los pueblos mongólicos, y por lo tanto amarillos, del Asia, se hallan los mismos encarecimientos de blancura para las beldades favoritas, sin duda por la atracción sexual de los contrastes. Este dulcísimo *harahui* de la Escena IV trae a la memoria, más aún que al Cantar de los Cantares, (del que Mitre en su prurito de filiaciones lo creyó reflejo) ciertos cantos po-

gras como luto del Tahuantinsuyu, cuando los muy verídicos Cieza y Cobo las comprueban para tal uso;[2] – en reputar reminiscencia medioeval europea el don regio del *sipi* a un guerrero en la Escena VI, pues este vocablo no significa allí anillo, como lo creyó Mitre, sino collar o patena de oro, obligada insignia en la ceremonia del *Huari*; – ni en acusar de falsedad indudable la frase de la Escena IX que dice que el Inca Pachacútec fué enterrado (*pampascajta*), pues parece lo más cierto que las momias de los monarcas se inhumaban efectivamente en palacios o túmulos especiales, de donde las sacaban para determinadas solemnidades, y sólo sus efigies se guardaban en la Capilla Mayor del Coricancha. Larrabure hizo notar que otras de las inexactitudes históricas indicadas por Mitre no eran sino equivocaciones suyas, como la de confundir la borla roja, emblema de la soberanía, con la amarilla, distintivo del príncipe heredero, del regente o del lugarteniente del Inca.

A este género corresponde también la imposibilidad que Mitre advierte en la tumultuosa elección de Túpac Yupanqui, aludida en la misma Escena IX, siendo el Incazgo teocracia hereditaria; porque los mejores analistas (inéditos cuando la pretensa invención española del drama) traen en sus relatos pruebas o a lo menos fuertes indicios de que Túpac Yupanqui fué hijo menor de Pachacútec y ascendió al trono por disposición excepcional de su padre, o por aclamación de

---

pulares del Cáucaso y el Kurdistán, algunos *gazales* persas y hasta estancias líricas chinas de la dinastía Chang. Sus comparaciones pertenecen de hecho al fondo común de la humanidad, y así las coincidencias apuntadas son fortuitas y se advierten entre las razas más distintas y las más aisladas literaturas. Sea dicho de paso que Mitre no reparó o no quiso reparar en que las metáforas de la flor roja del *achancaray* y de la dorada del algodonero indígena son del más legítimo color local en este trozo lírico.

[2] Cieza de León, *Señorío*, Cap. VII. Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, Libro XIV, Cap. VII. Cieza de León, Primera Parte de la *Crónica del Perú*, Cap. LXXXIII. Véase también Juan Santa Cruz Pachacuti en el reinado del octavo Inca, Yupanqui Pachacútec.

los *Orejones*, que desposeyeron a Amaru Yupanqui, y en todo caso alterando el orden legal de la sucesión y para salvar el Imperio de la sublevación de los Collas.

Los versos 660-663, que por su sentido considera Mitre *españoles puros*, puede que no lo sean tanto, desde que los vocablos *ccollquita ricunanpaj* tienen como traducción literal, nó *sonar dinero*, sino *que miren la plata* (metal); y es así concebible que se refieren, nó a monedas, sino a objetos suntuarios o de trueque.

Es incierta y aventuradísima la afirmación del escritor argentino: "El Ollantay está vaciado en el *molde métrico peculiar* a las lenguas europeas meridionales". Pacheco Zegarra, en su excelente comentario, analizó e hizo resaltar curiosas particularidades de la versificación y el ritmo quechuas, como son: la absoluta ausencia de sinalefas y sinéresis; la íntima musicalidad en la transformación rigorosamente simétrica de las vocales (procedimiento rítmico que, después del *Ollantay*, no subsiste en ninguno de los ensayos de poesía quechua españolizada); la consonancia o desinencia guardada, nó desde el último acento, como en las lenguas latinas, sino sólo en la última sílaba; la alternación indistinta de asonantes y consonantes en una misma copla; la intercalación repentina de versos aislados en distintos metros y la continuada serie de asonancias pareadas o monorrimas que recuerdan a trechos las formas de los *cantares de gesta*, profundamente olvidados en la España del siglo XVI; la regla, en fin, según la que ni una estrofa ni un verso pueden en los diálogos dividirse entre varios interlocutores, y si por exigencias del sentido hay palabras excedentes de la medida, quedan éstas aisladas, y verso y rima se interrumpen; singularidades todas muy sugestivas y que reclaman atención. El General Mitre, que estudió el asunto con sobrada ligereza, salió del paso desenvueltamente, atribuyendo las irregularidades mencionadas "a incorrecciones del autor o del copista"; pero la manera constante y sistemática con que se ofrecen en muchos pasajes, invalida esta cómoda explicación; y los casos en que es probable que se trate de meras variantes o supervivencias, son muestras de versiones anteriores o de

primitivos textos, que arguyen remota antigüedad. De otro lado, la literatura quechua de la época colonial no alcanzó en ningún momento importancia bastante para constituir una escuela con preceptos originales y distintivos.

La opinión de Garcilaso: "No usaron de consonante en los versos; todos eran sueltos" (Primera Parte, Libro II, Cap. XVII), dista mucho de ser decisiva en este punto; porque Garcilaso no conoció directamente más poesías incaicas que las breves estrofas líricas de simple ritmo acentual citadas por él y por el Padre Valera, muy análogas en su estilo y dimensiones a las *tankas* japonesas. Observa muy bien Pacheco Zegarra que habría sido extrañísimo que ignoraran del todo los indios peruanos el sencillo artificio de la rima (común en las más diversas regiones del Universo), poseyendo una lengua tan apropiada a aquél por extraordinariamente abundante en consonancias, como es la quechua. Es muy verosímil que para los largos cantares míticos e históricos (sobre cuya existencia y proporciones tenemos en Betanzos, Cieza y otros muchos, incontrovertibles datos), los peruanos incaicos emplearan como recurso mnemónico la rima, más o menos regular, semejante a la usada en la primitiva literatura china. Esta presunción se confirma observando que la misma rima irregular de ciertos pasajes del *Ollantay* se encuentra en casi todos los tradicionales cantos populares del quechua y sus dialectos; y con tanta mayor tendencia al pareado, a la aliteración, a la rima interna, a la mera asonancia final, al verso corto y a la prescindencia de la última sílaba acentuada, cuanto más antiguas parecen aquellas canciones. Análoga observación podría hacerse acerca de las plegarias gentílicas cuyo texto quechua literal recogió el cura Cristóbal de Molina.

Mas luego de desvirtuadas las objeciones de Mitre, tanto las generales y apriorísticas, fundadas en un concepto falso del estado social del Tahuantinsuyu, como la mayoría de sus reparos sobre pormenores, que se reducen a vaguísimas o mínimas analogías, todavía subsisten razones numerosas, muchas de las cuales no tuvo presentes Mitre, y que convencen de la redacción cristiana del *Ollantay*. Toda la

Escena VIII delata a voces la influencia de las ideas españolas sobre el monjío voluntario y la profesión de los votos religiosos, pues refiere los esfuerzos de las *Mamaconas* para despertar la vocación del claustro en Ima Sumaj; cosa tan superflua en las *Acllas* o vírgenes del sol, reclutadas por tributo forzoso, y destinadas en parte a los sacrificios humanos, y en otra parte, a los ministerios del culto o a darse en matrimonio a señores principales. En la Escena IX el bufón compara al Gran Sacerdote con una gallina (*huallpa*), animal traído al país por los castellanos. En la Escena X, verso 1,087, parece confundirse a Pachacámac con el Inti. Desde las primeras páginas hallamos en todo el drama irreverentes comparaciones con el Sol y la Luna, en tal tono que habrían sido horrendos sacrilegios. No es admisible que el Huillaj Uma, en el diálogo segundo, le desee a Ollanta el dominio universal, propio del Inca; ni tampoco armoniza con el régimen incaico que el fiel y ejemplar Rumiñahui quede sin premio, en la Escena XIV. Admira igualmente no descubrir invocaciones al dios Huiracocha y a otras grandes huacas, ni referencias a los sacrificios de niños, tratándose de las fiestas más solemnes, en que eran de rito, como en la coronación de nuevo soberano. Estos argumentos hacen mucha fuerza; y es bien sospechosa, por último, la coincidencia del metro octosilábico, en que hoy está la obra, con el predominante en la literatura dramática y narrativa popular de España. Cuando dicho metro se interrumpe en los versos 137 y 138 con dos extraños decasílabos pareados y de rima interna imperfecta en los hemistiquios, diríase que el conjuro o fórmula mágica que contienen se ha conservado allí excepcionalmente, como un vestigio, en su propia y arcaica medida.

En resolución, por las señales referidas y otras, el texto del *Ollantay* pertenece a la época española, aunque no puede aceptarse la opinión vulgar de que su autor fuera el cura Don Antonio Valdés, quien vivió a fines del siglo XVIII. A más de varios testimonios y conjeturas contra esta paternidad, consta que el manuscrito paceño recogido por Tschudi llevaba como fecha de transcripción o de representación

la de 1735. El anónimo redactor o coordinador, probablemente del siglo XVII, hubo de tener a la vista y seguir muy de cerca poesías tradicionales, cantares históricos y quizá diálogos rítmicos de la edad incaica.[3] Respecto a la efectiva existencia de estos diálogos y fábulas escénicas anteriores a la Conquista, ya hemos dicho cuán infundado es el escepticismo de Mitre, pues la abonan tántos cronistas; la costumbre popular arraigada en gente tan conservadora y refractaria a innovaciones como los indios; y hasta la espontánea tendencia de la evolución social, que tenía necesariamente que sacar recitados teatrales, siquiera fueran rudimentarios, de aquellos bailes sagrados y *harahuis* en que, "refiriendo hazañas, cosas pasadas y loores del Inca", "entonaban uno o dos, diciendo sus poesías, y acudían los demás a responder con el pie de la copla".[4] De estos cantos dialogados, ha nacido dondequiera, combinándose con la pantomima de máscaras y disfraces (tan conocida y usada en el Perú aborigen), el genuino teatro hablado, trágico y cómico, que así no hay cómo negarles dogmáticamente a los indios peruanos, ya que los Aztecas y Quichés lo alcanzaron.[5] El *Ollantay* tiene que ser una refundición colonial de materiales incaicos, de igual modo que el *Usca Páucar* (aunque éste mucho más cristianizado y deformado). Sin la preservación del fondo auténtico, que reaparece con frecuencia hasta en el giro literal de las frases, sería incomprensible cómo sus noticias sobre la sucesión y guerras de los monarcas se apartan en todo de la versión de Garcilaso, predominante en los siglos XVII y XVIII, y convienen a maravilla con las de los manuscritos descubiertos recientemente en los archivos eu-

[3] Desde principios del siglo XVII, cuando menos, la tradición de los amores de Curi Coyllar era conocida por los españoles, según lo demuestra la larga y desnaturalizada versión que de ello hizo D. Juan de Miramontes en su poema dedicado al Virrey Marqués de Montesclaros.

[4] Cobo, Libro XIV, Cap. XVIII. Acosta, Libro VI, Cap. XXVIII.

[5] Véase entre otros Acosta, Libro V, Cap. XXX.

ropeos;[6] y constituiría un portento, una verdadera monstruosidad, un absurdo moral, que en ambiente como el de la Colonia, tan adverso a la profunda adivinación del sentido de las edades primitivas, a la compenetración con el espíritu de las civilizaciones pretéritas, hubiera acertado un falsario, por mayor inspiración que se le suponga, a reproducir de manera tan admirable todas las características de la poesía heroica y bárbara, el colorido inconfundible de una cultura exótica, según lo manifiestan los ejemplos que traemos en el texto.

[6] Una de estas concordancias del Ollantay con los primeros cronistas, en lo relativo a Túpac Yupanqui, presentado como hijo menor y sucesor inmediato de Pachacútec, y al silencio sobre el breve reinado de Amaru Yupanqui, se reputaba cabalmente prueba de la *originalidad* del cura Valdés y de sus *anacronismos y licencias poéticas*, por Don José Manuel Palacios, redactor de *El Museo Erudito* del Cuzco, en el año de 1837, atenido sólo, conforme lo hacían todos sus contemporáneos, al sistema del Inca Garcilaso.

INDICE

	Pág.
Estudio preliminar, por Raúl Porras Barrenechea . .	VII
I.—Salida del Cuzco	3
II.—La Llanura de Anta	13
III.—Paso del río Apurimac	28
IV.—Las piedras labradas de Concacha	37
V.—De Abancay a Andahuaylas	43
VI.—La Quebrada del Pampas	59
VII.—Las ruinas de Vilcas	68
VIII.—Pomacocha.- La Puna de Tocto.- Bajada a Antuhuana .	78
IX.—El llano de Chupas. - Entrada en Ayacucho	83
X.—Iglesias y casas de Ayacucho.- Aspecto general de la ciudad.	95
XI.—Excursión a Quinua y al campo de batalla	110
XII.—Salida de Ayacucho. - Las Salinas de Atococha. - Julcamarca. - Acobamba. - La fiesta de San Juan . .	121
XIII.—Paucaray. - Sus obeliscos naturales y sus recuerdos históricos.	130
XIV.—Riberas del Mantaro. - Tablachaca. - Izcuchaca. - Casma	138
XV.—Pucará. - Palla Huarcuna (tradición indígena). - La campiña de Huancayo	144
XVI.—El Convento de Ocopa.	162
XVII.—Impresiones finales.	171
Apéndice	195

Se terminó de imprimir esta edición de Paisajes Peruanos de José de la Riva-Agüero, en la Imprenta Santa María, en Lima, el día 23 de Noviembre de 1955.